





~~1954~~ 20
B-U
2963

LA FLORIDA

DE LA INCA.

TOMO VI.

LA FLORIDA

DE LA

TOMO VI



LA FLORIDA

DEL INCA.



HISTORIA

93(093) (7/8)

DEL ADELANTADO

VEG
flo

HERNANDO DE SOTO,

Gobernador y capitan general del reino de la Florida,
y de otros heróicos caballeros españoles é indios.

ESCRITA

POR EL INCA GARCILASO DE LA VEGA,

*Capitan de S. M., natural de la gran ciudad del Cozco,
cabeza de los reinos y provincias del Perú.*

NUEVA EDICION.

TOMO VI.



MADRID: 1829.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑUELA,
calle del Amor de Dios, núm. 14.

R. 1982

LA FLORIDA



DEL INCA.

HISTORIA

DEL ADELANTADO

HERNANDO DE SOTO.

Gobernador y capitán general del reino de la Florida,
y de otros heroicos capitanes españoles e indios.

ESCRITA

POR EL INCA GARCILASO DE LA VEGA,

Capitán de S. M., natural de la gran ciudad del Cuzco,
cabecera de los reinos y provincias del Perú.

NUEVA EDICION.

TOMO VI.



MADRID: 1828.

IMPRESA DE LOS NIOS DE DOÑA CATALINA RIVERA,

calle del Amor de Dios, núm. 14.

6.12.22

TABLA

DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

LIBRO PRIMERO

DE LA HISTORIA DE LA FLORIDA,

DEL INCA.

Contiene la descripcion de ella: las costumbres de sus naturales: quien fue su primer descubridor y los que despues acá han ido: la gente que Hernando de Soto llevó; los casos estraños de su navegacion: lo que en la Habana ordenó y proveyó, y cómo se embarcó para la Florida. Contiene quince capítulos, que son los que se siguen:

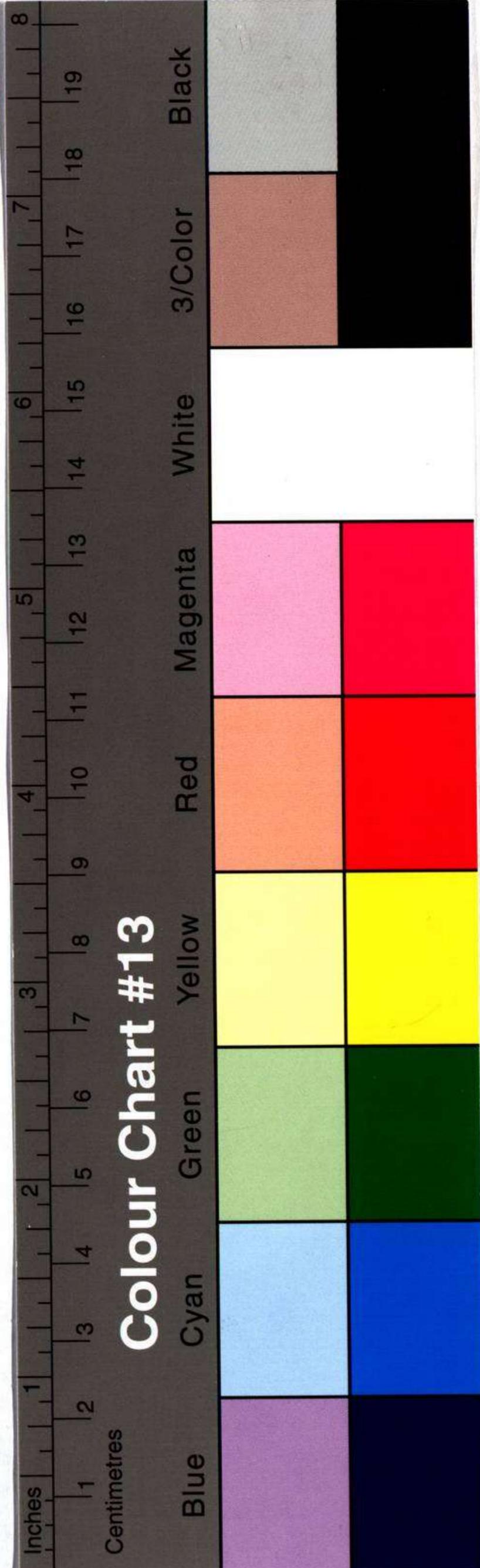
CAPÍTULO PRIMERO. *Hernando de Soto pide la conquista de la Florida al emperador Carlos V. Y su magestad le hace merced de ella.* Pág. 75

CAP. II. *Descripcion de la Florida, y el primer descubridor de ella, y el segundo, y el tercero.* 78

CAP. III. *De otros descubridores que á la Florida han ido.* 82

CAP. IV. *De otros mas que han hecho la misma jornada de la Florida; y de las costumbres y armas en comun de los naturales de ella.* 84

CAP. V. *Publicanse en España las provisiones de la conquista, y el aparato grande que pa-*



	<i>ra ella se hace.</i>	90
CAP. VI.	<i>Del número de gente y capitanes que para la Florida se embarcaron.</i>	92
CAP. VII.	<i>Lo que sucedió á la armada la primera noche de su navegacion.</i>	95
CAP. VIII.	<i>Llega la armada á Santiago de Cuba; y lo que sucedió á la nao capitana á la entrada del puerto.</i>	99
CAP. IX.	<i>Batalla naval de dos navíos, que duró quatro dias dentro en el puerto de Santiago de Cuba.</i>	103
CAP. X.	<i>Prosigue el suceso de la batalla naval hasta el fin de ella.</i>	106
CAP. XI.	<i>De las fiestas que al gobernador hicieron en Santiago de Cuba.</i>	109
CAP. XII.	<i>Las provisiones que el gobernador proveyó en Santiago de Cuba; y de un caso extraño de los naturales de aquellas islas.</i>	112
CAP. XIII.	<i>El gobernador vá á la Habana; y las prevenciones que en ella hace para su conquista.</i>	115
CAP. XIV.	<i>Llega á la Habana una nao, en la qual viene Hernan Ponce, compañero del gobernador.</i>	119
CAP. XV.	<i>Los sucesos entre Hernan Ponce de Leon, y Hernando de Soto; y como el gobernador se embarcó para la Florida.</i>	122

PRIMERA PARTE DEL LIBRO SEGUNDO.

Donde se trata de como el gobernador llegó á la Florida y halló rastro de Pánfilo de Narvaez y un cristiano cautivo: los tormentos y la vida cruel que los indios le daban: las generosidades de un indio señor de vasallos: las prevenciones que para el descubrimiento se hicieron: los sucesos que acaecieron en las primeras ocho provincias que descubrieron; y las desatinadas bravezas en palabras y obras de un cacique temerario. Contiene treinta capítulos, que son los que se siguen;

CAPÍTULO PRIMERO. *El gobernador llega á la Florida y halla rastro de Pánfilo de Narvaez.* 127

CAP. II. *Los tormentos que un cacique daba á un español esclavo suyo.* 131

CAP. III. *Prosigue la mala vida del cautivo; y como se huyó de su amo.* 135

CAP. IV. *De la magnanimidad del curaca Mocozo á quien se encomendó el cautivo.* 139

CAP. V. *Envia el gobernador por Juan Orotiz.* 143

CAP. VI. *Lo que sucedió á Juan Orotiz con los españoles que por él iban.* 146

CAP. VII. *La fiesta que todo el ejército hizo á Juan Orotiz; y como vino Mocozo á visitar al gobernador.* 151

CAP. VIII. *Viene la madre de Mocozo muy ansiosa por su hijo.* 155

CAP. IX. *De las prevenciones que para el descubrimiento se hicieron; y como prendieron los indios á un español.* 157

CAP. X. *Cómo se empezó el descubrimiento, y la entrada de los españoles la tierra adentro.* 162

CAP. XI.	<i>Lo que sucedió al teniente general yendo á prender á un curaca.</i>	165
CAP. XII.	<i>La relacion que Baltasar de Gallegos envió de lo que habia descubierto.</i>	169
CAP. XIII.	<i>Pasan mal dos veces la cienega grande. El gobernador sale á buscarle paso y lo halla.</i>	173
CAP. XIV.	<i>Lo que pasaron los dos españoles en su viage hasta llegar al real.</i>	178
CAP. XV.	<i>Salen treinta lanzas con el socorro del bizcocho en pos del gobernador.</i>	184
CAP. XVI.	<i>Descomedida respuesta del señor de la provincia Acuera.</i>	187
CAP. XVII.	<i>Llega el gobernador á la provincia Ocali; y lo que en ella sucedió.</i>	191
CAP. XVIII.	<i>De otros sucesos que en la provincia Ocali acaecieron.</i>	194
CAP. XIX.	<i>Hacen los españoles una puente y pasan el rio Ocali, y llegan á la provincia Ochile.</i>	197
CAP. XX.	<i>Viene de paz el hermano del curaca Ochile: envian embajadores á Vitachuco.</i>	201
CAP. XXI.	<i>De la soberbia y desatinada respuesta de Vitachuco; y como van sus hermanos á persuadirle la paz.</i>	204
CAP. XXII.	<i>Vitachuco sale de paz y arma traicion á los españoles, y la comunica á los intérpretes.</i>	208
CAP. XXIII.	<i>Vitachuco manda á sus capitanes concluyan la traicion; y pide al gobernador salga á ver su gente.</i>	213
CAP. XXIV.	<i>Como prendieron á Vitachuco, y el rompimiento de batalla que hubo entre indios y españoles.</i>	216
CAP. XXV.	<i>Del espacioso rendirse de los indios vencidos; y de la constancia de siete de</i>	

- ellos, 221
- CAP. XXVI. De lo que el gobernador hizo con
los tres indios señores de vasallos y con el
curaca Vitachuco. 226
- CAP. XXVII. Donde se responde á una objecion
ó contraposicion. 230
- CAP. XXVIII. De un desatino que Vitachuco or-
denó para matar á los españoles, y causó
su muerte. 234
- CAP. XXIX. De la estraña batalla que los in-
dios presos tuvieron con sus amos. 238
- CAP. XXX. El gobernador pasa á Ochile: cuén-
tase la manera que los indios de la Florida
tienen en fundar sus pueblos. 242

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO SEGUNDO.

Donde se verán las muchas y bravas peleas que en
pasos dificultosos indios y españoles tuvieron en la
gran provincia de Apalache: los trabajos que pasa-
ron en descubrir la mar: los sucesos é increíbles afa-
nes que á ida y vuelta padecieron los treinta caballe-
ros que volvieron por Pedro Calderon: la fiereza de
los de Apalache: la prision de su cacique, su estra-
ña huida, y la fertilidad de aquella gran provincia.
Contiene veinte y cinco capítulos, que son los que
se siguen:

- C**APÍTULO PRIMERO. Llegan los españoles á la
famosa provincia de Apalache, y de la re-
sistencia de los indios. 247
- CAP. II. Ganan los españoles el paso de la cie-
nega, y la mucha y brava pelea que hubo en
ella. 250
- CAP. III. De la continua pelea que hubo hasta lle-

- gar al pueblo principal de Apalache. 254
- CAP. IV. Tres capitanes van á descubrir la provincia de Apalache, y la relacion que traen. 258
- CAP. V. De los trabajos que pasó Juan de Añasco para descubrir la mar. 260
- CAP. VI. El capitan Juan de Añasco llegó á la bahia de Aute, y lo que halló en ella. 264
- CAP. VII. Apercibense treinta lanzas para volver á la bahía de el Espíritu Santo. 267
- CAP. VIII. Lo que hicieron los treinta caballeros hasta llegar á Vitachuco, y lo que allí hallaron. 271
- CAP. IX. Prosigue el viage de las treinta lanzas hasta llegar á el rio de Ochile. 274
- CAP. X. El gobernador prende al curaca de Apalache. 278
- CAP. XI. El cacique de Apalache vá con orden del gobernador á reducir á sus indios. 281
- CAP. XII. El cacique de Apalache, siendo tullido, se huyó á gatas de los españoles. 284
- CAP. XIII. El suceso del viage de los treinta caballeros hasta llegar á la cienega grande. 288
- CAP. XIV. Del trabajo incomportable que los treinta caballeros pasaron al pasar de la cienega grande. 292
- CAP. XV. Que cuenta el viage de los treinta caballeros hasta llegar media legua del pueblo de Hirrihigua. 296
- CAP. XVI. Llegan los treinta caballeros donde está el capitan Pedro Calderon; y como fueron recibidos. 300
- CAP. XVII. De las cosas que los capitanes Juan de Añasco y Pedro Calderon ordenaron en cumplimiento de lo que el general les habia mandado 304
- CAP. XVIII. Sale Pedro Calderon con su gente,

y el suceso de su camino hasta llegar á la cienega grande. 310

CAP. XIX. *Pedro Calderon pasa la cienega grande, y llega á la de Apalache.* 314

CAP. XX. *Prosigue el camino Pedro Calderon, y la continúa pelea de los enemigos con él.* 318

CAP. XXI. *Pedro Calderon con la porfia de su pelea llega donde está el gobernador.* 322

CAP. XXII. *Juan de Añasco llega á Apalache; y lo que el gobernador proveyó para descubrir puerto en la costa.* 324

CAP. XXIII. *El gobernador envia la relacion de su descubrimiento á la Habana: cuéntase la temeridad de un indio.* 327

CAP. XXIV. *Dos indios se ofrecen á guiar los españoles donde hallen mucho oro y plata.* 331

CAP. XXV. *De algunos trances de armas que acaecieron en Apalache, y de la fertilidad de aquella provincia.* 335

y el suceso de su camino hasta llegar á la
 Cienega grande 310
 CAP. XIX. Pedro Calderon pasa la cienega gran-
 de, y llega á la de Apalache 314
 CAP. XX. Prosigue el camino Pedro Calderon,
 y la continua pelea de los enemigos con él 318
 CAP. XXI. Pedro Calderon con la ayuda de su
 pelea llega donde está el gobernador 322
 CAP. XXII. Juan de Anasco llega á Apalache;
 y lo que el gobernador promeyó para desca-
 bir Puerto en la costa 324
 CAP. XXIII. El gobernador envia la relacion de
 su descriptimiento de la Habana: cuéntase la
 temeridad de un indio 327
 CAP. XXIV. Dos indios se ofrecen á guiar los
 españoles donde hallen mucho oro y plata 331
 CAP. XXV. De algunos franceses de armas que
 acocieron en Apalache, y de la fertilidad
 de aquella provincia 335



PROEMIO

DE

D. GABRIEL DAZA DE CÁRDENAS &c.

La verdadera sinceridad de esta *historia* hizo tan esquisito su volúmen como elevado su precio. Aun adquirirle para copiarle era difícil. Muchos aficionados se contentaban con la noticia de haberle escrito el *Inca*, fatigándose presto en solicitarle: escasez originada de haber debido su primera luz á los últimos fines de España, donde esparcidos pocos ejemplares permanecieron pocos, llevándose los ansiosos de saber nuestras conquistas los estrangeros; hasta que siendo igual la falta en todas partes, resumieron en varios lenguages su contesto, manteniéndose en todos siempre con la estimacion que mereció á los mas versados en la *historia* de las *Indias Occidentales*: pues aunque un *francés*, cuyo nombre indican las letras M. D. C., imprimió en *París* el año de 1685 la *historia* de la conquista de la *Florida* por los *españoles* debajo del mando de *Hernando de Soto*, y dice tiene mayor estimacion la relacion que afirma traduce, sacada de la librería del duque de Sesa (que será la que refiere *Luis Moreri* en su *Diccionario* en la palabra *Florida*), como escrita por quien fue siempre compañero de *Hernando de Soto*

en todas las funciones de aquella expedición, y que debe preferirse á la del *Inca* que escribió despues; y por relacion de uno se reconoce desde luego ser una recomendacion fantástica de su libro; porque nadie ignora ser verdad incontrastable esta *historia*, ni debe dudarse que el uno de quien dice se valió el *Inca*, deba reputarse por *autor* y censor de las relaciones que dejaron escritas de esta conquista *Juan de Coles* y *Alonso de Carmona*, para que el número de tres conquistadores concordés sean documentos firmísimos de la certidumbre de esta *historia*, con la cual concuerdan las pinturas de ella, que el obispo de Córdoba *Paulo de Laguna* puso en manos de el prudentísimo rey *don Felipe II*. El cual mandó á *Antonio Volo*, su guarda-joyas, que entregase á *Antonio de Herrera* (testigo de lo que se afirma) para borrar la dudosa fé que *Juan de Leon* introdujo en las relaciones que le sirvieron en el *compendio* de la jornada de *Hernando de Soto*, que incluye el libro IV de la *descripcion* de las *Indias Occidentales*. El remedio de este perjuicio, el bien de la patria, el servicio de su magestad y beneficio de sus vasallos me precisó á esta edicion; pues se experimenta ser cierto lo que el doctor *Juan Rodriguez de Leon* en la *apologia* que precede á la biblioteca de *Leon Pinelo* dejó escrito; como de las *Indias* solo se apetece plata y oro, están sus escritores tan olvidados como sus historias poco vistas: siendo ocupacion estrangera la que debiera ser natural de España; y así de nuestras mismas conquistas saben mas las plumas ajenas que las curiosidades propias.

Así ocioso será recomendar á los curiosos este volúmen mas deseado que conocido; solo advertiré dos cosas. Una, que aunque se imprimió en Lisboa año de 1605 le escribia el *Inca* el año de 1587, pues él mismo ofreció desde Montilla (en carta de

12 de marzo) á don Maximiliano de Austria, abad entonces de *Alcalá la Real* (que murió despues arzobispo de Santiago) concluir esta *historia de la Florida*, de que faltaria la cuarta parte, retirándose el verano á las *Posadas*, aldea de *Córdoba*, á escribirla de relacion de un caballero que estaba allí, y que se halló personalmente en todos los sucesos de aquella jornada.

Otra, que el doctor don Pedro Fernandez del Pulgar, en la historia general de las *Indias Occidentales*, *Décad. 9*, continuacion de la de Antonio de Herrera, en el catálogo de los autores de donde recogió aquella obra dice: que el *Inca* en la historia de la Florida siguió la relacion anónima, impresa en Ébora el año de 1557 con este título: *Relaçám Verdadeira dos Trabalhos que ó governador Fernando de Soto y outros pasaraon no descubrimento dá Florida*, de que hace mencion el licenciado Antonio de Leon Pinelo en su *Epítome de la biblioteca Occidental*, fólío 74. No puedo persuadirme á que omitiese la sinceridad del *Inca* espresarlo así si así fuese; aunque puede ser la tuviese presente, y procurase concordar lo que escribia con lo que tantos años antes estaba impreso, para dar mayor eficacia á la verdad que escribe.

No será mas útil hacer mencion del *autor*, pues dá bastantes noticias de sí en la dedicatoria que hizo de la traduccion de los *diálogos del amor de Leon Hebreo*, que pasó á la frente de la *segunda parte de los comentarios reales del Perú* por los motivos que refiere; y en la que de este libro hizo al duque de Berganza y de Barcelos don Teodosio, en que dándole cuenta de su arribo á *Europa* dice: *por haber en mis niñeces, serenísimo príncipe, oido á mi padre y á sus deudos las heróicas virtudes, y las grandes hazañas de los reyes y príncipes de*

*

gloriosa memoria, progenitores de V. E., y las proezas en armas de la nobleza de ese famoso reino de Portugal, y por haberlas yo leído despues acá en el discurso de mi vida, no solamente las que han hecho en España, mas tambien las de Africa, y las de la gran India Oriental, y su larga y admirable navegacion, y los trabajos y afanes que en la conquista de ella y en la predicacion del Santo Evangelio los ilustres Lusitanos han pasado, y las grandezas que los reyes y principes para lo uno y para lo otro han ordenado y mandado, he sido muy siempre aficionado al servicio de sus magestades y á todos los de su reino. Esta aficion se convirtió el tiempo adelante en obligacion; porque la primera tierra que ví cuando vine de la mia, que es el Perú, fue la de Portugal, la isla del Faial, y la Tercera, y la real ciudad de Lisboa; en las cuales como gente tan religiosa y caritativa, me hicieron los ministros reales, y los ciudadanos, y los de las islas toda buena acogida, como si yo fuera hijo natural de alguna de ellas, que por no cansar á V. E. no doy cuenta en particular de los regalos y favores que me hicieron, que uno de ellos fue librarme de la muerte. Viéndome pues por una parte tan obligado y por otra tan aficionado, no supe con qué corresponder á la obligacion, ni cómo poder mostrar la aficion sino con hacer este atrevimiento (para un indio demasiado) de ofrecer y dedicar á V. E. esta historia; á lo cual no me dieron poco ánimo las hazañas que en ella se cuentan de los caballeros hijos-dalgo, naturales de ese reino, que fueron á la conquista de la gran Florida, que es razon que se empleen y dediquen digna y apropiadamente, para que debajo de la sombra de V. E. vivan y sean estimadas y favorecidas como ellas lo merecen.

Suplico á V. E. que con la afabilidad y aplauso que vuestra real sangre os obliga, se digne de admitir y recibir este pequeño servicio, y el ánimo que siempre he tenido y tengo de verme puesto en el nombre de los súbditos y criados de la real casa de V. E., que haciéndome esta merced, como la espero, quedaré con muchas ventajas gratificado de mi afición, y con la misma merced podré pagar y satisfacer la obligacion que á los naturales de ese cristianísimo reino tengo; porque mediante el don y favor de V. E. seré uno de ellos. Nuestro Señor guarde á V. E. muchos y felices años para refugio y amparo de pobres necesitados. Amen.

Solo diré, que si antes de publicar esta historia todos miraban á su autor como hombre insigne por su religion, nobleza, virtud, modestia y aplicacion á las letras, despues le veneraron hasta los reyes como único historiador. Asegúralo *fray Buenaventura de Salinas* en el memorial de la historia del *Nuevo Muudo*, cap. 2. *Inca Garcilaso*, capitan, natural de la ciudad del *Cuzco*, á quien los reyes católicos estimaron mucho por el gran talento y capacidad que mostró en los libros de la historia &c., estendiendo su fama por todo el Orbe, viviendo en *Córdoba* con felicidad envidiable, no por las riquezas y por el aplauso que le adquirieron su valor y sus letras, sino por la piedad que manifestó siempre, y especialmente en su última disposicion, dejando su hacienda á las ánimas con carga de 20 misas cada año y 90 ducados al sacristan de la capilla de la iglesia catedral, donde está enterrado, que es la tercera á mano derecha, entrando por la puerta de *Santa Catalina* á la nave del *Sagrario*, que llaman hoy la *capilla de Garcilaso*: en medio del plan de ella está el sepulcro, y á los dos lados del altar dos lápidas negras con las inscripciones siguientes:

EL INCA GARGILASO DE LA VEGA: VARON INSIGNE, DIGNO DE PERPETUA MEMORIA: ILUSTRE EN SANGRE: PERITO EN LETRAS: VALIENTE EN ARMAS: HIJO DE GARGILASO DE LA VEGA: DE LAS CASAS DE LOS DUQUES DE FERIA É INFANTADO, Y DE ELISABETH PALLA, HERMANA DE HUAINA CAPAC, ÚLTIMO EMPERADOR DE INDIAS: COMENTÓ LA FLORIDA: TRADUJO Á LEON HEBREO, Y COMPUSO LOS COMENTARIOS REALES: VIVIÓ EN CÓRDOBA CON MUCHA RELIGION: MURIÓ EJEMPLAR: DOTÓ ESTA CAPI-LLA: ENTERROSE EN ELLA: VINCULÓ SUS BIENES AL SUFRACIO DE LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO: SON PATRONOS PERPETUOS LOS SEÑORES DEAN Y CABILDO DE ESTA SANTA IGLESIA: FALLECIÓ Á XXII DE ABRIL DE M.DC.XVI.

Rueguen á Dios por su ánima.

Pero forzoso será desvanecer las calumniosas injurias que maliciosa ó ignorantemente ha procurado ensalzar la temeridad en oprobio de la virtud, valor, liberalidad, mansedumbre, celo y constancia al servicio de Dios y del rey, que animó la fama de *Hernando de Soto*, honor de *Estremadura*, en esta entrada de la *Florida*, tan gloriosa á todas luces, que á no haber turbado la serenidad de su genio la intolerable tempestad de la ingratitude, desde entonces hubiera quedado pacífica, poblada y cristiana esta dilatada region amenísima con tan gran beneficio de la real corona de la monarquía de España; como dejar cerrado el camino á las usurpaciones que en aquel estendido país han procurado y conseguido la ambicion y codicia de los estraños, ayudados mas que de sus armas astutas, de la descuidada pereza de los propios dueños.

Delineó bien el *Inca* este famoso héroe, en las acciones que están calificando su plausible intento, sin que para su justificacion pudiese hallar mas verdaderos autores ni mas evidentes probanzas (como ya se

dijo) que tres de los que intervinieron en ellas, describiéndolas cuando no podia esperar daño ni utilidad de los que menciona en su relacion: escrita solo por conservar á la fama este documento del valor, en los trabajos y calamidades, este padron de las hazañas de los españoles, y esta memoria desinteresada, que se renovará de dia en dia en los siglos venideros.

Pero como la virtud no doma á la envidia, antes la irrita; la verdad no templa á la temeridad, antes la desespera; y la bondad no desanima á la malicia, antes la inflama, conjurándose tan violentas y conformes contra virtud, verdad y bondad, disfrazadas en traje de advertencia, celo y aplauso, ofenden con tenebrosos engaños hasta la respetosa candidez de las cenizas, el caprichoso encono de la envidia, el desprecio vehemente de la temeridad, y el atrevido ardid de la malicia, experimentó estos efectos malignos el famoso héroe *Hernando de Soto*, cuyo aliento generoso parece que despues de tantos y casi increíbles trabajos, de lástima merecia la mas venerable recomendacion que le atribuye la justicia, y escusarle el mal tratamiento. ¿ Pero quién encontró lástima en los envidiosos? ¿ consideracion en los temerarios? ¿ y dolor en los maliciosos? Siendo tan vulgar hallar estas calidades en los enemigos, de los cuales ninguno racional ó cristianamente discurrendo dejará de ceder (aun empeñado su odio) á la calificada verdad de esta historia, siendo máxima católica que lo que afirman dos ó tres es verdad íntegra.

Entre muchos que ofenden la monarquía y la nacion española, generalmente en las conquistas de Indias (que algunos refieren el príncipe de los eruditos don Juan de Solórzano Pereira, en sus doctísimos tratados del *derecho y gobierno de las Indias*, y en su *política indiana*. Y el padre Salinas, ya ci-

tado, *discurso 3, capítulo 4*), separarémolos dos: un celoso mal informado, y un enemigo bien satisfecho, para que se reconozca que la verdad no está en la ponderacion, ni el exceso en lo que abulta la envidia.

Uno escribía año de 1541 y siguientes con gran deseo de lograr lo que intentaba, *que parecia* (dice el Palentino Diego Fernandez en el primer capítulo de su *historia del Perú*) *muy justificado y necesario para la conversion de los indios, y para mejor conservarse el número de ellos, si de querer que se hiciese en poco tiempo y de golpe no resultáran mayores males y daños. Aunque confesaban su buen celo, alegaban su imprudencia, y la mucha vehemencia con que sin discurso trataba este negocio: negaban muchos de los rigores que alegaba, y decían ser inventados por él.* Observaron lo mismo Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés en la *historia general de las Indias, libro 19, capítulo 3 y 4.* Antonio de Herrera, *Décad. 2, capítulo 3*, y otros de que se hará mencion despues.

Entonces y antes censuró rígida é inciertamente á Juan Ponce de Leon, Lucas Vazquez de Ayllon, y Pámfilo de Narvaez, que intentaron la *Jornada de la Florida*, llamándolos *tiranos*. Y prosigue dicienddo: que *Hernando de Soto* fue el cuarto *tirano*, que no sabian de él tres años habia: *somos ciertos* (afirma) *que luego en entrando hizo crueldades, y luego desapareció; é que si es vivo él y su gente, que en estos tres años ha destruido grandes é muchas gentes, si por donde fue las halló, porque es de los marcados y espirimentados, é de los que mas daños, y males, y destrucciones de dichas provincias, é reinos con otros sus compañeros ha hecho; pero mas creemos que le ha dado Dios el fin que á los otros les ha dado.* Despues dice, que tres ó cuatro años despues salió de la *Florida* el resto de los

tiranos, que fue con aqueste *tirano mayor*, y que le contaron esquisitas y raras crueldades, mas de bestias que de hombres, y no quiere detenerse sino en las siguientes; porque las demas serian ó menos notables, ó mas inciertas: que para poner miedo á los indios hacian en ellos grandes matanzas, y como á bestias les affligian con las cargas; y si alguno desmayaba le cortaban la cabeza por no desatar la collera en que los llevaban, y caía el tronco á una y la cabeza á otro lado, como refirió de otras partes.

Que entrando en un pueblo, habiéndoles festejado y dado mas de seiscientos indios de carga, volvió á él un capitan deudo del *tirano mayor*, de su orden, y los destruyó matando á lanzadas al cacique rey de la tierra. Que dieron muerte á toda la gente de un pueblo grande, porque estaba mas recatado por las infames y horribles obras que habia oido. Que hizo cortar el *tirano mayor* á muchos indios, y especialmente á ducientos juntos que enviaron á llamar, ó ellos vinieron, desde las narices, con los labios y barba, dejándolos rasas las caras, enviándolos corriendo sangre á que llevasen las nuevas de las obras y milagros que hacian aquellos predicadores de la santa fé católica bautizados: y sin piedad (prosigue) que el mas infelice capitan murió como mal aventurado sin confesion, é no dudamos si no que fue sepultado en los infiernos, si quizá Dios ocultamente no le proveyó, segun su infinita misericordia, &c.

Encendió este celo, si no ambicioso mas empeñado que seguro, la relacion que dice le dieron los que salieron de la *Florida*: quiénes fueron, dónde le vieron, cómo se lo contaron, no consta, y aunque habla con libertad de verdadero fraile, como dice el obispo don fray Agustin Padilla, reconocida la *historia*, escrita por testigos de vista, todo es falsísimo; y si es verdad que se lo dijeron temerariamente le enga-

ñaron ; y festejó al engaño con exorbitantes conjeturas injuriando sin causa á tan *gran héroe*, tan animoso, desinteresado, ambicioso de honra, deseoso de la grandeza de España y estension de la santa fé católica. Y tanto horrorizaron á fray Agustin Padilla las imputadas crueldades, que dice no es justo nombrar al gran *Hernando de Soto* ni referirlas ; y le hubiera sido mejor examinarlas, pues vivian aun conquistadores cuando escribió, y no creerse de ligero aunque pudiera retraerle de este dictámen que *no atestiguaba de vista*.

Con otros héroes sucedió lo mismo á este celoso, y es reprendido por los que se hallaron presentes á los casos fingidos ó exagerados, como se puede ver en *Bernal Diaz del Castillo*, en su *conquista de Nueva-España*, cap. 83 y cap. 115. Fray Diego Lopez Cogolludo, *historia de Iucathau*, lib. 2, capítulo 13 y 14.

De hablar sin conocimiento resultó lo que observa juiciosamente fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona, en la historia del emperador Carlos Quinto, lib. 3o, §. 5, fol. 664, despues de haber dicho que este celoso trataba mal á los conquistadores, y daba ocasion de que escribiesen otros peor, y en ofensa de la nacion, como si hubieran sido tiranos. Prosigue así: *de la pasion sin ciencia, si bien con celo religioso, se tomó ocasion para dar memoriales contra algunos caballeros y capitanes, muy en perjuicio de los españoles. Y de aquí tuvieron los estrangeros motivo, por serles tan natural el odio que tienen á esta nacion, para hablar mal en las historias de españoles y hombres señalados, que mas que los romanos en sus tiempos hicieron en aquellas partes tan anchas inaccesibles, pobladas de bárbaros navegando mares inmensos &c.* Y lloró dolorosamente el *Inca* en sus *comentarios reales del*

Perú, tomo 2, libro 4, capítulo 3, folio 187.

Ya se vé el ningun fundamento que tiene la adivinacion, y aunque le salió incierta en el efecto uisob, á costa de todos y aun de la nacion cumplirla con la palabra, pues de la obra resultó lo contrario. Dió sin duda motivo á su discurso el concepto que tenia hecho de *Hernando de Soto*, en la conquista del Perú, bien distinto de él de las historias: pues en ninguna se halla accion injusta, y en cualquiera suya es muy estraña la calidad que inconsideradamente pinta, ni aun en las relaciones escritas por los que no le querian bien; que todos saben ser ficciones haber dado con el resuello del caballo en la cara á *Atahualpa*, y haber robado el cugin en que se sentaba, adornado de piedras preciosas: solo se lee en ellas haber sido el principal capitan de la conquista del Perú: y aunque hubiese cometido súbdito algun esceso, ya capitan general, honrado tanto por el emperador, hubiera mudado las costumbres fácilmente, sirviéndole de freno la nobleza de su sangre y el ejemplo que debia dar á los demas para la felicidad de la conquista y facilidad de su aumento: pues llevaba á esta empresa todo lo adquirido con tantos trabajos y fiado por sus amigos.

Las crueldades que sin duda especifica por mayores, ninguna historia ni relacion las escribe. Fundadas ván solo en la incertidumbre de sus congeturas y en su autoridad esterna, que sigue el obispo Padilla en la historia de la provincia de Santiago de Méjico, *lib. 1, cap. 53*, añadiendo ponderaciones á lo exagerado, y como no están referidas con señas, para que puedan averiguarse, pues ni se nombran lugares, personas ni sitios, deben reputarse por invencion para lastimar, y exageracion para meter miedo, como dice el vulgo.

Lo que mas asombra es el modo con que refiere

de la muerte de *Hernando de Soto*, sin confesion, hablando de un católico tan grande como pudiera de *Mahoma* ó *Lutero*, tanto que el padre fray Antonio de Remesal, en su historia de la provincia de San Vicente de *Chiapa y Guatemala*, lib. 4, cap. 2, no se atrevió á especificar esta autoridad, diciendo solo *Hernando de Soto*, que no fue el que menos enriqueció con la prision de *Atabaliba*, murió pobre y miserablemente en la *Florida*. Y en el cap. 26, lib. 8, despues de una miserabilísima muerte. Cuando es constante y notoria la buena disposicion que tuvo para morir que se confesó; y es de creer, que quien tan cuerdamente dispuso las cosas concernientes á su gobierno nombrando general exhortando á los soldados á lo mejor, no se descuidaria en lo que mas le importaba: pues lo afirman (sin otros muchos) *Alonso de Carmona*, *Juan Coles* y el otro conquistador que franqueó al *Inca* sus noticias: y pudo este celoso hablar con mas piedad de la salvacion de tan gran héroe, y tan buen cristiano, á quien Dios, entre tantos cuidados y ruidos, fue servido de dar muerte tan pacífica, conociendo (desde que le acometió el tabardillo, de que murió al seteno) que era llegada su hora y la del premio de los buenos deseos que tuvo de poblar y reducir el gremio de la santa iglesia católica y á la corona de España aquel vasto imperio, (aunque *Teodoro Bry* diga murió de flujo de sangre: *Uvyfiet* que de vergüenza de su suceso: *Thuano* y *Moreri* que de pesadumbre de no haber hallado las riquezas que buscaba; y *Juan Baptista Rhamusio* que le acabaron los indios); y aunque hubiese muerto sin estas prevenciones, no debia conjeturar nadie ni afirmar su condenacion; porque sería escandalizar y escandalizarse sin causa, como sucedió al carmelita que vió ahogar al padre fray *Jordan*, sucesor de nuestro padre santo *Domingo* en

el generalato en el viage á Tierra Santa, que hasta que se le apareció glorioso tuvo entendido que no era su vida como habia entendido.

El otro en pocas y elegantes palabras, *lib. 44* de las historias de su tiempo (Sentina de las calumnias contra los buenos y justos, como en sus *Annales del mundo* las llama el padre Felipe Briet, de la compañía de Jesus), derrama el veneno de su envidia diciendo: *Fernando de Soto* (hombre de que no se sabe si fue mayor la crueldad ó la avaricia) enviado á la *Florida* con una armada de mil soldados, la mayor parte veteranos, molestó por cinco años los miserables floridos para hacerles sacar el oro que se prometia, cavando los montes. Tuvo el suceso al revés de lo que esperaba, y de tristeza murió miserablemente podrido entre grandísimos dolores. La avaricia se vé en la liberalidad con que gastó cuanto habia adquirido, estrenando tan varios trabajos en el Perú por el servicio de Dios, del rey y su propia honra. La crueldad en los actos de excelente piedad que manifiesta esta *historia*: el deseo de oro en dejar los montes de *Apalache*: siendo evidente que mas que la tristeza fueron cómplices en su muerte sus peligros y las ingratitudes de sus súbditos.

Quedará tambien satisfecho el engañado Uvyfiet (*en el argumento de su descripcion Ptolemáica*, en el de la *tabla de la Florida fol. 178*), que pudo templar la pluma sin añadir el error de el año de la jornada de Hernando de Soto, de quien dice, que *rico con los despojos del Perú, revolviendo mayores cosas en su ánimo, logró que el emperador Carlos V. le diese el adelantamiento de la Florida, adonde navegó año de 1534, pero entregado todo á buscar minas de oro, sin cuidar de poblar, murió de tristeza, y sus compañeros fueron muertos y derramados por los indios, sin hallar las venas de*

oro que habia creído. De la codicia basta lo referido. La negligencia trae en su nombre el desprecio; porque no era discrecion de un conquistador tan famoso poblar provincias sin reconocerlas; y el animo de poblarlas, desde que puso el pie en ellas, se colige de haber enviado á descubrir puerto y á recoger socorros á la Habana; pero maltratada ó frustrada casi en su concepto esta resolucion con el temor de la fuga de sus soldados, fue la mayor prudencia quitarles la ocasion de huir escusando llevarlos al puerto, donde se pudieran embarcar. Para sosegarlos volvió la tierra adentro, alejándose del riesgo de perder su empresa; pero como no habia llegado el tiempo de iluminar aquellas provincias el esplendor de la fé católica, fue aniquilándose hasta el ánimo de conservarla aun despues de su muerte: bien que el arrepentimiento de los que dejaron á la Florida, teatro de tantos peligros, es prueba eficaz de lo que perdieron, pues no bastó á hacer infeliz la memoria de aquellas calamidades el cariñoso hospedage que hallaron en las amenidades de Méjico.

No es de omitir el testimonio que *Gerónimo Benzón* (enemigo de la gloria de España, como observaron *don Juan de Solórzano* y *Antonio de Leon Pinelo*) en la quinta parte de la *América*, de *Theodoro Bry*, fol. 48, levanta á *Hernando de Soto*, porque es otra falsedad insufrible: supone encontró indios que traían collares y joyas de oro, y que informado de ser naturales de regiones muy remotas, teniendo por cautela esta noticia, los mandó atormentar para que dijese de qué parte traían el oro, amenazándoles con quemarles vivos sino lo declaraban: medrosos prometieron guiarle, en ocho dias, donde abundaba este metal; y no habiendo parecido á los doce, mandó cortar las manos (serán las caras ya

referidas) á los caciques, y los despidió. Esta relacion nada tiene de verdad ni sospecha de que pueda tenerla: pues sin el caso que finge, las manos no se cortaron por *Hernando de Soto*, que ya era muerto, sino por *Luis Moscoso de Alvarado*, su sucesor, teniendo motivo bastante para darles muerte afrentosa, como falsos amigos, espías y traidores, segun cuenta el *Inca* en el *lib. 5, cap. 15*. Castigo igual al que en semejantes indios estrenó el gran héroe *Fernan Cortés*, como él mismo refiere en su segunda carta; y en crédito de la piedad de *Hernando de Soto*, cuenta despues *Benzón*, que habiéndole tratado un cacique de ladron cruel, y á propósito para cometer todo género de maldades, herido de estas palabras le dejó y pasó adelante: en que el menos propicio entenderá que quien perdonaba á los que le injuriaban con voces destempladas, no daría muerte á los que le hacian beneficios: porque repugna á la naturaleza del mas temerario, y acredita ser una fábula descompuesta la que *Benzón* compone y *Bry* traslada, que en la *parte 6, fólío 86 de su América*, repite las grandes molestias que causó á los suyos *Hernando de Soto*, y la crueldad que en todo género de tormentos usó con los indios, incitado de la ceguedad de su codicia; pero qué no dirán estos (como censuraba *don Juan de Solórzano*, en el *lib. 1 de su política indiana, cap. 8*), que siempre se están abrasando en envidia de las lustrosas y gloriosas acciones de los católicos &c.

Y lo que no exageraron habrá quien diga debemos agradecerles, teniendo manantiales, aunque impuros, de quien pudieran sacar maldades presümidas, para que los buriles trabajasen ansiosamente en delinear los pensamientos de los enemigos, y de los irritados.

De este modo son todas las cosas con que los es:

trangeros mortifican la fama de *Hernando de Soto*, á cuya gloria erigió la *historia* presente el *Inca*, aun ignorando tan calumniosas voces, las cuales no cesan de derramar los estraños en sus regiones, y aun las pasan á los pueblos de los indios, sin perder ocasion de infamar la virtud y el merecimiento de tan generosa nacion, apeteciendo como buena obra su aborrecimiento: no bastando concluirlos para avergonzarlos; porque como dice San Gregorio Niseno en la oracion de *Trinitate: Si absque causa odisse videantur causas adversum nos et crimina fingunt: nec in ullis suis dictis, usquequaque manent; sed nunc hoc, mox illud, rursus aliud, inimicitiarum adversum nos causam esse dicunt, ut nusquam firmiter consistit eorum malitia. Sed cum ab uno aliquo crimine repulsi fuerint, alteri adhærent, et ab illo rursus aliud arripiunt: et si omnia crimina dissoluta fuerint, odisse non desistunt.* Quien leyere esta *historia* conocerá en ellos fácilmente las frases del odio que descubre su verdad en la elegante sencillez de su contexto, índice de su incontrastable firmeza. Amiano Marcelino, *Rerum Gestar, lib. 5, cap. 14.*



CENSURA DEL R. P. M. Fr. PABLO YAÑEZ DE ABILÉS,
lector de teología y predicador mayor jubilado
del orden de san Bernardo, juez y examinador
sinodal del arzobispado de Toledo, y cronis-
ta general de S. M., y de sus reinos de España
y de las Indias.

M. P. S.

De orden de V. A. he leído la segunda impresion de los seis libros de el descubrimiento de la Florida y los comentarios reales de los Incas, reyes que fueron del Perú, cuyo autor fue el Inca Garcilaso de la Vega, descendiente próximo de los Incas por línea materna, capitan de las magestades católicas don Felipe II y don Felipe III. Y habiendo sido aprobados para la impresion primera en Lisboa en 16 y 26 de noviembre del año de 1604 por el R. P. Fr. Luis de los Angeles, religioso de san Francisco de Enxobreguas; y en Córdoba por el padre Francisco de Castro de la compañía de Jesus, y con las licencias así del santo oficio en 23 de noviembre, y en 4 de diciembre de dicho año de 1604 como reales en 21 de febrero de 1605, y en 15 de marzo del mismo año de 1605; y estando conforme con la impresion primera esta segunda, no tengo que notar sino suscribir á los primeros aprobadores que no tienen proposicion alguna opuesta á los dogmas católicos, reglas morales y pragmáticas ó sanciones régias; y así puede V. A. repetir la licencia de la edicion de ambas obras. El proemio que es nuevo y del erudito don Gabriel de Cárdenas es propiamente proemio; esto es, camino (segun la voz griega *Oimon* de que se deriva) por el cual se conocen los héroes conquistadores de las Indias, y los lectores se conducen á la clara noticia y famosa memoria de los he-

róicos capitanes y hazañas portentosas, que los extranjeros envidiosos no pudiendo negarlas dignas de cedro y cielo, han querido oscurecerlas, acusándolas de codicia de plata y de oro. Mas sobre las armas defensivas ó letras apologéticas de cuantos han propugnado la gloria de España en las conquistas del Orbe Nuevo, que la reservó la divina Providencia es Morrion, y prólogo Galeato el proemio presente, en que ajustándose á la grande cabeza del Inca Garcilaso, que por tradicion inmediata, por testimonio de la esperiencia y de la vista, y por relacion de los mismos conquistadores, es el historiador mas auténtico, confunde mas que concluye cuantas sátiras, cuantas fábulas y cuantas falsas criminationes han escrito los que hidrónicos de nuestras Indias han robado; en fin, á nosotros, españoles católicos, las tierras que nos acusaban usurpábamos á los idólatras. De este proemio, como del copiosísimo índice de todas las obras de nuestro Inca, diré lo que dijo Casiodoro de el de Posidio de las obras de san Agustin: (1) *Longum est illius viri singula quæque memorare, dum de ejus Opusculis indicandis Codex non parvus existat, qui quamlibet dicta ipsius breviter commemoret; tamen in numerosas progressus est paginas Lectionum.* Pues proemio é índice es probante historia de estas historias, en la que la brevedad concisa y clara vale por las narraciones absolutas y numerosas.

No necesita pues el grande Fernando de Soto, *Colón interior de la Florida*, de mas abono que el que consta del Inca Garcilaso, y comprueba el novísimo proemio: mas para que el juicio ingénuo discerna el espíritu con que algunos estraños afilaron las plumas contra la admirable adquisicion de las Oc-

(1) Casiodor. lib. Divin. Lect. cap. 16.

cidentales Indias, es digna de repararse para escupirse la blasfemia de Juan Petit en la crónica de Holanda en el libro sexto, en que dice que Hernando de Soto decia que era *hijo de Dios*, como si este catolicísimo y valerosísimo héroe se hubiera fingido el *Verbo divino* ó *Cristo* en la Florida, ó como si para los indios floridos fuera inteligible esta ficcion, siendo idólatras y siendo absolutamente ignorantes del idioma castellano y del significado de tal palabra. Cuando se quiera conceder alguna apariencia á tal y tanta mentira, se puede decir que Soto algunas veces diria por paridad asertoria ó afirmacion eficaz: *como soy hijo de Dios*, en que se testifica que Dios es criador, de quien el hombre es criatura, sin que se imagine la horrorosa blasfemia heretical de usurpacion de la deidad, como la de aquel paisano de Petit que se llamaba *Eon*, y decia tan necia como hereticalmente que era él *Eum qui indicaturus est indicare vivos, et mortuos, et sæculum per Ignem*. Tambien introduce el mismo Petit á un indio, hablando con Gerónimo Benzón contra los españoles, y nota que estos querian llamarse *cristianos* en las Indias; pero querria acaso quien tal nota que en las Indias no hubiese mas nombre que *Calvinistas*. Asi en cuantas impugnaciones cavilaron la envidia y la codicia contra la gloria indiana de nuestra España, tuvieron por dictadora á la infidelidad, y en el imperio de sus errores dejaron selladas sus cláusulas de mentiras.

En el año 1624 se imprimió en Amsterdám un libro del título que está al pie(1) de donde bebieron el autor del otro *Hispanicæ dominationis Arcana* y el de las *Vindicias*, y los demas contradictores de los rumbos de los españoles al Nuevo Orbe su infame infamato-

(1) *Der Uvest-Indis che Spiegel Durch Athanasium Inga Peruanvon Cusco, T. Amsterdam by Broer Tanssem.*

rio asunto, exornando cada maldiciente libelo con algunas quejas ó desórdenes particulares, que así como son pensiones de la fragilidad humana en que incurre este ó aquel individuo en el gobierno mas recto y mas santo, así no valen para prueba ni para confirmacion de que es tiránico algun dominio; pero para perpetua cárcel del libro de Amsterdám, fuente cenagosa del veneno difundido contra los triunfos de la fé española en las Indias, basta la falsa conversion del nombre de Garcilaso Inca en Atanasio Inga que hizo el inventor holandés, ó porque quiso desmentir á nuestro Garcilaso Inca fingiendo otro Inga Atanasio, ó porque dispuso Dios que mintiese hasta en el nombre de que se valía, para que constase era falso cuanto publicaba.

Si fueron los españoles los que aumentaron la audacia de cometerse á frágiles leños para surcar el Occéano por desconocidos rumbos, empeñados en buscar tierra donde solamente veian agua, y debajo de donde solamente afirmaban los geógrafos antiguos que habia puro activo fuego; mas solo impulso divino fue el que movió sus ánimos, dispuestos por la generosidad ó por la curiosidad, á emprender hazañas y á buscar novedades, para que por medio de estas disposiciones y por tales instrumentos, se efectuase la conversion de los remotos idólatras y vocacion de los gentiles: y no pudiendo tener los españoles noticia de oro, plata ó perlas de las tierras de que ni tenian noticia, fuera codicia agena aun de la fantasía expender caudales, arriesgar las vidas y entregarse á los absolutos peligros del mar, solo por la contingentísima y condicional duda de si hallarian tierra con riqueza.

Acuse el extranjero al ánimo español de presuntuoso, de ambicioso y de temerario, que acaso no le podrémos dar descargos tan evidentes; pero cese en

la acusacion de codicia , cuya falsedad manifiesta la misma naturaleza de España. Plinio dijo que casi toda España bullia en metales de plomo , azofar , plata y oro : *metallis Plumbi, Æris, Argenti, Auri tota fermè Hispania scatet*. Y aun por eso Catulo llamó á un español hijo de la España conejera : *Cuniculosæ Celtiberiæ Fili*; porque como expone Textor en la Cornucopia , llamó á España conejera por la multitud de minas de oro que taladran como vivares su suelo. Papinio cantó : (1)

Quidquid ad auferis eiectat Iberia fossis.

Plinio en otra parte dice , que Asturias , Galicia y Portugal , daban cada año veinte mil pesos de oro : *Vicena millia pondo auri Annis singulis Asturiam, atque Gallæciam, et Lusitaniam præstare*. Y á lo menos entendiendo una onza en cada peso suman ochenta mil doblones cada año que se sacaban de estas tres solas provincias. Y si esta era la flota anual española de dentro de España en sus regiones Occidentales , ¿cuál y cuánta sería la de sus regiones Meridionales? Strabon (2) dice de la provincia del Betis ó de la Andalucía , que hasta el tiempo de Tiberio no se habia hallado tal y tanto oro , plata y metal en tierra alguna como en esta de España : *Aurum, Argentum æs, nunquam terrarum neque tantum, neque tam provatum generari usque ad Tiberij tempora compertum est, quàm in Hispania*. Lo mismo refiere Pausanias. (3) Esteban Bizancio dice de la ciudad de Andalucía , llamada Tarteso , sea Cádiz ó Tarifa , ó en sus contornos : *Tartesus Iberiæ urbs dicta à flumine, quod ex argenteo Monte fluit*; esto es, del rio Betis , que fluye del monte de la Plata. Clau-

(1) Papin. *lib. 3. Silv.* (2) Strab. *lib. 3. Geograph.* (3) Paus. *in Eliacis.*

diano: (1) *Non Thartessiacis illum satiaret arenis:*

Tempestas pretiosa Tagi.

De aquí provino, que entre las abundancias y riquezas que dice que despreció Anacreonte, fue segun el dicho ó apophthegma suyo frecuente, que no quería imperar en Cádiz ciento y cincuenta años: *Nolle se Thartessi centum quinquaginta annos imperare;* significando á aquel rey de Cádiz Argantonio, de quien dijo Silio Itálico: (2)

*Argantoniacos armat Cartheia nepotes,
Rex proavus fuit humani ditissimus Ævi,
Terdenos decies emensus belliger Annos.*

Y Cartheia era tambien ciudad de la provincia Thartesia, ó la misma Tharteso segun Mela (3) tratando del estrecho de Gibraltar. Pero mas vale la autoridad sagrada expresa del libro primero de los Machabeos, cap. 8. *Et audivit Judas nomen Romanorum et quanta fecerunt in regione Hispaniæ; et quod in potestatem redegerunt Metalla Argenti, et auri quæ illic sunt.* Y mi padre san Bernardo en el libro tercero de la consideracion al Papa Eugenio III dice: que se habia envilecido la salud del pueblo español por el oro de España: *Nisi præ auro Hispaniæ salus populi viluisset.* Y constando que hasta el siglo duodécimo fue España la India Occidental conocida y apetecida de todo el Orbe viejo, sin que haya autor estrangero que no cante su oro, plata y metales preciosos, omitiendo otras autoridades y deducciones que prueban á las provincias de España tan Indias como las Indias, propongo á los estrangeros envidiosos esta dificultad que tengo para mí; ¿ó se acabaron ó agotaron en España las minas de

(1) Claud. lib. 1. in Ruffin. (2) Sil. Italic. lib. 3. Punicorum.
(3) Mel. lib. 3. cap. 6.

oro y plata, ó no? Si se agotaron (que es falso) los españoles buscaron otras por remedio de su necesidad, y no por anhelo de codicia. Si no se agotaron no es codicia, sino curiosa empresa inquirir otras minas á tan larga distancia, con tanta costa, peligro y contingencia; pues aunque las venas de España no sean tan fértiles, ni sus labores tan fáciles, se debía perdonar el menor logro y el mayor trabajo por asegurarse de tanto daño emergente en navegacion tan distante. Si digeren que Dios nos cerró ú ocultó los minerales propios, digan tambien que Dios nos abrió los remotos. Si dicen que nuestro gobierno es omiso en la riqueza del propio terreno, ¿por qué le acusan de codicioso y avaro en la del suelo apartado? Cesen en las detracciones de su envidia, que basta para su confusion esta evidencia; y no cabiendo en españoles tanta necedad que arriesgasen haciendas y vidas por una curiosidad, es necesario que se reconozca alguna superior mocion.

No se halló oro ni plata en la Florida, pero se hallaron perlas en los entierros de los caciques de la isla; y tambien acusa la malicia que Hernando de Soto y sus españoles quitasen las perlas que adornaban los templos ó casas de los sepulcros; pero á esta acusacion respondió prevenidamente Casiodoro: (1) *Aurum enim Sepulchris iuste detrahitur ubi Dominus non habetur: immo culpæ genus est inutilitèr abditis relinquere mortuorum, unde se vita potest sustentare viventium. Non est enim cupiditas eripere, quæ nullus se Dominus ingemiscat amississe. Ni Caco que introdujo el oro en el comercio, ni Indo, rey de la Sitya que dió la plata al uso humano fueron dignos de vituperio, de modo que no sean imitables en este universal negociado. Ni aquellos templos de la Flo-*

(1) Casiod. lib. 4. Epist. 34.

rida y otros de los indios eran sagrados, ni los sepulcros de sus caciques eran de cuerpos de santos para que fuesen plagiarios. Hernando de Soto y sus españoles no quisieron las perlas; mas valiera que los murmuradores tuviesen en sus adoratorios sagradas imágenes á que dedicasen dones de oro, incienso y mirra, que así no hicieran tanta fuerza en acusar á España de codicia. Córdoba es una de las ciudades de oro de nuestra España, y no es ahora ciudad de menos oro siendo sepulcro del gran Garcilaso de la Vega, Inca, auténtico, historiador, que en sus escritos dejó el mejor testimonio de los españoles, hechos en los descubrimientos de las Indias, por cuya prenda la repito el elogio de Marcial: (1)

*In Thartesiadis Domus est notissima terris,
Qua dives placidum Corduba Bætin amat,
Vellera nativo pallent ubi flava metallo,
Et linit Hesperium bractea viva pecus.*

Así como agradezco á quien saca á segunda luz tan preciosos escritos que los redima del peligro del olvido, de la consuncion del tiempo, y de la avara prision de los estantes de cara venta, que es gloria de la especie del descubrimiento de las Indias: pues si es tan inútil la sabiduría escondida como el tesoro encubierto: (2) *Sapientia abscondita, et Thesaurus invisus, quæ utilitas in utrisque?* En esta segunda luz ó impresion de estas historias se logra la utilidad de instrucciones que valgan para conquistar almas y preciosidades. Así lo siento: *Salvo meliori, &c.* En este monasterio de Señora Santa Ana del orden de mi padre san Bernardo de Madrid. Mayo 26 de 1722.

M. Fr. Pablo Yañez de Abilés.

(1) Martial. lib. 9. Epigram. 61. (2) Eccles. 20.



PRÓLOGO

DE

DON GABRIEL DE CÁRDENAS.

Fuera de la intencion que teníamos de callar hasta mejor ocasion, reconociendo ser inútiles las advertencias y recomendaciones de esta *historia de los Incas*, pues envuelve en sí misma su mayor aplauso, y la mayor alabanza de su autor, venerada aun por los *quejosos*, como dán á entender *Antonio de Herrera*, *Fray Antonio de la Calancha*. *Pinelo en su bibl. Ind. fol. 103.* *Gil Gonzalez de Avila, teatro de la iglesia del Cozco, fol. 36.* *Don Nicolás Antonio, biblioth. Hispana, T. 1. f. 394.* Celebrándola de copiosa, elegante, curiosa, verdadera y segura: porque en ella se vé juiciosa y distintamente todo lo que echó menos en las demas *Teodoro Bry, p. 9, de su Americæ en la salutacion á el lector. Authorum quidem multi, multa, eaque varia de Novo hoc reperto orbe, hispanorumque, in illo, rebus gestis, commentati sunt. Cæterum, qui de primordiis, ac primis quasi incunabulis istius gentis, de quæ orbis recentis natura, genio, ac proprietate exactius, et velut ex fundamento tradiderit hoc sæculo nedum rerper-*

tus quisquam uspiam est mihi quoque nullus adhuc visus liber est in quo primevorum indice indigenarum historice expediantur aut terræ eius singularia excutiantur &c. Baudoin la tradujo en francés imprimiéndola en dos volúmenes año 1658. Y otros ansiosamente han sumado su contexto teniéndole por el mayor apoyo de la verdad: nos ha parecido que no puede durar mas el silencio de dos cosas.

Una, la comunicacion de *don Cristóbal Colón*, y de el *P. Fr. Pedro Buil con Atahuallpa*, que afirma el *P. Honorio Philopono*, en el libro que intituló: *Nova Typis transacta, navigatio, Novi Orbis Indice Occidentalis admodum RR. PP. ac FF. reverendissimi, atque Ill. Buellio Cataloni, abbatis Montiserati, et in universam Americam, sive Novum Orbe S. S. apostolicæ legati et patriarchæ, sociorumque monachorum ex ordine S. P. N. Benedicti, ad supradicti Mundi Novi barbaras gentes, Cristi S. Evangelium prædicandi gratia delegatorum sacerdotum &c. Dimisis per S. DD. Papam Alexandrum VI. Anno 1492.*

Otra, no haber hecho mencion el *Inca Garcilaso*, de *Inti cusi Titu Yupanqui*, hijo segundo de *Manco Capac*, que por muerte de *don Diego Sairi Tupac*, (que aun vivia quando escribió *Diego Fernandez de Palencia su historia*) entró á continuar la sucesion de *Huaina Capac* en las montañas de *Villcapampa*.

En quanto á la primera, el *P. Philopono* afirma haber sacado su libro de varios escritores, dando á entender ir tan asegurado con ellos que (en el fol. 88) dice: *Ut verò nihil gratis, nihil tibi fabulari videamur.* Y el que se halláre sin individual noticia de los sucesos que refiere, se persuadirá fácilmente antes de examinarle, á que merece algun crédito: y porque

con mas brevedad nos desembarazemos desta primera advertencia, se referirá por mayor lo que asegure, para que se cotege con los autores que escriben estos sucesos.

Pone al fol. 10 el primer viage de don Cristóbal Colón cerca de primero de septiembre de 1502, y su vuelta de descubrir las Indias ó Islas de Barlovento (fol. 18) el de 1493. Y citando á Tomás Bocio de Signis Ecclesiæ: á Fumeé en la historia de Indias, lib. 1, cap. 2, (que es traduccion en francés de Francisco Lopez de Gomara) á Gonzalo Hernandez de Oviedo y Valdés en italiano, á Pedro de Cieza en la 2.ª parte de la historia del Perú, y á Genebrardo lib. 4. de su Crónica dice, que don Cristóbal Colón pasó á Roma á dar cuenta al Papa del nuevo descubrimiento; y que volvió á España con el P. Buil (que habia sido abad de Monserate), y doce monges Benitos, á los cuales recibieron con afabilidad notable los reyes católicos don Fernando y doña Isabel: que mandaron hacer el segundo viage á Indias á don Cristóbal Colón, su almirante; y prosigue: que partió de España á primero de septiembre del año de 1493, llevando consigo al P. Buil y á los doce religiosos de su orden: que llegaron á canarias, de donde salieron á 6 de septiembre, y navegando hácia el Polo Antártico, en mar desconocido, lleno de yerba, se hallaron cerca de Paria, cuatro grados de la línea equinocial debajo de la Tórrida Zona, con tan gran calor, que se podrian los bastimentos, reventaban las botijas y se derretia la brea (fol. 30). Que entonces prometió don Cristóbal Colón, animando á los suyos, que presto verían la isla de Haiti ó Española; y á no haber sobrevenido una tempestad furiosa, en que temieron pereciese la armada, se hubiera cumplido

la promesa ; pero que sosegada la borrasca, habiendo predicado *Fr. Buil*, y echado en el mar agua y aceite bendito, prosiguieron su viage y se hallaron en ocho grados del *Artico*, variando seis la aguja, con lo cual volvió á asegurar *Colón* estar cerca de la *Española*.

Que despues de 31 dias de la partida de *Canarias*, vieron la isla de *Santa Cruz* 400 leguas distante de la *Española*, donde llegaron navegando desde el cabo de las *Tres Puntas* ó *Mar Pario*: allí dice que levantó el *P. Buil* una gran cruz dando aquel nombre á la isla por este motivo, y que los *indios* cristianos que iban con *Colón* le informaron de otras *islas*: que habiendo surgido en la *Española*, halló el *almirante* muertos los soldados que dejó en el primer viage, saliendo á tierra con el *P. Buil*, el cual erigió otra gran cruz y empezó con los *monges Benitos* á predicar contra la idolatría, quemando y derribando en esta isla mas de 1700 ídolos de *Cemes*.

Que pasó el *almirante* á la isla de *Cuba*, donde tambien predicaron el *P. Buil* y sus *monges*; y despues de haber erigido otra cruz como en la *Española* y en otras islas, derribó ídolos, aras, y templos, fundó iglesias, oratorios y monasterios; y aun refiriendo algunos obispos de la *Española* dice (fol. 58): *Qui omnes, à fratre, et monacho ordinis Sancti Benedicti, Buellio: utpotè patriarcha, ac Novi Orbis S. Pontificis Romani, et Papæ Vicario, in episcopos ordinati, et consecrati sunt.* Reprende á *Juan Mayer*, frisigiense, en el *Epitome* de las *Coronicas* á *Juan Metello*, y al *P. Gonzaga* del órden de *san Francisco*.

Afirma despues que *Colón* pasó á *Jamayca* (ó *Orista*) isla fertilisima, donde el *P. Buil* mandó hacer una enramada para que se dijese misa, y que estan-

do celebrándola vino un *cacique* á quien y á los suyos admiró la *devocion* de los *castellanos*: que fenecida habló á *Colón*, el cual respondió al *indio*, que *Buil* y sus *monges*, *nuncios* y *apóstoles* de la *divina palabra*, le darian á entender mejor lo que habia dicho creia del *premio* de los *buenos* y *castigo* de los *malos* y otras cosas.

Empieza luego el *P. Philopono* á tratar del descubrimiento del *Perú* (*fol. 67*), refiriendo que llegaron al *Darien* los *españoles* año de 1597, y que envió el *almirante indios* con algunos *españoles* á reconocer hasta los confines del *Perú*, de que tuvo *Atahuallpa* noticia; y sabiendo por sus *caciques* haber otro mundo y otros hombres muy valientes, deseoso de conocerlos envió algunos *indios* principales á recibirlos con licencia y salvo conduto para llevarlos al *Cozco*. Concedióse á los *indios* fuesen con ellos algunos *españoles*, los cuales hicieron amistad con el *Inca*, jurando antes volverse á sus navíos sin hacer mal á nadie; y habiendo dado cuenta al *almirante* de esta nueva alianza, dejando los navíos en el *Darien*, tomó el camino del *Cozco* acompañado de 27 hombres armados á caballo, 100 escopeteros y algunos nobles y coroneles *españoles*, del *P. Buil*, y otros religiosos sacerdotes, que llevaron un libro de los *Evangélicos*, en que estaban pintados los casos de los *artículos de la Fé*.

Iba el *P. Buil*, patriarca, vestido con una cogulla roja, y sobre el roquete llevaba el pálio apostólico y una cruz en la mano: así subió en los reales carros de *Atahuallpa*, que tiraban *huanacus* (ovejas de la tierra).

Antes de llegar á la ciudad de el *Cozco* pidió el *almirante* á los *indios* principales que le acompañaban enviasen delante algunos *indios* que dispusie-

sen su entrada en la corte. Llegaron á los arrabales del *Cozco*, y *Atahuallpa* destinó *indios* de guerra que estorbasen cualquier alboroto, y librasen de molestias á los *españoles*; porque concurrió tanta gente á la novedad, que fueron heridos en la apretura muchos *indios*, los cuales se hincaban de rodillas, hacian grandes sumisiones hasta el suelo, adorándolos por dioses, y con mayor veneracion á los de los caballos.

Cuando al llegar delante del gran palacio de *Atahuallpa* dispararon los arcabuceros, unos *indios* cayeron en tierra asombrados, otros huyeron medrosos á sus casas; y aun el mismo *Atahuallpa*, que miraba con horror las armas de fuego, informado de la causa del estruendo, pidió al *almirante* no le saludase de aquella forma otra vez.

Que entró el *almirante* con el *P. Buil* en palacio, y habló á *Atahuallpa*, deseándole de parte del *rey* paz, salud y felicidad, para cuyo logro eterno dijo le enviaba aquellos religiosos de *San Benito*, predicadores de *Dios*, en que conocería el amor y benevolencia del *rey* á el *Perú*, y en su real nombre le ofrecia aquellos regalos que manifestó en un vestido español, un venablo, máscaras, espejos, cuchillos, agujas y otras cosas.

Quedó *Atahuallpa* admirado de la magestad de los *reyes de Europa*, y de que hubiese mas tierra que el *Perú*, con gentes que negasen sus dioses, y defendiesen otra vida eterna despues de esta: enseñóle (prosigue) el *almirante* el modo de cultivar el uso del *pan* y *vino*, ofreciéndole labradores si daba la obediencia al *Papa*.

Atahuallpa mandó poner el vestido á un *indio* que á todos pareció monstruo. Agradeció con singulares ceremonias el regalo y la benevolencia del *rey*, y mandó á su camarero que aposentase á los *espa-*

ñoles esplendidamente en las casas destinadas para este efecto, donde estuvieron tres días: al cuarto los llamó *Atahualpa*: fueron á verle los seglares con muchas galas, y los eclesiásticos con gran ornato, y el *P. Buil* con el libro de los *Evangelios* en la mano: predicó un sermón á *Atahualpa*, quien imaginó que el libro hablaba; pidióle, y tomándole en la mano le ojeó, llególe varias veces á los oídos, y como no percibía nada, le arrojó en tierra. Coléricos los *españoles* (creyendo que ultrajaba su religion) quisieron acometerle, pero templólos el *P. Buil*; y sosegado el alboroto se volvieron á su alojamiento los *españoles*.

Que despues llamó *Atahualpa* al *almirante Colón* y al *P. Buil*, y los dijo: necesitaba tiempo para averiguar si él y su reino habian de recibir la *religion cristiana*: que si querian estar mas en el *Perú* lo permitiria; pero conociendo los *españoles* no estar seguros, pasados algunos días se volvieron al puerto, donde halló el *almirante* que de los que quedaron en guarda de las naves, muchos que intentaron penetrar la tierra, habian sido muertos por innumerables *indios*, librándose pocos que escaparon huyendo; por lo cual se quejó á *Atahualpa* de la iniquidad de los suyos, diciéndole que si no queria la amistad de los *españoles*, le denunciaba guerra: lo cual despreció *Atahualpa* á persuasion de su muger y de los falsos sacerdotes de sus *ídolos* que (dice) se llamaban *quienes*.

Describe la region del *Perú* generalmente afirmando haberla descubierto año de 1494 don *Cristóbal Colón*, como todas las demas islas del *Nuevo-Mundo*, aunque algunos con gran injuria y envidia le quitan esta gloria. Añade que despues, año de 1525, sujetó *Francisco Pizarro* al *Perú*; y refiere que pa-

ra vengar la muerte de los que fueron con el *almirante* se hizo armada, en que fueron muchos *indios canibales*, enemigos jurados de los *peruanos*, con los cuales despues de muchas batallas prendieron á *Atahuallpa*, ó segun otros tomaron el reino, quitando de enmedio á *Huascar* y á *Atahuallpa*, á quien ahogaron y quemaron, ó enterraron en el *Cozco*.

Prosigue contando en este modo algunos sucesos de las islas de *Barlovento*, *Nueva-España* y otras partes, y concluye: (fol. 96) *Intentum meum, hoc in loco, tantum est, ut demonstrem monacos Sancti Benedicti, primos, et primates, archiepiscopos, et vicarios SS. D. Papæ fuisse in totam Americam (de quibus in hunc, usque diem, soli, et ambitiosi nimis, aliqui gloriantur) et ibidem episcopos, præpositos, decanos, parœcianos Novi Orbis consecrasse, ordinasse, et instituisse ecclesias, nempè, qui super alios clericos, et ordinum fratres supremum habuerunt, in ordinandis, et instituendis americanis ecclesiis, et monasteriis, officialatum, Jurisdictionem, ac spiritualem principatum, quod tibi jam satis, suprâ demonstravimus testibus. Si aliis fluctuat nautica narratio adscribe, ut suprâ dictum, penuriæ librorum, et corrige, quæ minus ad Norman dicta sunt.*

Esta relacion opuesta á lo que el *Inca* y los *historiadores* de las *Indias*, afirman y consta por documentos auténticos, sin tomarnos la licencia que dá el *P. Philipono*, nos obliga á manifestar la verdad brevemente segun refiere *Herrera*, *Décad. 2, lib. 2, cap. 3 y siguientes* dice: que descubiertas por *Colón* la *Española* y otras islas, despues de seis meses y medio de viage volvió á *España*, pasó á *Barcelona*, donde estaban los *reyes católicos*, que informados del descubrimiento dieron cuenta al *Papa*, y man-

dando prevenir lo necesario para el segundo viage de *Colón* enviaron con él á *fray Buil*, catalán, con autoridad apostólica y otros religiosos, á los cuales dieron todo lo que necesitaban para el culto divino. Volvió á *Sevilla Colón* y se hizo á la vela en *Cádiz*, á 25 de septiembre de 1493, yendo con él *Alonso de Ojeda*, *Juan Ponce de Leon* y otros, los cuales llegaron á la *Española* ó *Santo Domingo*, y sabiendo que el cacique *Caunabo* habia muerto á los *españoles* que dejó allá con *Diego de Arana*, aconsejaba el *P. Buil* al almirante prendiese á *Guacanari*, rey de la provincia del *Marien*, hasta que diese mejor disculpa sobre la muerte de los *españoles*.

Que al fin del año referido empezó el *P. Buil* á fabricar una iglesia en la villa (que llamó *Colón*) *Isabela*, y *Colón* la fortaleza de *Santo Tomás*, de la cual se volvió á la *Isabela*, donde la escasez de alimentos de Castilla precisó al almirante á mandar que trabajasen en moler trigo hasta los nobles; de que empezó á indignarse contra él *fray Buil*, reprendiéndole de cruel: otros dicen que su odio procedió de no darle para sí y para sus criados las raciones tan crecidas como quisiera.

El año 1494 hizo el almirante al *P. Buil* de su consejo, y queriendo los que le componian reprender á *Mosen Pedro Margarit*, gobernador de *Santo Tomás*, se enojó tanto este de que le culpasen, que en la primer ocasion que tuvo se embarcó á España, trayéndose al *P. Buil* y otros de su bando, dejando espuestos á los *españoles* á que acabasen con ellos los *indios*.

Margarit y el *P. Buil*, como se conformaron en venirse juntos á España, se unieron á decir mal de las *Indias* y desacreditar la empresa, porque no hallaron

oro en las arcas ni en los árboles para traer con la abundancia que imaginaron y quisieran: intentaron persuadir á la corte que el *almirante* procedía mal; cuyas quejas, unidas á muchas cartas de disgustados, movieron á los *reyes católicos* á enviar á la *Española* á *Juan Aguado* por abril de 1495, y llegó por octubre cuando ya sabía el *almirante* los malos oficios que le hacían *Margarit* y el *P. Buil*: por lo cual determinó venir á *España*, donde llegó á 11 de junio reconociendo algunas islas, á que no pudo asistir ya el *P. Buil*, que desde el principio de 1495 estaba en *España*.

Francisco Lopez de Gomara, fólío 13, concuerda en que los *reyes* enviaron correo á *Roma* con la relacion de *Colón*, y fue espedida la *bula* de la conquista, con tal que conquistando las *Indias* enviasen allá predicadores á convertir los *indios*, y para comenzar la conversion de los *idólatras* conforme á la voluntad y mandamiento del *Papa* &c. Buscaron doce clérigos de ciencia y conciencia, para que predicasen y convirtiesen juntamente con *fray Buil*, catalán, que iba por vicario del *Papa* con breve apostólico.

Refiere haberse embarcado el mismo día 25 de septiembre *Colón* llevando su derrota mas cerca de la equinocial que la primera vez que reconoció la isla *Deseada*, y sin parar llegó á *Puerto de Plata* de la isla *Española* y luego á *Puerto Real*, donde quedaron los 30 españoles: y que habiendo hecho el *almirante* la poblacion de la *Isabela* y dado otras providencias, se fue con tres carabelas á descubrir tierra, como le mandaron los *reyes*, y descubrió á *Cuba* por el lado *Meridional*, y á *Jamáica* y otras menudas islas.

Que vuelto á la *Española* castigó á algunos por haber tenido poco respeto á sus hermanos y hecho mal

á los indios. Y como parecia recio y malo aunque fuese justicia, ponia entredicho el vicario fray Buil para estorbar muerte y afrenta de los españoles. El Cristóbal Colón quitaba de su racion y la de los clérigos, y así anduvo la cosa muy revuelta mucho tiempo; y el uno y el otro escribieron sobre ello á los reyes, los cuales enviaron allá á Juan Aguado, su repostero, que los hizo venir á España como presos á dar razon de sí delante de su alteza: aunque dicen algunos que primero se vino el fraile y otros quejosos y querellantes que informaron muy mal al rey y á la reina. Reprendieron los reyes al almirante los castigos que habia hecho, y volvió á las Indias á seis de mayo de 1497, que fue cuando llegó á Paria costean-do 330 leguas que hay hasta el Cabo de la Vela; y volvió á Santo Domingo, de donde le envió preso Francisco de Bobadilla, que pasó á Indias año de 1499, y estuvo en España, hasta que el año de 1502 volvió á la Española, donde no quiso recibirle Nicolás de Ovando, y él se fue á Cabo Escondido, y de allí hasta el Cabo de Higueras; siguiendo despues la costa Meridional hasta Nombre de Dios; de donde volvió á Cuba y Jamáica, y se detuvo un año.

Despues en el cap. Milagros, en la conversion, fol. 19 de la primera parte, dice: fray Buil y los doce clérigos que llevó por compañeros comenzaron la conversion de los indios; aunque podiamos decir que los reyes católicos, pues sacaron de pila los seis indios que recibieron agua de bautismo en Barcelona, los cuales fueron la primicia de la conversion. Y aunque segun esta relacion pudo fray Buil acompañar á Colón á Cuba y Jamáica, no consta, ni volvió á Indias despues, que desazonado con él se vino á España.

Gonzalo Fernandez de Oviedo, lib. 2, cap. 7 de la crónica de las Indias (habiendo tratado ser justo afirmar que Santiago y san Pablo plantaron en las Indias la fé católica despues que en España) dice: que vió por abril de 1493 llegar á Colón á Barcelona con los primeros indios; que el mas principal pariente del cacique Guacanagari, se llamó don Hernando de Aragon, y otro don Juan de Castilla &c. Siendo sus padrinos los reyes y el príncipe don Juan, y á 27 de mayo dieron título de almirante á Colón. Y prosigue cap 8. Pues conforme á lo amonestado por el Santo Padre en su bula y donacion apostólica, acerca del cuidado que se debe tener en la conversion de los indios, vinieron religiosas personus de aprobada y santa vida y letras; en especial fue escogido para esto fray Buil, del orden de san Benito, natural de Cataluña: al cual el mismo Santo Padre dió plenísimo poder para la administracion de la iglesia en esta parte, como prelado y cabeza de los clérigos y religiosos que en aquesta sazón acá pasaron para el servicio del culto divino y conversion de estos indios &c. Cuenta los ornamentos, vasos é imágenes que llevaron, y que para cumplir los reyes lo que Alejandro VI mandaba en su bula, buscaron en todos sus reinos tales personas como eran necesarias, así de eclesiásticos como de seculares; embarcado Colón con ellas, salió de la bahía de Cádiz, miércoles 25 de septiembre de 1493, con 17 bageles y 1500 personas, y en esta armada vinieron personas religiosas, y caballeros, y hidalgos, y hombres de honra, y todas cuales convenia para poblar tierras nuevas, y las cultivar santa y rectamente en lo espiritual y temporal.

Que llevó el viage mas derecho, y vió las islas De-

seada, Marigalante, Guadalupe, la Barbada, el Aguja, el Sombrero, el Anegada, las Virgenes, Boriquen al Norte: al Mediodia la Dominica, Todos-Santos, Martinino y otras que no afirma descubriese en este segundo viage; pero divisándose unas desde otras es natural que las viese. Hizo aguage en una y reconoció á Boriquen, desde donde navegó á la Española, y entró en Puerto de Plata, á la banda del Norte por diciembre de 1493, y de allí pasó á Puerto Real, de donde (hallando muertos los 38 españoles que habia dejado) volvió á poblar la Isabela (como repite mas estensamente cap. 12), desde donde partió á descubrir con dos carabelas, dejando á su hermano don Diego Colón por su teniente, y al comendador Mosen Pedro Margarit por gobernador de Santo Tomás. Reconoció á Cuba, descubrió á Jamáica á 25 leguas de Santo Domingo, volvió á la Española en dos meses y medio poco mas ó menos de viage, y se informó si vivia Mosen Pedro Margarit, y sabiéndolo mandó que él y los que le acompañaban viniesen á Santo Domingo (á donde se habian mudado de la ciudad Isabela) á repararse, y cobraron salud él y su gente.

Trata despues de las discordias entre el almirante y el P. Buil, á que dió motivo la justicia que el almirante hacia; el almirante (dice) era culpado de crudo en la opinion de aquel religioso, el cual como tenia las veces del Papa, íbalo á la mano; y así como Colón hacia alguna cosa que al fraile no pareciese justa en las cosas de justicia criminal, luego ponia entredicho y hacia cesar el Oficio Divino, y en esta hora el almirante hacia cesar la racion, y que no se le diese de comer á fray Buil ni á los de su casa. Mosen Pedro Margarit y los

otros caballeros entendian en hacerlos amigos, y tornábanlo á ser, pero para pocos dias, porque como el almirante hacia alguna cosa de las que está dicho, aquel padre le iba á la mano, y tornaba á poner entredicho y á hacer cesar las horas y Oficio Divino, y el almirante tambien tornaba á poner su estanco y entredicho en los bastimentos, y no consentia que le fuesen dados al fraile, ni á los clérigos, ni á los que los servian: que de esto nacieron diversas opiniones (que serán las honestas contenciones que dice Bocio, lib. 1, de *Signis Ecclesiae*, nacian entre Buil y el almirante, sobre no maltratar los indios) de que informaron á los reyes católicos, que enviaron á Juan Aguado: que desde á pocos dias dijo al almirante que se aparejase para ir á España; lo cual él sintió por cosa muy grave, y vistióse de pardo como fraile, y dejóse crecer la barba; esta vuelta del almirante á España fue año de 96 en manera de preso, puesto que no fue mandado prender: y mandaron llevar el rey y la reina á fray Buil y á Mosen Pedro Margarit, y fueron á España en la misma flota &c. Y aunque por cartas desde acá, y despues personalmente oyeron á fray Buil y otros quejosos, y fueron aquellos bienaventurados príncipes informados de las cosas del almirante, y por ventura haciéndolas mas criminales de lo que eran, (véase lib. 3, cap. 3) le perdonaron y mandaron volver á las Indias, y que llevase religiosos que enseñasen la doctrina cristiana (Herrera cap. 2, lib. 3). *Décad. 2*, porque Mosen Pedro Margarit fue el principal testigo que los reyes tomaron, y le dieron mas crédito en las cosas que habian pasado en el segundo viage de Colón.

Partió el almirante de Cádiz en el mes de mar-

zo de 1496 (algunos dicen 1497); llegó á *Canarias* y enviando tres carabelas á la *Española*, con las otras tres fue á las islas de *Cabo Verde* y á reconocer la isla de la *Trinidad*. Vió el *Palmar*, primer *Tierra-Firme*, y mucha parte de la costa de ella pasando la *Boca del Drago*: descubrió entre otras islas á *Cubagua* y la *Margarita*, y llegó al *Cabo de la Vela* 130 leguas distante de la *Boca del Drago*; y atravesando el Golfo que hay entre la *Española* y *Tierra-Firme*, surgió en *Santo Domingo*, donde halló algunos aficionados ó inficionados de las pasiones viejas del tiempo de *fray Buil*; y habiendo reformado la ciudad de la *Concepcion* de la *Vega*, y fundado las de *Santiago* y *Bonao* volvió á *España*; y los reyes católicos le confirmaron sus privilegios á 23 de abril de 1497.

Despues de su prision reconoció á *Jamáica*, *Cabo de Higuera*, *Islas de los Guanages*, *Cabo de Gracias á Dios*; y tomando la vuelta de Levante costa arriba, descubrió la provincia y rio de *Veragua* (que llaman *Yebra* los indios), el rio de *Belén*, el de *Chagre*, que llamó de *Lagartos*, llegó á *Nombre de Dios* y hasta el *Cabo de San Blás*, descubriendo cerca de 200 leguas de *Tierra-Firme* hasta el *Cabo de Mármol*: y reconocida parte de la costa del Sur de *Cuba*, pasó á *Jamáica*, y de allí fue á *Santo Domingo*, y vino á *España*, donde murió año de 1506. Tampoco consta que *fray Buil* se hallase en estos viages, ni viese ni pudiese ver (porque estaba en *España*) á *Tierra-Firme*; otros autores dicen lo mismo, aunque con la diversidad de estos que van conformes para nuestro intento, y es lo que resulta de algunos pleitos, que *don Diego Colón*, hijo del almirante, siguió con el fiscal, sobre estos descubrimientos y cumplimiento de lo capitulado.

No hemos hallado que el *P. Buil* recibiese de mano del *Papa* el pálio, ni que fuese á *Roma* con ocasion del descubrimiento, ni á *Paria*, ni que pusiese nombre, ni se hallase en el descubrimiento de la *isla de Santa Cruz*, ni en el de *Cuba*, ni *Jamáica*, ni que ordenase, ni consagrarse obispos, ni hiciese mas monasterios ni capillas que la iglesia de la ciudad de *Isabela*, donde llegó al fin del año 493. Y es incierto que *don Cristóbal Colón* pasase con la noticia de su descubrimiento, llevase los *indios*, ni se bautizasen en *Roma*; pues de las historias referidas solo parece haber sido elegido el *P. Buil* como religioso y docto, y nombrado por vicario apostólico del *Papa*, y cabeza de los doce clérigos que le acompañaron, buscados por toda España con gran desvelo y cuidado. Que pasó á Indias con *don Cristóbal Colón* en el segundo viage por camino mas derecho que el primero hasta *Puerto de Plata* y *Puerto Real* segun *Gomara*, donde llegó (dice *Oviedo*) por diciembre de 1493. Que poco mas de un año despues se volvió á España con *Mosen Pedro Margarit*, ó que le envió *Juan Aguado*, el cual ya estaba nombrado por juez de residencia en abril de 1495, aunque *Oviedo* pone su venida á España el año de 1496, y es evidente que nunca volvió á las Indias el *P. Buil*.

De que se infiere ser manifiesto engaño de *fray Honorio Philopono* querer pasase al *Darien* *fray Buil*, y del *Darien* al *Perú* con *Colón*; porque aunque *Colón* llegó cerca del *Darien*, no supo del *Perú*, ni le vió, ni tuvo noticia de *Atahuallpa*, ni reinaba entonces, ni reconoció otra cosa que lo referido por los autores citados; pues nada hay mas sabido que el tiempo y modo del descubrimiento del *Perú* en la

forma que el *Inca* le escribe en la 2.^a parte de sus *comentarios*, lib. 1. Y concordando sustancialmente le siguen los demas autores.

Hemos pensado muchas veces sobre el motivo que el *P. Philopono* pudo tener para escribir tan inadvertidamente estos sucesos, confundiendo acciones, tiempos y héroes, y no hallamos otro que haberle engañado; porque *Gomara* á quien cita habla de *don Francisco Pizarro* en el lugar que refiere, 20 años despues de muerto *Colón*; y los demas no dicen nada de lo que afirma; y para autorizar que el *P. Buil* fue el primer *vicario apostólico* que pasó á las *Indias* y plantó la religion (no constando que sacerdotes fuesen con licencia ó permission del diocesano en el primer viage de *Colón*, como se entiende fueron por la estrecha comunicacion que el *almirante* tenia con *fray Juan Perez de Marchena*, gran cosmógrafo del convento de la Rabida, media legua de *Palos*, con quien se confesó al salir al primer viage) no necesitaba de estos fingimientos, que como cosa notoria la suponen las historias.

Esto por una parte, y por otra ser el *P. Philopono* venerable por doctrina y piedad, nos hace persuadir á que no vió algunos autores que cita, y mucho menos en los originales: quéjase de la penuria de libros, fol. 95 et 96. *Ego librorum egestate pressus scribere, aut dicere plura non potui de hae nostrorum Monachorum in Americam per Alexandrum VI, pontificem instituta expeditione.*

Confiesa no haber visto sino citado á *Pedro Martin de Angleria*, fol. 63. Usa de *Oviedo* traducido en italiano, y de *Gomara* en francés por *Fumeé*: á este le cita para cosas distintas de lo que intenta autorizar con él; á aquel (fol. 58) poniendo en italiano

*capo de gli altri Chierici et religiosi al colto divino é á la conversione di questi Indiani: añade (en español bárbaro) que no iba por arzobispado ni obispado en el Mundo Nuevo sino por vicario del Papa. Lo cual no está en el original español, y dán á entender estas palabras ser nota de alguno que le comunicó la autoridad para advertirle (aunque mal explicado) lo que habia sido el P. Buil: ni pueden estar en la traduccion italiana, porque están en español juntas á lo italiano. Y donde tradujo el italiano: *hora secondo che il Pape nelle sue Bolle &c.* Que corresponde al castellano: *Pues conforme á lo amonestado por el Santo Padre en la Bulla*, traduce en latin Philopono, fol. 26. *Hora secunda in data Bulla, anno 1439, ordinavit Papa.* Lo que deja sin duda haber sido influjo ageno adoptado por error propio.*

Otras reflexiones que pudieran hacerse sobre sus discursos, cotejándolos con los autores referidos, dán á entender con claridad que alguno comunicó las autoridades al P. Philopono, y se las confundió de suerte que no pudo averiguar las equivocaciones que traian, y menos escribiendo en tan remota provincia como *Stiria*, pues aun en *España* es trabajoso apurar la verdad en estas historias; merece pues disculpa el error que no pudo conocer por falta de materiales para la inteligencia, sino fue burlar su confianza la persona que le dió las autoridades y las noticias, ó de el que abrió las hermosas estampas que tiene, que informan á los ojos de cosas mas estrañas que percibe el pensamiento en casos no sucedidos y que requerian eficacísimas pruebas.

En quanto á la segunda estuvimos remisos algun tiempo, habiendo visto al P. M. Antonio de la Calancha en la crónica moralizada del orden

de san Agustín en el Perú, lib. 4, desde el cap. 2 al 5. El cual disculpa el silencio del Inca en el cap. 2, n. 2, fol. 793, y en el cap. 4, n. 5, poniendo la omisión en las relaciones que cuando estaba escribiendo le enviaron del Perú, hallándose en España, aunque asegura Calancha haber sacado lo que escribió de informaciones auténticas hechas por vireyes, audiencias y gobernadores; pero habiendo hallado en la librería del señor don Andres Gonzalez de Barcia, de los consejos de Castilla y guerra, dos cartas del mismo Inti Cusi Titu Yupanqui, y un resúmen breve de los reyes Incas del Perú, en que se contenia este Inca (sin el renombre de Quispe) resolvimos dar brevemente noticia de él, para que historia tan insigne quede mas completa, y trasladar las cartas, que darán gusto á quien deseáre saber el estado en aquellos tiempos de los Incas del Perú.

Ignórase si luego que el Inca Sairi Tupac salió de Villcapampa fue aclamado Inti Cusi Yupanqui, ó quedó mandando á los demas Incas y indios como heredero inmediato á Sairi que carecia de hijos varones, aunque es mas conforme al uso que tenian aquellos reyes, bien que mudado en la mayor parte por la necesidad y desconveniencia que padecian, que esta aclamacion se hiciese despues de saber los Incas de la familia real la muerte de Sairi retirado en Yucay de que hace mencion el Inca, lib. 8, cap. 11 de la 2.^a parte de sus comentarios reales, legitimando por este motivo la sucesion de Tupac Amaru (en el cap. 16) último Inca descendiente varon de Huayna Capac, padre de Huascar y Atahualpa.

Lo cierto es que Inti Cusi Titu Yupanqui vivia en las montañas de Villcapampa del mismo mo-

do que *Sairi* antes que saliese á instancia de el virey don *Andres Hurtado de Mendoza*, *marqués de Cañete*, menos defendido y seguro, porque con la salida á *Tierra-llana de Sairi*, y la frecuente comunicacion de *indios y españoles* con los retirados en las montañas, quedaron mas fáciles los caminos, derribados los embarazos, allanadas las quiebras y malos pasos que los hacian inaccesibles, pero con numerosa guarda de *indios*, sin que esta facilidad desvaneciese la natural aspereza y peligro de aquel sitio.

¶ Pero venciendo uno y otro y las mentiras que por desviarle del camino decian los *indios*, segun las órdenes que tenian del *Inca* el año de 1566, entró en las montañas de *Villcapampa* el P. *fray Marcos García*, natural de *Oternélo* en el reino de *Leon* (habiendo comunicado antes su determinacion con *fray Juan de Vivero*, prior del convento de *san Agustin del Cozco*, donde era conventual) llegó hasta el pueblo de *Puquiura*, donde estaba entonces el *Inca Inti Cusi*, el cual le recibió muy enojado porque se habia atrevido á llegar al pueblo en que residia, y mayor indignacion le causó el motivo que llevaba de predicar contra la idolatría; pero *fray Marcos*, discreto y celoso, supo poner la conveniencia del *Inca* en su entrada: de modo que en pocos dias alcanzó su permission para predicar y hacer iglesia en *Puquiura*, distante dos leguas de *Villcapampa*, donde tenia el *Inca* su corte y ejércitos, y fue el primer templo que hubo en los lugares de aquellas montañas.

¶ La bondad y caridad de *fray Marcos* atrajo muchos *indios principales* á su devocion, cobrándole tanto afecto, que le entregaban sus hijos para doctrinarlos, y enseñarlos á leer y escribir, y alguna policia,

desterrando la barbaridad de algunas costumbres. En todo el año de su entrada y el siguiente de 1567, convirtió muchos *indios*, cuyo número aumentaban los que venian huidos del *Cozco* y otras partes, ya cristianos ó con algunas señales del cristianismo. Sentó en el pueblo una copiosa doctrina en mejor forma que se pudiera imaginar; adornó los altares de la iglesia; introdujo procesiones y otras ceremonias eclesiásticas de que gustaban los *indios*, tanto que creyó dejar reducida en breve tiempo aquella provincia.

Los falsos sacerdotes de los *idolos* que observaban los efectos de la predicacion de *fray Marcos* en el desamparo de la idolatría, persuadian eficazmente al *Inca* su muerte ó destierro, de suerte que le hacian enfurecerse contra él; pero cuando llamado venia á su presencia, mudaba en ternura y afecto la cólera solicitada por sus enemigos: lo cual sucedió repetidas veces, hasta que conociendo *fray Marcos* que la templanza del *Inca* cuando estaba presente podia abrir puerta mas fácil á su conversion, procuró instruirle poco á poco en las cosas de la fé con ingeniosa destreza y suave ardimiento: tanto que el *Inca* fue deponiendo sus errores y creyendo las verdades de *fray Marcos*, pidióle le dejase pasar á *Villcapampa*, pero siempre lo negó el *Inca*, y aunque el *P. Calancha* dice que bautizó al *Inca* llamándole *don Felipe Cusi Titu*, y á su muger *Palanquilalco* con el nombre de *doña Angelina*, cuyas conversiones dieron causa á grandes fiestas, y que todo esto ejecutó *fray Marcos* en 8 meses; de la carta del *Inca* escrita al provincial de *san Agustin* en 23 de diciembre de 1568, consta que *fray Juan de Vivero*, prior de *san Agustin del Cozco*,

le bautizó á un hijo suyo y dos capitanes: su con-
testo es el siguiente.

Muy Mag. P.

*La gracia, consolucion del Espiritu Santo, acom-
pañe á V. P. Por no se haber ofrecido materia an-
tes de ahora ni haber conocido á V. P., no he he-
cho esto mas á menudo: hacerlo hé de aquí adelan-
te todas las veces que se me enviáre á mandar en
que servir, pues hay razon para ello; y pues hemos
de tener á V. P. por padre yo y mis capitanes y
indios, pues N. S. ha sido servido de me hacer
merced y meterme en su sagrado rebaño; y esto
por manos de religiosos de su tan devota órden, no
será justo que yo me olvide de semejante merced,
pues fue para mí remedio y salvacion de mi ánima
el hacerme yo cristiano, dejando como dejé la ce-
guedad y tinieblas en que estaba ofuscado, por lo
cual doy muchas gracias á Dios pues me ha hecho
tan gran merced. El señor fray Juan de Vivero,
prior del convento de san Agustín del Cozco, me
hizo merced de venir á esta mi tierra para hacer-
me la merced dicha: yo cierto me holgué en
estremo con su buena venida, porque fue muy
provechosa para mí y para toda mi gente, al cual
le tengo por padre y señor. Declaróme como sier-
vo de Dios todas las cosas necesarias tocantes á nues-
tra santa fé católica, las cuales yo recibí como de
tal mano, y las tengo en mi corazon y terné hasta
que muera, y con ellas y por ellas moriré todas las
veces que se me ofrezca; porque así lo prometí
cuando el dicho padre me hizo merced de bautizar-
me, el cual me bautizó á mí y á un hijo mio y dos*

capitanes el dia del glorioso san Agustin con mucho contento y regocijo mio y de todos mis compañeros y gente; y despues de bautizado me hizo merced de me tornar á retificar en las cosas de nuestra santa fé católica, las cuales yo prometí de las tener y guardar ni mas ni menos que me las enseñaron, y así he hecho todo lo dicho. El buen padre se volvió ó su monasterio dejando en esta tierra en su lugar para mi consuelo un honrado padre que se llama fray Marcos García, el cual despues que el prior se fue ha procurado de hacer todo lo que es en sí de tal manera, que yo y toda mi gente estamos espantados de ver lo que trabaja; y visto su buen celo he mandado que toda mi tierra le respete y haga lo que el padre les mandáre; y así ha visitado mucha parte de mis pueblos y bautizado 120 ánimas para arriba y en tan poco tiempo, lo tenemos en mucho, por todo doy muchas gracias á nuestro Señor.

Gran merced recibiré, padre mio, de que pues nuestro Señor me ha hecho tan gran merced á mí y á mi gente y todo por esa órden, que la misma órden no salga de mis tierras mientras yo viva; porque entiendo que con la ayuda de Dios y buen ejemplo de esos devotos religiosos, mi gente ha de venir en conocimiento de la verdad. Bien creo que teniendo yo á V. P. ninguna cosa que se me ofrezca, así en esta tierra como en otra cualquiera parte, no se me dejará de hacer merced en todo lo que se me ofreciere; y así suplico á V. P. en todos mis negocios que en Lima se tratáren, así de cosas de España como de las de este reino tocante á mí y á mis hijos, que en todo V. P. se nos muestre padre y nos ayude como tal, que en ello reci-

biré merced ; y pues el rey don Felipe tiene obligacion de me dar de comer á mí y á mis hijos, pues posee mi tierra y de mis antepasados, justa cosa es que todos me favorezcan. De Pampacona á 23 de diciembre de 1568 años. Santiago de Castro, Tito Cusi Yupanqui.

Y para que no haya detencion en referir lo que se sigue, pondrémos la otra carta escrita en 24 del mes de febrero, que como se ha visto en la antecedente, cuenta algunos casos de que no hace mencion ninguna historia, y declaran tambien el estado en que estaba aquella reciente cristiandad.

Muy Mag. y Rdo. P.

Habrá 14 dias que recibí la de V. P., y con ella la merced acostumbrada, y no respondí luego á ella por haber estado Martin de Pando en Carco en compañía del P. fray Marcos, el cual ha cristianado muchas ánimas, y ha visitado y empadronado muchos pueblos; por todo doy muchas gracias á nuestro Señor por tantas y tan grandes mercedes como nos ha hecho, y espero en su infinita misericordia nos ha de hacer; y así entiendo y espero mediante su gracia y ayuda, que por mi conversion, ejemplo y exhortacion, no solamente mis indios sino los del Perú, han de ser verdaderamente cristianos.

Los dias pasados llegaron 28 indios con dos mensageros de los caciques de la provincia de Pellcosuni estando presente el P. fray Marcos, los cuales me dijeron que como yo quisiese y tuviese por bien, que mucho de norabuena podrian entrar religiosos en sus tierras á predicarlos las palabras de nuestro Señor Dios; héme holgado de que estos

pobres quieran oír la ley evangélica y seguir mis pasos: yo les envié á decir que religiosos de su devota órden irán á convertirlos en la fé de nuestro Señor, y á sacarles del error y agüero en que están estos antes; y aun en los Chunchos sepa V. P. que no hacen ídolos, guacas, ni otras niñerías en que obrar, ni hacer ritos ni ceremonias en cosas de guaca; solo una tacha tienen, y es que comen carne humana, y en muriéndose un aule hacen chicha para comer la carne del muerto, y los huesos los queiman, y muy molidos los beben en la chicha. Esta ceremonia que estos hacen es muy fácil de quitarse. A los indios casados que están acá yo les digo se vayan á sus tierras; ellos no quieren ir allá en ninguna manera, porque acá están ya poblados en las partes donde los tengo puestos. A lo que V. P. dice de don Juan, cacique de Procho, no soy yo tan flaco de entendimiento, que á este ni á ninguno de los del reino les hubiese de mandar hiciesen cosas contra el servicio de nuestro Señor; antes como tengo dicho, he de procurar y procuro que los indios del reino sean verdaderos cristianos: y á don Juan de Procho le he enviado á decir obedezca al padre que les doctrina, y sirvan á quien solian; verdad es que estos indios de Procho me enviaron á decir que tenían miedo al padre porque los queria azotar muy cruelmente, y que de temor de esto no fueron á su llamamiento. Ayer envié cuatro indios á Procho á decirles obedeciesen á V. P. y al padre que les doctrinaba, y que fuesen adonde V. P. estaba, pues les enviaria á llamar, y que no me viniesen acá con cuentos: creo lo harán así. Al señor provincial escribí esa carta que va con esta, va abierta para que V. P. la vea,

y despues de vista la cierre V. P., y se la dé si estuviere ahí, y si no hubiere llegado se la envie. De Pampacona á 24 de noviembre de 1568. Santiago de Castro, Tito Cusi Yupanqui.

Reconócese que la carta de 23 de diciembre fue escrita al P. provincial *fray Juan de san Pedro*, electo el año de 1667 por agosto, el cual con las noticias que le habia dado *fray Marcos* del buen efecto de su predicacion, destinó para *Villcapampa* á *fray Juan del Canto* (que no fue y murió de 120 años de edad) y á *fray Diego Ortiz*, natural de *Getafe*, aldea de *Madrid*, de quien se dirá despues.

Era preciso el desprecio de los idólatras cuando el *Inca* deseaba la propagacion de las verdades evangélicas, y consiguiente el desconsuelo y furor de los ministros diabólicos, viendo perdida su autoridad y modo de mantenerse en respeto y sin trabajo: lo cual ocasionaba que cuando concurrían con el *Inca* los hechiceros apoyados de los capitanes generales, le acordaban la religion de sus mayores, la firmeza y grandeza de su imperio porque la mantuvieron y dilataron: la ruina de su monarquía por haber admitido sin armas á los *españoles*, y la destruicion de ella si no procuraba volver sobre sí, restaurando lo que habia perdido. Proponíanle varios ejemplos, contábanle tan estraños como fingidos prodigios y oráculos llenos de supersticiones, miedos y engaños, dirigidos á reprender y abominar la permission de que bautizasen los *indios*, y tomasen afecto tan grande á los predicadores, y le decían que cuando quisiese valerse de sus vasallos los hallaria contra sí, siendo rey en el nombre, y quedando espuesto á que los *españoles* le quitasen aun la poca tierra que conservaba.

Estas y semejantes persuasiones inquietaban el espíritu del *Inca*, y turbaban su entendimiento, que no era tan agudo como el de sus antecesores, y mas el saber que en el *templo del Sol* hacia el demonio (que visiblemente se mostraba en una *pedra blanca* que llamaban los indios *Yuracrunu*) grandes favores y halagos á los idólatras, y á los que habian recibido el cristianismo grandes daños, espantándolos con horrorosas figuras, maltratándolos con tan estrañas crueldades, que algunos perdian la vida.

Era el respeto que los *indios* tenían á esta *casa del Sol* tan grande, como en la antigüedad tenían al *del Cozco*; y todas las gentes de aquellas montañas, por devocion ó temor, concurrían á aquel *mochadero* (que así dice *Calancha* llaman los indios los adoratorios) viniendo ciegos y volviendo engañados.

Turbado el pensamiento del *Inca* con las repetidas é instantes amenazas de los gentiles y con el estrago que el *Sol* hacia en los cristianos, empezó á resfriar el fervor que manifiestan sus cartas. Ya no le agradaba *fray Marcos*, le oía violento, le toleraba enojado, y porque le miraba enemigo procuraba retirarse de él y desairarle. Estas acciones aplaudian sus instigadores, lisonjeando su débil juicio con esperanzas de mejor fortuna, y con repetidos aplausos de verdadero hijo del *Sol*; y pudieron tanto, que poco á poco fue perdiendo el cariño y el respeto á *fray Marcos*, y á renovar en su mente la idolatría; pero le toleraba mas lejos por no declarar su apostasia, temiendo el gran número de bautizados, y que le tuviesen por hombre fácil, especialmente porque á ellos y á *fray Marcos* habia dicho muchas veces que el motivo de no estrechar á los idólatras, y permitir los sacrificios y ceremonias, era por ser tantos,

*

que si se juntaban podrian quitarle la provincia, y mas unidos á los cristianos; por lo cual necesitaba de no enojar á los cristianos naturales y advenedizos del *Cozco*, y conservarlos gentiles hasta que convertidos todos, prohibiese los sacrificios y supersticiones; por esto no derribó la iglesia ni desterró á *fray Marcos*, aunque sus obras se dirigian solamente á que se enojase y desamparase la provincia, en que no pensaba *fray Marcos*: antes encendian mas su fervorosa aplicacion los nuevos trabajos y desconuelos que profetizaba de la mudanza del *Inca*, y de el embarazo que á la conversion de aquellos indios iba poniendo el demonio.

El primer embate que padeció aquella nueva cristiandad, mas sentido de *fray Marcos* por menos imaginado, fue ver ejecutado el consejo que al *Inca* dieron los agoreros para que no permitiese bautizar á ninguno sin su licencia; manifestó á todos el disgusto de que se hiciesen cristianos, creyendo que ninguno se atrevería á pedirla por no enojarle; teniendo tomada esta resolucion *Juan Gualpa* ó *Atahualpa Inca*, cristiano, permitió bautizar á un hijo suyo, catequizados con otros por *fray Marcos*. Tuvo noticia el *Inca* de el suceso, y mandó traerle á su presencia, reprendiéndole ásperamente haber bautizado á su hijo sin su licencia, diciendo muchos oprobios y afrentas; intentó *Juan Gualpa* excusarse, y solo sirvió de que incitado el *Inca* de los agoreros y gentiles que le habian persuadido á esta maldad, mandase darle con una gran piedra en los lomos, castigo afrentoso y con que imaginaban aquellos aduladores quedar bien; promulgada la intencion del *Inca*, viendo que un pariente suyo y tan principal estrenaba tan ignominiosa pena por delito que no sabía.

Llamó el *Inca* á *fray Marcos* despues, culpóle que se atreviese á bautizar á sus vasallos sin darle cuenta como tenia obligacion, y el de saber quién y por qué se bautizaban; llenóle de palabras crueles é ignominiosas con gran celebridad y regocijo de los que lo oían; procuró satisfacerle *fray Marcos* viéndole tan enojado con la ignorancia de la órden, y que del bautismo no se seguia perjuicio á su dominio, sino utilidad como habia reconocido; pero volvió á repetir nuevas injurias y amenazas contra él, y por adularle le ayudaban los cortesanos apoyando los desatinos que decía.

Fray Marcos procuró salir de allí cuanto antes y volver á su iglesia, donde apenas llegó, cuando reconoció el daño que el castigo de *Atahuallpa* habia hecho en la siembra de la palabra de Dios: pues el afecto de los *indios* se habia convertido en odio, y creciendo cada dia aun le negaban la comida, precisándole (por no morir de hambre) á enviar al *Cozco* por vizcocho; pero con igual fervor proseguia en enseñar á los niños y algunos *indios* que aun asistian la doctrina, recatándose de que supiese el *Inca*. Los niños que veían la relajacion de sus padres, y la burla é injurias de los muchachos gentiles, hacian algunas ceremonias de idólatras; reprendiólos *fray Marcos* amenazándolos, y azotando los mas obstinados para contenerlos en alguna especie de temor reverencial á su maestro.

De esta correccion dieron los *indios* grandes que-rellas al *Inca*, el cual volvió á llamar á *fray Marcos*, culpando su atrevimiento en maltratar los hijos de sus capitanes y vasallos, y despues de haberle dicho mil impropiedades concluyó advirtiéndole: que si los castigaba otra vez le quitaría la doctrina: *fray*

Marcos procuró templarle y escusar el delito, asegurándole que los trataba como sus hijos; pero solo sirvió su disculpa de enfurecer mas al *Inca*, repitiendo lo que le habia dicho, y afirmando lo ejecutaría si no se enmendaba; ofreciólo así *fray Marcos*, y dejó su presencia con el mayor sentimiento; y viendo que la malicia prevalecía contra sus ardientes desvelos, fortificó su corazon para destruirla.

Las injurias y amenazas del *Inca* no le retiraban de su palacio, porque siempre que le parecia á propósito iba á verle: si le hallaba templado procuraba con diligente blandura desviarle de los bailes y fiestas públicas que causaban grandes borracheras en los *indios*, y de que visitase el templo sin descuidarse en la predicacion de los demas gentiles; pues en estos contratiempos se convirtió otra *Nusta*, que se llamó tambien *doña Angelina*, á la cual tomó por muger el *Inca*, y la tenia con la otra: y no pudiendo sufrir *fray Marcos* esta demasia en quien confesaba ser cristiano, le pidió con grande instancia repetidas veces la dejase; pero solo consiguió aumentar el odio del *Inca*, prosiguiendo en sus vicios y abominaciones, queriendo que *fray Marcos* tolerase la conformidad (que tenia por fácil bárbaramente) de la ley de Dios y el servicio del demonio.

Segunda vez se quejaron al *Inca* los padres de los niños que enseñaba *fray Marcos* de que no obedecia sus preceptos, antes los castigaba con mas crueldad en desprecio de su precepto que tenia; siendo exageracion falsa, porque desde que el *Inca* le previno su disgusto, procedia con mayor blandura y agasajo: y si castigaba alguno era tan levemente, que no tenia por qué quejarse. Volvió el *Inca* á llamarle y reprenderle sobre lo que antes le habia di-

cho, la osadía de despreciar sus órdenes amenazándole con la muerte; tratóle en esta ocasion con tanto desprecio, que hasta los *indios* mas viles le burlaban molestándole de cuantos modos podian, y cuantos mas agasajos les hacia, tanto peor le trataban: por lo cual avisó al *Cozco* de que el *Inca* era apóstata oculto, y que temia se perdiese la copiosa mies que habia presumido produciría aquel pais.

Cuando vino esta noticia al *Cozco* estaba resuelto *fray Diego Ortiz*, natural de *Getafe*, á ir á acompañar á *fray Marcos*; y considerando que ya era necesario, apresuró su partida, y llegó con muchos trabajos (por los rodeos que en las 10 leguas habia) á la doctrina; comunicó *fray Marcos* con él lo que se habia de hacer; fueron ambos á ver al *Inca*, el cual los recibió con semblante apacible, imaginando que *fray Diego* iba á suceder á *fray Marcos*, y que como no instruido en sus costumbres ni en las cosas de la tierra escusaria reprenderle; manifestóse á *fray Diego* muy buen cristiano procurando que lo creyese; *fray Diego* le dió gracias de lo que hacia con *fray Marcos*, y en esta y otras ocasiones que hablaron los dos, mostraba el *Inca* gran afecto hasta pasar á visitarle á la iglesia, diciéndole le queria como á su hermano, y le regalaba con aves y frutos de la tierra; de suerte, que hallándose á su parecer en tanta estimacion del *Inca*, le pidió licencia para fundar otra iglesia y doctrina, y se la concedió para el pueblo que quisiese: y sin perder tiempo escogió el de *Guarancalla*, que era muy populoso, situado entre otros pueblos pequeños, que distaban dos ó tres jornadas de la residencia de *fray Marcos*.

Luego *fray Diego* pasó al *Guarancalla*, donde le hicieron iglesia, casa y hospital los *indios* en bre-

ve tiempo. Juntó muchos niños á quien enseñar; sacaba de las grutas y desiertos los indios salvages procurando reducirlos; curaba á los enfermos con tanta caridad, que adquirió el amor de los *indios* de la tierra y aun de las distantes, erigiendo cruces hasta en los templos de los ídolos y lugares donde celebraban sus supersticiones, con descontento de los hechiceros, que se mostraban muy ofendidos y rabiosos.

En *Puquiura* proseguia el odio del *Inca* y sus capitanes y adivinos contra *fray Marcos*; ya no le podian sufrir, y para quitarle de delante resolvieron darle veneno; concurrió al trato de esta maldad un *indio* cristiano que fingia desafecto á *fray Marcos*, el cual le dió aviso de lo que se trazaba, previniéndole, que de aquel ó de otro modo sería cierta su muerte; por lo cual se resolvió *fray Marcos* á volverse al *Cozco* dando antes cuenta de su peligro á *fray Diego*; salióse al campo como paseándose, llevando solo dos costras de vizcocho con ánimo de caminar toda la noche.

Pero no faltó quien avisase al *Inca* de su fuga, y alterado envió á seguirle cinco capitanes que le alcanzaron presto; trajéronle á su presencia, donde vituperó indignado su altivéz: pues por no obedecerle dejaba su provincia con alguna mala intencion: respondió *fray Marcos* ponderando el afecto que le tenia y el deseo de su salvacion y de los suyos, que no ignoraba que lo que habia padecido era por su bien, pues á no ser por él propio estaba acreditado; con que despues de tanto tiempo nada sacaba de sus tierras, ni aun aquel poco alimento que llevaba, que viendo ser inútil su asistencia en su provincia porque los indios no querian recibir la religion, y los que la recibian apostataban y todos le maltrataban, queria dejarlos

hasta que Dios abriera camino á mayor espíritu para instruirlos en la luz que á su ceguedad faltaba: dijo otras cosas, á que lo respondió el *Inca*: váyase á su iglesia, y lo ejecutó *fray Marcos* sin hablar palabra; en ella le halló *fray Diego Ortiz*, que luego que recibió el aviso de *fray Marcos*, se puso en camino con gran priesa para detenerle: tuvieron gran regocijo de verse, y juntos fueron á ver al *Inca*, que disimulando una burla que tenia prevenida, los recibió con apacibilidad convidándolos á ir á *Villcapampa*; agradecieron el convite con demostraciones correspondientes, mas que al favor al deseo que tenían de ver aquel pueblo donde nunca habia permitido el *Inca* llegasen.

El dia siguiente salieron de *Puquiura* con el *Inca* (que llevaba poco acompañamiento) para ir á *Villcapampa*, distante tres jornadas, y el segundo dia llegando á *Ingacacha*, sitio poco distante del pueblo, se inundó la campaña, porque tenían represado un rio los indios para que le soltáran cuando llegasen allí: los padres imaginaron era laguna cuando divisaron el agua, y el *Inca* desde sus andas los dijo: que para ir á *Villcapampa* era preciso atravesar por medio de aquel agua porque no habia otro camino; persuadiéndose á que se volverian á *Puquiura* vista la dificultad ó se saldrian de la provincia, y á lo menos cesarian las repetidas instancias que le habian hecho sobre el viage á *Villcapampa*.

Los padres consideraron la dificultad y el riesgo, y sin responder al *Inca* ni mudar de semblante, entraron por el agua que los daba á la cinta, y como era el suelo desigual, caían en él algunas veces y se socorrian el uno al otro; porque los indios solo iban ocupados en darlos vaya y grita tan sin consideracion,

que los padres conocieron la burla y disimularon prosiguiendo con gran trabajo el camino por el agua que duró dos leguas.

Habiendo salido de ella los dijo el *Inca* que con aquel riesgo se caminaba á *Villcapampa*; y que porque no le padeciesen no les habia traído antes. Diéronle gracias los padres, y prosiguieron el viage sin dejar en todo él de predicar y convertir muchos de los indios que salian á ver al *Inca*. Así llegaron á vista de *Villcapampa*, donde entró el *Inca* con la gente que llevaba, dando órden de que albergasen fuera de el pueblo á los padres, por quitar con esta prevencion el motivo de que le reprendiesen las ceremonias gentílicas que él, sus capitanes y hechiceros hacian todos los dias con la solemnidad que permitia el estado en que el *Inca* se hallaba.

No bastó este acuerdo del *Inca* y de los suyos á librarse de la temida molestia; porque los padres con rostros muy alegres sin hacer caso de los vituperios de los gentiles, proseguian su predicacion en los indios. Bautizaban muchos y persuadian á los cristianos (que por temor del *Inca* asistian á las fiestas y bailes) los dejasen. El *Inca*, sus capitanes y sacerdotes acordaron echar indias muy hermosas á los padres, para que logrando su intencion, fuesen como ellos, y publicaban que así tendrían entera libertad, sin que se atreviesen á reprender con la voz lo que acreditaban con el ejemplo.

Varias veces introdujeron hasta sus pobres camas indias no solo hermosas, sino disolutas, desnudas y vestidas como frailes, que los perseguian en sus casas y en los campos sin dejarlos porfiadas; pero quedó burlado el demonio por la virtuosa constancia de los padres, los cuales considerando despues de tres

semanas que allí estuvieron , el desamparo de las doctrinas de *Puquiura* y *Guarancalla* , fortaleciendo los indios bautizados y previniendo á los *catecúmenos* , pidieron licencia al *Inca* para volverse á sus iglesias , concedióla gustoso pareciéndole lograba mayor libertad en su licenciosa vida. Volvieron los padres , acompañados de innumerables indios , aclamados por el mismo camino que habian sido burlados ; traían grande regocijo interior de ver tan alegres á los indios que los seguian , y de oirlos repetidas palabras que denotaban su firmeza en la religion católica y la abominacion de la idolatría.

Igual á este gusto fue el desconsuelo que los causó hallar alborotada la cristiandad de *Puquiura* , por los destrozos que el demonio hacia en los cristianos hasta quitarlos la vida , y los que escapaban de este estrago vivian tan asombrados , que apenas podian hablar. Estos rogaron á los padres que echasen de allí al demonio ; porque si no era preciso desamparar aquel sitio , ó la religion que habian recibido.

Juntaron los padres todos los indios en la plaza (despues de haber comunicado ambos lo que se habia de ejecutar) y hicieron delante de todos pregonar que para cierto dia trajese cada indio un palo , porque querian quemar al demonio ; no faltó indio al plazo señalado , antes creció el número con la novedad : procuraban los adivinos y hechiceros estorbar el intento ; pero convencidos de que si era Dios como ellos decian , él se defenderia y castigaria á los que querian quemarle ; no pudiendo hacer otra cosa (porque toda la multitud demasíadamente curiosa estaba entonces contra ellos) esperaron el caso no sin recelo del suceso.

Los padres rezaron primero las oraciones con los

indios, despues alrededor de la *casa del Sol y la piedra blanca* (que se ha referido) pusieron mucha leña y la dieron fuego por varias partes, conjurando antes el sitio; y cuando estaba mayor el incendio oyeron grandes bramidos y ahullidos horrorosos que persuadian ser el demonio que huía de los exorcismos de nuestra santa madre Iglesia: los padres empezaron á cantar la victoria, y el espanto confirmó la fé en los nuevos cristianos, y encendió el deseo de serlo en los idólatras, y cada dia mas, porque ni en la *piedra*, ni en el *templo*, ni en aquella provincia se volvió á ver el demonio, aunque los hechiceros procuraban fingir las respuestas que les parecian á propósito para sus intereses.

Fue tan estruendoso este caso en toda la comarca, que habiendo llegado á los oidos del *Inca*, exagerado con los lamentos y quejas de los hechiceros y execraciones de los idolatras, dejó á *Villcapampa* y pasó con gran priesa á *Puquiura*, acompañándole *doña Angelina*, su muger, y algunos capitanes, tan irritados todos, que hubieran dado muerte á los religiosos si otros indios no hubiesen templado al *Inca* refiriéndole los males que aquel *ídolo* causaba á sus vasallos, y el poco poder con que resistió las amenazas de los religiosos, obedeciendo forzado á sus preceptos.

Con esto llegó menos enojado el *Inca* al pueblo; fueron luego á verle *fray Diego* y *fray Marcos*, mandó aquel se fuese á *Guarancalla*, y á este que saliese de la provincia, porque si volvía á encontrarle le haría dar muerte; y porque no se detuviese mandó á un capitan que con algunos indios le sacase de ella. En el camino le hicieron muchas injurias y afrentas los que les llevaban. En *Oiara*

le dejó libre el capitán, con orden de que se fuese derecho al Cozco, y él se volvió á *Puquiura* con sus indios.

Fray Diego porque no hiciesen con él violencia semejante, teniendo ya dispuesto su viage, fue á despedirse del *Inca*, el cual le mandó no se fuese, porque le amaba como á padre, y entendia no tener culpa sino *fray Marcos*, con cuyo destierro estaba desenojado, pues faltaba en su tierra quien se opusiese á sus mandatos, dándole á entender se escusaba de avisarle los indios que se bautizaban; castigaba á los niños y destruía los templos: continuó el *Inca* favoreciendo á *fray Diego*, mandando darle los mejores regalos, corriendo con tanta conformidad que hasta los idólatras viendo el favor de su rey le tenían en gran veneracion.

Fray Diego sin descanso alguno confirmaba á los nuevos cristianos en la religion convirtiendo muchos, y para que se estendiese la voz de las buenas obras que los cristianos hacian, traía al hospital los indios enfermos que venian á pagar los tributos al *Inca* y á otras cosas, y los curaba con tanta caridad y cuidado (reservando para ellos los regalos que el *Inca* le hacia) que muchos no solamente quedaban agradecidos á la caridad de que sin interés participaban, sino salían cristianos de la enfermedad; porque durante el tiempo de la asistencia siempre estaba persuadiéndolos y catequizándolos, y con mas instancia á los indios mas remotos, como se vió en las *Manerías*, *Pilcosones* y otros que distaban 100 y 200 leguas de *Puquiura*: así lograba á lo menos que en sus tierras tratasen bien los idólatras á los cristianos.

En esta ocupacion y en la de cuidar de ambos pueblos empleó mas de un año: imaginaba el *In-*

ca que pues no se metia con él, le tenia engañado ó ignoraba sus errores: empezó á publicarlos, y siguiéndole los demas indios de la casa real, aun cristianos volvieron fácilmente á la idolatría, apostatando en todo menos en la voz, con que confesaban ser buenos cristianos.

El *Inca* públicamente tenia muchas mugeres, iba á los sacrificios del *Sol*, y siguiéndole los *Incas* y demas indios, sin hacer reparo en la religion que habian tomado, de que resultaba que presumiendo algunos que la malicia del *Inca* era tolerancia del padre, dejaban el cristianismo y seguian á los cortesanos.

Pensó muchas veces el modo de remediar estos desaciertos *fray Diego*, y nunca halló medio por donde dejase de ser culpable su disimulacion, y para no tener cargo de agenos delitos, habló algunas veces al *Inca* con resolucion apostólica, pidiéndole dejase las mugeres, quedándose con la primera; que no asistiese á los sacrificios, y que viviese como cristiano, pues lo era (segun decia) manifestándole su eterna condenacion sino lo ejecutaba; lo mismo hacia con los caciques y principales, reprendiéndolos sus vicios: pero eran todas amonestaciones ociosas, pues solo produjeron extinguir los favores del *Inca*, y empezar á aborrecerle y despreciarle; y la que mas odio concibió contra él fue *doña Angelina*, que oyéndole predicar la dejase para quedarse con la primera, empezó á persuadir al *Inca* que le diese muerte, y no permitiese fuesen los indios cristianos, y si lo eran, que los hiciese apostatar. Ayudábanla mucho *Martin Pando*, secretario del *Inca*, malvado mestizo, y otros principales indios cristianos é idolatras; y eran tantos los males

que decían de él, que se convirtió la estimación en desprecio, y la veneración en burla.

Por este tiempo llegó á *Villcapampa* un español, llamado *Romero*, gran minero y muy práctico en la inteligencia de metales, y pidió al *Inca* le permitiese buscar *plata y oro*; concedióle lo que pedía, y encontró minas muy ricas de que sacó algunas porciones de *oro finísimo*: estando ya para volverse al *Cozco*, le pareció sería bien dar al *Inca* las gracias de la merced concedida, acompañándolas con alguna porción del *oro* recogido, con ánimo de que le prorogase la licencia: hizolo así, pero le acabó su agradecimiento; porque advirtiendo el *Inca* la riqueza, y que si le dejaba salir de la provincia publicada entre los españoles, vendrían á echarle de ella, mandó darle muerte para evitar el riesgo temido. *Romero* quiso ponerse en defensa; pero fueron tantos los indios que cargaron sobre él que no pudo resistirlos.

Este ruido y la causa de él llegó á los oídos de *fray Diego*, el cual salió corriendo de su iglesia para pedir al *Inca* la vida de *Romero* ó confesarle; avisaron al *Inca* que venía, y le envió á decir se volviese á su iglesia, porque si rogaba por la vida de aquel hombre moriría él también; y sabiendo que ya era muerto *Romero*, se volvió á su iglesia y envió á pedir al *Inca* el cadáver (á quien habian ya cortado la cabeza los indios) no quiso concederle, antes le mandó echar en el rio cercano, prohibiendo á todos recogerle, ni entregarle.

Fray Diego, condolido de tan desastrado caso, salió á media noche á buscar el cadáver, y no pudo hallarle porque la corriente se le habia llevado, hizo lo mismo las tres ó cuatro noches siguientes, hasta que el *Inca* lo supo, y le mandó no saliese de

su iglesia sin que él lo llamase , ó que le haria matar.

Hallábase el *Inca* entonces preparando un banquete solemnísimo para sus caciques y capitanes , y discurrendo con ellos si sería bien que *fray Diego* se hallase en él , para que autorizase con su presencia lo que reprendia con sus palabras fervorosas , le envió á llamar muchas veces , y siempre se escusó con que no habia dicho misa , de lo cual quedó el *Inca* tan enojado , que en el mismo convite se resolvió á darle muerte , asegurando la utilidad que de ella resultaria al estado del *Inca* , por una parte *Martin Pando* , y por la otra *doña Angelina Polanquilaco* : cuya malicia aplaudian los demas del convite.

Cinco dias despues de esta determinacion fue el *Inca* públicamente al templo donde estaba enterado *Manco* , su padre , y estuvo todo el dia en él lamentando y llorando su muerte con ritos , sacrificios y ceremonias gentílicas. Acabada esta funcion , que fue muy solemne y dilatada , por la tarde se puso á jugar las armas con *Martin Pando* , sudó mucho con el ejercicio , resfrióse , y bebiendo demasiadamente vino y chicha , volvió á su casa , donde durmió , y despertó á la mañana con un gran dolor de costado que le tuvo inquietísimo y vomitando todo el dia : dió gran cuidado á todos los de su casa y á muchos del pueblo su enfermedad , hasta *fray Diego* , con noticia de ella , fue luego á verle , y le halló estremamente desazonado : por la noche empezó á echar golpes de sangre por la boca ; *fray Diego* procuró consolarle y persuadirle á que se confesase , mas nunca pudo conseguirlo ; porque solo cuidaba de tolerar los dolores que le afligian , y ver si podia remediarlos.

Amaneció al dia siguiente quejándose de un gran dolor de pecho , prosiguiendo en vomitar san-

gre, por lo cual dispusieron *Martin Pando* y *don Gaspar de Sulcayana*, batir una clara de huevo con azufre (que es el remedio de que los indios usan) para que la bebiese, y dándosela á las dos, les dijo el Inca: *no quiero que me deis algo con que muera; pero asegurándole era remedio eficaz, pidió la bebida diciendo: dádmela, que yo quiero mucho á Martin Pando, y no me dará cosa que me dañe.*

Apenas acabó de beber cuando perdió la habla á la violencia de una apoplejía que le acometió sobre los dolores de costado y pecho, de que murió á las 24 horas, sin moverse; y *fray Diego* se volvió á su iglesia bien desconsolado de la mala disposicion de el Inca en su desventurada muerte, que causó gran sentimiento en todos, y escitó la indignacion de *doña Angelina*, la cual al punto hizo llamar á *Cu-ripaucar*, general del Inca *Guandope*, *Canareo Tumi*, y *Atoc*, capitanes, á los cuales dijo: *¿cómo no matais á ese fraile? prendedle y despedazadle, y á Martin Pando, que han muerto al Inca.*

Salieron á buscar á *fray Diego*, y en el camino se juntaron á ellos *Martin Pando*, *Macora*, *Sotic*, *Manacotana*, *Paucar Inca*, *Paloc*, *Cegue*, *Gualpa*, *Yvera*, *Rimachi* y *Tupac*, todos idólatras, excepto *Pando*, que se hizo capitan de todos: prendieron á *fray Diego*, llamándole embustero, traidor, enemigo de sus dioses y otras palabras sin oírle ninguna: diéronle muchos golpes y bofetadas, y despues le ataron con una soga de *cortadera* (que se hace de unas ramas que tienen filos y cortan como euchillos, ocasion de su nombre) las manos atrás, y desnudo le sacaron al hielo; allí repitieron las injurias y los golpes, preguntándole si habia muerto al Inca: respondióslos que no: dijéronle todos que

le resucitase, pues predicaba que su Dios era Todopoderoso, y que resucitaba los muertos: escusábase *fray Diego* con humildad, repitiendo muchas veces que Dios bien lo podía hacer; pero que era tan gran pecador que su intercesion no bastaría á conseguirlo; ellos instaban en que le resucitase, y repitieron en darle tantos golpes que quedaron cansados.

A media noche entró *Juan Quispe*, page del *Inca*, indio cristiano, y los idólatras empezaron á burlarse de él, diciéndole era otro embustero como el fraile; y volviéndose á *fray Diego* levantaron todos el grito diciéndole: *aquí has de morir, porque mataste á nuestro Inca*; y temiendo *Juan Quispe* su muerte despues de la mofa, procurando conservar su estimacion y vida á costa de maldades é injusticias, dió tan terribles golpes á *fray Diego*, que consiguió borrar la desconfianza que de él tenían los demas.

Doña Angelina enviaba continuamente á saber si era muerto, como si con la nueva tragedia pudiera descansar su pena. Los indios proseguian furiosos diciéndole: *ó resucita al Inca, ó niega que Cristo tenga poder para resucitarle*: repetia *fray Diego* que era Todopoderoso, y se reian los indios echándole agua sobre las cortaderas, las cuales hinchándose, apretaban mas las ligaduras, y helándose el agua causaba mayor tormento.

La repeticion de tormentos y gritos obligó á responder á *fray Diego*, que si llegaba vivo al dia siguiente diria misa pidiendo á *Cristo nuestro Señor* resucitase al *Inca* si convenia á su servicio; pero esta promesa no escusó que prosiguiesen aquellos malditos las coces y palos, hasta hacerle brotar sangre por boca, narices y heridas.

Luego que amaneció le desataron para que dijese misa, mas como estaban desencajados los huesos de los hombros no pudo volver los brazos, y quejándose á los indios, le echó en el suelo boca arriba *Martin Pando*, y poniéndose encima le tiró fuertemente de las manos, diciéndole: *yo te curaré embustero*. Volviéronle á instar á que dijese misa, y no pudiendo levantarse, un indio llamado *Tipso* le dió tantas coces, que creyeron todos haberle muerto.

A breve rato volvió en sí, y los indios á instarle que dijese misa y resucitase al *Inca*, amenazándole con la muerte: trajeron los ornamentos, se revistió, y se pusieron los indios enfrente, amenazándole con las lanzas, y diciéndole acabase presto.

Con grandes dolores de los tormentos padecidos, y tantas lágrimas de fervor, que mojó el misal y los corporales y aun parte del alba y la casulla, dijo la misa: y en medio de ella llegó *Juan Quispe* á darle una gran bofetada diciendo: *acaba ya, embustero*; pero al instante se le secó el brazo: y en testimonio de este milagro le tuvo 56 años yerto é inútil hasta el año de 1624 que murió confesando haber sido castigo de Dios, lo que negó viviendo por miedo de mayor castigo.

Acabada la misa le preguntaron los indios ¿que cómo no habia resucitado el *Inca*? y respondiéndolos: que porque no convenia al servicio de Dios ni al bien de ellos. Le llevaron al cementerio y le ataron con sogas de cortaderas por la garganta, piernas y brazos á una cruz, donde unos le azotaban cruelmente, otros profanaban á su vista los cálices y ornamentos, blasfemando de la Omnipotencia, y otros le robaron cuanto tenia en su celda, haciendo *chuspas* (ó talegas) de sus vestidos, desatinando todos en locas execraciones contra la re-

ligion ; y *fray Diego*, hasta raspar el suelo que ocupaba cuando rezaba y decia misa , cuyo polvo y los pedazos de los altares que deshicieron , lo arrojaron junto como cosa maldita y ominosa en el rio.

Desatáronle y pidió algo de comer , diéronle un poco de vizcocho , tan duro , que no pudiendo morderle , volvió á pedir un poco de agua en que mojarle , y al punto llevaron un vaso de orines , sal , salitre y colpa (yerba amarga como hiel) y se lo dieron á beber ; reparó , aunque tan atormentado , en la asquerosa bebida , y escusó probarla ; pero los indios asestándole las lanzas , le decian : *bebe , embustero , que si no hemos de pasarte el cuerpo*. Bebióla toda , y luego le apartaron de la cruz para agujerearle las mejillas y la barba. Metiéronle una soga de las mismas cortaderas por los agujeros , y tirando de ella , como de diestro , le llevaron por las calles , hasta llegar donde estaba *doña Angelina* , que no contenta con tanta lástima le echó muchas maldiciones , y queriendo algunos de los indios que la acompañaban lisongearla siguieron á los que maltraban á *fray Diego* , lleváronle al pueblo de *Marcanay* , que dista dos leguas de *Villcapampa* , donde se estaban celebrando las fiestas de la coronacion de *Tupac Amaru* , que por muerte de su hermano habia recibido la *borla colorada* ; distaria de *Puquiura* , donde empezó el martirio , aquel pueblo 12 ó 15 leguas españolas , pobladas de cerros , montes , punas y pedregales ; sino podia andar le arrastraban con tanta impiedad , que habiéndose parado á verle en el camino *don Alfonso Tipso* , indio principal de *Nucuma* , con otros , viéndolos condolidos dijeron los que le llevaban : *¿qué mirais bestias ? mirad adonde vais , que os harémos pedazos si os deteneis*.

El descanso que le daban en las noches aquellos bárbaros impíos era desnudarle hiriéndole con innumerables azotes, dejándole despues al hielo sin darle de comer; y la última antes de llegar á *Marcanay*, le metieron en una cueva, poniéndole al golpe de una canal de agua que caía sobre él, sufriendo con tanta paciencia sobre los inmensos dolores que padecia esta invencion maldita que los aumentaba, que no se le oyó en toda la noche otra palabra que: *sea por amor de Dios; él os perdone y tenga misericordia de mí.*

Llegaron á *Marcanay* y avisaron al *Inca Tupac* que traían á *fray Diego*; però él no quiso verle; y preguntándole qué harían de él, respondió que le matasen por blasfemo contra sus dioses. Lleváronle arrastrando por una ladera cercana á un rio, al sitio llamado la *Horca del Inca*, porque en él eran ajusticiados los malhechores. Allí le volvieron á azotar y á palear; le metieron por entre las uñas y la carne espinas agudas y cañas delgadas, que llaman *chonta*, cubriéndole despues de flechas.

Intentaron ahogarle con humos asquerosos, tapándole la boca y las narices para que no respirase; y viendo que no moria en tantos tormentos, empezaron á desconfiar los indios de acabarle la vida y á gritar: *mananguañunca*, que significa: *en ninguna manera morirá.*

En esta confusion *Juan Tupac* le dió con una hacha dos golpes en el cerebro, de que cayó en el suelo sin habla. Ya á lo último de la vida le cogieron, y teniendo la cabeza abajo y los pies levantados, le hincaron un palo por las ingles, que le sacaron por el cerebro á la nuca; y le levantaron en alto, cubriéndole de piedras y tierra. Sacáronle despues

muerto y le tendieron en el suelo, mandando á todos pasasen sobre él; y no creyendo que estaba muerto, le cortaron la cabeza y la pusieron en un cerro, y aun dudaban si vivia. Quitólos el recelo *don Diego Aucalli* aconsejándolos que le enterrasen en un hoyo, echando debajo la cabeza y el cuerpo encima con los pies arriba; así lo ejecutaron llenando el hoyo de *pedras, salitre, chicha* y otras cosas supersticiosas que usaban en los castigos de los blasfemos.

De esta execrable maldad quedaron tan atemorizados los bárbaros ejecutores, que no podian sosegar de miedo; el cual se aumentó en todos, porque habiendo los *adivinos* consultado al demonio sobre los sucesos del nuevo *Inca* y sus capitanes, respondió: estaba tan enojado el Criador de todo, porque habian muerto á su sacerdote, que asolaria á los que le ofendieron y destruiria la generacion del *Inca*.

A esta respuesta se añadió, que en el incendio de un galpon en que los indios celebraban sus fiestas vieron pasearse entre lo mas voraz de las llamas una culebra sin quemarse: y interpretado el prodigio por los *adivinos*, aseguraron al *Inca* que presto vendria sobre ellos un gran castigo de fuego y angre.

Pasó el miedo á horror, porque luego entró en los indios una enfermedad como peste, de que murieron muchos. Sobrevino una gran seca, á que siguió hambre tan espantosa, que pereció multitud de gentes y ganados; y si nacia alguna yerba en las huertas, sementeras ó campos, la talaban langostas y otras sabandijas; y aun destruyeron los gorgojos el maiz que estaba en los tambos. Fue maravillosa la plaga de *mosquitos*, que unida á las demas traía á los indios inquietos y turbados, concitándose contra

los verdugos de *fray Diego*, persiguiéndolos con tanto odio, que les fue preciso esconderse del furor de la plebe, aunque se observó haber muerto algunos desdichadamente: pues *Martin Pando* poco despues murió de varios tormentos; *Curipaucar* blasfemando; *Manacotana* habiéndole cortado la mano murió desgraciadamente; *Paucar*, *Inca*, *Chegue*, y *Gualpa Yucra*, murieron despeñados; *Juan Tupac* huyó á los *Chuncos*, donde *Sucte*, indio, le cortó la cabeza; *Rimachi Yupangui*, preso por los del *Cozco* y llevado á *Lima*, murió rabiando; *Juan Quispe* como se ha dicho; *Guandopa*, *Camar cotumi*, *Atoc*, *Sotic* y *Paloc* desastradamente; y otros fueron muertos por los mismos indios, entre los cuales cuando reñian se decian por gran oprobio y injuria: *maldito seas tú que te hallaste en la muerte de el Santo.*

Estos indios solo contemplaron el asombro para abrir senda á su calamidad: pero *don Diego Aucalli*, gobernador que fue de la provincia, advirtió en las desventuras el castigo de Dios, y procuró echar de sí el estrago; conoció la maldad ejecutada y las que cada dia se iban cometiendo, y iluminado de alguna centella de la divina misericordia, lloró los desmanes antecedentes y su poca firmeza en la fé, mereciendo su arrepentimiento que no le alcanzase la pena, y que le comunicase Dios fervor para desear y persuadir á los demas á que no incurriesen en ella: clamó en la corte del *Inca* apostólicamente diciendo: *yo he corrido, militando con los Incas la tierra, desde Quito á Chile, y he visto que á muchos de los falsos sacerdotes de los ídolos daban muerte; pero el cielo no mostraba las ceñudas impresiones que por este mal hecho experimentamos. Parece evidente que Dios ha tomado por su cuenta el agra-*

vio que hicimos á su Santo, y que la ley que nos enseñaba era verdadera: considerad este efecto solo y abriréis los ojos para ver las felicidades de que os priva vuestra ceguedad. Estas y otras palabras repetia todos los dias hasta que entraron los españoles.

Tupac consideraba entre sí lo que *don Diego* decía, porque era hombre de autoridad y de mas de sesenta años. Tocaba los trabajos de su reino, y sentia las malas respuestas de su ídolo: deseaba tibiamente viniesen religiosos á instruirle. Con este deseo vivió dos años sin ponerle en ejecucion; antes cuando de orden del virey *don Francisco de Toledo* fueron el licenciado *Garcí-Rodríguez*, *fray Gabriel de Oviedo* y otros con algunos indios principales á sacarle de aquellas montañas, se entró mas en ellas, y hizo dar muerte á seis indios principales, de ocho que enviaron desde el rio *Acopampa*: que los dos se escaparon á dar la triste noticia, con que se volvieron todos al *Cozco*.

Ofrecióse despues *Atilano de Anaia* á hacer esta diligencia, fiado en la amistad que tenia con el *Inca*; llegó al puente de *Chuquisaca*, llevándole 30 cargas de presentes; y habiéndole mandado el *Inca* llegase solo, se dice le hizo tambien dar muerte, segun se tuvo noticia por un negro suyo que volvió huyendo; y aunque el virey trabajó mas de un año en reducirle, nunca pudo; por lo cual vino al *Cozco* el año 1572, y en 30 de julio publicó guerra contra él, aunque con la disimulacion de ser para *Chile*, porque no se previniese. Envió al capitan *Juan Alvarez Maldonado*, adelantado de *Opatan*, á tomar la puente de *Chuquisaca*. Juntáronse mas de 250 soldados, que con *Martin García de Loyola*, *Martin*

Hurtado de Arbieta, su teniente nombrado para este efecto, y los capitanes *don Antonio Pereira* y *Martin de Meneses*, y *Ordoño Valera*, capitan de la artillería, entraron en *Villcapampa*; y para que el Inca no escapase huyendo tomó *Gaspar Sotelo* el paso de *Amancay*, y *don Luis Pimentel* el de *Mayamarca*.

El P. *Calancha* y *don Pedro Fernandez de el Pulgar* siguiéndole, *Décad. 10, lib. 2, cap. 6*, afirman que el Inca trató de defenderse cogiéndole desprevenido la novedad: aunque sin su noticia, *Gualpa* ó *Atahuallpa*, general de los indios, y *Curipaucar*, salieron á pelear, tocando sus *tarquis*, (ó trompetillas) con tanto valor y destreza, que dieron bien en que entender á los *españoles*, y aun á *Martin de Loyola* le estrechó tanto un indio, que á no haber llegado otro amigo, y cortándole las piernas, le hubiera hecho rodar desde una eminencia y hacerse pedazos. La fuga y entrega del Inca es cierta en la forma que *Garcilaso* refiere, *lib. 8, cap. 16*, hasta el *cap. 20* de la 2.^a parte, y que acabó en él la línea recta de *Huaina Capac*, para evitar el trabajo de restituir á sus descendientes en el trono, como creyó simplemente *Gualtero Raleg* en la relacion de su viage á *Guiana* (*fol. 97, part. 8 de la América, de Teodoro Bry*) et *Deum ego testor mihi á don Antonio de Berreo affirmatum quemadmodum, etiam ab aliis cognovi quod in præcipuo ipsorum templo inter alia Vaticinia, quæ de amisione regni loquuntur; hoc enim sit, quo dicitur fore ut Ingæ, sive imperatores et reges Peruvicæ, ab aliquo populo qui ex regione quadam, quo Inclaterra vocetur in regnum suum rursus introducantur.*

Esta breve relacion servirá de noticia para que se descubran mas especiales documentos que manifies-

ten las circunstancias de los casos sucedidos en las montañas de *Villcapampa* desde el año 1566, que entró á predicar en ellas *fray Juan de Vivero*, ó *fray Marcos*, hasta el de 1572 que las dejó el *Inca Tupac Amaru*.

De lo demas perteneciente al *Perú* pudieran advertirse algunos errores que reservamos á lugares mas oportunos. Solo harémos memoria de la pintura que en la *sexta parte de su América*, fólío 8, delineó *Teodoro Bry*, poniendo á los *españoles* el dia despues de la victoria de *Atahuallpa* cazando mugeres en los baños junto á *Cassamarca*, no habiendo comido el dia antes y hallándose sumamente fatigados: cosa tan fuera de propósito, que el cuidado que tendrían los *conquistadores* de no perder lo adquirido era bastante á no creerlo, aunque lo refiriese algun historiador. Pues si el *Inca* tenia cinco mil mugeres en los reales y en los baños, y los *españoles* eran tan pocos, aunque estuviesen allí las mugeres eran falsas las pinturas del deseo con que las pintan solo para que el escándalo de la infame lámina enflaqueciese el aplauso de la victoria y desacreditase el ánimo de meterse entre tanta multitud de indios. Mentirá por cierto sobre abominable ridícula, pues no quiso aun dar tiempo para ponerla, ya que incierta verosimil, por cumplir la regla que deben observar los buenos y juiciosos pintores.



LIBRO PRIMERO

DE LA HISTORIA

DE LA FLORIDA,

DEL INCA.

Contiene la descripción de ella: las costumbres de sus naturales: quién fue su primer descubridor y los que después acá han ido: la gente que Hernando de Soto llevó: los casos extraños de su navegación: lo que en la Habana ordenó y proveyó, y cómo se embarcó para la Florida. Contiene quince capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Hernando de Soto pide la conquista de la Florida al emperador Carlos V; su magestad le hace merced de ella.

El adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general que fue de las provincias y señoríos de el gran reino de la Florida, cuya es esta historia, con la de otros muchos caballeros españoles é indios que para la gloria y honra de la Santísima Trinidad Dios nuestro Señor, y con deseo del aumento de su santa

fé católica y de la corona de España, pretendemos escribir se halló en la primera conquista del Perú y en la prision de Atahualpa, rey tirano, que siendo hijo bastardo usurpó aquel reino al legítimo heredero, y fue el último de los Incas que tuvo aquella monarquía, por cuyas tiranías y crueldades que en los de su propia carne y sangre usó mayores, se perdió aquel imperio, ó á lo menos por la discordia y division que en los naturales su rebelion y tiranía causó, se facilitó á que los españoles lo ganasen con la facilidad que lo ganaron (como en otra parte diremos con el favor divino) de la cual, como es notorio, fue el rescate tan soberbio, grande y rico, que escede á todo crédito que á historias humanas se puede dar, que segun la relacion de un contador de la hacienda de su magestad en el Perú, que dijo lo que valió el quinto de él: y por el quinto, sacando el todo, y reduciéndole á la moneda usual de los ducados de Castilla de á trecientos y setenta y cinco maravedís cada uno, se sabe que valió tres millones y docientos y noventa y tres mil ducados, y dineros mas, sin lo que se desperdició sin llegar á quintarse, que fue otra mucha suma. De esta cantidad y de las ventajas que como á tan principal capitan se le hicieron, y con lo que en el Cuzco los indios le presentaron cuando él y Pedro del Barco solos fueron á ver aquella ciudad, y con las dádivas que el mismo rey Atahualpa le dió (ca fue su aficionado por haber sido el primer español que vió y habló) hubo este caballero mas de cien mil ducados de parte.

Esta suma de dineros trajo Hernando de Soto cuando él y otros sesenta conquistadores juntos con sus partes y ganancias que en Casamarca tuvieron se vinieron á España; y aunque con esta cantidad de te-

soro (que entonces por no haber venido tanto de Indias como despues acá se ha traído, valia mas que ahora) pudiera comprar en su tierra, que era Villanueva de Barcarota, mucha mas hacienda que al presente se puede comprar, porque entonces no estaban las posesiones en la estima y valor que hoy tienen, no quiso comprarla; antes levantando los pensamientos y el ánimo con la recordacion de las cosas que por él habian pasado en el Perú, no contento con lo ya trabajado y ganado, mas deseando emprender otras hazañas iguales ó mayores, si mayores podian ser, se fue á Valladolid, donde entonces tenia su corte el emperador Carlos V, rey de España, y le suplicó le hiciese merced de la conquista del reino de la Florida (llamada así por haberse descubierto la costa dia de Pascua Florida) que la queria hacer á su costa y riesgo, gastando en ella su hacienda y vida por servir á su magestad y aumentar la corona de España.

Esto hizo Hernando de Soto movido de generosa envidia y celo magnánimo de las hazañas nuevamente hechas en Méjico por el marqués del Valle don Hernando Cortés, y en el Perú por el marqués don Francisco Pizarro y el adelantado don Diego de Almagro, las cuales él vió y ayudó á hacer. Empero como en su ánimo libre y generoso no cupiese ser súbdito, ni fuese inferior á los ya nombrados en valor y esfuerzo para la guerra, ni en prudencia y discrecion para la paz, dejó aquellas hazañas, aunque tan grandes, y emprendió estotras para él mayores, pues en ellas perdía la vida y la hacienda que en las otras habia ganado. De donde por haber sido así hechas casi todas las conquistas principales del Nuevo Mundo, algunos, no sin falta de malicia y

con sobra de envidia, se han movido á decir que á costa de locos, necios y porfiados, sin haber puesto otro caudal mayor, ha comprado España el señorío de todo el Nuevo Mundo, y no miran que son hijos de ella, y que el mayor ser y caudal que siempre ella hubo y tiene, fue producirlos y criarlos tales que hayan sido para ganar el Mundo Nuevo y hacerse temer del Viejo; en el discurso de la historia usaremos de estos dos apellidos españoles y castellanos: adviértase que queremos significar por ellos una misma cosa.

CAPÍTULO II.

Descripcion de la Florida, y quién fue el primer descubridor de ella, y el segundo y tercero.

La descripcion de la gran tierra Florida será cosa dificultosa poderla pintar tan cumplida como la quisiéramos dar pintada; porque como ella por todas partes sea tan ancha y larga, y no esté ganada ni aun descubierta del todo, no se sabe qué confines tenga.

Lo mas cierto y lo que no se ignora es que al Mediodia tiene el mar Océano y la gran isla de Cuba. Al Septentrion (aunque quieren decir que Hernando de Soto entró mil leguas adentro, como adelante tocaremos) no se sabe dónde vaya á parar, si confine con la mar ó con otras tierras.

Al Levante viene á descabezar con la tierra que llaman de los Bacallaos, aunque cierto cosmógrafo francés pone otra grandísima provincia en medio, que llama la Nueva Francia, por tener en ella siquiera el nombre.

Al Poniente confina con las provincias de las siete ciudades, que llamaron así sus descubridores de

aquellas tierras; los cuales habiendo salido de Méjico por orden del visorey don Antonio de Mendoza, las descubrieron año de mil y quinientos y treinta y nueve, llevando por capitán á Juan Vazquez Coronado, vecino de la dicha ciudad. Por vecino se entiende en las Indias el que tiene repartimiento de indios, y esto significa el nombre vecino, porque estaban obligados á mantener vecindad donde tenían los indios, y no podían venir á España sin licencia del rey, so pena que pasados los dos años que no hubiesen mantenido vecindad perdían el repartimiento.

Juan Vazquez Coronado, habiendo descubierto mucha y muy buena tierra, no pudo poblar por grandes inconvenientes que tuvo. Volvióse á Méjico, de que el visorey hubo gran pesar, porque la mucha y muy buena provision de gente y caballos que para la conquista habia juntado se hubiese perdido sin fruto alguno. Confina asimismo la Florida al Poniente con la provincia de los Chichimecas, gente valentísima que cae á los términos de tierras de Méjico.

El primer español que descubrió la Florida fue Juan Ponce de Leon, caballero, natural del reino de Leon, hombre noble; el cual habiendo sido gobernador de la isla de san Juan de Puerto Rico, como entonces no entendiesen los españoles sino en descubrir nuevas tierras, armó dos carabelas, y fue en demanda de una isla que llamaban Bimini, y segun otros Buyoca, donde los indios fabulosamente decían habia una fuente que remozaba á los viejos; en demanda de la cual anduvo muchos dias perdido sin la hallar. Al cabo de ellos, con tormenta, dió en la costa al Septentrion de la isla de Cuba; la cual costa, por ser dia de Pascua de Resurreccion cuando la vió, la llamó Florida, y fue el año de mil y quinien-

tos y trece, que segun los computistas se celebró aquel año á los veinte y siete de marzo.

Contentóse Juan Ponce de Leon solo con ver que era tierra, y sin hacer diligencia para ver si era tierra-firme ó isla, vino á España á pedir la gobernacion y conquista de aquella tierra: los reyes católicos le hicieron merced de ella, donde fue con tres navios el año de quince: otros dicen que fue el de veinte y uno; yo sigo á Francisco Lopez de Gomara: que sea el un año ó el otro importa poco. Y habiendo pasado algunas desgracias en la navegacion tomó tierra en la Florida. Los indios salieron á recibirle y pelearon con él valerosamente, hasta que le desbarataron y mataron casi todos los españoles que con él habian ido, que no escaparon mas de siete, y entre ellos Juan Ponce de Leon, y heridos se fueron á la isla de Cuba, donde todos murieron de las heridas que llevaban. Este fin desdichado tuvo la jornada de Juan Ponce de Leon, primer descubridor de la Florida, y parece que dejó su desdicha en herencia á los que despues acá le han sucedido en la misma demanda.

Pocos años despues andando rescatando con los indios, un piloto llamado Miruelo, señor de una carabela, dió con tormenta en la costa de la Florida, ó en otra tierra que no se sabe á qué parte, donde los indios le recibieron de paz, y en su contratacion, llamado rescate, le dieron algunas cosillas de plata y oro en poca cantidad, con las cuales volvió muy contento á la isla de Santo Domingo, sin haber hecho el oficio de buen piloto en demarcar la tierra y tomar el altura, como le fuera bien haberlo hecho para no verse en lo que despues se vió por esta negligencia.

En este mismo tiempo hicieron compañía siete

hombres ricos de Santo Domingo, entre los cuales fue uno Lucas Vazquez de Ayllon, oidor de aquella audiencia, y juez de apelaciones que habia sido en la misma isla antes que la audiencia se fundára; y armaron dos navíos que enviaron por entre aquellas islas á buscar y traer los indios, que como quiera que les fuese posible pudiesen haber, para los echar á labrar las minas de oro que de compañía tenían. Los navíos fueron á su buena empresa; y con mal temporal dieron acaso en el cabo que llamaron de Santa Elena, por ser en su dia, y en el rio llamado Jordan á contemplacion de que el marinero que primero lo vió se llamaba así. Los españoles saltaron en tierra: los indios vinieron con gran espanto á ver los navíos por cosa estraña nunca jamás de ellos vista, y se admiraron de ver gente barbuda y que anduviese vestida; mas con todo eso se trataron unos á otros amigablemente, y se presentaron cosas de las que tenían. Los indios dieron algunos aforros de martas finas, de suyo muy olorosas, y aljofar y plata en poca cantidad. Los españoles asimismo les dieron cosas de su rescate; lo cual pasado, y habiendo tomado los navíos el matalotage que hubieron menester, y la leña y agua necesaria, con grandes caricias convidaron los españoles á los indios á que entrasen á ver los navíos y lo que en ellos llevaban; á lo cual fiados en la amistad y buen tratamiento que se habian hecho, y por ver cosas para ellos tan nuevas, entraron mas de ciento y treinta indios. Los españoles cuando los vieron debajo de las cubiertas, viendo la buena presa que habian hecho, alzaron las anclas y se hicieron á la vela en demanda de Santo Domingo: mas en el camino se perdió un navío de los dos, y los indios que quedaron en el otro, aunque llegaron á Santo Domingo, se dejaron morir

todos de tristeza y hambre, que no quisieron comer de corage del engaño que debajo de amistad se les habia hecho.

CAPÍTULO III.

De otros descubridores que á la Florida han ido.

Con la relacion que estos castellanos dieron en Santo Domingo de que habian visto, y con la de Miruelo, que ambas fueron casi á un tiempo, vino á España el oidor Lucas Vazquez de Ayllon á pedir la conquista y gobernacion de aquella provincia, la cual entre las muchas que la Florida tiene se llama Chicoria. El emperador se la dió honrándole con el hábito de Santiago; el oidor se volvió á Santo Domingo y armó tres navíos grandes, año de mil y quinientos y veinte y cuatro, y con ellos llevando por piloto á Miruelo, fue en demanda de la tierra que el Miruelo habia descubierto, porque decian que era mas rica que Chicoria. Mas Miruelo por mucho que lo porfió nunca pudo atinar donde habia sido su descubrimiento, del cual pesar cayó en tanta melancolía, que en pocos dias perdió el juicio y la vida.

El licenciado Ayllon pasó adelante en busca de su provincia Chicoria, y en el rio Jordán perdió la nave capitana; y con las dos que le quedaban siguió su viage al Levante, y dió en la costa en una tierra apacible y deleitosa cerca de Chicoria, donde los indios le recibieron con mucha fiesta y aplauso. El oidor entendiendo que todo era ya suyo, mandó que saltasen en tierra docientos españoles, y fuesen á ver el pueblo de aquellos indios que estaba tres leguas la tierra adentro. Los indios los llevaron, y despues de los haber festejado tres ó cuatro dias, y asegurándolos con su amistad, los mataron una noche, y de so-

bresalto dieron al amanecer en los pocos españoles que con el oidor habian quedado en la costa en guarda de los navíos; y habiendo muerto y herido los mas de ellos, les forzaron á que rotos y desbaratados se embarcasen y volviesen á Santo Domingo, dejando vengados los indios de la jornada pasada.

Entre los pocos españoles que escaparon con el oidor Lucas Vazquez de Ayllon, fue uno llamado Hernando Mogollon, caballero natural de la ciudad de Badajoz, el cual pasó despues al Perú, donde contaba muy largamente lo que en suma hemos dicho desta jornada: yo le conocí.

Despues del oidor Lucas Vazquez de Ayllon fue á la Florida Pánfilo de Narvaez, año de mil quinientos treinta y siete, donde con todos los españoles que llevó se perdió tan miserablemente, como lo cuenta en sus naufragios Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, que fue con él por tesorero de la hacienda real. El cual escapó con otros tres españoles y un negro, y habiéndoles hecho Dios nuestro Señor tanta merced, que llegaron á hacer milagros en su nombre, con los cuales habian cobrado tanta reputacion y crédito con los indios que les adoraban por dioses; no quisieron quedarse entre ellos, antes en pudiendo se salieron á toda priesa de aquella tierra, y se vinieron á España á pretender nuevas gobernaciones: y habiéndolas alcanzado les sucedieron las cosas de manera que acabaron tristemente, como lo cuenta todo el mismo Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, el cual murió en Valladolid habiendo venido preso del rio de la Plata, donde fue por gobernador.

Llevó Pánfilo de Narvaez en su navegacion cuando fue á la Florida un piloto llamado Miruelo, pariente de el pasado, y tan desdichado como él en su oficio, que nunca acertó á dar en la tierra que su tio

*

habia descubierto, por cuya relacion tenia noticia de ella, y por esta causa lo habia llevado Pánfilo de Narvaez consigo.

Despues de este desgraciado capitan, fue á la Florida el adelantado Hernando de Soto, y entró en ella el año de treinta y nueve, cuya historia con las de otros muchos famosos caballeros españoles é indios, pretendemos escribir largamente, con la relacion de las muchas y grandes provincias que descubrió hasta su fin y muerte, y lo que despues de ella sus capitanes y soldados hicieron hasta que salieron de la tierra y fueron á parar á Méjico.

CAPÍTULO IV.

De otros mas que han hecho la misma jornada de la Florida, y de las costumbres y armas en comun de los naturales de ella.

Luego que en España se supo la muerte de Hernando de Soto, salieron muchos pretensores á pedir la gobernacion y conquista de la Florida, y el emperador Carlos V habiéndola negado á todos ellos, envió á su costa el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, un religioso Dominicco llamado fray Luis Cancer Balbastro por caudillo de su órden, que se ofrecieron á reducir con su predicacion aquellos indios á la doctrina evangélica; los cuales religiosos habiendo llegado á la Florida saltaron en tierra á predicar, mas los indios escarmentados de los castellanos pasados, sin quererlos oír dieron en ellos, y mataron á fray Luis y á otros dos de los compañeros. Los demas se acogieron al navío, y volvieron á España afirmando que gente tan bárbara é inhumana no quiere oír sermones.

El año de mil y quinientos y sesenta y dos un

hijo del oidor Lucas Vazquez de Ayllon pidió la misma conquista y gobernacion, y se la dieron, el cual murió en la Española solicitando su partida: y la enfermedad y la muerte se le causó de tristeza y pesar de que por su poca posibilidad se le dificultase de dia en dia la empresa. Despues acá han ido otros, y entre ellos el adelantado Pedro Melendez de Valdés, de los cuales dejó de escribir por no tener entera noticia de sus bechos.

Esta es la relacion mas cierta aunque breve que se ha podido dar de la tierra de la Florida, y de los que á ella han ido á descubrirla y conquistarla; y antes que pasemos adelante será bien dar noticia de algunas costumbres que en general los indios de aquel gran reino tenían, á lo menos los que el adelantado Hernando de Soto descubrió, que casi en todas las provincias que andubo son unas, y si en alguna parte en el proceso de nuestra historia se diferenciaren, tendrémolos cuidado de notarlas; empero en lo comun todos tienen casi una manera de vivir.

Estos indios son gentiles de nacion é idólatras, adoran al sol y á la luna por principales dioses, mas sin ningunas ceremonias de tener ídolos, ni hacer sacrificios, ni oraciones, ni otras supersticiones como la demas gentilidad. Tenian templos que servian de entierros y no de casa de oracion, donde por grandeza, demas de ser entierro de sus difuntos, tenían todo lo mejor y mas rico de sus haciendas, y era grandísima la veneracion en que tenían estos sepulcros y templos, y á las puertas de ellos ponian los trofeos de las victorias que ganaban á sus enemigos.

Casaban en comun con sola una muger, y esta era obligada á ser fidelísima á su marido, so pena de las leyes que para castigo del adulterio tenían.

ordenadas, que en unas provincias eran de cruel muerte, y en otras de castigo muy afrentoso como adelante en su lugar diremos. Los señores por la libertad señorial tenían licencia de tomar las mugeres que quisiesen; y esta ley ó libertad de los señores se guardó en todas las indias del Nuevo Mundo, empero siempre fue con distincion de la muger principal legítima, que las otras mas eran concubinas que mugeres: y así servian como criadas, y los hijos que de estas nacian, ni eran legítimos, ni se igualaban en honra ni en la herencia con los de la muger principal.

En todo el Perú la gente común casaba con sola una muger, y el que tomaba dos tenia pena de muerte. Los Incas, que son los de la sangre real, y los curacas, que eran los señores de vasallos, tenían licencia para tener todas las que quisiesen ó pudiesen mantener; empero con la distincion arriba dicha de la muger legítima á las concubinas. Y como gentiles decian que se permitia y dispensaba con ellos esto, porque era necesario que los nobles tuviesen muchas mugeres para que tuviesen muchos hijos; porque para hacer guerra y gobernar la república y aumentar su imperio, afirmaban era necesario hubiese muchos nobles: porque estos eran los que se gastaban en las guerras y morian en las batallas, y que para llevar cargas, y labrar la tierra y servir como siervos, habia en la plebeya gente demasiada; la cual (porque no era gente para emplearla en los peligros que se empleaban los nobles) por pocos que naciesen multiplicaban mucho; y que para el gobierno eran inútiles, ni era lícito que se lo diesen, que era hacer agravio al mismo oficio; porque el gobernar y hacer justicia era oficio de caballeros hijosdalgo y no de plebeyos. Y volviendo á los de la Florida.

El comer ordinario de ellos es el maiz en lugar de pan, y por vianda frisoles y calabaza de las que acá llaman romana, y mucho pescado conforme á los rios de que gozan. De carne tienen carestía porque no la hay de ninguna suerte de ganado manso; con los arcos y flechas matan mucha caza de ciervos, corzos y gamos, que los hay muchos en número y mas crecidos que los de España. Matan mucha diversidad de aves, así para comer la carne como para adornar sus cabezas con las plumas, que las tienen de diversos colores y galanas de media braza en alto que traen sobre las cabezas, con los cuales se diferencian los nobles de los plebeyos en la paz, y los soldados de los no soldados en la guerra. Su bebida es agua clara como la dió la naturaleza, sin mezcla de cosa alguna; la carne y pescado que comen ha de ser muy asado y muy cocido, y la fruta muy madura y en ninguna manera la comen verde ni á medio madurar; y hacian burla de que los castellanos comiesen agraz.

Los que dicen que comen carne humana se lo levantan, á lo menos á los que son de las provincias que nuestro gobernador descubrió, antes lo abominan, como lo nota Alvar Nuñez Cabeza de Vaca en sus naufragios capítulo catorce y diez y siete, donde dice que de hambre murieron ciertos castellanos que estaban alojados á parte, y que los compañeros que quedaban comian los que se morian, hasta el postrero que no hubo quien lo comiese; de lo cual dice que se escandalizaron los indios tanto, que estuvieron por matar todos los que habian quedado en otro alojamiento; puede ser que la coman donde los nuestros no llegaron, que la Florida es tan ancha y larga que hay para todos.

Andan desnudos: solamente traen unos pañetes de gamuza de diversos colores, que les cubre hones-

tamente todo lo necesario por delante y atrás, que casi son como calzones muy cortos; en lugar de capa traen mantas abrochadas al cuello que les bajan hasta medias piernas: son de martas finísimas que de suyo huelen á almizcle; hácenlas tambien de diversas pellejinas de animales, como gatos de diversas maneras, gamos, corzos, venados, osos y leones, y cueros de vaca; los cuales pellejos aderezan en todo extremo de perfeccion, que un cuero de vaca y de oso con su pelo lo aderezan y dejan tan blando y suave, que se puede traer por capa, y de noche les sirve de ropa de cama. Los cabellos crían largos, y los traen recogidos y hechos un gran ñudo sobre la cabeza: por tocado traen una gruesa madeja de hilo del color que quieren, la cual rodean á la cabeza y sobre la frente le dán con los cabos de la madeja dos medios ñudos, de manera que el un cabo queda pendiente por la una sien, y el otro por la otra hasta lo bajo de las orejas. Las mugeres andan vestidas de gamuza, traen todo el cuerpo cubierto honestamente.

Las armas que estos indios comunmente traen son arcos y flechas; y aunque es verdad que son diestros en otras diversas armas que tienen, como son picas, lanzas, dardos, partesanas, honda, porra, montante y baston, y otras semejantes si hay mas, escepto arcabuz y ballesta que no la alcanzaron; con todo eso no usan de otras armas sino del arco y flechas, porque para los que las traen son de mayor gala y ornamento; por lo cual los gentiles antiguos pintaban á sus dioses mas queridos, como eran Apolo, Diana y Cupido con arco y flechas, porque demas de lo que estas armas en ellos significan, son de mucha hermosura, y aumentan gracia y donaire al que las trae; por las cuales cosas, y por el efecto que con ellas mejor que con algunas de las otras se puede hacer de cer-

ca y de lejos huyendo ó acometiendo, peleando en las batallas ó recreándose en sus cacerías, las traian estos indios, y en todo el Nuevo Mundo es arma muy usada.

Los arcos son del mismo altor del que les trae, y como los indios de la Florida sean generalmente crecidos de cuerpo, son sus arcos de mas de dos varas de largo, y gruesos en proporcion; hácenlos de robles y de otras diversas maderas que tienen fuertes y de mucho peso. Son tan recios de enarcar, que ningun español por mucho que lo porfiaba, podía llevando la cuerda llegar la mano al rostro; y los indios por el mucho uso y destreza que tienen, llevan la cuerda con grandísima facilidad hasta ponerla detrás de la oreja, y hacen tiros tan bravos y espantables como adelante verémos.

Las cuerdas de los arcos hacen de correa de venado, sacan del pellejo desde la punta de la cola hasta la cabeza una correa de dos dedos de ancho, y despues de pelada la mojan y tuercen fuertemente, y el un cabo de ella atan á un ramo de árbol, y del otro cuelgan un peso de cuatro ó cinco arrobas, y lo dejan así hasta que se pone como una cuerda de las gruesas de violon de arco, y son fortísimas. Para tirar con seguridad de que la cuerda al soltar no lastime el brazo izquierdo, lo traen guarnecido por la parte de adentro con un medio brazal que les cubre de la muñeca hasta la sangradura, hecho de plumas gruesas, y atado al brazo con una correa de venado que le da siete ó ocho vueltas, donde sacude la cuerda con grandísima pujanza.

Esto es lo que en suma se puede decir de la vida y costumbres de los indios de la Florida; y ahora volvamos á Hernando de Soto que pedia la conquista y gobernacion de aquel gran reino, que tan infelice y costoso ha sido á todos los que á él han ido.

Publicanse en España las provisiones de la conquista, y del aparato grande que para ella se hace.

La cesárea magestad hizo merced á Hernando de Soto de la conquista con título de adelantado, y marqués de un estado de treinta leguas en largo y quince en ancho en la parte que él quisiese señalar de lo que á su costa conquistase. Dióle asimismo que durante los dias de su vida fuese gobernador y capitán general de la Florida: que tambien lo fuese de la isla de Santiago de Cuba, para que los vecinos y moradores de ella, como á su gobernador y capitán le obedeciesen y acudiesen con mayor prontitud á las cosas que mandase necesarias para la conquista. La gobernacion de Cuba pidió Hernando de Soto con mucha prudencia, porque es cosa muy importante para el que fuere á descubrir, conquistar y poblar la Florida.

Estos títulos y cargos se publicaron por toda España con gran sonido de la nueva empresa que Hernando de Soto emprendia de ir á sujetar y ganar grandes reinos y provincias para la corona de España; y como por toda ella se dijese que el capitán que la hacia habia sido conquistador del Perú, y que no contento con cien mil ducados que de él habia traído los gastaba en esta segunda conquista, se admiraban todos y la tenian por mucho mejor y mas rica que la primera: por lo cual de todas partes de España acudieron muchos caballeros muy ilustres en linage, muchos hijosdalgo, muchos soldados prácticos en el arte militar, que en diversas partes del mundo habian servido á la corona de España, y muchos ciudadanos y labradores: los cuales todos con la fama tan buena de la nueva conquista, y con la

vista de tanta plata y oro y piedras preciosas como veian traer del Nuevo Mundo, dejando sus tierras, padres, parientes y amigos, y vendiendo sus haciendas, se apercebían y se ofrecían por sus personas y cartas para ir á esta conquista, con esperanzas que se prometían que habia de ser tan rica ó mas que las dos pasadas de Méjico y del Perú. Con las mismas esperanzas se movieron tambien á ir á esta jornada de la Florida seis ó siete de los conquistadores que dijimos se habian vuelto del Perú: no advirtiendo que no podia ser mejor la tierra que iban á buscar que la que habian dejado, ni satisfaciéndose con las riquezas que de ella habian traído: antes parece que la hambre de ellas les habia crecido conforme á su naturaleza que es insaciable. Los conquistadores nombrarémós en el proceso de esta historia como se fueren ofreciendo.

Luego que el gobernador mandó publicar sus provisiones, entendió en dar órden que se comprasen navíos, armas, municiones, bastimentos y las demas cosas pertenecientes á tan gran empresa como la que habia tomado. Para los cargos eligió personas suficientes, cada cual en su ministerio; convocó gente de guerra; nombró capitanes y oficiales para el ejército, como dirémós en el capítulo siguiente: en suma proveyó con toda magnificencia y largueza, como quien podia y queria todo lo que convenia para su demanda.

Pues como el general y los demas capitanes y ministros acudiesen con tanta liberalidad al gasto, y con tanta diligencia á las cosas que eran á cargo de cada uno de ellos, las concluyeron y juntaron todas en San Lúcar de Barrameda (donde habia sido la embarcacion) en poco mas tiempo de un año que las provisiones de su magestad se habian publicado.

Traidos los navíos y llegado el plazo señalado para que la gente levantada viniese al mismo puerto, y habiéndose juntado toda, que era lucidísima, y hechas las demas provisiones, así de matalotage, como de mucho hierro, acero, barretas, azadas, azadones, serones, sogas y espuertas, cosas muy necesarias para poblar, se embarcaron y pusieron en su navegacion en la forma siguiente.

CAPÍTULO VI.

Del número de gente y capitanes que para la Florida se embarcaron.

Novcientos y cincuenta españoles de todas calidades se juntaron en San Lúcar de Barrameda para ir á la conquista de la Florida, todos mozos, que apenas se hallaba entre ellos uno que tuviese canas (cosa muy importante para vencer los trabajos y dificultades que en las nuevas conquistas se ofrecen). A muchos de ellos dió el gobernador socorro de dineros, envió á cada uno segun la calidad de su persona, conforme á la estofa de ella, y segun la compañía y criados que traia. Muchos por necesidad recibieron el socorro, y otros (con respeto y comediamento de ver la máquina grande que el general traia sobre sus hombros) no quisieron recibirlo, pareciéndoles mas justo socorrer si pudieran al gobernador que ser socorridos dél.

Llegado el tiempo de las aguas vivas, se embarcaron en siete navíos grandes y tres pequeños que en diversos puertos de España se habian comprado. El adelantado, con toda su casa, muger y familia, se embarcó en una nao, llamada San Cristóbal, que era de ochocientas toneladas, la cual iba por capitana de la armada, bien apercebida de gente de guer-

ra, artillería y municion, como convenia á nao capitana de tan principal capitán.

En otra no menor, llamada la Magalena, se embarcó Nuño Tovar, uno de los sesenta conquistadores, natural de Jeréz de Badajoz. Este caballero iba por teniente general, y en su compañía llevaba otro caballero don Carlos Enriquez, natural de la misma ciudad, hijo segundo de un gran mayorazgo de ella. Luis de Moscoso de Alvarado, hijo del comendador Dios-dado de Alvarado, caballero natural de Badajoz y vecino de Zafra, y uno de los sesenta conquistadores elegido y nombrado para maese de campo del ejército, iba por capitán del galeon llamado la Concepcion, que era de mas de quinientas toneladas.

En otro galeon igual á este, llamado Buena Fortuna, iba el capitán Andres de Vasconcelos, caballero fidalgo portugués, natural de Yelves; el cual llevaba una muy hermosa y lucida compañía de fidalgos portugueses, que algunos de ellos habian sido soldados en las fronteras de Africa. Diego García, hijo del alcaide de Villanueva de Barcarrota, iba por capitán de otro navío grueso llamado San Juan. Arias Tinoco, nombrado por capitán de infantería, iba por capitán de otra nao grande llamada Santa Bárbara.

Alonso Romo de Cardenosa, hermano de Arias Tinoco, que tambien era nombrado capitán de infantería, iba por capitán de un galeoncillo llamado San Anton: con este capitán iba otro hermano suyo, llamado Diego Arias Tinoco, nombrado para alférez general del ejército. Estos tres hermanos eran deudos del general. Por capitán de una carabela muy hermosa iba Pedro Calderon, caballero natural de Badajoz, y en su compañía iba el capitán Micer Espindola, caballero ginovés, el cual era capitán de sesenta alabarderos de la guardia del gobernador. Sin

estos ocho navíos llevaban dos bergantines para servicio de la armada, que por ser mas ligeros y mas fáciles de gobernar que las naos gruesas, sirviesen como espías de descubrir por todas partes lo que hubiese por la mar.

En estos siete navíos, carabela y bergantines se embarcaron los novecientos y cincuenta hombres de guerra, sin los marineros y gente necesaria para el gobierno y servicio de cada nao. Sin la gente que hemos dicho, iban en la armada doce sacerdotes, ocho clérigos y cuatro frailes: los nombres de los clérigos que la memoria ha retenido son: Rodrigo de Gallegos, natural de Sevilla, deudo de Baltasar de Gallegos; y Diego de Bañuelos y Francisco del Pozo, naturales de Córdoba. Dionisio de París, natural de Francia, de la misma ciudad de París. Los nombres de los otros cuatro clérigos se han olvidado. Los frailes se llamaban: fray Luis de Soto, natural de Villanueva de Barcarrota, deudo del gobernador Hernando de Soto. Fray Juan de Gallegos, natural de Sevilla, hermano del capitan Baltasar de Gallegos: ambos frailes de la órden de Santo Domingo. Fray Juan de Torres, natural de Sevilla, de la religion de San Francisco, y fray Francisco de la Rocha, natural de Badajoz, de la advocacion é insignia de la Santísima Trinidad: todos ellos hombres de mucho ejemplo y doctrina.

Con esta armada de la Florida iba la de Méjico, que era de veinte naos gruesas, de la cual iba tambien por general Hernando de Soto hasta el parage de la isla de Santiago de Cuba, de donde se habia de apartar para la Vera-Cruz; y para de allí adelante iba nombrado por general de ella un caballero principal llamado Gonzalo de Salazar, el primer cristiano que nació en Granada despues que la qui-

taron á los moros: por lo cual aunque él era caballero hijodalgo, los reyes católicos, de gloriosa memoria, que ganaron aquella ciudad, le dieron grandes privilegios y hicieron mercedes, de que se fundó un mayorazgo para sus descendientes. El cual habia sido conquistador de Méjico. Este caballero volvió por factor de la hacienda imperial de la ciudad de Méjico.

Con esta órden salieron por la barra de San Lúcar las treinta naos de las dos armadas, y se hicieron á la vela á los seis de abril del año de mil y quinientos y treinta y ocho, y navegaron aquel dia y otros muchos con toda la prosperidad y bonanza de tiempo que se podia desear. La armada de la Florida iba tan abastecida de todo matalotage, que á cuantos iban en ella se daba racion doblada, cosa bien impertinente, porque se desperdiciaba todo lo que sobraba, que era mucho: mas la magnificencia del general era tanta, y tan grande el contento que llevaba de llevar en su compañía gente tan lucida y noble, que todo se le hacia poco para el deseo que tenia de regalarlos.

CAPÍTULO VII.

Lo que sucedió á la armada la primera noche de su navegacion.

El primer dia que navegaron, poco antes que anocheiese, llamó el general á un soldado de muchos que llevaba escogidos para traer cerca de su persona, llamado Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcántara, y le dijo: tendréis cuidado de dar esta noche órden á las centinelas como hayan de velar, y aperebiréis al condestable, que es el artillero mayor, que lleve toda su artillería aprestada y puesta á punto, y si pareciere algun navío de mal andar, haréis

que le tiren, y en todo guardaréis el orden que la navegacion buena requiere. Así se proveyó todo como el gobernador lo mandó.

Siguiéndose pues el viage con muy próspero tiempo, sucedió á poco mas de media noche que los marineros de la nao que habia de ser capitana de las de Méjico, en que iba el fator Gonzalo de Salazar, ó por mostrar la velocidad y ligereza de ella, ó por presumir que tambien era capitana como la de Hernando de Soto, ó porque como será lo mas cierto, el piloto y el maestre con la bonanza del tiempo se hubiesen dormido, y el marinero que gobernaba la nao no fuese plático de las reglas y leyes del navegar, la dejaron adelantarse de toda la armada é ir adelante de ella á tiro de cañon y á barlovento de la capitana: que por cualquiera de estas dos cosas que los marineros hagan tienen pena de muerte.

Gonzalo Silvestre que por dar buena cuenta de lo que se le habia encargado, aunque tenia sus centinelas puestas no dormia (como lo debe hacer todo buen soldado y hijodalgo como él lo era), recordando al condestable preguntó ¿si aquel navío era de su armada y compañía ó de mal andar? fuéle respondido, que no podia ser de la armada, porque si lo fuera no se atreviera á ir donde iba, por tener pena de muerte los marineros que tal hacian: por tanto se afirmaba que era de enemigos. Con esto se determinaron ambos á le tirar, y al primer cañonazo le horadaron todas las velas por medio de popa á proa; y al segundo le llevaron del un lado parte de las obras muertas; y yendo á tirarle mas, oyeron que la gente de ella daba grandes gritos pidiendo misericordia que no les tirasen que eran amigos.

El gobernador se levantó al ruido, y toda la

armada se alborotó y puso en arma, y encaró hácia la nao Mejicana: la cual como se le iba el viento por las roturas que la pelota le habia hecho en las velas, vino decayendo sobre la capitana; y la capitana que iba en su seguimiento la alcanzó presto, donde les hubiera de suceder otro mayor mal y desventura que la que se tenia por lo pasado; y fue que como los unos con el temor y confusion de su delito atendiesen mas á desculpase que á gobernar su navío, y los otros con la ira y enojo que llevaban de pensar que el hecho hubiese sido desacato y no descuido, y con deseo de lo castigar ó vengar, no mirasen cómo ni por dónde iban, hubieran de embestirse y encontrarse con los costados ambas naos: y estuvieron tan cerca de ellos, que los de dentro para socorrerse en este peligro, no hallando remedio mejor, á toda priesa saearon muchas picas, con las cuales entivando de la una en la otra nao porque no diesen golpe, rompieron mas de trecientas, que pareció una hermosísima folla de torneo de á pie, é hicieron buen efecto. Mas aunque con las picas y otros palos les estorbaron que no se encontrasen con violencia, no les pudieron estorbar que no se trabasen y asiesen con las jarcias, velas y entenas, de manera que se vieron en el último punto de ser ambas anegadas; porque el socorro de los suyos del todo las desamparó. que los marineros turbados con el peligro tan eminente y repentino, desconfiaron de todo remedio, ni sabian cual hacer que les fuese de provecho: y cuando pudieran hacer alguno, la vocería de la gente que veia la muerte al ojo era tan grande que no les dejaba oirse; ni la escuridad de la noche que acrecienta las tormentas daba lugar á que viesen lo que les convenia hacer; ni los que tenian algun ánimo y esfuerzo podian mandar, porque no

habia quien les obedeciese ni escuchase, que todo era llanto, grita, voces, alaridos y confusion.

En este punto estuvieron ambos generales y sus dos nacs capitanas, cuando Dios nuestro Señor las socorrió, con que la del gobernador con los trajamares ó navajas que en las entenas llevaba, cortó á la del fator todos los cordeles, jarcias y velas con que las dos se habian asido. Las cuales cortadas, pudo la del general con el buen viento que hacia apartarse de la otra quedando ambas libres.

Hernando de Soto quedó tan airado así de haberse visto en el peligro pasado, como de pensar que el hecho que lo habia causado hubiese sido por desacato maliciosamente hecho, que estuvo por hacer un gran esceso en mandar cortar luego la cabeza al fator; mas él se desculpaba con gran humildad diciendo, que no habia tenido culpa en cosa alguna de lo sucedido, y así lo testificaron todos los de su nao; con lo cual y con buenos terceros que no faltaron en la del gobernador, que escusaron y abonaron al fator, se aplacó la ira del general, y le perdonó y olvidó todo lo pasado: aunque el fator Gonzalo de Salazar despues de llegado á Méjico, siempre que se ofrecia plática sobre el suceso de aquella noche, como hombre sentido del hecho, solia decir que holgára toparse en igual fortuna con Hernando de Soto, para le reptar y desafiar sobre las palabras demasiadas que con sobra de enojo le habia dicho, en lo que él no habia tenido culpa: y así era verdad que no la habia tenido; mas tampoco el general le habia dicho cosa de que él pudiese ofenderse. Pero como el uno sospechó que el hecho habia sido malicioso, así el otro se enojó entendiendo que las palabras habian sido ofensivas: no habia pasado ni lo uno ni lo otro. Mas la sospecha y la ira tienen gran-

dísima fuerza y dominio sobre los hombres principalmente poderosos como lo eran nuestros dos capitanes.

Los marineros de la nao del fator habiendo remendado las roturas de las velas y jarcias con toda la presteza, diligencia y buena maña que en semejantes casos suelen tener, siguieron su viage dando gracias á nuestro Señor que los hubiese librado de tanto peligro.

CAPÍTULO VIII.

Llega la armada á Santiago de Cuba, y lo que á la nao capitana sucedió á la entrada del puerto.

Sin otro caso mas que de contar sea, llegó el gobernador á los veinte y uno de abril, dia de Pascua Florida, á la Gomera, una de las islas de la Canaria, donde halló al conde señor de ella, que lo recibió con gran fiesta y regocijo.

En este paso dice Alonso de Carmona en su peregrinacion estas palabras. Salimos del puerto de San Lúcar año de treinta y ocho por cuaresma, y fuimos navegando por las islas de la Gomera, que es adonde todas las flotas van á tomar agua y refresco de matalotage; y á los quince dias andados llegamos á vista de la Gomera: y diré dos cosas que acaecieron aquel dia en mi nao: la una fue, que peleando dos soldados se asieron á brazo partido y dieron consigo en la mar, y así se sumieron que no pareció pelo ni hueso de ellos. La otra fue, que iba allí un hidalgo que se llamaba Tapia, natural de Arévalo, y llevaba un lebrél muy bueno y de mucho valor, y estando como doce leguas del puerto cayó á la mar; y como llevábamos viento próspero se quedó, que no lo podimos tomar, y fuimos pro-

siguiendo nuestro viage y llegamos al puerto, y otro dia de mañana vido su amo el lebrel en tierra, y admirándose de ello, fuélo con gran contento á tomar y defendióse el que lo llevaba, y averiguóse que viniendo un barco de una isla á otra lo hallaron en la mar, que andaba nadando y lo metieron en el barco, y averiguóse que habia nadado el lebrel cinco horas, y tomamos refresco y lo demas, y proseguimos nuestro viage, y á vista de la Gomera se llegó el amo del lebrel á bordo, y le dió la vela un enbion que le echó á la mar, y así se sumió como si fuera plomo, y nunca mas pareció, de que nos dió mucha pesadumbre á todos los del armada &c.

Todas son palabras de Alonso de Carmona, sacadas á la letra, y páselas aquí, porque los tres casos que cuenta son notables, y tambien porque se vea cuán conforme va su relacion con la nuestra, así en el año y en los primeros quince dias de la navegacion como en el temporal y en el puerto que tomaron que todo se ajusta con nuestra historia. Por lo cual pondré de esta manera otros muchos pasos suyos y de Joan Coles, que es el otro testigo de vista; los cuales se hallaron en esta jornada, juntamente con mi autor.

Pasados los tres dias de Pascua en que tomaron el refresco que habian menester, siguieron su viage. El gobernador en aquellos dias alcanzó de el conde con muchos ruegos y súplicas le diese una hija natural que tenia de edad de diez y siete años, llamada doña Leonor de Bobadilla, para llevarla consigo y casar, y hacerla gran señora en su nueva conquista. La demanda del gobernador concedió el conde, confiado en su magnanimidad que cumpliria mucho mas que le prometia; y así se la entregó á doña Isabel de Bobadilla, muger del adelantado Her-

mando de Soto para que admitiéndola por hija la llevase en su compañía.

Con esta dama, cuya hermosura era estremada, salió el gobernador muy contento de la isla de la Gomera, á los veinte y cuatro de abril; y mediante el buen viento (que siempre le hizo) dió vista á la isla de Santiago de Cuba á los postreros de mayo, habiendo doce dias antes pedido licencia el factor Gonzalo de Salazar para apartarse con la armada de Méjico y guiar su navegacion á la Vera-Cruz, que lo habia deseado en extremo por salir de jurisdiccion agena; (porque voluntad humana siempre querria mandar mas que no obedecer) y el gobernador se la habia dado con mucha facilidad por sentirle el deseo que de ella tenia.

El adelantado y los de su armada iban á tomar el puerto con mucha fiesta y regocijo de ver que se les habia acabado aquella larga navegacion, y que llegaban á lugar por ellos tan deseado para tratar y apercebir de mas cerca las cosas que convenian para su jornada y conquista; cuando hé aquí vieron venir un hombre que los de la ciudad de Santiago habian mandado salir á caballo, corriendo hácia la boca del puerto, dando grandes voces á la nao capitana, que iba ya á entrar en él, y diciendo: á babor, á babor (que en lenguaje de marineros, para los que no lo saben, quiere decir á mano derecha del navío) con intencion que la capitana y las demas que iban en pos de ella se perdiesen todas en unos bajíos y peñas que el puerto tiene muy peligrosas á aquella parte.

El piloto y los marineros que en la entrada de aquel puerto no debian de ser tan experimentados como fuera razon (para que se vea cuánto importa la práctica y esperiencia en este oficio) encamina

ron la nao adonde decia el de á caballo. El cual, como hubiese reconocido que la armada era de amigos y no de enemigos, volvió con mayores voces y gritos á decir en contra, á estribor (que es á mano izquierda del navío) que se pierden: y para darse á entender mejor, se echó del caballo abajo y corrió hácia su mano derecha, haciendo señas con los brazos y la capa, diciendo: volved, volved á la otra banda que os perderéis todos. Los de la nao capitana cuando lo hubieron entendido, volvieron con toda diligencia á mano izquierda: mas por mucha que pusieron, no pudieron escusar que la nao no diese en una peña un golpe tan grande, que todos los que iban dentro entendieron que se habia abierto y perdido; y acudiendo á la bomba, sacaron á vueltas del agua mucho vino y vinagre, aceite y miel, que del golpe que la nao habia dado en la roca se habían quebrado muchas vasijas de las que llevaban estos licores; y con los ver se certificaron en el temor que habian cobrado de que la nao era perdida. A mucha priesa echaron al agua el batel, y sacaron á tierra la muger del gobernador, y sus dueñas y doncellas, y á vueltas de ellas salieron algunos caballeros mozos no experimentados en semejantes peligros, los cuales se daban tanta priesa á entrar en el batel, que perdido el respeto que á las damas se les debe, no se comedian ni daban lugar á que ellas entrasen primero, pareciéndoles que no era tiempo de comedimientos. El general como buen capitan y práctico no quiso, aunque se lo importunaron, salir de la nao hasta ver el daño que habia recibido, y tambien por la socorrer de mas cerca si fuese menester; y por obligar con su presencia á que no la desamparasen todos. Acudiendo pues muchos marineros á lo bajo de ella, hallaron

que no habia sido mas el daño que la quiebra de las botijas; y que la nao estaba sana y buena, como lo certificaba la bomba en no sacar mas agua; con que se alegraron todos, y los que habian sido mal comedidos, y muy diligentes en salir á tierra quedaron corridos.

CAPÍTULO IX.

Batalla naval de dos navíos que duró cuatro dias dentro en el puerto de Santiago de Cuba.

Para descargo de los de la ciudad será razon que digamos la causa que les movió á dar este mal aviso, por el cual sucedió lo que se ha dicho: que cierto bien mirado el hecho que lo causó y la porfia tan obstinada que en él hubo, se verá que fue un caso notable y digno de memoria, y que en alguna manera disculpa á estos ciudadanos; porque el miedo en los ánimos comunes y gente popular impide y estorba los buenos consejos. Para lo cual es de saber, que diez dias antes que el gobernador llegase al puerto habia entrado en él una muy hermosa nao de un Diego Perez, natural de Sevilla, que andaba contratando por aquellas islas; y aunque andaba en trage de mercader, era muy buen soldado de mar y tierra, como luego verémos: no se sabe cuál fuese la calidad de su persona, mas la nobleza de su condicion y la hidalguía que en su conversacion, tratos y contratos mostraba decian que de rechamente era hijodalgo; porque ese lo es que hace hidalguías. Este capitan plático traia su navío muy pertrechado de gente, armas, artillería y municion, para si fuese necesario pelear con los cosarios que por entre aquellas islas y mares topase, que allí son muy ordinarios. Pasados tres dias que Diego Perez

estaba en el puerto, sucedió que otra nao no menor que la suya, de un cosario francés que andaba á sus aventuras, entró en él.

Pues como los dos navíos se reconociesen por enemigos de nacion sin otra alguna causa, embistió el uno con el otro, y aferrados pelearon todo el dia hasta que la noche los despartió. Luego que cesó la pelea se visitaron los dos capitanes por sus mensajeros, que el uno al otro envió con recaudos de palabras muy comedidas, y con regalos y presentes de vino y conservas, fruta seca y verde de la que cada uno de ellos traía como si fueran dos muy grandes amigos: y para adelante pusieron treguas sobre sus palabras, que no se ofendiesen ni fuesen enemigos de noche, sino de dia, ni se tirasen con artillería diciendo: que la pelea de manos con espadas y lanzas era mas de valientes que las armas arrojadizas; porque las ballestas y arcabuces de suyo daban testimonio haber sido invenciones de ánimos cobardes ó necesitados; y que el no ofenderse con la artillería, demas de la gentileza de pelear y vencer á fuerza de brazos y con propia virtud, aprovecharía para que el vencedor llevase la nao y la presa que ganase; de manera que le fuese de provecho sana y no rota. Las treguas se guardaron inviolablemente, mas no se pudo saber de cierto qué intencion hubiese tenido para no ofenderse con la artillería, si no fue el temor de perecer ambos sin provecho de alguno de ellos. No embargante las paces puestas, se velaban y recataban de noche, por no ser acometidos de sobresalto, porque de palabra de enemigo no se debe fiar el buen soldado para descuidarse por ella de lo que le conviene hacer en su salud y vida.

El segundo dia volvieron á pelear obstinadamente, y no cesaron hasta que el cansancio y la hambre

los despartió ; mas habiendo comido y tomado aliento tornaron á la batalla de nuevo, la cual duró hasta el sol puesto; entonces se retiraron y pusieron en sus sitios, y se visitaron y regalaron como el dia antes, preguntando el uno por la salud del otro, y ofreciéndose para los heridos las medicinas que cada cual de ellos tenia.

La noche siguiente envió el capitán Diego Perez un recaudo á los de la ciudad diciendo: que bien habian visto lo que en aquellos dias habia hecho por matar ó rendir al enemigo, y como no le habia sido posible por hallar en él gran resistencia: que les suplicaba (pues á la ciudad le importaba tanto quitar de su mar y costas un cosario tal como aquel) le hiciesen merced de darle palabra si en la batalla se perdiese, como era acaecederlo, restituirian á él ó á sus herederos lo que su nao podia valer y mil pesos menos: que él se ofreceria á pelear con el contrario hasta le vencer ó morir á sus manos; y que pedia esta recompensa porque era pobre y no tenia mas caudal que aquel navío: que si fuera rico, holgára de lo arriesgar libremente en su servicio; y que si venciese no queria de ellos premio alguno. La ciudad no quiso conceder esta gracia á Diego Perez, antes le respondió desabridamente diciendo: que hiciese lo que quisiese, que ellos no querian obligarse á cosa alguna. El cual vista la mala respuesta á su petición, y tanta ingratitud á su buen animo y deseo, acordó pelear por su honra, vida y hacienda sin esperar en premio ageno diciendo: quien puede servirse así mismo, mal hace en servir á otro, que las pagas de los hombres casi siempre son como esta.

Luego que amaneció el dia tercero de la batalla de estos bravos capitanes, Diego Perez se halló á punto de guerra, y acometió á su enemigo con el mismo ánimo y gallardía que los pasados, por dar á enten-

der á los de la ciudad que no peleaba en confianza de ellos, sino en la de Dios y de su buen ánimo y esfuerzo. El francés salió á recibirle con no menos deseo de vencer ó morir aquel dia que los pasados, que cierto parece que la obstinacion y el haberlo hecho caso de honra les instigaba á la pelea mas que el interés que se les podia seguir de despojarse el uno al otro; porque sacados los navíos debia de valer bien poco lo que habia en ellos. Aferrados pues el uno con el otro pelearon todo aquel dia, como habian hecho los dos pasados, apartándose solamente para comer y descansar cuando sentia mucha necesidad, y en habiendo descansado volvian á la batalla tan de nuevo como si entonces la empezáran, y siempre con mayor enojo y rabia de no poderse vencer. La falta del dia los despartió con muchos heridos y algunos muertos que de ambas partes hubo: mas luego que se retiraron, se visitaron y regalaron como solian con sus dádivas y presentes, como si entre ellos no hubiera pasado cosa alguna de mal. Así pasaron la noche, con admiracion de toda la ciudad, que dos hombres particulares que andaban á buscar la vida sin otra necesidad ni obligacion que les forzase porfiasen tan obstinadamente en matarse el uno al otro, no habiendo de llevar mas premio que el haberse muerto, ni pudiendo esperar gratificacion alguna de sus reyes, pues no andaban en servicio de ellos ni á su sueldo: empero todo esto y mas pueden las pasiones humanas cuando empiezan á reinar.

CAPÍTULO X.

Prosigue el suceso de la batalla naval hasta el fin de ella.

Venido el cuarto dia, habiéndose hecho salva con

los tiros y saludándose con palabras del un navío al otro segun costumbre de mareantes, volvieron españoles y franceses á la porfia de la batalla con el mismo ánimo y esfuerzo que los tres dias pasados, aunque con menos fuerzas, porque andaban ya muy cansados y muchos de ellos mal heridos. Mas el deseo de la honra, que en los ánimos generosos puede mucho, les daba esfuerzo y vigor para sufrir y llevar tanto trabajo. Todo este dia pelearon como los pasados, apartándose solamente para comer, y descansar, y curar los heridos, y luego volvian á la batalla como de nuevo hasta que la noche los puso en paz. Retirados que fueron, no faltaron de visitarse con sus presentes de regalos y buenas palabras. Que cierto son de notar los dos extremos tan contrarios, uno de enemistad y otro de comedimientos que entre estos capitanes aquellos cuatro dias pasaron; porque es verdad que la pelea de ellos era de enemigos mortales ansiosos de quitarse las vidas y haciendas, y en cesando de ella todo se les convertia en amistad de hermanos deseosos de hacerse todo el regalo posible, por mostrar que no eran menos corteses y afables en la paz que valientes y feroces en la guerra, y que no deseaban menos vencer de la una manera que de la otra.

Volviendo á los de la batalla, el español que habia sentido aquel dia flaqueza en su enemigo, le envió entre sus comedimientos y regalos á decir, que en extremo deseaba que aquella batalla que tanto habia durado, no cesase hasta que el uno de los dos hubiese alcanzado la victoria: que le suplicaba le esperase el dia siguiente, que él le prometia buenas albricias si así lo hiciese, y que por obligarle con las leyes militares á que no se fuese aquella noche, le desafiaba de nuevo para la batalla del dia venidero, y que confiaba no la rehusaria, pues en todo lo de atrás

se habia mostrado tan principal y valiente capitán.

El francés haciendo grandes ostentaciones de regocijo por el nuevo desafio, respondió que lo aceptaba, y que esperaria el dia siguiente, y otros muchos que fuesen menester, para cumplir su deseo y fenecer aquella batalla, cuyo fin no deseaba menos que su contrario; que desto estuviese cierto y descuidadamente reposase toda la noche, y tomase vigor y fuerzas para el dia siguiente, y que le suplicaba no fuese aquel desafio fingido y con industria artificiosamente hecho para le asegurar é descuidarse é irse á su salvo la noche venidera, si no que fuese cierto y verdadero que así lo deseaba él por mostrar en su persona la valerosidad de su nacion.

Mas con todas estas bravatas cuando vió tiempo acomodado alzando las anclas con todo el silencio que pudo se hizo á la vela por no arrepentirse de haber cumplido palabra dada en perjuicio y daño propio: que no deja de ser muy gran simpleza la observancia della en tales casos; pues el mudar consejos es de sábios, principalmente en la guerra, por la inestabilidad que hay en los sucesos de ella, de lo cual carece la paz: y tambien porque el último fin que en ella se pretende es alcanzar victoria.

Las centinelas de la nao española aunque sintieron algun ruido en la francesa, no tocaron arma ni dieron alerta, entendiendo que se aprestaban para la batalla venidera, y no para huir. Venido el dia se hallaron burlados. Al capitán Diego Perez le pesó mucho que sus enemigos se hubiesen ido; porque segun la flaqueza que el dia antes les habia sentido, tenia por muy cierta la victoria de su parte, y con deseo della, tomando de la ciudad lo que habia menester para los suyos, salió en busca de los contrarios.

CAPÍTULO XI.

De las fiestas que al gobernador hicieron en Santiago de Cuba.

De este caso tan notable y extraño quedó la ciudad de Santiago muy escandalizada y temerosa; y como sucedió tan pocos dias antes que el gobernador llegase al puerto, temió que era el cosario pasado que habiendo juntado otros consigo volvía á saquear y quemar la ciudad; por esto dió el mal aviso que hemos dicho, para que se perdiesen en las peñas y bajíos que hay en la entrada del puerto.

El gobernador se desembarcó y toda la ciudad salió con mucha fiesta y regocijo á le recibir y dar el parabien de su buena venida, y en disculpa de haberle enojado con el mal recaudo, le contaron mas larga y particularmente todo el suceso de los cuatro dias de la batalla del francés con el español, y las visitas y regalos que se enviaban; y le suplicaron les perdonase, que aquel gran miedo les habia causado mal consejo. Mas no se disculparon de haber sido tan crueles y desagradecidos con Diego Perez, como el gobernador lo supo despues en particular, de que se admiró no menos que de la pelea y comedimientos que los dos capitanes habian tenido. Porque es cierto que le informaron que demas de la mala respuesta que habian dado al partido que Diego Perez les habia ofrecido, habian estado tan tiranos con él, que en todos los cuatro dias que habia peleado, con ser la batalla en servicio de ellos, y con salir toda la ciudad á verla cada dia, nunca se habian comedido á socorrerle mientras peleaba, ni á regalarle siquiera con un jarro de agua cuando descansaba; sino que le habian tratado tan esquivamente como si fuera de nacion y religion contraria á la suya. Ni en propio

beneficio habian querido hacer cosa alguna contra el francés, que con enviar veinte ó treinta hombres en una barca ó balsa, que hicieran muestra de acometer al enemigo por el otro lado sin llegar con él á las manos, solo con divertirle dieran la victoria á su amigo, que cualquiera socorro, aunque pequeño, fuera parte para dársela, pues las fuerzas dellos estaban tan iguales, que pudieron pelear cuatro dias sin reconocerse ventaja. Mas ni esto ni otra cosa alguna habian querido hacer los de la ciudad por sí ni por el español, como si no fueran españoles, temiendo que si el francés venciese no la saquease ó quemase, trayendo otros en su favor como habian sospechado que traía: y no advertian que el enemigo de nacion ó de religion siendo vencedor no sabe tener respeto á los males que le dejaron de hacer, ni agradecimiento á los bienes recibidos, ni vergüenza á las palabras y promesas hechas para dejarlas de quebrantar, como se vé por muchos ejemplos antiguos y modernos. Por lo cual en la guerra (principalmente de infieles) el enemigo siempre sea tenido por enemigo y sospechoso, y el amigo por amigo y fiel: porque deste se debe esperar, y de aquel temer y nunca fiar de su palabra, antes perder la vida que fiarse della; porque como infieles se precian de quebrantarla, y lo tienen por religion principalmente contra fieles. Por esta razon no dejó de culpar el gobernador á los de la ciudad de Santiago que no hubiesen ayudado á Diego Perez, pues era de su misma ley y nacion.

Como dijimos fue recibido el general con mucha fiesta y comun regocijo de toda la ciudad, que por las buenas nuevas de su prudencia y afabilidad habia sido muy deseada su presencia. A este contento se juntó otro no menor que les dobló el placer y alegría, que fue la persona del obispo de aquella igle-

sia, fray Hernando de Mesa, Dominico, que era un santo varon, y habia ido en la misma armada con el gobernador, y fue el primer prelado que á ella pasó; el cual se hubiera de ahogar al desembarcar de la nao, porque al tiempo que su señoría se desasía del navío y saltaba en el batel la barca se apartó algun tanto, de manera que no la pudiendo alcanzar (por ser las ropas largas) cayó entre los dos bajeles, y al descubrirse del agua dió con la cabeza en la barca, por lo cual se vió en lo último de la vida: los marineros echándose al agua lo libraron. Viéndose la ciudad con dos personages tan principales para el gobierno de ambos estados, eclesiástico y seglar, no cesó por muchos dias de festejarlos, unas veces con danzas, saraos y máscaras que hacian de noche: otros con juegos de cañas y toros que corrian y alanzeaban; otros dias hacian regocijo á la brida corriendo sortija, y á los que en ella se aventajaban en la destreza de las armas y caballería, ó en la discrecion de la letra, ó en la novedad de la invencion, ó en la lindeza de la gala, se les daban premios de honor, de joyas de oro y plata, seda y brocado que para los victoriosos estaban señalados; y al contrario, daban asimesmo premios de vituperio á los que lo hacian peor: no hubo justas ni torneos á caballo ni á pie por falta de armaduras.

En estas fiestas y regocijos entraban muchos caballeros de los que habian ido con el gobernador, así por mostrar la destreza que en toda cosa tenian como por festejar á los de la ciudad, pues el contento era comun. Para estos regocijos y fiestas ayudaban mucho (como siempre en las burlas y veras suelen ayudar) los muchos y por extremo buenos caballos que en la isla habia de obra, talle y colores: porque de mas de la bondad natural que los des-

ta tierra tienen; los criaban entonces con mucha curiosidad y en gran número, que habia hombres particulares que tenian en sus caballerizas á veinte y á treinta caballos; y los ricos á cincuenta y á sesenta por grangería; porque para las nuevas conquistas que en el Perú, Méjico y otras partes se habian hecho y hacian se vendian muy bien, y era la mayor y mejor grangería que en aquel tiempo tenian los moradores de la isla de Cuba y sus comarcas.

C A P Í T U L O X I I .

Las provisiones que el gobernador proveyó en Santiago de Cuba, y de un caso notable de los naturales de aquellas islas.

Casi tres meses se entretuvo la gente del gobernador en las fiestas y regocijos, habiendo entre ella y los de la ciudad toda paz y concordia; porque los unos y los otros procuraban tratarse con toda amistad y buen hospedage. El gobernador que atendia á cuidados mayores, visitó en este tiempo los pueblos que en la isla habia; proveyó ministros de justicia que en ellos quedasen por tenientes suyos; compró muchos caballos para la jornada, y su gente principal hizo lo mismo; para lo cual dió á muchos de ellos socorro en mas cantidad que lo habia hecho en San Lúcar; porque para comprar caballos era menester socorrerlos mas magníficamente.

Los de la isla se presentaron muchos, que como hemos dicho los criaban en gran número, y entonces estaba aquella tierra próspera y rica y muy poblada de indios, los cuales poco despues dieron en ahorcarse casi todos; y la causa fue, que como toda aquella region de tierra sea muy caliente y húmida, la gente natural que en ella habia era regalada y floja,

y para poco trabajo , y como por la mucha fertilidad y frutos que la tierra tiene de suyo , no tuviesen necesidad de trabajar mucho para sembrar y coger, que por poco maiz que sembraban cogian por año mas de lo que habian menester para el sustento de la vida natural , que ellos no pretendian otra cosa : y como no conociesen el oro por riqueza, ni lo estimasen, hacíaseles de mal el sacarlo de los arroyos y sobre haz de la tierra donde se cria : y sentian demasiadamente, por poca que fuese la molestia que sobre ello les daban los españoles : y como tambien el demonio incitase por su parte y con gente tan simple, viciosa y holgazana pudiese lo que quisiese : sucedió que por no sacar oro , que en esta isla lo hay bueno y en abundancia , se ahorcaron de tal manera y con tanta priesa que hubo dia de amanecer cincuenta casas juntas de indios ahorcados , con sus mugeres y hijos de un mismo pueblo , que apenas quedó en él hombre viviente , que era la mayor lástima del mundo verlos colgados de los árboles como pájaros zorzales cuando les arman lazos : y no bastaron remedios que los españoles procuraron y hicieron para lo estorbar. Con esta plaga tan abominable se consumieron los naturales de aquella isla y sus comarcas que hoy casi no hay ninguno. Deste hecho sucedió despues la carestía de los negros que al presente hay , para llevarlos á todas partes de Indias que trabajasen en las minas.

Entre otras cosas que el gobernador proveyó en Santiago de Cuba , fue mandar que un capitán llamado Mateo Azeituno , caballero natural de Talavera de la Reyna , fuese con gente por la mar á reedificar la ciudad de la Habana , porque tuvo aviso que pocos dias antes la habian saqueado y quemado cosarios franceses , sin respetar el templo ni acatar las imáge-

nes que en él habia. De que el gobernador y toda su gente como católicos hicieron mucho sentimiento: en suma proveyó el general todo lo que le pareció convenir para pasar adelante en la conquista; á la cual no ayudó poco lo que dirémos, y fue que en la villa de la Trinidad, que es un pueblo de los de aquella isla, vivia un caballero muy rico y principal llamado Vasco Porcallo de Figueroa, deudo cercano de la ilustrísima casa de Feria. El cual visitó al gobernador en la ciudad de Santiago de Cuba, y como él estuviese en ella algunos dias y viese la gallardía y gentileza de tantos caballeros y tan buenos soldados como iban á esta jornada, y el aparato magnífico que para ella se proveyó, no pudo contenerse que su ánimo ya resfriado de las cosas de la guerra no volviese ahora de nuevo á encenderse en los deseos della. Con los cuales voluntariamente se ofreció al gobernador de ir en su compañía á la conquista de la Florida tan famosa, sin que su edad, que pasaba ya de los cincuenta años, ni los muchos trabajos que habia pasado, así en Indias como en España é Italia, donde en su juventud habia vencido dos campos de batalla singular, ni la mucha hacienda ganada y adquirida por las armas, ni el deseo natural que los hombres suelen tener de la gozar, fuese para resistirle; antes posponiéndolo todo, quiso seguir al adelantado, para lo cual le ofreció su persona, vida y hacienda.

El gobernador vista una determinacion tan heroica, y que no la movia deseo de hacienda ni honra, sino propia generosidad, y el ánimo belicoso que este caballero siempre habia tenido, aceptó su ofrecimiento, y habiéndole estimado y con palabras encarecido en lo que era razon, por corresponder con la honra que tan gran hecho merecia, le nombró por teniente general de toda su armada y ejército, habiendo muchos

dias antes depuesto deste cargo á Nuño Tobar por haberse casado clandestinamente con doña Leonor de Bobadilla, hija del conde de la Gomera.

Vasco Porcallo de Figueroa y de la Cerda, como hombre generoso y riquísimo, ayudó magníficamente para la conquista de la Florida; porque sin los muchos criados españoles, indios y negros que llevó á esta jornada, y sin el demás aparato y menaje de su casa y servicio, llevó treinta y seis caballos para su persona, sin otros mas de cincuenta que presentó á caballeros particulares del ejército.

Proveyó de mucho bastimento de carnage, pescado, maiz, cazavi, sin otras cosas que la armada hubo menester. Fue causa que muchos españoles de los que vivian en la isla de Cuba á imitacion suya se animasen y fuesen á esta jornada. Con las cuales cosas en breve tiempo se concluyeron las que eran de importancia, para que la armada y gente de guerra pudiese salir y caminar á la Habana.

CAPÍTULO XIII.

El gobernador va á la Habana, y las prevenciones que en ella hace para su conquista.

A los postreros de agosto del mismo año de mil y quinientos y treinta y ocho salió el general de la ciudad de Santiago de Cuba con cincuenta de á caballo para ir á la Habana, habiendo dejado orden que los demás caballos, que eran trecientos, caminasen en pos dél en cuadrillas de cincuenta en cincuenta, saliendo los unos ocho dias despues de los otros, para que fuesen mas acomodados y mejor proveidos. La infantería y toda su casa y familia mandó que bajando la isla fuese por la mar á juntarse todos en la Habana. Donde habiendo llegado el gobernador, vis-

ta la destruición que los cosarios habian hecho en el pueblo, socorrió su hacienda á los vecinos y moradores dél para ayuda á reedificar sus casas; y lo mejor que pudo reparó el templo y las imágenes destrozadas por los hereges; y luego que llegaron á la Habana dió orden que un caballero, natural de Sevilla, nombrado Juan de Añasco, que iba por contador de la hacienda imperial de su magestad, que era gran marinero, cosmógrafo y astrólogo, con la gente mas plática de la mar que entre ellos se hallaba, fuese en los dos bergantines á costear y descubrir la costa de la Florida, á ver y notar los puertos, calas ó bayas que por ella hubiese.

El contador fue y anduvo dos meses corriendo la costa á una mano y á otra. Al fin dellos volvió con relacion de lo que habia visto, y trajo consigo dos indios que habia preso. El gobernador visto la buena diligencia que Juan de Añasco habia hecho, mandó que volviese á lo mesmo y muy particularmente notase todo lo que por la costa hubiese, para que la armada, sin andar costeando, fuese derechamente á surgir donde hubiese de ir. Juan de Añasco volvió á su demanda, y con todo cuidado y diligencia anduvo por la costa tres meses, y al cabo de ellos vino con mas certificada relacion de lo que por allá habia visto y descubierto, y donde podian surgir los navíos y tomar tierra: deste viaje trajo otros dos indios que con industria y buena maña habia pescado, de que el gobernador y todos los suyos recibieron mucho contento, por tener puertos sabidos y conocidos donde ir á desembarcar. En este paso añade Alonso de Carmona que (por haber estado perdidos el capitan Juan de Añasco y sus compañeros dos meses en una isla despoblada, donde no comian sino pájaros bobos que mataban con garrotes, y caracoles marinos, y por mucho peligro que

habian corrido de ser anegados cuando volvieron á la Habana) al salir en tierra, dende la lengua del agua fueron todos los que venian en el navío de rodillas hasta la iglesia donde les dijera una misa, y despues de cumplida su promesa dice que fueron muy bien recibidos del gobernador y de todos los suyos, los cuales habian estado muy desconfiados de temor que se hubiesen perdido en la mar &c.

Estando el adelantado Hernando de Soto en la Habana aderezando y proveyendo lo necesario para su jornada, supo como don Antonio de Mendoza, visorey que entonces era de Méjico, hacia gente para enviar á conquistar la Florida; y no sabiendo el general á qué parte la enviaba, y temiendo no se encontrasen y estorbasen los unos á los otros, y hubiese discordia entre ellos, como la hubo en Méjico entre el marqués del Valle, Hernando Cortés y Pánfilo de Narvaez, que en nombre del gobernador Diego Velazquez habia ido á tomarle cuenta de la gente y guarda que le habia entregado. Y como la hubo en el Perú entre los adelantados don Diego de Almagro y don Pedro de Alvarado á los principios de la conquista de aquel reino; por lo cual y por escusar la infamia del vender y comprar la gente, como dijeron de aquellos capitanes, le pareció á Hernando de Soto sería bien dar aviso al visorey de las provisiones y conduta de que su magestad le habia hecho merced, para que lo supiese, y juntamente suplicarle no levantara gente, ni estorbase su jornada, y si necesario fuese, requerirle y protestarle con ellas. A lo cual envió un soldado gallego llamado San Jurge, hombre habil y diligente para cualquier hecho; el cual fue á Méjico y en breve tiempo volvió con respuesta del visorey que decia hiciese el gobernador seguramente su entrada y conquista por donde la tenia trazada, y

no temiese que se encontrasen los dos, porque él enviaba la gente que hacia á otra parte muy lejos de donde el gobernador iba; que la tierra de la Florida era tan larga y aucha que habia para todos; y que no solamente no pretendia estorbarle, mas antes deseaba y tenia ánimo de le ayudar y socorrer si menester fuese; y así le ofrecia su persona y hacienda, y todo lo que con su cargo y administracion pudiese aprovecharle. Con esta respuesta quedó el gobernador satisfecho y muy agradecido de el ofrecimiento de el visorey.

Ya por este tiempo, que era mediado abril, toda la caballería que en Santiago de Cuba habia quedado era llegada á la Habana, habiendo caminado á jornadas muy cortas las docientas y cincuenta leguas poco mas ó menos que hay de la una ciudad á la otra.

Viendo el adelantado que toda su gente así de á caballo como infantes estaba ya junta en la Habana, y que el tiempo de poder navegar se iba acercando, nombró á doña Isabel de Bobadilla, su muger, y hija del gobernador Pedro Arias de Ávila, muger de toda bondad y discrecion, por gobernadora de aquella gran isla, y por su lugar-teniente á un caballero noble y virtuoso llamado Joan de Rojas; y en la ciudad de Santiago dejó por teniente á otro caballero que habia nombre Francisco de Guzman, los cuales dos caballeros antes que el general llegára á esta isla gobernaban aquellas dos ciudades, y por la buena relacion que de ellos tuvo, los dejó en el mismo cargo que antes tenian. Compró una muy hermosa nao llamada Santa Ana, que á aquella sazón acertó á venir al puerto de la Habana. La cual nao habia ido por capitana á la conquista y descubrimiento del rio de la Plata con el gobernador y capitan general don Pe-

dro de Zuñiga y Mendoza, el cual se perdió en la jornada, y volviéndose á España murió de enfermedad en la mar. La nao llegó á Sevilla de aquel viaje y volvió con otro á Méjico, de donde volvía entonces cuando Hernando de Soto la compró, por ser tan grande y hermosa, que llevó en ella ochenta caballos á la Florida.

CAPÍTULO XIV.

Llega á la Habana una nao en la cual viene Hernan Ponce, compañero del gobernador.

El gobernador andaba ya muy cerca de embarcarse para ir á su conquista, que no esperaba sino la bonanza del tiempo, cuando entró en el puerto otra nao que venia de Nombre de Dios, la cual como pareció entró con toda su voluntad, forzada del mal temporal que corria; porque en cuatro ó cinco dias que anduvo contrastando con el viento, la vieron llegar á la boca del puerto tres veces y volverse á meter en alta mar otras tantas como huyendo de aquel puerto por no le tomar. Mas no pudiendo resistir á la furia de la tormenta que hacia, aunque el principal pasagero que en ella venia hubiese hecho grandes promesas á los marineros porque no entrasen en el puerto, mal que les pesó, lo hubieron de tomar sin poder hacer otra cosa, porque á la furia del mar no hay resistencia. Para lo cual es de saber, que cuando Hernando de Soto salió del Perú para venir á España, como se dijo en el capítulo primero, dejó hecha compañía y hermandad con Hernan Ponce que fuesen ambos á la parte de lo que los dos durante su vida ganasen ó perdiesen, así en los repartimientos de indios que su magestad les diese como en las demas cosas de honra y provecho.

que pudiesen haber. Porque la intencion de Hernando de Soto cuando salió de aquella tierra, fue de volver á ella á gozar del premio que por los servicios hechos en la conquista de ella habia merecido, aunque despues, como se ha visto, pasó los pensamientos á otra parte. Esta misma compañía se hizo entonces, y despues entre otros muchos caballeros y gente principal que se halló en la conquista del Perú, que aun yo alcancé á conocer algunos de ellos, que vivian en ella como si fueran hermanos, gozando de los repartimientos que les habian dado sin dividirlos.

Hernan Ponce (cuya parentela ni patria no alcancé á saber, mas de que oí decir que era del reino de Leon) despues de la yvenida de Hernando de Soto á España, tuvo en el Perú un repartimiento de indios muy rico (merced que el marqués don Francisco Pizarro en nombre de su magestad le hizo) los cuales le dieron mucho oro, y plata, y piedras preciosas; con lo cual, y con lo que mas pudo recojer del valor de las preseas y alhajas de casa, que entonces todo se vendia á peso de oro, y con la cobranza de algunas deudas que Hernando de Soto le dejó, venia á España muy próspero de dinero; y como supiese en Nombre de Dios ó en Cartagena, que Hernando de Soto estaba en la Habana con tanto aparato de gente y navios para ir á la Florida, quisiera pasarse de largo sin tocar en ella por no darle cuenta de lo que entre los dos la habia, y por no partir con él de lo que traia, que temió no se lo quitase todo como hombre menesteroso que se habia metido en tanto gasto; y esta era la causa de haber rehusado tanto de no tomar el puerto si pudiera no tomarlo; mas no le fue posible, porque la fortuna ó tempestad de la mar, sin atencion ó respeto alguno, desdeña ó favorece á quien se le antoja.

Luego que la nao entró en el puerto supo el gobernador que venia Hernan Ponce en ella, envió á visitarle y darle el parabien de su venida, y ofrecerle su posada y todo lo demas de su hacienda, officios y cargos; pues como compañero y hermano, tenia la mitad en todo lo que él poseía y mandaba; y en pos de este recaudo fue en persona á verle y sacarle á tierra.

Hernan Ponce no quisiera tanto comedimiento ni hermandad; empero despues de haberse hablado el uno al otro con palabras ordinarias buenas, de buenas cortesías, disimulando su congoja, se escusó lo mejor que pudo de salir á tierra diciendo, que por el mucho trabajo y poco sueño que en aquellos quatro ó cinco dias con la tormenta de la mar habian tenido no estaban para desembarcarse, que suplicaba á su señoría por aquella noche siquiera tuviese por bien se quedase en el navío, que otro dia si estuviere mejor saldria á besarle las manos y recibir y gozar toda la merced que le ofrecia. El gobernador lo dejó á toda su voluntad por mostrar que no queria ir contra ella en cosa alguna; mas sintiendo el mal que tenia, mandó con mucho secreto poner guardas por mar y por tierra que con todo cuidado velasen la noche siguiente y viesen lo que Hernan Ponce hacia de sí.

El cual no fiando de la cortesía de su compañero, ni pudiendo entender que fuese tanta como despues vió, ni aconsejándose con otro que con la avaricia (cuyos consejos siempre son en perjuicio del mesmo que los toma) acordó poner en cobro y esconder en tierra una gran partida de oro y piedras preciosas que traia, no advirtiendo que en mar ni en tierra en todo aquel distrito podia haber lugar seguro para él, donde le fuera mejor esperar en el

comedimiento ageno que en sus propias diligencias; mas el temeroso y sospechoso siempre elige por remedio lo que le es mayor mal y daño. Así lo hizo este caballero que dejando la plata para hacer muestra con ella, mandó sacar del navío á media noche todo el oro, perlas y piedras preciosas que en dos cofrecillos traía, que todo ello pasaba de cuarenta mil pesos de valor, y llevarlo al pueblo á casa de algun amigo, ó enterrarle en la costa del navío para volverlo á cobrar pasada la tormenta que recelaba tener con Hernando de Soto. Mas sucedió al revés, porque las guardas y centinelas que velaban metidos en el monte, que lo hay muy bravo en aquel puerto y en toda su costa, viendo ir el batel hácia ellos, se estuvieron quedos hasta que desembarcase lo que traía; y cuando vieron la gente en tierra y lejos del batel, arremetieron con ellos, los cuales desamparando el tesoro huyeron al barco; unos acertaron á tomarlo, y otros se echaron al agua por no ser muertos ó presos. Los de tierra habiendo recogido la presa sin hacer mas ruido, la llevaron toda al gobernador, de que él recibió pena por ver que su compañero viniese tan sospechoso de su amistad y hermandad como lo mostraba por aquel hecho, y mandólo tener encubierto hasta ver cómo salía de él Hernan Ponce.

CAPÍTULO XV.

Las cosas que pasan entre Hernan Ponce de Leon y Hernando de Soto, y como el gobernador se embarcó para la Florida.

Venido el dia siguiente Hernan Ponce salió de su navío con mucha tristeza y dolor de haber perdido su tesoro, donde pensaba haberlo puesto en cobro; mas disimulando su pena fue á posar á la po-

sada del gobernador, y á solas hablaron muy largo de las cosas pasadas y presentes, y llegados al hecho de la noche precedente, Hernando de Soto se le quejó con mucho sentimiento de la desconfianza que habia tenido de su amistad y hermandad; pues no fiando della habia querido esconder su hacienda temiendo no se la quitase, de que él estaba tan lejos como él lo veria por la obra. Diciendo esto mandó traer ante sí todo lo que la noche antes habian tomado á los del batel, y lo entregó á Hernan Ponce, advirtiéndole mirase si faltaba algo que lo haria restituir; y para que viese cuán diferente ánimo habia sido el suyo de no partir la compañía y hermandad que tenia hecha, le hacia saber que todo lo que habia gastado para hacer aquella conquista y el haberla pedido á su magestad, habia sido debajo de la union della, para que la honra y provecho de la jornada fuese de ambos; y que desto podia certificarse de los testigos que allí habia, en cuya presencia habia otorgado las escrituras y declaraciones para esto necesarias, y para mayor satisfacion suya si queria ir á aquella conquista, ó sin ir á ella, como él gustase; de cualquiera manera que fuese dijo, que luego al presente renunciaria en él el título ó títulos que apeteciese de los que su magestad le habia dado. Demas desto dijo holgaría le avisase de todo lo que á su gusto, honra y provecho estuviese bien, que en él hallaria lo que quisiese muy al contrario de lo que él habia temido.

Hernan Ponce se vió confundido de la mucha cortesía del gobernador, y de la demasiada desconfianza suya, y atajando razones, porque no las hallaba para su descargo, respondió suplicaba á su señoría le perdonase el yerro pasado, y tuviese por bien de le sustentar y confirmar las mercedes que le ha-

bia hecho en llamarle compañero y hermano, de que él se tenia por muy dichoso, sin pretender otro título mejor, que para él no le podia haber; solo deseaba que las escrituras de su compañía y hermandad, para mayor publicidad della, se volviesen á renovar, y que su señoría fuese muy enhorabuena á la conquista, y á él dejase venir á España, que dándoles Dios salud y vida gozarian de su compañía, y adelante si quisiesen partirian lo que hubiesen ganado; y en señal que aceptaba por suya la mitad de lo conquistado, suplicaba á su señoría permitiese que doña Isabel de Bobadilla, su muger, recibiese diez mil pesos en oro y plata con que le servia para ayuda á la jornada; puesto que conforme á la compañía era de su señoría la mitad de todo lo que del Perú traia, que era mayor cantidad. El gobernador holgó de hacer lo que Hernan Ponce le pedia, y en mucha conformidad de ambos se renovaron las escrituras de su compañía y hermandad, y en ella se mantuvieron el tiempo que estuvieron en la Habana, y el gobernador avisó á los suyos en secreto y les persuadió con el ejemplo en público tratasen á Hernan Ponce como á su propia persona, y así se hizo, que todos le hablaban señoría, y le respetaban como al mismo adelantado.

Concluidas las cosas que hemos dicho, pareciéndole al gobernador que el tiempo convidaba ya á la navegacion, mandó embarcar á toda prisa los bastimentos y las demas cosas que se habian de llevar; todo lo cual puesto en los navíos como habia de ir embarcaron los caballos. En la nao de Santa Ana ochenta, en la nao San Cristóbal sesenta, en la llamada Concepcion cuarenta, y en los otros tres navíos menores San Joan, Santa Bárbara y San Anton, embarcaron setenta, que por todos fueron trecientos y cincuenta caballos los que llevaron á esta jornada.

Luego se embarcó la gente de guerra, que con los de la isla que quisieron ir á esta conquista, sin los marineros de los ocho navíos, carabela y bergantines llegaban á mil hombres; toda gente lucida, apercebida de armas y arreos de sus personas y caballos; tanto, que hasta entonces ni despues acá no se ha visto tan buena banda de gente y caballos todo junto para jornada alguna que se haya hecho de conquista de indios.

En todo esto de navíos, gente, caballos y aparato de guerra, concuerdan igualmente Alonso de Carmona y Juan Coles en sus relaciones.

Este número de navíos, caballos y hombres de pelea sin la gente marinesca, sacó el gobernador y adelantado Hernando de Soto del puerto de la Habana, cuando á los doce de mayo del año mil quinientos y treinta y nueve se hizo á la vela para hacer la entrada y conquista de la Florida; llevando su armada tan abastada de todo bastimento, que mas parecia estar en una ciudad muy proveida que navegar por la mar; donde le dejarémos por volver á una novedad que Hernan Ponce hizo en la Habana, donde con achaque de refrescarse y aguardar mejor tiempo para la navegacion de España, se habia quedado hasta la partida del gobernador.

Es así que pasados ocho dias que el general se habia hecho á la vela, Hernan Ponce presentó un escrito ante Juan de Rojas, teniente de gobernador, diciendo haber dado á Hernando de Soto diez mil pesos de oro sin debérselos forzado de temor no le quitase como hombre poderoso toda la hacienda que traia del Perú. Por tanto le requería mandase á doña Isabel de Bobadilla, muger de Hernando de Soto, que los habia recibido, se los volviese, donde no protestaba quejarse de ello ante la magestad del emperador nuestro señor.

Sabida la demanda por doña Isabel de Bobadilla respondió, que entre Hernan Ponce y Hernando de Soto su marido habia muchas cuentas viejas y nuevas que estaban por averiguar, como por las escrituras de la compañía y hermandad entre ellos hecha parecia, y por ellas mismas constaba deber Hernan Ponce á Hernando de Soto mas de cincuenta mil ducados, que era la mitad del gasto que habia hecho para aquella conquista. Por tanto mandó á la justicia prendiese á Hernan Ponce y lo tuviese á buen recaudo hasta que se averiguasen las cuentas, las cuales ella ofrecia dar luego en nombre de su marido. Esta respuesta supo Hernan Ponce antes que la justicia hiciese su oficio (que do quiera por el dinero se hallan espías dobles) y por no verse en otras contingencias y peligros como los pasados, alzó las velas y se vino á España sin esperar averiguacion de cuentas, en que habia de ser alcanzado en gran suma de dinero. Muchas veces la codicia del interés ciega el juicio á los hombres, aunque sean ricos y nobles, á que hagan cosas que no les sirven mas que de haber descubierto y publicado la bajeza y vileza de sus ánimos.

LIBRO SEGUNDO.

Donde se trata de como el gobernador llegó á la Florida y halló rastro de Pánfilo de Narvaez y un cristiano cautivo: los tormentos y la cruel vida que los indios le daban: las generosidades de un indio señor de vasallos: las prevenciones que para el descubrimiento se hicieron: los sucesos que acaecieron en las primeras ocho provincias que descubrieron; y las desatinadas bravezas en palabras y obras de un cacique temerario. Contiene treinta capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

El gobernador llega á la Florida, y halla rastro de Pánfilo de Narvaez.

El gobernador Hernando de Soto, que como dijimos iba navegando en demanda de la Florida, descubrió tierra de ella el postrer dia de mayo, habiendo tardado diez y nueve dias por la mar, por haberle sido el tiempo contrario. Surgieron las naos en una bahía honda y buena, que llamaron del Espíritu Santo, y por ser tarde no desembarcaron gente alguna aquel dia. El primero de junio echaron los bateles á tierra, los cuales volvieron cargados de yerba para los caballos y trujeron mucho agraz de parrizas incultas que hallaron por el monte: que los indios de todo este gran reino de la Florida no cultivan esta planta, ni la tienen en la veneracion que otras naciones, aunque comen la fruta de ella cuando está muy madura ó hecha pasas. Los nuestros quedaron muy contentos de las buenas muestras que

trujeron de tierra, por asemejarse en las uvas á España, las cuales no hallaron en tierra de Méjico ni en todo el Perú. El segundo dia de junio mandó el gobernador que saliesen á tierra trecientos infantes al auto y solemnidad de tomar la posesion della por el emperador Carlos V, rey de España. Los cuales despues de el auto anduvieron todo el dia por la costa sin ver indio alguno, y á la noche se quedaron á dormir en tierra. Al cuarto del alba dieron los indios en ellos con tanto ímpetu y denuedo, que los retiraron hasta el agua; y como tocasen arma, salieron de los navíos infantes y caballos á los socorrer con tanta presteza como si estuvieran en tierra.

El teniente general Vasco Porcallo de Figueroa fue el caudillo del socorro, halló los infantes de tierra apretados y turbados, como bisonños, que unos á otros se estorbaban al pelear, y algunos de ellos ya heridos de las flechas. Dado el socorro y seguido un buen trecho el alcance de los enemigos, se volvieron á su alojamiento, y apenas habian llegado á él, cuando se les cayó muerto el caballo del teniente general, de un flechazo que en la refriega le dieron sobre la silla, que pasando la ropa, tejuelas y bastos, entró mas de una tercia por las costillas á lo hueco. Vasco Porcallo holgó mucho de que el primer caballo que en la conquista se empló, y la primera lanza que en los enemigos se estrenó, fuese el suyo.

Este dia y otro siguiente desembarcaron los caballos, y toda la gente salió á tierra; y habiéndose refrescado ocho ó nueve dias, y dejado órden en lo que á los navíos convenia, caminaron la tierra adentro poco mas de dos leguas, hasta un pueblo de un cacique llamado Hirrihigua, con quien Pánfilo de Narvaez cuando fue á conquistar aquella provincia

había tenido guerra: aunque despues el indio se habia reducido á su amistad, y durante ella, no se sabe por qué causa enojado Pánfilo de Narvaez, le habia hecho ciertos agravios que por ser odiosos no se cuentan.

Por la sinrazon y ofensas quedó el cacique Hirribigua tan amedrentado y odioso de los españoles, que cuando supo la ida de Hernando de Soto á su tierra, se fue á los montes desamparando su casa y pueblo, y por caricias, regalos y promesas que el gobernador le hizo, enviándoselas por los indios sus vasallos que prendia; nunca jamás quiso salir de paz, ni oír recaudo alguno de los que le enviaban; antes se enfadaba con quien se los llevaba, diciendo, que pues sabian cuán ofendido y lastimado estaba de aquella nacion, no tenían para qué llevarle sus mensajes: que si fueran sus cabezas; esas recibiera él de muy buena gana; mas que sus palabras y nombres no les querría oír. Todo esto y mas puede la ofensa; principalmente si fue hecha sin culpa del ofendido: y para que se vea mejor la rabia que este indio contra los castellanos tenia, será bien decir aquí algunas crueldades y martirios que hizo en cuatro españoles que pudo haber de los de Pánfilo de Narvaez, que aunque nos alarguemos algun tanto, no saldremos del propósito; antes aprovechará mucho para nuestra historia.

Es de saber, que pasados algunos dias despues que Pánfilo de Narvaez se fue de la tierra deste cacique, habiendo hecho lo que dejamos dicho, acertó á ir á aquella bahía un navío de los suyos en su busca, el cual se habia quedado atrás, y como el cacique supiese que era de los de Narvaez y que los buscaba, quisiera coger todos los que iban dentro para quemarlos vivos, y por asegurarlos se fingió

amigo de Pánfilo de Narvaez, y les envió á decir como su capitan habia estado allí y dejado orden de lo que aquel navío debia de hacer si aportase á aquel puerto: y para persuadirles á que le creyesen, mostró desde tierra dos ó tres pliegos de papel blanco, y otras cartas viejas que de la amistad pasada de los españoles, ó como quiera que hubiese sido habia podido haber, y las tenia muy guardadas.

Los del navío con todo esto se recataron y no quisieron salir á tierra. Entonces el cacique envió en una canoa cuatro indios principales al navío diciendo, que pues no fiaban dél, les enviaba aquellos cuatro hombres nobles y caballeros (este nombre caballero en los indios parece impropio porque no tuvieron caballos, de los cuales se dedujo el nombre, mas por que en España se entiende por los nobles, y entre indios los hubo nobilísimos, se podrá tambien decir por ellos) en rehenes y seguridad, para que del navío saliesen los españoles que quisiesen ir á saber de su capitan Pánfilo de Narvaez, y que si no se aseguraban, que les enviaria mas prendas: viendo esto, salieron cuatro españoles y entraron en la canoa con los indios que habian llevado los rehenes. El cacique que los quisiera todos, viendo que no iban mas de cuatro, no quiso hacer mas instancia en pedir mas castellanos, porque estos pocos que iban á él no se escandalizasen y se volvisen al navío.

Luego que los españoles saltaron en tierra, los cuatro indios que habian quedado en el navío por rehenes, viendo que los cristianos estaban ya en poder de los suyos, se arrojaron al agua, y dando una larga zabullida, y nadando como peces, se fueron á tierra cumpliendo en esto el orden que su señor les habia dado. Los del navío viéndose burlados, antes

que les acaeciese otra peor, se fueron de la bahía con mucho pesar de haber perdido los compañeros tan indiscretamente.

CAPÍTULO II.

De los tormentos que un cacique daba á un español esclavo suyo.

El cacique Hirrihigua mandó guardar á buen recaudo los cuatro españoles, para con la muerte de ellos solemnizar una gran fiesta que segun su gentilidad esperaba celebrar dentro de pocos dias. Venida la fiesta, los mandó sacar desnudos á la plaza, y que uno á uno corriéndolos de una parte á otra, los flechasen como á fieras, y que no les tirasen muchas flechas juntas, porque tardasen mas en morir y el tormento les fuese mayor, y á los indios su fiesta y regocijo mas larga y solemne. Así lo hicieron con los tres españoles, recibiendo el cacique gran contento y placer de verlos huir á todas partes buscando remedio, y que en ninguna hallasen socorro sino muerte. Cuando quisieron sacar el cuarto, que era mozo que apenas llegaba á los diez y ocho años, natural de Sevilla, llamado Juan Orotiz, salió la muger del cacique, y en su compañía sacó tres hijas suyas mozas, y puestas delante del marido le dijo, que le suplicaba se contentase con los tres castellanos muertos, y que perdonase aquel mozo, pues ni él ni sus compañeros habian tenido culpa de la maldad que los pasados habian hecho, pues no habian venido con Pánfilo de Narvaez, y que particularmente aquel muchacho era digno de perdon, porque su poca edad le libraba de culpa y pedia misericordia; que bastaba quedase por esclavo, y no que lo matasen tan crudamente sin haber hecho delito.

*

El cacique por dar contento á su muger y hijas otorgó por entonces la vida á Juan Orotiz, aunque despues se la dió tan triste y amarga, que muchas veces hubo envidia á sus tres compañeros muertos; porque el trabajo continuo sin cesar de acarrear leña y agua era tanto, y el comer y dormir tan poco, los palos, bofetadas y azotes de todos los dias tan crueles, sin los demas tormentos que á sus tiempos en particulares fiestas le daban, que muchas veces si no fuera cristiano tomára por remedio la muerte con sus manos. Porque es así, que sin el tormento cotidiano, el cacique por su pasatiempo muchos dias de fiesta mandaba que Juan Orotiz corriese todo el dia sin parar (de sol á sombra) en una plaza larga que en el pueblo habia donde flecharon á sus compañeros; y el mismo cacique salia á verle correr, y con él iban sus gentiles-hombres apercebidos de sus arcos y flechas para tirarle en dejando de correr. Juan Orotiz empezaba su carrera en saliendo el sol, y no paraba de una parte á otra de la plaza hasta que se ponía el sol, que este era el tiempo que le señalaban. Y cuando el cacique se iba á comer, dejaba sus gentiles-hombres que le mirasen, para que en dejando de correr lo matasen. Acabado el dia quedaba el triste cual se puede imaginar, tendido en el suelo mas muerto que vivo: la piedad de la muger y hijas del cacique le socorrian estos tales dias, porque ellas lo tomaban luego y lo arropaban, y hacian otros beneficios con que le sustentaban la vida, que fuera mejor quitársela por librarle de aquellos muchos trabajos. El cacique viendo que tantos y tan continuos tormentos no bastaban á quitar la vida á Juan Orotiz, y creciéndole por horas el odio que le tenia por acabar con él, mandó un dia de sus fiestas hacer un gran fuego en medio de la plaza, y

cuando vió mucha brasa hecha, mandó tenderla y poner encima una barbacoa, que es un lecho de madera de forma de parrillas, una vara de medir alta del suelo, y que sobre ella pusiesen á Juan Orotiz para asarlo vivo.

Así se hizo, donde estuvo el pobre español mucho rato tendido de un lado atado á la barbacoa. A los gritos que el triste daba en el fuego acudieron la muger y hijas del cacique, y rogando al marido, y aun riñendo su crueldad, lo sacaron del fuego ya medio asado, que las vejigas tenia por aquel lado como medias naranjas, y algunas de ellas reventadas, por donde le corria mucha sangre, que era lástima verlo. El cacique pasó por ello, porque eran mugeres que él tanto queria; y quizá lo hizo tambien por tener adelante en quien ejercitar su ira y mostrar el deseo de su venganza, porque hubiese en quien la ejercitar, que aunque tan pequeña para como la deseaba, todavía se recreaba con aquella poca; y así lo dijo muchas veces, que le habia pesado de haber muerto los tres españoles tan brevemente. Las mugeres llevaron á Juan Orotiz á su casa, y con zumos de yerbas (que las indias é indios como carecen de médicos son grandes herbolarios) le curaron con gran lástima de verle cual estaba. Que veces y veces se habian arrepentido ya de haberlo la primera vez librado de muerte, por ver que tan á la larga y con tan crueles tormentos se la daban cada dia. Juan Orotiz al cabo de muchos dias quedó sano, aunque las señales de las quemaduras del fuego le quedaron bien grandes.

El cacique por no verlo así, y por librarse de la molestia que su muger y hijas con sus ruegos le daban, mandó porque no estuviese ocioso, ejercitarlo en otro tormento no tan grave como los pasados; y

fue, que guardase de día y de noche los cuerpos muertos de los vecinos de aquel pueblo, que se ponian en el campo dentro de un monte lejos de poblado, lugar señalado para ellos. Los cuales ponian sobre la tierra en unas arcas de madera, que servian de sepulturas, sin gonces, ni otro mas recaudo de cerradura que unas tablas con que las cubrian, y encima unas piedras ó maderos; de las cuales arcas por el mal recaudo que ellas tenian de guardar los cuerpos muertos, se los llevaban los leones, que por aquella tierra hay muchos, de que los indios recibian mucha pesadumbre y enojo. Este sitio mandó el cacique á Juan Orotiz que guardase con cuidado, que los leones no le llevasen algun difunto ó parte de él, con protestacion y juramento que le hizo si lo llevaban moriria asado sin remedio alguno; y para con que los guardase le dió cuatro dardos que tirase á los leones, ó á otras salvaginas que llegasen á las arcas. Juan Orotiz, dando gracias á Dios que le hubiese quitado de la continua presencia del cacique Hirribigua su amo, se fue á guardar los muertos, esperando tener mejor vida con ellos que con los vivos. Guardábalos con todo cuidado, principalmente de noche, porque entonces habia mayor riesgo. Sucedió que una noche de las que así velaba, se durmió al cuarto del alba sin poder resistir al sueño: porque á esta hora suele mostrar sus mayores fuerzas contra los que velan. A este tiempo acertó á venir un leon, y derribando las compuertas de una de las arcas, sacó un niño que dos días antes habian echado en ella y se lo llevó. Juan Orotiz recordó al ruido que las compuertas hicieron al caer, y como acudió al arca y no halló el cuerpo del niño, se tuvo por muerto: mas con toda su ansia y congoja no dejó de hacer sus diligencias buscando al leon,

para si lo topase quitarle el muerto ó morir á sus manos. Por otra parte se encomendaba á nuestro Señor le diese esfuerzo para morir otro dia , confesando y llamando su nombre ; porque sabia que luego que amaneciese habian de visitar los indios las arcas , y no hallando el cuerpo del niño lo habian de quemar vivo. Andando por el monte de una parte á otra con las ansias de la muerte , salió á un camino ancho que por medio dél pasaba , y yendo por él un rato con determinacion de huirse , aunque era imposible escaparse , oyó en el monte , no lejos de donde iba , un ruido como de perro que roía huesos ; y escuchando bien , se certificó en ello , y sospechando que podia ser el leon que estuviese comiendo el niño , fue con mucho tiento por entre las matas acercándose adonde sentia el ruido , y á la luz de la luna que hacia , aunque no muy clara , vió cerca de sí al leon que á su placer comia el niño. Juan Orotiz , llamando á Dios y cobrando ánimo , le tiró un dardo ; y aunque por entonces no vió por causa de las matas el tiro que habia hecho , todavía sintió que no habia sido malo por quedarle la mano sabrosa , cual dicen los cazadores que la sienten cuando han hecho algun buen tiro á las fieras de noche : con esta esperanza , aunque tan flaca , y tambien por no haber sentido que el leon se hubiese alejado de donde le habia tirado , aguardó á que amaneciese , encomendándose á nuestro Señor le socorriese en aquella necesidad.

CAPÍTULO III.

Prosigue la mala vida del cautivo cristiano , y como se huyó de su amo.

Con la luz del dia se certificó Juan Orotiz del

buen tiro que á tiento habia hecho de noche, porque vió muerto el leon atravesadas las entrañas y el corazon por medio (como despues se halló cuando lo abrieron) cosa que él mismo aunque la veia no podia creer. Con el contento y alegría que se puede imaginar, mejor que decir, lo llevó arrastrando por un pie sin quitarle el dardo, para que su amo lo viese así como lo habia hallado, habiendo primero recogido y vuelto al arca los pedazos que del niño halló por comer. El cacique y todos los de su pueblo se admiraron grandemente de esta hazaña, porque en aquella tierra en general se tiene por cosa de milagro matar un hombre á un leon; y así tratan con gran veneracion y acatamiento al que acierta á matarlo. Y en toda parte por ser animal tan fiero, se debe estimar en mucho, principalmente si lo mata sin tiro de ballesta ó arcabuz, como lo hizo Juan Orotiz: y aunque es verdad que los leones de la Florida, Méjico y Perú no son tan grandes ni tan fieros como los de África, al fin son leones y el nombre les basta; y aunque el refran comun diga que no son tan fieros como los pintan, los que se han hallado cerca de ellos dicen que son tanto mas fieros que los dibujados, quanto va de lo vivo á lo pintado.

Con esta buena suerte de Juan Orotiz tomaron mas ánimo y osadía la muger y hijas del cacique para interceder por él que lo perdonase del todo, y se sirviese dél en oficios honrados dignos de su esfuerzo y valentía. Hirrihigua de allí adelante por algunos dias trató mejor á su esclavo, así por la estima y favor que en su pueblo y casa le hacian, como por acudir al hecho hazañoso que ellos en su vana religion tanto estiman y houran, que lo tienen por sagrado y mas que humano. Empero (como la

injuria no sepa perdonar) todas las veces que se acordaba que á su madre habian echado á los perros, y dejádola comer de ellos; y cuando se iba á sonar y no hallaba sus narices, le tomaba el diablo por vengarse de Juan Orotiz, como si él se las hubiera cortado; y como siempre trujese la ofensa delante de los ojos, y con la memoria de ella de dia en dia le creciese la ira, rancor y deseo de tomar venganza, aunque por algun tiempo refrenó estas pasiones, no pudiendo ya resistirlas, dijo un dia á su muger y hijas, que le era imposible sufrir que aquel cristiano viviese, porque su vida le era muy odiosa y abominable, que cada vez que le veia se le refrescaban las injurias pasadas, y de nuevo se daba por ofendido. Por tanto les mandaba que en ninguna manera intercediesen mas por él sino querian participar de la misma saña y enojo; y que para acabar del todo con aquel español, habia determinado que tal dia de fiesta (que presto habian de solemnizar) lo flechasen y matasen, como habian hecho á sus compañeros, no obstante su valentía, que por ser de enemigo se debia antes aborrecer que estimar. La muger y hijas del cacique, porque lo vieron enojado y entendieron que no habia de aprovechar intercesion alguna, y tambien porque les pareció que era demasiada importunar y dar tanta pesadumbre al señor por el esclavo, no osaron replicar palabra en contra. Antes con astucia mugeril acudieron á decirle, que sería muy bien que así se hiciese pues él gustaba de ello. Mas la mayor de las hijas por llevar su intencion adelante y salir con ella, pocos dias antes de la fiesta, en secreto dió noticia á Juan Orotiz de la determinacion de su padre contra él; y que ella ni sus hermanas ni su madre ya no valian ni podian cosa alguna con el padre, por haberles

puesto silencio en su favor, y amenazádas si lo quebrantasen.

A estas nuevas tan tristes queriendo esforzar al español, añadió otras en contrario y le dijo: porque no desconfies de mí ni desesperes de tu vida, ni temas que yo deje de hacer todo lo que pudiere por dártela, si eres hombre y tienes ánimo para huirte, yo te daré favor y socorro para que te escapes y te pongas en salvo. Esta noche que viene á tal hora y en tal parte hallarás un indio de quien fio tu salud y la mia, el cual te guiará hasta una puente que está dos leguas de aquí; llegando á ella le mandarás que no pase adelante, sino que se vuelva al pueblo antes que amanezca porque no le echen menos y se sepa mi atrevimiento y el suyo, y por haberte hecho bien, á él y á mí nos venga mal. Seis leguas mas allá de la puente está un pueblo, cuyo señor me quiere bien y desea casar conmigo, llámase Mucozo, dirásle de mi parte que yo te envié á él para que en esta necesidad te socorra y favorezca como quien es. Yo sé que hará por tí todo lo que pudiere como verás. Encomiéndate á tu Dios, que yo no puedo hacer mas en tu favor. Juan Orotiz se echó á sus pies en reconocimiento de la merced y beneficio que le hacia y siempre le habia hecho, y luego se apercibió para caminar la noche siguiente. Y á la hora señalada, cuando ya los de la casa del cacique estaban reposados, salió á buscar la guía prometida, y con ella salió del pueblo sin que nadie los sintiese, y en llegando á la puente dijo al indio que con todo recato se volviese luego á su casa, habiendo primero sabido de él que no habia donde perder el camino hasta el pueblo de Mucozo.

CAPÍTULO IV.

De la magnanimidad del curaca ó cacique Mucozo á quien se encomendó el cautivo.

Juan Orotiz, como hombre que iba huyendo, llegó al lugar antes que amaneciese; mas por no causar algun alboroto no osó entrar en él, y cuando fue de dia vió salir dos indios del pueblo por el mismo camino que él llevaba. Los cuales quisieron flecharle, que siempre andan apercebidos destas armas. Juan Orotiz que tambien las llevaba, puso una flecha en su arco para defenderse dellos, y tambien para ofenderles. ¡O cuánto puede un poco de favor, y mas si es de dama! pues vemos que el que poco antes no sabia donde esconderse temiendo la muerte, ahora se atreve á darla á otros de su propia mano, solo por verse favorecido de una moza hermosa, discreta y generosa, cuyo favor escede á todo otro favor humano, con el cual habiendo cobrado ánimo y esfuerzo y aun soberbia, les dijo, que no era enemigo, sino que iba con embajada de una señora para el señor de aquel lugar.

Los indios oyendo esto no le tiraron, antes se volvieron con él al pueblo y avisaron á su cacique, como el esclavo de Hirribigua estaba allí con mensaje para él. Lo cual sabido por Mucozo ó Mocozo, que todo es uno, salió hasta la plaza á recibir el recaudo que Juan Orotiz le llevaba. El cual despues de le haber saludado como mejor supo, á la usanza de los mismos indios, en breve le contó los martirios que su amo le habia hecho, en testimonio de los cuales le mostró en su cuerpo las señales de las quemaduras, golpes y heridas que le habian dado, y como ahora últimamente su señor estaba determinado de matarle, para con su muerte regocijar

y solemnizar tal día de fiesta que esperaba tener presto. Y que la muger y hijas del cacique su amo, aunque muchas veces le habian dado la vida, no osaban agora hablar en su favor, por haberla impedido el señor so pena de su enojo; y que la hija mayor de su señor con deseo que no muriese, por último y mejor remedio le habia mandado y puéstole ánimo que se huyese, y dándole guia que le encaminase á su pueblo y casa, y díchole que en nombre della se presentase ante él; la cual le suplicaba por el amor que le tenia, lo recibiese debajo de su amparo, y como á cosa encomendada por ella, le favoreciese como quien era. Mucozo lo recibió afablemente y le oyó con lástima de saber los males y tormentos que habia pasado, que bien se mostraban en las señales de su cuerpo, que segun su traje de los indios de aquella tierra no llevaba mas de unos pañetes.

En este paso, demas de lo que hemos dicho, añade Alonso de Carmona que lo abrazó y besó en el rostro en señal de paz.

Respondióle que fuese bien venido, y se esforzase á perder el temor de la vida pasada, que en su compañía y casa la tendria bien diferente y contraria; y que por servir á quien lo habia enviado, y por él que habia ido á socorrerse de su persona y casa, haria todo lo que pudiese como por la obra lo veria: y que tuviese por cierto que mientras él viviese nadie sería parte para enojarle.

Todo lo que este buen cacique dijo en favor de Juan Orotiz cumplió, y mucho mas de lo que prometió, porque luego lo hizo su camarero: y siempre de dia y de noche lo traia consigo, haciéndole mucha honra, y muy mucha mas despues que supo que habia muerto al leon con el dardo. En suma, le tra-

tó como á propio hermano muy querido (que hermanos hay que se aman como el agua y el fuego), y aunque Hirrihigua sospechando que se fue á valer de Mocozo se lo pidió muchas veces, siempre Mocozo se escusó de darlo, diciendo entre otras razones por última respuesta que lo dejase pues se le habia ido á su casa, que muy poco perdía en perder un esclavo que tan odioso le era: lo mismo respondió á otro cacique cuñado suyo llamado Urribarracuxi, de quien el Hirrihigua se valió para lo pedir, el cual viendo que sus mensajes no aprovechaban, fue personalmente á pedirselo, y Mocozo le respondió en presencia lo mismo que en ausencia; y añadió otras palabras con enojo, y le dijo, que pues era su cuñado, no era justo le mandase hacer cosa contra su reputacion y honra; que no haria el deber si á un afligido que se le habia ido á encomendar entregase á su propio enemigo, para que por su entretenimiento y pasatiempo lo martirizase y matase como á fiera.

Destos dos caciques que con mucha instancia y porfia pedian á Juan Orotiz, lo defendió Mocozo con tanta generosidad, que tuvo por mejor perder (como lo perdió) el casamiento que aficionadamente deseaba hacer con la hija de Hirrihigua y el parentesco y amistad del cuñado que volver el esclavo á quien lo pedía para matarlo, al cual tuvo siempre consigo muy estimado y regalado, hasta que el gobernador Hernando de Soto entró en la Florida.

Diez años fueron los que Juan Orotiz estuvo entre aquellos indios, el uno y medio en poder de Hirrihigua y los demas con el buen Mocozo; el cual aunque bárbaro, lo hizo con este cristiano muy de otra manera que los famosísimos varones del Triumvirato, que en Layno, lugar cerca de Bolonia hicieron

aquella nunca jamás bastantemente abominada proscripcion y concierto de dar y trocar los parientes, amigos y valedores por los enemigos y adversarios; y lo hizo mucho mejor que otros príncipes cristianos que despues acá han hecho otras tan abominables, y mas que aquella, considerada la inocencia de los entregados, y la calidad de alguno de ellos, y la fé que debian tener y guardar los entregadores: que aquellos eran gentiles y estos se preciaban del nombre y religion cristiana. Los cuales quebrantando las leyes y fueros de sus reinos, y sin respetar su propio ser y grado, que eran reyes y grandes príncipes, y con menosprecio de la fé jurada y prometida (cosa indigna de tales nombres) solo por vengarse de sus enojos, entregaron los que no les habian ofendido, por haber los ofensores dado inocentes por culpados, como lo testifican las historias antiguas y modernas, las cuales dejarémos por no ofender oidos poderosos y lastimar los piadosos.

Basta representar la magnanimidad de un infiel, para que los príncipes fieles se esfuerzen á le imitar y sobrepajar si pudieren: no en la infidelidad como lo hacen algunos indignos de tal nombre, sino en la virtud y grandezas semejantes á que por la mayor alteza de estado que tienen están mas obligados. Que cierto consideradas bien las circunstancias del hecho valeroso deste indio, y mirado por quien, y contra quien se hizo, y lo mucho que quiso posponer y perder yendo aun contra su propio amor y deseo por negar el socorro y favor demandado y por él prometido, se verá que nació de ánimo generosísimo y heróico: indigno de haber nacido, y de vivir en la bárbara gentilidad de aquella tierra: mas Dios y la naturaleza humana muchas veces en desiertos tan incultos y estériles producen semejantes ánimos para ma-

yor confusion y vergüenza de los que nacen y se erian en tierras fértiles y abundantes de toda buena doctrina, ciencias y religion cristiana.

CAPÍTULO V.

Envia el gobernador por Juan Orotiz.

La relacion que hemos dado de la vida de Juan Orotiz tuvo el gobernador aunque confusa en el pueblo del cacique Hirrihigua, donde al presente lo tenemos: y antes la habia tenido, aunque no tan larga, en la Habana, de uno de los cuatro indios que dijimos habia preso el contador Juan de Añasco cuando le enviaron á que descubriese la costa de la Florida, que acertó á ser vasallo deste cacique: el cual indio cuando en su relacion nombraba en la Habana á Juan Orotiz, dejando el nombre Juan porque no lo sabia, decia Orotiz, y como á este mal hablar del indio se añadiese el peor entender de los buenos intérpretes, que declaraban lo que él queria decir, y como todos los oyentes tuviesen por principal intento el ir á buscar oro oyendo decir, al indio Orotiz, sin buscar otras declaraciones, entendian que llanamente decia que en su tierra habia mucho oro, y se holgaban y regocijaban solo con oirlo nombrar, aunque en tan diferente significacion y sentido.

Pues como el gobernador se certificase que Juan Orotiz estaba en poder del cacique Mucozo, le pareció sería bien enviar por él, así por sacarlo de poder de indios como porque lo habia menester para lengua é intérprete de quien se pudiese fiar. Para lo cual eligió un caballero, natural de Sevilla, nombrado Baltasar de Gallegos, que iba por alguacil mayor de la armada y del ejército; el cual por su mucha virtud, esfuerzo y valentía merecia ser general de

otro mayor ejército que aquel: y le dijo que con sesenta lanzas que llevase en su compañía, fuese á Mucozo y de su parte le dijese cuán agradecidos estaban él y todos los españoles que consigo tenia de la honra y beneficios que á Juan Orotiz habia hecho; y cuánto deseaba que se ofreciese en que gratificárselos. Y que al presente le rogaba se lo diese, que para cosas que importaban mucho lo habia menester; y cuando le pareciese viniese á visitarle, que holgaria mucho de lo conocer y tener por amigo. Baltasar de Gallegos con las sesenta lanzas y un indio que lo guiase salió del real en cumplimiento de lo que se le mandó.

Por otra parte el cacique Mucozo habiendo sabido la ida del gobernador Hernando de Soto con tanta pujanza de gente y caballos, y que habia tomado tierra tan cerca de la suya, temiendo no le hiciesen daño en ella, quiso con prudencia y buen consejo prevenir el mal que podria venirle; y para lo remediar llamó á Juan Orotiz, y le dijo. Habeis de saber, hermano, que en el pueblo de vuestro buen amigo Hirrihigua está un capitan español con mil hombres de guerra y muchos caballos que vienen á conquistar esta tierra: bien sabeis lo que por vos he hecho, y como por salvaros la vida y no entregaros al que os tenia por esclavo y os queria para matar, elegí caer antes en desgracia de mis deudos y vecinos que hacer lo que ellos contra vos me pedian. Ahora se ofrece tiempo y ocasion en que podreis gratificarme la buena acogida, regalo y amistad que os he hecho, aunque nunca yo lo hice con esperanza de galardón alguno; mas pues la ventura lo ha encaminado así, será cordura no perder lo que ella nos ofrece.

Ireis al general español, y de vuestra parte y mia le suplicareis que en remuneracion de lo que á él y á

toda su nación en vos he servido (pues por cualquiera de todos ellos hiciera lo mismo) tenga por bien de no hacerme daño en esta poca tierra que tengo, y se digne de recibirme en su amistad y servicio, que desde luego le ofrezco mi persona, casa y estado para que la ponga debajo de su proteccion y amparo; y porque vais acompañado como á vos y á mí conviene, llevaréis cincuenta gentiles-hombres de mi casa, y mirareis por ellos y por mí como nuestra amistad os tiene obligado.

Juan Orotiz, con regocijo de la buena nueva, dando interiormente gracias á Dios por ella, respondió á Mucozo, que holgaba mucho se hubiese ofrecido tiempo y ocasion en que servir la merced y beneficios que le habia hecho, no solo de la vida, sino tambien de mucho favor, estima y honra que de su mucha virtud y cortesía habia recebido; de todo lo cual daría muy larga relacion y cuenta al capitan español y á todos los suyos, para que se lo agradeciesen y pagasen en lo que al presente en su nombre les pidiese y en lo porvenir se ofreciese, que él iba muy confiado que el general haría lo que de su parte le suplicase, porque la nacion española se preciaba de gente agradecida de lo que por los suyos se hubiese hecho; y así seguramente quedase con esperanza de alcanzar lo que enviaba á pedir al gobernador. Luego visieron los cincuenta indios que el cacique habia mandado apercebir, los cuales y Juan Orotiz tomaron el camino real que va del un pueblo al otro, y salieron el mismo dia que Baltasar de Gallegos salió del real á buscarle.

Sucedió que despues de haber andado los españoles mas de tres leguas por el camino real ancho y seguido que iba al pueblo de Mueozo, el indio que los guiaba pareciéndole que no era bien hecho usar

de tanta fidelidad con gente que venia á les sujetar y quitar sus tierras y libertad, y que de mucho atrás se habian mostrado enemigos declarados, aunque de aquel ejército hasta entonces no habian recibido agravios de que se poder quejar, mudó el ánimo de guiarles, y á la primera senda que vió atravesar, dejando el camino real, la tomó; y á poco trecho que por ella anduvo la perdió, que no era seguida; y así los trujo gran parte del dia descaminados y perdidos, llevándolos siempre en arco hácia la costa de la mar, con deseo de topar alguna cienaga, cala ó bahía, en que si pudiese los ahogase. Los castellanos como no sabian la tierra no sentian el engaño del indio, hasta que uno dellos por entre los árboles de un monte claro por donde iban acertó á ver las gavias de los navíos que habian dejado, y vió que estaban muy cerca de la costa, de que dió aviso al capitan Baltasar de Gallegos. El cual vista la maldad de la guia le amenazó con muerte haciendo ademan que lo queria alancear. El indio temiendo no le matasen, por señas y palabras como pudo dijo que los volveria al camino real; mas que era menester desandar todo lo que fuera de camino habian andado, y así volvieron por los mismos pasos á buscarlo.

CAPÍTULO VI.

Lo que sucedió á Juan Orotiz con los españoles que por él iban.

Juan Orotiz caminando por el camino real llegó á la senda por donde el indio habia descaminado á Baltasar de Gallegos y á sus caballeros; y sospechando lo que fue, y temiendo no fuesen los castellanos por otra parte é hiciesen daño en el pueblo de Mucozo, consultó con los indios lo que harian; acorda-

ron todos que sería bien siguiesen á toda priesa el rastro de los caballos hasta los alcanzar, y que no tomarasen otro camino porque no los errasen.

Pues como los indios siguiesen el rastro de los españoles y volviesen por el mismo camino que habian llevado, se dieron vista los unos á los otros en un gran llano, que á una parte dél habia un monte cerrado de matas espesas. Los indios viendo los castellanos dijeron á Juan Orotiz, que sería cordura asegurar sus personas y vidas con meterse en aquel monte hasta que los cristianos los reconociesen por amigos: porque teniéndolos por enemigos no los alcançasen en lo raso del campo. Juan Orotiz no quiso tomar el buen consejo de los indios confiado en que era español y que los suyos le habian de conocer luego que le viesen, como si viniera vestido á la española ó estuviera en alguna cosa diferenciado de los indios para ser conocido por español. El cual como los demas no llevaba sino unos pañetes por vestidura, y un arco y flechas en las manos, y un plumage de media braza en alto sobre la cabeza por gala y ornamento.

Los castellanos como noveles y ganosos de pelear viendo los indios arremetieron á ellos á rienda suelta; y por muchas voces que el capitan les dió, no bastó á los detener. ¿Quién podrá con bisonos cuando se desmandan?

Los indios como viesan cuán denodada é consideradamente iban los castellanos á ellos, se arrojaron todos en el monte, que no quedó en el campo mas de Juan Orotiz y un indio que no se dió tanta priesa como los otros á meterse en la guarida, al cual hirió un español que habia sido soldado en Italia, llamado Francisco de Morales, natural de Sevilla, de una lanzada en los lomos, alcanzándole á las primeras

*

matas del monte. Con Juan Orotiz arremetió otro español llamado Alvaro Nieto, natural de la villa de Alburquerque, uno de los mas recios y fuertes españoles que iban en todo el ejército, el cual cerrando con él le tiró una brava lanzada; Juan Orotiz tuvo buena ventura y destreza que rebatiendo la lanza con el arco, dió un salto al través huyendo á un mismo tiempo del golpe de la lanza y del encuentro del caballo; y viendo que Alvaro Nieto revolvía sobre él dió grandes voces diciendo, Xivilla, Xivilla, por decir Sevilla, Sevilla.

En este paso añade Juan Coles que no acertando Juan Orotiz á hablar castellano, hizo con la mano y el arco la señal de la cruz, para que el español viesse que era cristiano. Porque con el poco ó ningun uso que entre los indios habia tenido de la lengua castellana, se le habia olvidado hasta el pronunciar el nombre de la propia tierra, como yo podré decir tambien de mí mismo que por no haber tenido en España con quien hablar mi lengua natural y materna, que es la general que se habla en todo el Perú (aunque los Incas tenían otro particular que hablaban ellos entre sí unos con otros) se me ha olvidado de tal manera que con saberla hablar tan bien y mejor y con mas elegancia que los mismos indios que no son Incas, porque soy hijo de Palla y sobrino de Incas, que son los que mejor y mas apuradamente la hablan, por haber sido lenguaje de la corte de sus príncipes, y haber sido ellos los principales cortesanos, no acierto ahora á concertar seis ó siete palabras en oracion para dar á entender lo que quiero decir; y mas que muchos vocablos se me han ido de la memoria, que no sé cuáles son, para nombrar en indio tal ó tal cosa. Aunque es verdad que si oyese hablar á un Inca le

entenderia todo lo que dijese, y si oyese los vocablos olvidados, diria lo que significan. Empero de mí mismo por mucho que lo procuro no acierto á decir cuáles son; esto he sacado por esperiencia del uso ó descuido de las lenguas, que las ajenas se aprenden con usarlas y las propias se olvidan no usándolas.

Volviendo á Juan Orotiz, que lo dejamos en gran peligro de ser muerto por los que mas deseaban verlo vivo. Como Alvaro Nieto le oyese decir Xivilla, le preguntó si era Juan Orotiz, y como le respondiese que sí, lo asió por un brazo y echó sobre las ancas de su caballo como á un niño, porque era recio y fuerte este buen soldado, y con mucha alegría de haber hallado lo que iba á buscar, dando gracias á Dios de no haberle muerto, aunque le parecia que todavía lo veia en aquel peligro, lo llevó al capitan Baltasar de Gallegos. El cual recibió á Juan Orotiz con gran regocijo, y luego mandó llamasen á los demas caballeros que por el monte andaban ansiosos por matar indios como si fueran venados, para que todos se juntasen á gozar de la buena suerte que les habia sucedido, antes que hiciesen algun mal en los amigos por no conocerlos. Juan Orotiz entró en el monte á llamar los indios diciéndoles á grandes voces que saliesen y no hubiesen miedo. Muchos de ellos no pararon hasta su pueblo á dar aviso á su cacique de lo que habia pasado. Otros que no se habian alejado tanto volvieron de tres en tres y de cuatro en cuatro, como acertaban á hallarse, y todos y cada uno de por sí con mucha saña y enojo reñian á Juan Orotiz su poca advertencia y mucha biscoñería. Y cuando vieron al compañero indio herido por su causa, se encendieron de manera que apenas se contenian de poner las manos en él, y se las pusieran si los españoles no estuvieran

presentes; mas vengaban su enojo con mil afrentas que le decian, llamándole tonto, necio, impertinente, que no era español, ni hombre de guerra, y que muy poco ó nada le habian aprovechado los duelos y toda la malaventura pasada, que no en balde se la habian dado, y que la merecia mucho peor. En suma, ningun indio salió del monte que no riñese con él, y todos le decian casi unas mismas palabras, y él propio las declaraba á los demas españoles para su mayor afrenta. Juan Orotiz quedó bien reprendido de haber sido bien confiado, mas todo bien empleado á trueque de verse entre cristianos. Los cuales curaron al indio herido, y poniéndole sobre un caballo se fueron con él y con Juan Orotiz y con los demas indios al real, deseosos de ver al gobernador, por llevar en tan breve tiempo tan buen recaudo de lo que les habia mandado, y antes que saliesen del puesto, despachó Juan Orotiz un indio con relacion á Mucozo de todo lo sucedido, porque no se escandalizase de lo que los indios huidos le hubiesen dicho.

Todo lo que hemos referido de Juan Orotiz lo dicen tambien Juan Coles y Alonso de Carmona en sus relaciones; y el uno de ellos dice, que le cayeron gusanos en las llagas que el fuego le hizo quando lo asaron. Y el otro, que es Juan Coles, dice, que el gobernador le dió luego un vestido de terciopelo negro, y que por estar hecho á andar desnudo no lo pudo sufrir, que solamente traía una camisa y unos calzones de lienzo, gorra y zapatos, y que anduvo así mas de veinte dias hasta que poco á poco se hizo á andar vestido: dicen mas estos dos testigos de vista que entre otras mercedes y favores que el cacique Mucozo hizo á Juan Orotiz fue una hacerle su capitan general de mar y tierra.

CAPÍTULO VII.

La fiesta que todo el ejército hizo á Juan Orotiz, y como vino Mucozo á visitar al gobernador.

Buena parte de la noche era ya pasada cuando Baltasar de Gallegos y sus compañeros entraron en el real. El gobernador que los sintió recibió sobresalto, temiendo que pues volvian tan presto les habia acaecido alguna desgracia, porque no los esperaba hasta el dia tercero; mas certificado del buen recaudo que traían, toda la congoja se convirtió en fiesta y regocijo, rindió las gracias al capitan y á sus soldados de que lo hubiesen hecho tan bien; recibió á Juan Orotiz como á propio hijo con lástima y dolor de acordarse de tantos trabajos y martirios como habia dicho y su mismo cuerpo mostraba haber pasado; porque las señales de las quemaduras de cuando lo asaron eran tan grandes que todo un lado no era mas que una quemadura ó señal de ella. De los cuales trabajos daba gracias á Dios le hubiese librado y del peligro de aquel dia, que no habia sido el menor de los que habia pasado. Acarició los indios que con él vinieron: mandó que con gran cuidado y regalo curasen al herido. Despachó aquella mesma hora dos indios al cacique Mucozo con mucho agradecimiento por los beneficios que habia hecho á Juan Orotiz, y por habérselo enviado libremente, y por el ofrecimiento de su persona y amistad; la cual dijo que en nombre del emperador y rey de España, su señor, que era el principal y el mayor de toda la cristiandad, y en nombre de todos aquellos capitanes y caballeros que con él estaban, y en el suyo, aceptaba para le agradecer y pagar lo que por todos ellos habia hecho en haber escapado de la muerte á Juan Orotiz, que todos ellos le rogaban

los visitase, que quedaban con deseo de le ver y conocer.

Los capitanes y ministros, así del ejército como de la hacienda real, y caballeros, y todos los demas soldados en comun y particular, festejaron grandemente á Juan Orotiz, que no se tenia por compañero el que no llegaba á le abrazar y dar la enhorabuena de su venida. Así pasaron aquella noche, que no la durmieron con este general regocijo.

Luego el dia siguiente llamó el general á Juan Orotiz para informarse de lo que sabia de aquella tierra, y para que le contase particularmente lo que por él habia pasado en poder de aquellos dos caciques. Respondió que de la tierra aunque habia tanto tiempo que estaba en ella sabia poco ó nada; porque en poder de Hirribigua su amo mientras no le atormentaban con nuevos martirios, no le dejaba desmandarse un paso del servicio ordinario que hacia, acarreando agua y leña para toda la casa; y que en poder de Mucozo aunque tenia libertad para ir donde quisiese no usaba de ella, porque los vasallos de su amo viéndolo apartado de Mucozo no le mataban, que para lo hacer tenían su orden y mandato; y que por estas causas no podia dar buena noticia de las calidades de la tierra, mas que habia oido decir que era buena; y cuanto mas adentro era mejor y mas fértil, y que la vida que con los caciques habia pasado habia sido en los dos extremos de bien y de mal que en este siglo se puede tener: porque Mucozo se habia mostrado con él tan piadoso y humano, quanto el otro cruel y vengativo, sin poderse encarecer bastante la virtud del uno ni la pasion del otro, como su señoría habria sido ya informado; para prueba de lo cual mostró las señales de su cuerpo descubriendo las que se podian ver, y amplió la relacion

que de su vida hemos dado, y de nuevo relató otros muchos tormentos que habia pasado, que causaron compasion á los oyentes: y lo dejaremos por escusar prolijidad.

El cacique Mucozo al dia tercero de como se le habia hecho el recaudo con los indios vino bien acompañado de los suyos; besó las manos del gobernador con toda veneracion y acatamiento. Luego habló al teniente general, y al maese de campo, y á los demas capitanes y caballeros que allí estaban, á cada uno conforme á la calidad de su persona, preguntando primero á Juan Orotiz quién era este, aquel y el otro; y aunque le dijese por alguno de los que le hablaban, que no era caballero ni capitan sino soldado particular, le trataba con mucho respeto; pero con mucho mas á los que eran nobles y á los ministros del ejército: de manera que fue notado por los españoles. Mucozo despues que hubo hablado y dado lugar á que le hablasen los que presentes estaban, volvió á saludar al gobernador con nuevos modos de acatamiento. El cual habiéndole recibido con mucha afabilidad y cortesía, le rindió las gracias de lo que por Juan Orotiz habia hecho, y por haber selo enviado tan amigablemente: díjole que le habia obligado á él, y á su ejército, y á toda la nacion española para que en todo tiempo se lo agradeciesen. Mucozo respondió, que lo que por Juan Orotiz habia hecho lo habia hecho por su propio respeto; porque habiéndosele ido á encomendar y socorrer de su persona y casa con necesidad de ella, en ley de quien era estaba obligado á hacer lo que por él habia hecho, y que le parecia todo poco; porque la virtud, esfuerzo y valentía de Juan Orotiz, por sí solo sin otro respeto alguno merecia mucho mas, y que el haberlo enviado á su señoría mas habia sido por su propio

interés y beneficio, que por servir á su señoría; pues habia sido para que como defensor y abogado, con su intercesion y méritos, alcanzase merced y gracia para que en su tierra no se le hiciese daño. Y así ni lo uno ni lo otro no tenia su señoría que agradecer ni recibir en servicio; mas que él se holgaba, como quiera que hubiese sido, de haber acertado á hacer cosa de que su señoría y aquellos caballeros y toda la nacion española, cuyo aficionado servidor él era, se hubiesen agradado y mostrado haber recibido contento. Suplicaba á su señoría que con el mismo beneplácito lo recibiese en su servicio, debajo de cuya proteccion y amparo ponía su persona, y casa, y estado, reconociendo por principal señor al emperador y rey de España, y secundariamente á su señoría como á su capitan general y gobernador de aquel reino: que con esta merced que se le hiciese se tendria por mas aventajadamente gratificado que habia sido el mérito de su servicio hecho en beneficio de Juan Orotiz, ni el haberlo enviado libremente, cosa que su señoría tanto habia estimado; á lo cual decia, que él estimaba y tenia en mas verse como aquel dia se veia, favorecido y hourado de su señoría y de todos aquellos caballeros, que cuanto bueno habia hecho en toda su vida, y que protestaba esforzarse á hacer de allí adelante cosas semejantes en servicio de los españoles, pues aquellas le habian salido á tanto bien.

Estas y otras muchas gentilezas dijo este cacique con toda la buena gracia y discrecion que en un discreto cortesano se puede pintar, de que el gobernador y los que con él estaban se admiraron no menos que de las generosidades que por Juan Orotiz habia hecho, á las cuales imitaban las palabras.

Por todo lo cual el adelantado Hernando de Soto

y el teniente general Vasco Porcallo de Figueroa y otros caballeros particulares, aficionados de la discrecion y virtud del cacique Mucozo, se movieron á corresponderle en lo que de su parte en agradecimiento de tanta bondad pudiesen premiar. Y así le dieron muchas dádivas, no solo á él, sino tambien á los gentiles hombres que con él vinieron, de que todos ellos quedaron muy contentos.

CAPÍTULO VIII.

Viene la madre de Mucozo muy ansiosa por su hijo.

Dos dias despues de lo que hemos dicho vino la madre de Mucozo muy ansiosa y fatigada de que su hijo estuviese en poder de los castellanos; la cual por haber estado ausente no supo la venida del hijo á ver al gobernador que no se lo consintiera; y así las primeras palabras que al general dijo fueron que le diese el hijo antes que hiciese dél lo que Pánfilo de Narvaez habia hecho de Hirrihigua, y que si pensaba hacer lo mismo, que diese libertad á su hijo, que era mozo, y en ella que era vieja hiciese lo que quisiese, que ella sola llevaria la pena de ambos.

El gobernador la recibió con muchas caricias y respondió, que su hijo por mucha bondad y discrecion no merecia que se le hiciese mal, sino que todos le sirviesen, y ella lo mismo por ser madre de tal hijo: que perdiese el temor que traia, porque ni á ella, ni á su hijo, ni á persona de toda su tierra se le haria mal ninguno, sino todo el placer y regalo que fuese posible. Con estas palabras se quietó algun tanto la buena vieja, y estuvo con los españoles tres dias, mas siempre tan maliciosa y recatada, que comiendo á la mesa del gobernador preguntaba á Juan Orotiz si osaria comer de lo que la daban, que decia

se recelaba y temia le diesen ponzoña para matarla.

El gobernador y los que con él estaban lo rieron mucho, y le dijeron que seguramente podia comer que no la querian matar sino regalar; mas ella todavía no fiándose de palabras de estrangeros aunque le daban del mesmo plato del gobernador, no queria comerlo ni gustarlo si primero no le hacia la salva Juan Orotiz. Por lo cual le dijo un soldado español, ¿que cómo habia ofrecido poco antes la vida por su hijo, pues se recataba tanto de morir? Respondió que no aborrecia ella el vivir, sino que lo amaba como los demas hombres; mas que por su hijo daria la vida todas las veces que fuese menester, porque lo queria mas que al vivir; por tanto suplicaba al gobernador se lo diese que queria irse y llevarlo consigo, que no osaria fiarlo de los cristianos.

El general respondió que se fuese cuando ella quisiese, que su hijo gustaba de quedarse por algunos dias entre aquellos caballeros, que eran mozos y soldados, hombres de guerra como él, y se hallaba bien con ellos; que cuando le pareciese se iria libremente sin que nadie lo enojase. Con esta promesa se fue la vieja aunque mal contenta de que su hijo quedase en poder de castellanos; y á la partida dijo á Juan Orotiz que librase á su hijo de aquel capitan y de sus soldados, como su hijo lo habia librado á él de Hirribigua y de sus vasallos; lo cual rió muy mucho el gobernador y los demas españoles, y el mismo Mucozo ayudaba á reir las ansias de su madre.

Despues de haber pasado estas cosas de risa y contento, estuvo el buen cacique en el ejército ocho dias, en los cuales visitó en sus posadas al teniente general, y al maese de campo, y á los capitanes y oficiales de hacienda imperial, y á muchos caballeros particulares por su nobleza: con los cuales todos ha-

blaba tan familiarmente, con tan buena desenvoltura y cortesía, que parecia haberse criado entre ellos. Preguntaba cosas particulares de la corte de Castilla, y por el emperador, por los señores, damas y caballeros della: decia holgára verla si pudiera venir á ella. Pasados los ocho dias se fue á su casa; despues volvió otras veces á visitar al gobernador; traía-le siempre de los regalos que en su tierra habia. Era Mucozo de edad de veinte y seis ó veinte y siete años, lindo hombre de cuerpo y rostro.

CAPÍTULO IX.

De las prevenciones que para el descubrimiento se hicieron, y como prendieron los indios un español.

No estaba ocioso el gobernador y adelantado Hernando de Soto entretanto que estas cosas pasaban entre los suyos, antes con todo cuidado y diligencia hacia oficio de capitan y caudillo; porque luego que los bastimentos y municiones se desembarcaron y pusieron en el pueblo del cacique Hirrihigua por ser el mas cercano á la bahía del Espíritu Santo, porque estuviesen cerca del mar, mandó que de los once navíos que habia llevado, volviessen los siete mayores á la Habana á órden de lo que deña Isabel de Bobadilla su muger dispusiese dellos, y quedasen los cuatro menores para lo que por la mar se les ofreciese y hubiese menester. Los vasos que quedaron fueron el navío San Anton, y la carabela y los dos bergantines, de los cuales dió cargo al capitan Pedro Calderon, el cual entre otras escelencias que tenia, era haber militado muy mozo debajo del baston y gobierno del gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba. Procuró con toda diligencia y cuidado atraer de paz y concordia al caci-

que Hirrihigua , porque le parecia que conforme al ejemplo que este cacique diese de sí , podria esperar ó temer que harian los demas caciques de la comarca: deseaba su amistad, porque con ella entendia tener ganada la de todos los de aquel reino , porque decia que si aquel que tan ofendido estaba de los castellanos se reconciliase y hiciese amigo dellós, ¿cuánto mas aína lo serían los no ofendidos? demas de la amistad de los caciques esperaba que su reputacion y honra se aumentaria generalmente entre indios y españoles , por haber aplacado este tan rabioso enemigo de su nacion ; por todo lo cual siempre que los cristianos corriendo el campo acertaban á prender de los vasallos de Hirrihigua , se los enviaba con dádivas y recaudos de buenas palabras rogándole con la amistad , y convidándole con la satisfacion que del agravio hecho por Pánfilo de Narvaez deseaba darle. El cacique no solamente no salió de paz , ni quiso aceptar la amistad de los españoles, ni aun responder palabra alguna á ningun recaudo de los que le enviaron. Solo decia á los mensajeros que su injuria no sufría dar buena respuesta , ni la cortesía de aquel capitan merecia que se la diesen mala, y nunca á este propósito habló otras palabras ; mas ya que las buenas diligencias que el gobernador hacia por haber el amistad de Hirrihigua no aprovecharon para los fines é intento que él deseaba , á lo menos sirvieron de mitigar en parte la ira y rancor que este cacique tenia contra españoles ; lo cual se vió en lo que dirémos luego.

La gente de servicio del real iba cada dia por yerba para los caballos , en cuya guarda y defensa solian ir de continuo quince ó veinte infantes y ocho ó diez caballos. Acaeció un dia que los indios que andaban en asechanza destos españoles , dieron en

ellos tan de sobresalto con tanta grita y alarido, que sin usar de las armas solo con la vocería los asombraron, y ellos que estaban descuidados y desordenados se turbaron; y antes que se recogiesen pudieron haber los indios á las manos un soldado llamado Grajales, con el cual sin querer hacer otro mal en los demas cristianos se fueron muy contentos de haberlo preso.

Los castellanos se recogieron tarde, y uno de los de á caballo fue corriendo al real dando arma y aviso de lo que habia pasado; por cuya relacion á toda diligencia salieron del ejército veinte caballos bien apercebidos, y hallando el rastro de los indios que iban con el español preso, lo siguieron, y al cabo de dos leguas que corrieron llegaron á un gran cañaveral que los indios por lugar secreto y apartado habian elegido, donde tenian escondidas sus mugeres y hijos. Todos ellos, chicos y grandes, con mucha fiesta y regocijo de la buena presa hecha, estaban comiendo á todo su placer, descuidados de pensar que los castellanos hiciesen tanta diligencia por cobrar un español perdido. Decian á Grajales que comiese y no tuviese pena que no le daria la mala vida que á Juan Orotiz habian dado.

Lo mesmo le decian las mugeres y niños, ofreciéndole cada uno dellos la comida que para sí tenia, rogándole que la comiese por él y se consolase, que ellos le harian buena amistad y compañía.

Los españoles sintiendo los indios, entraron por el cañaveral haciendo ruido de mas gente que la que iba, por asombrar con el estruendo á los que estaban dentro porque no se pusiesen en defensa.

Los indios oyendo el tropel de los caballos, huyeron por los callejones que á todas partes tenian hechos por el cañaveral para entrar y salir dél; y en-

medio del cañaveral tenían rozado un gran pedazo para estancia de las mugeres y hijos, los cuales quedaron en poder de los españoles por esclavos del que poco antes lo era dellos. La variedad de los sucesos de la guerra y la inconstancia de la fortuna de ella es tanta, que en un punto se cobra lo que por mas perdido se tenia, y en otro pierde lo que en nuestra opinion mas asegurado está.

Grajales reconociendo las voces de los suyos salió corriendo á recibirlos, dando gracias á Dios que tan presto le hubiesen librado de sus enemigos. Apenas le conocieron los castellanos; porque aunque el tiempo de su prision habia sido breve, ya los indios le habian desnudado y puéstole no mas de con unos pañetes como ellos traen; regocijéronse con él, y recogiendo toda la gente que en el cañaveral habia de mugeres y niños, se fueron con ellos al ejército, donde el gobernador los recibió con alegría de que se hubiese cobrado el español, y con su libertad preso tanta gente de los enemigos.

Grajales contó luego todo lo que habia sucedido, y dijo como los indios cuando salieron de su emboscada no habian querido hacer mal á los cristianos, porque las flechas que les habian tirado mas habian sido por amedrentarlos, que no por matarlos ni herirlos: que segun los habian hallado descuidados y desmandados, pudieran si quisieran matar los mas dellos. Y que luego que lo prendieron se contentaron con él, y sin hacer otro mal se fueron y dejaron los demas castellanos: y que por el camino y en el alojamiento del cañaveral le habian tratado bien, y lo mismo sus mugeres y hijos, diciéndole palabras de consuelo y ofreciéndole cada cual lo que para su comer tenia; lo cual sabido por el gobernador mandó traer ante sí las mugeres, muchachos y

niños que trajeron presos, y les dijo que les agradecía mucho el buen tratamiento que á aquel español habian hecho, y las buenas palabras que le habian dicho: en recompensa de lo cual les daba libertad para que se fuesen á sus casas, y les encargaba que de allí adelante no huyesen de los castellanos ni les hobiesen temor, sino que tratasen y contratasen con ellos como si todos fueran de una misma nacion: que él no habia ido allí á maltratar naturales de la tierra sino á tenerlos por amigos y hermanos; y que así lo dijese á su cacique, á sus maridos, parientes y vecinos: sin estos halagos les dieron dádivas y las enviaron muy contentas del favor que el general y todos los suyos les habian hecho.

Entre otros dos lances prendieron despues estos mismos indios otros dos españoles: el uno llamado Hernando Vintimilla, grande hombre de la mar; y el otro Diego Muñoz, que era muchacho, page del capitan Pedro Calderon, y no los mataron ni les dieron la mala vida que habian dado á Juan Orotiz, antes los dejaron andar libremente como á cualquiera indio de ellos, de tal manera, que pudieron despues estos dos cristianos con buena maña que para ello tuvieron, escaparse de poder de los indios en un navío que con tormenta acertó á ir á aquella bahía del Espíritu Santo como adelante diremos. De manera que con las buenas palabras que al gobernador envió á decir el cacique Hirrihigua, y con las buenas obras que á sus vasallos hizo, le forzó que mitigase y apagase el fuego de la saña y rabia que contra castellanos en su corazón tenia. Los beneficios tienen tanta fuerza, que aun á las fieras mas bravas hacen trocar su propia y natural fiereza.

CAPÍTULO X.

Como se empieza el descubrimiento y la entrada de los españoles la tierra adentro.

Habiendo pasado estas cosas que fueron en pocas mas de tres semanas, el gobernador mandó al capitán Baltasar de Gallegos, que con sesenta lanzas y otros tantos infantes, entre arcabuceros, ballesteros y rodeleros, fuesen á descubrir la tierra adentro y llegasen hasta el pueblo principal del cacique Urribarracuxi, que era la provincia mas cercana á las dos de Mucozo y Hirrihigua. Los nombres de estas provincias no se ponen aquí, porque no se supo si se llamaban del nombre de los caciques, ó los caciques del nombre de sus tierras, como adelante veremos, que en muchas partes de este gran reino se llama de un mismo nombre el señor y su provincia, y el pueblo principal de ella.

El capitán Baltasar de Gallegos eligió las mismas sesenta lanzas que habian ido con él, cuando fue en busca de Juan Orotiz, y otros sesenta infantes, y entre ellos al mismo Juan Orotiz para que por el camino les fuese guia, y con los indios intérprete. Así fueron hasta el pueblo de Mucozo, el cual salió al camino á recibirlos, y con mucha fiesta y regocijo de verlos en su tierra los hospedó y regaló aquella noche. El dia siguiente le pidió el capitán un indio que los guiase hasta el pueblo de Urribarracuxi. Mucozo se escusó diciendo, que le suplicaba no le mandase hacer cosa contra su misma reputacion y honra, que parecia mal que á gente estrangera diese guia contra su propio cuñado y hermano. Los cuales se quejarían dél con mucha razon de que á su tierra y casa les hubiese enviado sus enemigos. Que ya que él era amigo y servidor de los españoles, queria serlo

sin perjuicio ageno ni de su honor. Y dijo mas, que aunque Urribarracuxi no fuera su cuñado como lo era sino muy extraño, hiciera por él lo mismo, cuanto mas siendo deudo tan cercano de afinidad y vecindad; y que asimismo le suplicaba muy encarecidamente no atribuyesen aquella resistencia á poco amor y menos voluntad de servir á los españoles, que cierto no lo hacia sino por no hacer cosa fea por la cual fuese notado de traidor á su patria, parientes, vecinos y comarcanos, y que á los mismos castellanos pareceria mal, si en aquel caso ó en otro semejante él hiciese lo que le mandasen aunque fuese en servicio de ellos; porque en fin era mal hecho; por lo cual decia que antes eligiria la muerte que hacer cosa que no debiese á quien era.

Juan Orotiz por orden del capitan Baltasar de Gallegos respondió y dijo, que no tenían necesidad de la guia para que les mostrase el camino, pues era notorio que el que habian traído hasta allí era camino real, que pasaba adelante hasta el pueblo de su cuñado: mas que pedian el indio para mensagero que fuese delante á dar aviso al cacique Urribarracuxi para que no se escandalizase de la ida de los españoles, temiendo no llevasen ánimo de hacerle mal y daño; y para que su cuñado creyese al mensagero, que siendo amigo no le engañaria, querian que fuese vasallo suyo y no ageno para que lo fuese mas fidedigno; el cual de parte del gobernador dijese á Urribarracuxi que él y toda su gente deseaban no hacer agravio á nadie; y de parte del capitan Baltasar de Gallegos, que era el que iba á su tierra, le avisase como llevaba orden y espreso mandato del general, que aunque Urribarracuxi no quisiese paz y amistad con él y sus soldados, ellos la mantuviesen con el cacique, no por su respeto que no le co-

*

nocian ni les habian merecido cosa alguna, sino por amor de Mucozo, á quien los españoles y su capitan general deseaban dar contento, y por él á todos sus deudos, amigos y comarcanos, como lo habian hecho con Hirribigua; el cual aunque habia estado y estaba muy rebelde no habia recibido ni recibiria daño alguno.

Mucozo con mucho agradecimiento respondió, que al gobernador como á hijo del sol y de la luna, y á todos sus capitanes y soldados por el semejante, besaba las manos muchas veces por la merced y favor que con aquellas palabras le hacian, que de nuevo le obligaban á morir por ellos: que ahora que sabia para qué querian la guia holgaba mucho darla; y para que fuese fidedigno á ambas partes, mandaba que fuese un indio noble, que en la vida pasada de Juan Orotiz habia sido grande amigo suyo, con el cual salieron los españoles del pueblo de Mucozo muy alegres y contentos, y aun admirados de ver que en un bárbaro hubiese en todas ocasiones tan buenos respetos.

En cuatro dias fueron del pueblo de Mucozo al de su cuñado Urribarracuxi. Habria del un pueblo al otro diez y seis ó diez y siete leguas. Halláronla desamparada, que el cacique y todos sus vasallos se habian ido al monte, no embargante que el indio amigo de Juan Orotiz les llevó el recaudo mas acariciado que se les pudo enviar; y aunque despues de llegados los españoles al pueblo volvió otras dos veces con el mismo recaudo, nunca el curaca quiso salir de paz, ni hizo guerra á los castellanos, ni les dió mala respuesta. Escusóse con palabras comedidas y razones que aunque frívolas y vanas le valieron.

Este nombre curaca en lengua general de los in:

dios del Perú, significa lo mismo que cacique en language de la isla Española y sus circunvecinas, que es señor de vasallos; y pues yo soy indio del Perú y no de Santo Domingo ni sus comarcas, se me permita que yo introduzca algunos vocablos de mi language en esta mi obra, porque se vea que soy natural de aquella tierra y no de otra.

Por todas las veinte y cinco leguas que Baltasar de Gallegos y sus compañeros desde el pueblo de Hirrihigua hasta el de Uribarracuxi anduvieron, hallaron muchos árboles de los de España, que fueron parrizas, como atrás dijimos, nogales, encinas, morales, ciruelos, pinos y robles, y los campos apacibles y deleitosos, que participaban tanto de tierra de monte como de campiña. Habia algunas cienegas mas tanto menores quanto mas la tierra adentro y apartada de la costa de la mar.

Con esta relacion envió el capitan Baltasar de Gallegos cuatro de á caballo: entre ellos á Gonzalo Silvestre para que la diesen al gobernador de lo que habian visto, y como en aquel pueblo y su comarca habia comida para sustentar algunos dias el ejército. Los cuatro caballeros anduvieron en dos dias las veinte y cinco leguas que hemos dicho, sin que en el camino se les ofreciese cosa digna de memoria; donde los dejarémos por contar lo que entre tanto sucedió en el real.

CAPÍTULO XI.

Lo que sucedió al teniente general yendo á prender á un curaca.

Un dia de los que el gobernador estuvo en el pueblo de Hirrihigua tuvo aviso y nueva cierta como el cacique estaba retirado en un monte no lejos del ejército. El teniente general Vasco Porcallo de

Figueroa, como hombre tan belicoso y ganoso de honra, quiso ir por él por gozar de la gloria de haberlo traído por bien ó por mal, y no aprovechó que el gobernador quisiese estorbarle el viage diciéndole que enviase otro capitan, sino que quiso ir él mismo; y así nombrando los caballeros é infantes que le pareció llevar consigo, salió del real con gran lozanía y mayor esperanza de traer preso ó hecho amigo al curaca Hirrihigua; el cual como por sus espías supiese que el teniente general y muchos castellanos iban donde él estaba, les envió un mensagero diciendo, que les suplicaba no pasasen adelante porque él estaba en lugar seguro, donde por mas y mas que trabajasen no podrian llegar á él por los muchos malos pasos de arroyos, cienegas y montes que habia en medio: por tanto les requería y suplicaba se volviesen antes que les acaeciese alguna desgracia si entrasen en alguna parte donde no pudiesen salir: y que este aviso les daba no de miedo que de ellos tuviese que le hubiesen de prender, sino en recompensa y servicio de la merced y gracia que le habian hecho en no haber hecho el mal y daño que en su tierra y vasallos pudieran haber hecho.

Este recaudo envió muchas veces el cacique Hirrihigua, que casi se alcanzaban los mensageros unos á otros; mas el teniente general cuanto ellos mas se multiplicaban, tanto mas deseaba pasar adelante, entendiendo al contrario, y persuadiéndose que era temor del curaca y no cortesía ni manera de amistad, y que porque no se le podia escapar, porfiaba tanto con los mensajes. Con estas imaginaciones se daba mas priesa á caminar sirviendo de espuelas á todos los que con él iban, hasta que llegaron á una grande y mala cienega: dificultando todos el pasar por ella, solo Vasco Porcallo hizo instancia á que entra-

sen, y por moverles con el ejemplo, porque como plático soldado que habia sido, sabia que para ser un capitan obedecido en las dificultades, no tenia mejor remedio que ir delante de sus soldados (aunque esta era temeridad) dió de las espuelas al caballo y entró apriesa en la cienega, y en pos dél entraron otros muchos, mas á pocos pasos que el teniente general dió, cayó el caballo con él, donde se hubieran de ahogar ambos, porque los de á pie por ser légamo y lodo no podian nadar para llegar apriesa á socorrerle, y por ser cieno se hundian si iban andando, y los de á caballo por lo mismo no podian llegar á favorecerle, que todos corrian un mismo peligro, sino que el de Vasco Porcallo era mucho mayor, por estar cargado de armas y envuelto en el cieno, y haberle tomado el caballo una pierna debajo, con que lo ahogaba sin dejarle valer de su persona.

Deste peligro salió Vasco Porcallo, mas por misericordia divina que por socorro humano, y como se vió lleno de lodo perdidas las esperanzas que de prender al cacique llevaba, y que el indio sin haber salido con armas al encuentro á pelear con él, solo con palabras enviadas á decir por via de amistad le hubiese vencido (corrido y avergonzado de sí propio, lleno de pesar y melancolía), mandó volver la gente, y como con el enojo desta desgracia se juntase la memoria de su mucha hacienda, y el descanso y regalo que en su casa habia dejado, y que su edad ya no era de mozo, y que la mayor parte della era ya pasada, y que los trabajos venideros de aquella conquista todos ó los mas habian de ser como los de aquel dia ó peores, y que él no tenia necesidad de tomarlos por su voluntad, pues le bastaban los que habia pasado, le pareció volverse

á su casa, y dejar aquella jornada para los mozos que á ella iban.

Con estas imaginaciones fue por todo el camino hablándolas á solas, y á veces en público, repitiendo á menudo los nombres de los dos curacas Hirribigua y Urribarracuxi, desmembrándolos por sílabas, y trocando en ellas algunas letras, para que le saliesen mas á propósito á lo que por ellas queria inferir, diciendo Hurri Harri, Hurri Higa, Burra coja, Hurri Harri, doy al diablo la tierra donde los primeros y mas continuos nombres que en ella he oido son tan viles é infames: voto á tal, que de tales príncipes no se pueden esperar buenos medios ni fines; ni de tales agüeros buenos sucesos. Trabaje quien lo ha menester para comer ó ser honrado, que á mí me sobra hacienda y honra para toda mi vida, y aun para despues della.

Con estas palabras y otras semejantes repetidas muchas veces llegó al ejército, y luego pidió licencia al gobernador para volverse á la isla de Cuba. El general se la dió con la misma liberalidad y gracia que habia recibido su ofrecimiento para la conquista, y con la licencia le dió el galeoncillo San Anton, en que se fue.

Vasco Porcallo repartió por los caballeros y soldados que le pareció sus armas y caballos y el demas aparato y servicio de casa, que como hombre tan rico y noble lo habia llevado muy bueno y aventajado. Mandó dejar para el ejército todo el bastimento y matalotage que para su persona y familia habia sacado de su casa: dió orden que un hijo suyo natural, llamado Gomez Suarez de Figueroa, habido en una india de Cuba, se quedase para ir en la jornada con el gobernador: dejóle dos caballos y armas y lo demas necesario para la conquista. El cual an-

davo despues en toda ella, como muy buen caballero y soldado hijo de tal padre, sirviendo con mucha prontitud en todas las ocasiones que se ofrecieron; y despues que los indios le mataron los caballos, anduvo siempre á pie sin querer aceptar del general ni de otro personage alguno caballo prestado ni dado, ni otro ningun regalo ni favor, aunque se viese herido y en mucha necesidad, por parecerle que todos los regalos que le hacian y ofrecian, no llegaban á recompensar los servicios y beneficios por su padre hechos en comun y particular á todo el ejército, de que el gobernador andaba congojado y deseoso de agradar y regalar á este caballero: mas su ánimo era tan extraño y esquivo, que nunca jamás quiso recibir nada de nadie.

C A P Í T U L O X I I .

La relacion que Baltasar de Gallegos envió de lo que habia descubierto.

Concluidas en brevísimo tiempo las cosas que hemos dicho, se embarcó Vasco Porcallo, y llevó consigo todos los españoles, y indios, y negros que para su servicio habia traído, dejando nota en todo el ejército, no de cobardía, porque no cabia en su ánimo, sino de inconstancia dél, como en la isla de Cuba cuando se ofreció para la conquista la habia dejado de ambicion demasiada, por desamparar su casa, hacienda y regalo por cosas nuevas, sin necesidad de ellas. En casos graves siempre las determinaciones no consultadas con la prudencia y consejo de los amigos suelen causar arrebatados y aun desesperados arrepentimientos con mal y daño, y mucha infamia del que así las ejecuta: que si este caballero mirára antes de salir de su casa lo que miró des-

pues para volverse á ella , no fuera notado de lo que fue, ni inquietára su persona para menoscabo y pérdida de su reputacion y gasto de su hacienda, pudiendo haberla empleado en la misma jornada con mas prudencia y mejor consejo, para mas loa y honra suya. ¿Mas quién domará una bestia fiera? ¿ni aconsejará á los libres y poderosos confiados de sí mismos, y persuadidos que conforme á los bienes de fortuna tiene los de el ánimo, y que la misma ventaja que hacen á los demas hombres en la hacienda que ellos no ganaron, esa mesma les hacen en la discrecion y sabiduría que no aprendieron? Por lo cual, ni pide consejo ni lo quieren recibir, ni pueden ver á los que son para dárselo.

El dia siguiente á la partida de Vasco Porcallo llegaron al ejército los cuatro caballeros que Baltasar de Gallegos envió con la relacion de lo que habia visto y oido de las tierras que habian andado. Los cuales la dieron muy cumplida, y de mucho contento para los españoles, porque todas las cosas dijeron en favor de su pretension y conquista; salvo una que dijeron, que adelante del pueblo de Urribarracuxi habia una grandísima cienega y muy mala de pasar. Todos se alegraron con las buenas nuevas, y á lo de la cienega respondieron, que Dios habia dado al hombre ingenio y maña para allanar y pasar por las dificultades que se le ofreciesen.

Con esta relacion mandó el gobernador echar bando que se apercibiesen para caminar pasados los tres dias siguientes. Ordenó que Gonzalo Silvestre con otros veinte de á caballo volviese á dar aviso á Baltasar de Gallegos como al cuarto dia saldria el ejército en su seguimiento.

Habiendo de salir el gobernador del pueblo de Hirrihigua, era necesario dejar presidio y gente de

guarnicion que defendiese y guardase las armas, bastimentos y municiones que el ejército tenia; porque de todo esto habia llevado mucha cantidad, y tambien que la carabela y los dos bergantines que estaban en la bahía no quedasen desamparados. Para lo cual nombró al capitan Pedro Calderon que quedase por caudillo de mar y tierra, y tuviese á su cargo lo que en ambas partes quedaba, para cuya defensa y guarda dejó cuarenta lanzas y ochenta infantes (sin los marineros de los tres navíos) con órden que estuviesen quedos sin mudarse á otra parte hasta que les enviasen á mandar otra cosa, y que con los indios de la comarca procurasen tener siempre paz y en ninguna manera guerra, aunque fuese sufriendoles mucho desden; y particularmente regalasen y hiciesen toda buena amistad á Mucozo.

Dejada esta órden, la cual el capitan Pedro Calderon guardó como buen capitan y soldado, salió el gobernador de la bahía del Espiritu Santo y pueblo de Hirrihigua, y caminó hácia el de Mucozo, al cual llegó á dar vista la mañana del dia tercero de su camino. Mucozo que sabia su venida salió á recibirle con muchas lágrimas y sentimiento de su partida, y le suplicó se quedase aquel dia en su pueblo. El gobernador que deseaba no molestarle con tanta gente, le dijo, que le convenia pasar adelante porque llevaba las jornadas contadas, que se quedase con Dios, y hubiese por encomendados al capitan y soldados que en el pueblo de Hirrihigua quedaban: rindióle de nuevo las gracias de lo que por él y su ejército y Juan Orotiz habia hecho: abrazóle con mucha ternura y señales de grande amor, que lo merecia la bondad de este famoso indio; el cual con muchas lágrimas, aunque procuraba retenerlas, besó las manos al gobernador, y entre otras

palabras que para significar la pena de su ausencia le habló, dijo: que no sabia decir cuál habia sido mayor, ó el contento de haberle conocido y recibido por señor, ó el dolor de verle partir sin poder seguir á su señoría, que le suplicaba por última merced se acordase dél. Despedido del general, habló á los demas capitanes y caballeros principales, y por buen término les dijo la tristeza y soledad en que le dejaban, y que el sol les encaminase y prosperase en todos sus hechos. Con esto se quedó el buen Mucozo. Y el gobernador pasó adelante en su viage hasta el pueblo de Urribarracuxi, sin que por el camino se le ofreciese cosa digna de memoria.

De la bahía de Espíritu Santo al pueblo de Urribarracuxi caminaron siempre al Nordeste, que es al Norte, torciendo un poco hácia donde sale el sol. En este rumbo y en todos los demas que en esta historia se dijeren, es de advertir que no se tomen precisamente para culparme, si otra cosa pareciere despues cuando aquella tierra se ganáre, siendo Dios servido: que aunque hice todas las diligencias necesarias para poderlos escrebir con certidumbre, no me fue posible alcanzarla; porque como el primer intento que estos castellanos llevaban era conquistar aquella tierra, y buscar oro y plata, no atendian á otra cosa que no fuese plata y oro; por lo cual dejaron de hacer otras cosas que les importaban mas que el demarcar la tierra. Y esto basta para mi descargo de no haber escrito con la certinidad que he deseado y era necesario.

CAPÍTULO XIII.

Pasan mal dos veces la cienega grande, y el gobernador sale á buscarle paso y lo halla.

Llegado que fue el gobernador al pueblo de Urribarracuxi, donde el capitán Baltasar de Gallegos le esperaba, envió mensajeros al cacique que estaba retirado en los montes, ofreciéndole su amistad, mas ninguna diligencia fue parte para que saliese de paz; lo cual visto por el gobernador dejó al indio, y entendió en enviar corredores por tres partes que fuesen á descubrir paso á la cienega que estaba tres leguas del pueblo, la cual era grande y muy dificultosa de pasar, por ser de una legua en ancho y tener mucho cieno (de donde toman el nombre de cienega) y muy hondo á las orillas. Los dos tercios á una parte y otra de la cienega eran de cieno; y la otra tercia parte en medio de agua tan honda, que no se podia vadear; mas con todas estas dificultades le hallaron paso los descubridores; los cuales al fin de ocho dias que habian salido, volvieron con la nueva de haberlo hallado y muy bueno: con esta relacion salió el gobernador y toda su gente del pueblo, y en dos dias llegaron al paso de la cienega, y la pasaron con facilidad porque el paso era bueno, mas por ser ella tan ancha tardaron en pasarla todo un dia. A media legua, pasada la cienega, se alojaron en un buen llano; y el dia siguiente habiendo salido los mismos descubridores para ver por donde habian de caminar, volvieron diciendo que en ninguna manera podian pasar adelante por las muchas cienegas que habia de los arroyos que salian de la cienega mayor y anegaban los campos, lo cual era causa que se pasase bien la cienega por el paso que hemos dicho; porque como encima del paso se der-

ramase mucha agua saliendo de la madre vieja, facilitaba que pasasen bien la cienega mayor, y dificultaba que no pudiesen andar los campos. Por lo cual quiso el gobernador ser el descubridor del camino, porque en los trances y pasos dificultosos, si él mismo no les descubria, no se satisfacía de otro. Con esta determinacion volvió á pasar la cienega destotra parte; y eligiendo cien caballos y cien infantes que fuesen con él, dejó el resto del ejército donde se estaba con el maese de campo, y caminó tres dias la cienega arriba por un lado della, enviando á trechos descubridores que viesen si se hallaba algun paso.

En todos los tres dias nunca faltaron indios que saliendo del monte que habia por la orilla de la cienega, sobresaltaban los españoles tirándoles flechas, y se acogian al monte; mas algunos quedaban burlados, muertos y presos: los presos por librarse de la importunidad y pesadumbre que les daban los españoles, preguntándoles por el camino y paso de la cienega se ofrecian á guiarlos, y como eran enemigos los guiaban y metian en pasos dificultosos y en partes donde habia indios emboscados que salian á flechar á los cristianos. A estos tales, que fueron cuatro, luego que les sentian la malicia, les echaban los perros y los mataban. Por lo cual un indio de los presos temiendo la muerte se ofreció á guiarlos fielmente, y sacándolos de los malos pasos por donde iban, los puso en un camino limpio, llano y ancho apartado de la cienega; y habiendo caminado por él cuatro leguas, volvieron sobre la cienega, donde hallaron un paso que á la entrada y salida estaba limpio de cieno, y el agua se vadeaba á los pechos una legua de largo, salvo en medio de la canal que por su mucha hondura, por espacio de

cien pasos no se podía vadear, donde los indios tenían hecha una mala puente de dos grandes árboles caídos en el agua, y lo que ellos no alcanzaban estaba añadido con maderos largos atados unos con otros, y atravesados otros palos menores en forma de barandillas. Por este mismo paso diez años antes pasó Pánfilo de Narvaez con su ejército desdichado.

El gobernador Hernando de Soto con mucho contento de haberlo hallado, mandó á dos soldados naturales de la isla de Cuba, mestizos, que así nos llaman en todas las Indias Occidentales á los que somos hijos de español y de india, ó de indio y española, y llaman mulatos, como en España á los hijos de negro y de india, ó de indio y de negra. Los negros llaman criollos á los hijos de español y española, y á los hijos de negro y negra que nacen en Indias, por dar á entender que son nacidos allá, y no de los que van de acá de España. Y este vocablo criollo han introducido los españoles ya en su language para significar lo mismo que los negros. Llaman asimismo cuarteron ó cuatrato al que tiene cuarta parte de indio, como es el hijo de español y de mestiza, ó de mestizo y de española. Llaman negro llanamente al guineo, y español al que lo es. Todos estos nombres hay en Indias para nombrar las naciones intrusas no naturales della.

Como decíamos, el gobernador mandó á los dos isleños que habian por nombre Pedro Moron y Diego de Oliva, grandísimos nadadores, que llevando sendas hachas, cortasen unas ramas que se atravesaban por la puente, y hiciesen todo lo que les pareciese convenir á la comodidad de los que habian de pasar por ella. Los dos soldados con toda presteza pusieron por obra lo que se les mandó, y en la mayor furia y diligencia della vieron salir en ca-

noas indios ; que entre las muchas eneas y juncos que hay en las riberas de aquella cienega estaban escondidos, venian con gran furia á tirarles flechas. Los mestizos se echaron de la puente abajo de cabeza, y á zabullidas salieron adonde los suyos estaban heridos ligeramente, que por haber sido debajo del agua, no penetraron mucho las flechas. Con este sobresalto que los indios dieron, sin hacer otro daño, se retiraron del paso y se fueron donde no los vieron mas. Los españoles aderezaron la puente sin recibir mas molestia, y tres tiros de arcabuz encima de aquel paso hallaron otro muy bueno para los caballos.

El gobernador hallando los pasos que deseaba para pasar la cienega, le pareció dar luego aviso de ellos á Luis de Moscoso, su maese de campo, para que con el ejército caminase en pos dél, y tambien para que luego que tuviese la nueva, le enviase socorro de bizcocho y queso; porque la gente que consigo tenia padecia necesidad de comida, que pensando no alejarse tanto habian sacado poco bastimento: para lo cual llamó á Gonzalo Silvestre, y en presencia de todos le dijo. A vos os cupo en suerte el mejor caballo de todo nuestro ejército, y fue para mayor trabajo vuestro, porque hemos de encomendar los lances mas dificultosos que se nos ofrezcan; por tanto prestad paciencia, y advertid que á nuestra vida y conquista conviene que volvais esta noche al real, y digais á Luis de Moscoso lo que habeis visto, y como hemos hallado paso á la cienega, que camine luego con toda la gente en nuestro seguimiento: y á vos luego que llegueis os despache con dos cargas de bizcocho y queso, con que nos entretengamos hasta hallar comida, que padecemos necesidad della, y para que volvais mas

seguro que vais, os mande dar treinta lanzas que os aseguren el camino: que yo os esperaré en este mismo lugar hasta mañana en la noche que habeis de ser aquí de vuelta, y aunque el camino os parezca largo y dificultoso y el tiempo breve, yo sé á quien encomiendo el hecho; y porque no vais solo, tomad el compañero que mejor os pareciere; y sea luego, que os conviene amanecer en el real, porque no os maten los indios si os coge el dia antes de pasar la cienega.

Gonzalo Silvestre sin responder palabra alguna se partió del gobernador y subió en su caballo, y de camino como iba encontró con un Juan Lopez Cacho, natural de Sevilla, page del gobernador, que tenia un buen caballo, y le dijo: el general manda que vos y yo vamos con un recaudo suyo á amanecer al real: por tanto seguidme luego, que ya yo voy caminando. Juan Lopez respondió diciendo, por vida vuestra que lleveis otro, que yo estoy cansado y no puedo ir allá. Replicó Gonzalo Silvestre, el gobernador me mandó que escogiese un compañero: yo elijo vuestra persona; si quisiéredes venir, venid enhorabuena, y sino quedaos en ella misma; que porque vamos ambos no se disminuye el peligro, ni porque yo vaya solo se aumenta el trabajo. Diciendo esto dió de las espuelas al caballo y siguió su camino. Juan Lopez, mal que le pesó, subió en el suyo, y fue en pos dél. Salieron de donde quedaba el gobernador á hora que el sol se ponía, ambos mozos que apenas pasaban de los veinte años.

Lo que pasaron los dos españoles en su viage hasta que llegaron al real.

Estos dos esforzados y animosos españoles, no solamente no huyeron el trabajo aunque lo vieron tan excesivo ni temieron el peligro aunque era tan eminente, antes con toda facilidad y prontitud como hemos visto, se ofrecieron á lo uno y á lo otro; y así caminaron las primeras cuatro ó cinco leguas sin pesadumbre alguna por ser el camino limpio, sin monte, cienegas, ni arroyos, y por todas ellas no sintieron indios. Mas luego que las pasaron dieron en las dificultades y malos pasos, que al ir habian llevado con atolladeros, montes y arroyos que salian de la cienega mayor y volvian á entrar en ella; y no podian huir estos malos pasos, porque como no habia camino abierto, ni ellos sabian la tierra, érales forzoso para no perderse, volver siguiendo el mismo rastro que los tres dias pasados al ir habian hecho: caminaban solamente al tino de lo que reconocian haber visto y notado la ida.

El peligro que estos dos compañeros llevaban de ser muertos por los indios era tan cierto, que ninguna diligencia que ellos pudieran hacer bastára á salvarlos dél si Dios no los socorriera por su misericordia mediante el instinto natural de los caballos, los cuales como si tuvieran entendimiento, dieron en rastrear el camino que al ir habian llevado, y como podencos ó perdigueros hincaban los hocicos en tierra para rastrear y seguir el camino, y aunque á los principios, no entendiendo sus dueños la intencion de los caballos les tiraban de las riendas, no querian alzar las cabezas buscando el rastro; y para lo hallar cuando lo habian perdido daban unos grandes

soplos y bufidos de que á sus dueños les pesaba temiendo ser por ellos sentidos de los indios. El de Gonzalo Silvestre era el mas cierto en el rastro y en hallarlo cuando lo perdian : mas no hay que espantarnos de esta bondad, ni de otras muchas que este caballo tuvo, porque de señales y color naturalmente era señalado para en paz y en guerra ser bueno en extremo ; porque era castaño oscuro, peceño, calzado el pie izquierdo y lista en la frente que bebia con ella : señales que en todas las colores de caballos, ó sean rocines, ó hacas, prometen mas bondad y lealtad que otras ningunas; y el color castaño, principalmente peceño, es sobre todos los colores bueno para veras y burlas, para lodos y polvos. El de Juan Lopez Cacho era bayo tostado, que llaman zorruno, de cabos negros, bueno por extremo, mas no igualaba á la bondad del castaño, el cual guiaba á su amo y al compañero. Y Gonzalo Silvestre habiendo reconocido la intencion y bondad de su caballo cuando bajaba la cabeza para rastrear y buscar el camino lo dejaba á todo su gusto sin contradecirle en cosa alguna porque así les iba mejor. Con estas dificultades y otras que se pueden imaginar mejor que escrebir caminaron sin camino toda la noche estos dos bravos españoles, muertos de hambre, que los dos dias pasados no habian comido sino cañas de maiz que los indios tenian sembrado, é iban alcanzados de sueño, y fatigados de trabajo, y los caballos lo mismo, que tres dias habia que no se habian desensillado, y á duras penas quitádoles los frenos para que comiesen algo : mas ver la muerte al ojo sino vencian estos trabajos les daba esfuerzo para pasar adelante. A una mano y á otra de como iban dejaban grandes cuadrillas de indios, que á la lumbre del mucho fuego que tenian se parecia como bailaban, saltaban

*

y cantaban, comiendo y bebiendo con mucha fiesta y regocijo y gran plática y vocería que entre ellos habia que en toda la noche cesaron: si era celebrando alguna fiesta de su gentilidad ó platicando de la gente nuevamente venida á su tierra no se sabe: mas la grito y algazara que los indios tenian, regocijándose era salud y vida de los dos españoles que por entre ellos pasaban; porque con el mucho estruendo y regocijo, no sentian el pasar de los caballos, ni echaban de ver el mucho ladrar de sus perros, que sintiéndolos pasar se mataban á alaridos; lo cual todo fue providencia divina, que si no fuera por este ruido de los indios y el rastrear de los caballos imposible era que por aquellas dificultades caminaran una legua, cuanto mas doce, sin que los sintieran y matáran.

Habiendo caminado mas de diez leguas con el trabajo que hemos visto dijo Juan Lopez al compañero, ó me dejad dormir un rato, ó me matad á lanzadas en este camino, que yo no puedo pasar adelante, ni tenerme en el caballo que voy perdidísimo de sueño. Gonzalo Silvestre que ya otras dos veces le habia negado la misma demanda, vencido de su importunidad le dijo: apeaos y dormid lo que quisieredes, pues á trueque de no resistir una hora mas el sueño quereis que nos maten los indios. El paso de la cienega, segun lo que hemos andado, ya no puede estar lejos, y fuera razon que la pasáramos antes que amaneciera, porque si el dia nos toma desta parte es imposible que escapemos de la muerte.

Juan Lopez Cacho, sin aguardar mas razones, se dejó caer en el suelo como un muerto, y el compañero le tomó la lanza y el caballo de rienda. Aquella hora sobrevino una grande oscuridad y con ella tanta agua del

cielo que parecia un diluvio ; mas por mucha que caia sobre Juan Lopez no le quitaba el sueño , porque la fuerza que esta pasion tiene sobre los cuerpos humanos es grandísima , y como alimento tan necesario no se le puede excusar.

El cesar el agua y quitarse el nublado y parecer el dia claro todo fue en un punto , tanto que se quejaba Gonzalo Silvestre no haber visto amanecer ; mas pudo ser que se hubiese dormido sobre el caballo tambien como el compañero en el suelo : que yo conocí un caballero (entre otros) que caminando iba tres y cuatro leguas dormido sin despertar , y no aprovechaba que le hablasen , y se vió algunas veces en peligro de ser por ello arrastrado de su cabalgadura. Luego que Gonzalo Silvestre vió el dia tan claro á mucha priesa llamó á Juan Lopez , y porque no le bastaban las voces roncadas , bajas y sordas que le daba , se valió del cuento de la lanza y lo recordó á buenos recatonazos , diciéndole : mirad lo que nos ha causado vuestro sueño , veis el dia claro que temíamos , que nos ha cogido donde no podemos escapar de no ser muertos á manos de los enemigos.

Juan Lopez subió en su caballo , y á toda diligencia caminaron mas que de paso , corriendo á media rienda , que los caballos eran tan buenos que sufrían el trabajo pasado y el presente. Con la luz del dia no pudieron los dos caballeros dejar de ser vistos por los indios , y en un momento se levantó un alarido y vocería apercibiéndose los de la una y otra banda de la cienega con tanto zumbido y estruendo , y retumbar de caracoles , vocinas y tamborinos y otros instrumentos rústicos , que parecia quererlos matar con la grito sola.

En el mismo punto parecieron tantas canoas en

el agua que salian de entre la enea y juncos, que á imitacion de las fábulas poéticas, decian estos españoles, que no parecia sino que las hojas de los árboles caidas en el agua se convertian en canoas. Los indios acudieron con tanta diligencia y presteza al paso de la cienega, que cuando los cristianos llegaron á él ya por la parte alta los estaban esperando.

Los dos compañeros aunque vieron el peligro tan eminente que al cabo de tanto trabajo pasado en tierra les esperaba en el agua, considerando que lo habia mayor y mas cierto en el temer que en el osar, se arrojaron á ella con gran esfuerzo y osadía, sin atender á mas que á darse priesa en pasar aquella legua, que como hemos dicho, la tenia de ancho esta mala cienega. Fue Dios servido que como los caballos iban cubiertos de agua y los caballeros bien armados, salieron todos libres sin heridas, que no se tuvo á pequeño milagro, segun la infinidad de flechas que les habian tirado: que uno de ellos contando despues la merced que el Señor particularmente en este paso les habia hecho de que no les hubiesen muerto ó herido decia, que salido ya fuera del agua habia vuelto el rostro á ver lo que en ella quedaba, y que la vió tan cubierta de flechas como una calle suele estar de juncia en dia de alguna gran solemnidad de fiesta.

En lo poco que de estos dos españoles hemos dicho y en otras cosas semejantes que adelante veremos se podrá notar el valor de la nacion española, que pasando tantos y tan grandes trabajos, y otros mayores que por su descuido no se han escrito, ganasen el Nuevo Mundo para su príncipe. Dichosa ganancia para los indios y españoles, pues estos ganaron riquezas temporales y aquellos las espirituales.

Los españoles que en el ejército estaban oyendo

la grito y vocería de los indios tan estraña, sospechando lo que fue, y apellidándose unos á otros, salieron á toda priesa al socorro del paso de la cienega mas de treinta caballeros.

Delante de todos ellos un gran trecho venia Nuño Tovar corriendo á toda furia encima de un hermosísimo caballo rucio rodado con tanta ferocidad y braveza del caballo, y con tan buen denuedo y semblante del caballero, que con sola la gallardía y gentileza de su persona, que era lindo hombre de la gineteta, pudo asegurar en tanto peligro los dos compañeros.

Que este buen caballero aunque desfavorecido de su capitan general no dejaba de mostrar en todas ocasiones las fuerzas de su persona y el esfuerzo de su ánimo haciendo siempre el deber por cumplir con la obligacion y deuda que á su propia nobleza debia; que nunca el desden con toda su fuerza pudo rendirle á que hiciese otra cosa, que la generosidad del ánimo no consiente vileza en los que de veras la poseen. A que los príncipes y poderosos que son tiranos cuando con razon ó sin ella se dán por ofendidos suelen pocas veces ó ninguna corresponder con la reconciliacion y perdon que los tales merecen; antes parece que se ofenden mas y mas de que porfien en su virtud: por lo qual el que en tal se viera de mi parecer y mal consejo vaya á pedir por amor de Dios para comer cuando lo tenga de suyo antes que porfiar en servicio dellos; porque por milagros que en él hagan no bastarán á reducirlo en su gracia.

CAPÍTULO XV.

Salen treinta lanzas con el socorro del bizcocho en pos del gobernador.

Los indios aunque vieron fuera del agua los dos españoles no dejaron de seguirlos por tierra, tirándoles muchas flechas con gran corage que cobraron de que hubiesen caminado tantas leguas sin que los suyos los sintiesen; mas luego que vieron á Nuño Tovar y á los demas caballeros que venian al socorro, los dejaron y se volvieron al monte y á la cienega por no ser ofendidos de los caballos, que no se sufría burlar con ellos en campo raso.

Los dos compañeros fueron recibidos de los suyos con gran placer y regocijo, y mucho mas cuando vieron que no iban heridos. El maese de campo Luis de Mocosó sabida la órden del general apercibió los treinta caballeros que volviesen luego con Gonzalo Silvestre, el cual apenas tuvo lugar de almorzar dos bocados de unas mazorcas cocidas de maiz á medio granar y un poco de queso que le dieron, porque no habia otra cosa, que todo el real padecia hambre. Llevaron dos acémilas cargadas de bizcocho y queso, socorro para tanta gente harto flaco, si Dios no lo proveyera por otra parte como adelante verémos. Con este recaudo se partió Gonzalo Silvestre con los treinta compañeros, no habiendo pasado una hora de tiempo que habia llegado al real. Juan Lopez se quedó en él diciendo: á mí no me mandó el general volver ni venir.

Los treinta de á caballo pasaron la cienega sin contradicion de los indios, aunque del ejército llevaban gente que les ayudára en el paso, mas no fue menester. Caminaron todo el dia sin ver enemigo; y por buena priesa que se dieron no pudieron llegar al sitio donde el gobernador les dijo les esperaria hasta

que fue dos horas de noche; hallaron que el general habia pasado la cienega é ídose adelante, de que ellos se afligieron mucho por verse treinta hombres solos en medio de tantos enemigos como temian que habia sobre ellos. Por no saber donde era ido el gobernador no pasaron en pos dél. Acordaron quedarse en el mismo alojamiento que él tuvo la noche antes, con órden que entre sí dieron que los diez rondasen á caballo el primer tercio de la noche, y los otros diez estuviesen velando con los caballos ensillados y enfrenados teniéndolos de rienda para acudir con presteza donde fuese menester pelear, y los otros diez tuviesen los caballos ensillados y sin frenos y los dejasen comer, para que desta manera trabajando unos y descansando otros por su rueda pudiesen llevar el trabajo noturno: así pasaron toda la noche sin sentir enemigos.

Luego que fue de dia, viendo el rastro que el gobernador dejaba hecho en la cienega, la pasaron con buena dicha de que los indios no la tuviesen ocupada para les defender el paso: que les fuera de mucho trabajo haberlo de ganar peleando en el agua hasta los pechos, sin poder acometer, ni huir, ni tener armas de tiro con que detener á lejos los enemigos, y ellos por el contrario tener grandísima agilidad para entrar y salir con sus canoas en los nuestros, y tirarles las flechas de lejos ó cerca. Y cierto en este paso y en otros semejantes que la historia dirá, es de considerar cual fuese la causa que unos mismos indios en unos propios sitios y ocasiones peleasen unos dias con tanta ansia y deseo de matar los castellanos, y otros dias no se les diese nada por ellos. Yo no puedo dar otra razon, sino que para pelear ó no pelear debian de guardar algunas abusiones de su gentilidad, como lo hacian algunas na-

ciones en tiempo del grande Julio Cesar ; ó que por verlos ir de paso y no parar en sus tierras los dejaban. Como quiera que fuese los treinta caballeros lo tuvieron á buena suerte , y siguieron el rastro del gobernador, y habiendo caminado seis leguas , le hallaron alojado en unos hermosísimos valles de grandes maizales tan fértiles que cada caña tenia á tres y cuatro mazorcas , de las cuales cogian de encima de los caballos para entretener la hambre que llevaban: comíanselas crudas dando gracias á Dios nuestro Señor que los hubiese socorrido con tanta hartura , que á los menesterosos cualquiera se les hace mucha.

El gobernador los recibió muy bien , y con palabras magníficas y grandes alabanzas encareció la buena diligencia que Gonzalo Silvestre habia hecho, y el mucho peligro é incomportable trabajo que habia pasado. Dijo á lo último que humanamente no podia haberse hecho mas : ofreció para adelante la gratificacion de tanto mérito : por otra parte le pedia perdon de no haberle esperado como quedó de esperarle; decia disculpándose que habia pasado adelante, lo uno porque no se podia sufrir la hambre en que los dejó, y lo otro porque no tuvo por muy cierta su vuelta por el mucho peligro en que iba , y que habia temido le hubiesen muerto los indios.

Esta provincia tan fértil donde los treinta caballeros hallaron al gobernador se llamaba Acuera , y el señor della habia el mesmo nombre. El cual sabiendo la ida de los castellanos á su tierra se fue al monte con toda su gente. De la provincia de Uribaracuxi á la de Acuera habrá veinte leguas poco mas ó menos Norte Sur.

El maese de campo Luis de Moscoso, recibida la órden del general, luego aquel mesmo dia puso por obra la partida del ejército. Pasaron la cienega con

facilidad por no haber contradiccion de enemigos; siguieron su camino, y en otros tres dias llegaron al otro paso de la mesma cienega, y por ser aquel vado mas ancho y llevar mas agua que el otro, tardaron tres dias en pasarlo, en los cuales, ni en las doce leguas que caminaron por la ribera de la cienega, no vieron indio alguno, que no fue poca merced que ellos les hicieron, porque siendo los pasos de suyo tan dificultosos, por poco que les contradijeran les aumentáran mucho trabajo.

El gobernador mientras Luis de Moscoso pasaba la cienega, porque su gente padecia hambre, le envió mucha zara ó maiz con que se hartaron y llegaron donde el gobernador estaba.

CAPÍTULO XVI.

Descomedia respuesta del señor de la provincia Acuera.

Habiéndose juntado todo el ejército en Acuera entretanto que la gente y los caballos se reformaban de la hambre que los dias atrás habian pasado, que no fue poca. El gobernador con su acostumbrada clemencia envió al cacique Acuera indios que prendieron de los suyos con recaudos diciendo: le rogaban saliese de paz y holgase tener los españoles por amigos y hermanos, que era gente belicosa y valiente. Los cuales, sino aceptaba la amistad dellos, podrian hacerle mucho mal y daño en sus tierras y vasallos. Asímesmo supiese y tuviese por cierto que no traían ánimo de hacer agravio á nadie, como no lo habian hecho en las provincias que atrás dejaban, si no mucha amistad á los que habian querido recibirla. Y que el principal intento que llevaban era reducir por paz y amistad todas las provincias y nacio-

nes de aquel gran reino á la obediencia y servicio del poderosísimo emperador y rey de Castilla su señor, cuyos criados ellos eran, y que el gobernador deseaba verle y hablarle para decirle estas cosas mas largamente, y darle cuenta de la órden que su rey y señor le habia dado para tratar y comunicar con los señores de aquella tierra.

El cacique respondió descomedidamente diciendo: que ya por otros castellanos que años antes habian ido á aquella tierra, tenia larga noticia de quien ellos eran, y sabia muy bien su vida y costumbres, que era tener por oficio andar vagamundos de tierra en tierra viviendo de robar, y saquear, y matar á los que no les habian hecho ofensa alguna, que con gente tal, en ninguna manera queria amistad ni paz, sino guerra mortal y perpétua, que puesto caso que ellos fuesen tan valientes como se jactaban no les habia temor alguno porque sus vasallos y él no se tenian por menos valientes: para prueba de lo cual les prometia mantenerles guerra todo el tiempo que en su provincia quisiesen parar no descubierta ni en batalla campal, aunque podia dársela, sino con asechanzas y emboscadas tomándolos descuidados; por tanto les apercebia y requería se guardasen y recatasen dél y de los suyos, á los cuales tenia mandado le llevasen cada semana dos cabezas de cristianos, y no mas, que con ellas se contentaba: porque degollando cada ocho dias dos dellos pensaba acabarlos todos en pocos años, pues aunque poblasen y hiciesen asiento, no podia perpetuarse, porque no traían mugeres para tener hijos y pasar adelante con su generacion. Y á lo que decian de dar la obediencia al rey de España respondia: que él era el rey en su tierra, y que no tenia necesidad de hacerse vasallo de otro quien tantos tenia co-

mo él. Que por muy viles y apocados tenia á los que se metian debajo de yugo ageno pudiendo vivir libres. Que él y todos los suyos protestaban morir cien muertes por sustentar su libertad y la de su tierra, que aqueíla respuesta daban entonces y para siempre. A lo del vasallage, y á lo que decian que eran criados de el emperador y rey de Castilla, y que andaban conquistando nuevas tierras para su imperio, respondia: que lo fuesen muy enhorabuena, que ahora los tenia en menos, pues confesaban ser criados de otro, y que trabajaban y ganaban reinos para que otros los señoreasen y gozasen del fruto de sus trabajos: que ya que en semejante empresa pasaban hambre y cansancio y los demas afanes, y aventuraban á perder sus vidas, les fuera mejor, mas honroso y provechoso ganar y adquirir para sí y para sus descendientes, que no para los agenos: y que pues eran tan viles, que estando tan lejos, no perdian el nombre de criados, no esperasen amistad en tiempo alguno, que no podria emplearla tan vilmente ni queria saber el órden de su rey, que él sabia lo que habia de hacer en su tierra y de la manera que los habia de tratar; por tanto que se fuesen lo mas presto que pudiesen sino querian morir todos á sus manos.

El gobernador, oida la respuesta del indio, se admiró de ver que con tanta soberbia y altivez de ánimo acertase un bárbaro á decir cosas semejantes. Por lo cual de allí adelante procuró con mas instancia atraerle á su amistad enviándole muchos recaudos de palabras amerosas y comedidas. Mas el curaca á todos los indios que á él iban decia que ya con el primero habia respondido que no pensaba dar otra respuesta, ni la dió jamás.

En esta provincia estuvo el ejército veinte dias

reformándose del trabajo y hambre del camino pasado aperciendo cosas necesarias para pasar adelante. El gobernador procuraba en estos dias haber noticia y relacion de la provincia. Envió corredores por toda ella que con cuidado y diligencia viesen y notasen las buenas partes de ella, los cuales trujeron buenas nuevas.

Los indios en aquellos veinte dias no se durmieron ni descuidaron, antes por cumplir con los fieros y amenazas que su curaca habia hecho á los castellanos, y porque ellos viesen que no habian sido vanas, andaban tan solícitos y astutos en sus asechanzas, que ningun español se desmandaba cien pasos del real que no lo flechasen y degollasen luego; y por priesa que los suyos se daban á los socorrer, los hallaban sin cabezas, que se las llevaban los indios para presentarlas al cacique como él les tenia mandado.

Los cristianos enterraban los cuerpos muertos donde los hallaban. Los indios volvian la noche siguiente y los desenterraban y hacian tasajos, y los colgaban por los árboles donde los españoles pudiesen verlos. Con las cuales cosas cumplian bien lo que su cacique les habia mandado, que cada semana le llevasen dos cabezas de cristianos, que en dos dias de dos en dos le llevaron cuatro, y catorce en toda la temporada que los españoles estuvieron en su tierra, sin los que hirieron que fueron muchos mas. Salian á hacer estos saltos tan á su salvo, y tan cerca de las guaridas, que eran los montes, que muy libremente se volvian á ellos dejando hecho al daño que podian sin perder lance que se les ofreciese. De donde vinieron á verificar los castellanos las palabras que los indios que hallaron por todo el camino de la cienega mayor les decian á grandes voces: pasad ade-

ante ladrones, traidores, que en Acuera, y mas allá en Apalache, os tratarán como vosotros mereceis, que á todos os pondrán hechos cuartos y tasajos por los caminos en los árboles mayores.

Los españoles por mucho que lo procuraron en toda la temporada no mataron cincuenta indios, porque andaban muy recatados y vigilantes en sus asechanzas.

CAPÍTULO XVII.

Llega el gobernador á la provincia Ocali, y lo que en ella le sucedió.

Pasados los veinte dias salió el gobernador de la provincia Acuera sin hacer daño alguno en los pueblos ni sementeras, porque no los notasen de crueles é inhumanos. Fueron en demanda de otra provincia llamada Ocali: de la una á la otra hay cerca de veinte leguas. Llevaron su viage al Norte, torcido algun tanto al Nordeste. Pasaron un despoblado que hay entre ambas provincias de diez ó doce leguas de traviesa, en el cual habia mucha arboleda de nogales, pinos y otros árboles no conocidos en España. Todos parecian puestos á mano: habia tanto espacio de unos á otros, que seguramente podian correr caballos por entre ellos: era un monte muy claro y apacible.

En esta provincia no se hallaban ya tantas ciene-gas y malos pasos de atolladeros como en las pasadas, porque por estar mas alejada de la costa no alcanzaban los esteros y bahías, que en las otras entraban de la mar, que por ser por este parage la tierra tan baja y llana entra la mar por ella, por una parte treinta leguas, por otras cuarenta, y cincuenta y sesenta, y por algunas mas de ciento, haciendo grandes cienegas y tremedales, que dificultan y aun im-

posibilitan el pasar por ellas; que algunas hallaban estos castellanos tan malas, que poniendo el pie en ellas temblaba la tierra veinte y treinta pasos á la redonda, y por cima parecia que podian correr caballos segun tenian la haz enjuta, sin sospecha que hubiese agua ó cieno debajo; y rompida aquella tez, se hundian y ahogaban los caballos sin remedio y tambien los hombres; y para descabezar los tales pasos, se veian en mucho trabajo: hallaron asimismo ser esta provincia de Ocali mas abundante de mantenimientos que las otras que hemos dicho, así por haber en ella mas gente que cultivase la tierra como por ser ella de suyo mas fértil, y lo propio se notó en todas las provincias que estos españoles anduvieron por este gran reino, que cuanto la tierra era mas adentro y alejada de la mar, tanto mas poblada y habitada era de gente, y ella en sí mas fértil y frutífera.

En las cuatro provincias que quedan referidas, y en las demas que adelante dirémos, y generalmente en toda la tierra de la Florida que estos españoles descubrieron pasaron mucha necesidad de vianda de carne, que por todo lo que anduvieron no la hallaron, ni los indios la tienen de doméstico ganado. Venados y gamos hay muchos por toda aquella tierra, que los indios matan con sus arcos y flechas; los gamos son tan grandes que son poco menores que los ciervos de España, y los ciervos son como grandes toros. Tambien hay osos grandísimos y leones pardos como atrás dijimos.

Pasadas las doce leguas de despoblado caminaron otras siete de tierra poblada de pocas casas, deramadas por los campos sin órden de pueblo. En todas las siete leguas habia esta manera de poblazon. Al cabo de ellas estaba el pueblo principal llamado Ocali, como la misma provincia y el cacique de ella;

el cual con todos los suyos llevándose lo que tenían en sus casas se fueron al monte.

Los españoles entraron en el pueblo, que era de seiscientas casas, y en ellas se alojaron, donde hallaron mucha comida de maiz, y otras semillas y legumbres, y diversas frutas, como ciruelas, nueces, pasas, bellota. El gobernador envió luego indios al curaca principal, convidándole con la paz y amistad de los castellanos. El indio se escusó por entonces con palabras comedidas, diciendo que no podia salir tan presto. Pasados seis dias salió de paz, aunque sospechosa; porque todo el tiempo que estuvo con los españoles nunca anduvo á derechas. El gobernador y los suyos habiéndole recebido con muchas caricias, disimulaban lo malo que en él sentian, porque no se escandalizase mas de lo que con sus malos propósitos lo estaba de suyo como luego veremos.

Cerca del pueblo habia gran rio de mucha agua, que aun entonces con ser verano no se podia vadear; tenia las barrancas de una parte y otra de dos picas en alto tan cortadas como paredes. En toda la Florida por la poca ó casi ninguna piedra que la tierra tiene cavan mucho los rios, y tienen barrancas muy hondas. Descríbese este rio mas particularmente que otro alguno, porque adelante se ha de hacer mencion de un hecho notable que en él hicieron treinta españoles.

Para pasar este rio era menester hacer una puente de madera, y habiendo tratado el gobernador con el curaca la mandase hacer á sus indios, salieron un dia á ver el sitio donde podria hacerse. Andando ellos trazando la puente, salieron mas de quinientos indios flecheros de entre unas matas que habia de la otra parte del rio, y diciendo á grandes voces: puente quereis ladrones, holgazanes, advenedizos, no la

vereis hecha de nuestras manos: echaron una rociada de flechas hácia do estaban el cacique y el gobernador, el cual le preguntó ¿cómo permitia aquella desvergüenza habiéndose dado por amigo? Respondió que no era en su mano remediarla, porque muchos de sus vasallos por haberle visto inclinado á la amistad y servicio de los españoles le habian negado la obediencia y perdido el respeto como al presente lo mostraban, de que él no tenia culpa.

A la grito que los indios levantaron al tirar de las flechas, arremetió un lebrel que un page del gobernador llevaba asido por el collar, y arrastrando al page lo derribó por tierra, y se hizo soltar, y se arrojó al agua, y por muchas voces que los españoles le dieron no quiso volver atrás. Los indios yendo nadando el perro lo flecharon tan diestramente, que en la cabeza y en los hombros que llevaba descubiertos le clavaron mas de cincuenta flechas: con todas ellas llegó el perro á tomar tierra, mas en saliendo del agua cayó luego muerto, de que al gobernador y á todos los suyos pesó mucho, porque era pieza rarísima y muy necesaria para la conquista, en la cual en lo poco que duró habia hecho en los indios enemigos de noche y de dia suertes de no poca admiracion, de las cuales contarémos sola una, que por ella se verá que tal fue.

CAPÍTULO XVIII.

De otros sucesos que acaecieron en la provincia Ocali.

En los seis dias que el cacique Ocali estuvo retirado en los montes antes que saliese de paz, tenia el gobernador cuidado de enviarle cada dia tres y cuatro mensajeros con recaudos de amistad, para que

el indio viese que no se olvidaban dél, los cuales volvian con la respuesta que el curaca les daba. Con un mensagero de estos vinieron cuatro indios mozos, gentiles hombres, con muchas plumas sobre la cabeza, que son la mayor gala que ellos traen. Los cuales no venian á otra cosa mas de á ver el ejército de los españoles, y á notar qué gente era la nuevamente venida, qué disposiciones en sus personas, qué manera de vestido, qué armas, qué animales eran los caballos con los cuales tanto los habian asombrado: en suma ellos venian á certificarse ó á desengañarse de las bravezas que de los españoles habian oido contar.

El gobernador habiéndolos recibido con afabilidad, porque supo que eran hombres nobles y curiosos que solo venian á ver su ejército, habiéndoles dado algunas dádivas de las cosas de España por atraerlos á su amistad, y con ellos al cacique, mandó que los llevasen á otra parte de su alojamiento y les diesen de merendar.

Los indios estando comiendo en toda quietud, cuando mas descuidados sintieron los castellanos, se levantaron todos cuatro juntos y á todo correr fueron al monte tan ligeros, que dejaron á los cristianos bien desconfiados de alcanzarlos á pie; pues no los siguieron ni á caballo, porque no los tenían á mano.

El lebel que acertó á hallarse cerca, oyendo la grita que daban á los indios, y viéndolos huir los siguió; y como si tuviera entendimiento humano pasó por el primero que alcanzó, y tambien por el segundo y tercero hasta llegar al cuarto que iba delante; y echándole mano de un hombro lo derribó y lo tuvo caido en el suelo; entre tanto llegó el indio que iba mas cerca, y como el perro vió que pa-

saba delante, soltó al que tenia y asió al que se le iba, y habiéndole derribado aguijó tras el tercero que ya habia pasado delante, y haciendo de él lo mismo que de los dos primeros, fue al cuarto que se le iba, y dando con él en tierra, volvió sobre los otros y anduvo entre ellos con tanta destreza y maña, soltando al que derribaba, y prendiendo y derribando al que se levantaba, y amedrentándoles con grandes ladridos al tiempo del echarles mano, que los embarazó y detuvo hasta que llegó el socorro de los españoles que prendieron los cuatro indios y los volvieron al real; y apartados cada uno de por sí les preguntaron la causa de haberse huído tan sin ocasion, temiendo no fuesen contraseña de algun trato doble que tuviesen armado. Respondieron todos cuatro concordando en uno, que no lo habian hecho por otra cosa sino por vana imaginacion que les habia dado de parecerles que sería gran hazaña y prueba de mucha gallardía y ligereza si de aquella suerte se fuesen de enmedio de los castellanos. De el cual hecho hazañoso pensaban gloriarse despues entre los indios por haber sido al parecer de ellos victoria grande, la cual les habia quitado de las manos el lebrel bruto, que así llamaban al perro.

En este lugar Juan Coles habiendo contado algunos pasos de los que hemos dicho, cuenta otra hazaña particular del lebrel bruto, y dice: que en otro rio antes de Ocali, estando indios y españoles á la ribera dél hablando en buena paz, un indio temerario, como lo son muchos dellos, dió con el arco á un castellano un gran palo sin propósito alguno y se arrojó al agua y en pos dél todos los suyos; y que el lebrel que estaba cerca viendo el hecho se arrojó tras ellos, y aunque alcanzó otros indios, dice que no asió de alguno dellos hasta que llegó al que habia dado el pa-

lo, y echándole mano lo hizo pedazos en el agua.

Destas ofensas y de otras que Bruto les habia hecho guardando el ejército de noche, que no entraba indio enemigo que luego no lo degollase, se vengaron los indios con matarle como se ha dicho, que por tenerle conocido por estas nuevas le tiraban de tan buena gana, mostrando en el tirarle la destreza que tenian en sus arcos y flechas.

Cosas de grande admiracion han hecho los lebreres en las conquistas del Nuevo Mundo, como fue Becerrillo en la isla de San Juan de Puerto Rico, que de las ganancias que los españoles hacian daban al perro, ó por él á su dueño, que era un arcabucero, parte y media de arcabucero; y á un hijo de este lebrer llamado Leoncillo, le cupo de una partija quinientos pesos en oro, de las ganancias que del famoso Vasco Nuñez de Balboa hizo despues de haber descubierto la mar del Sur.

CAPÍTULO XIX.

Hacen los españoles una puente, y pasan el rio de Ocali y llegan á Ochile.

Viendo el gobernador el poco respeto y menos obediencia que los indios tenian á su cacique Ocali, y que para el hacer de la puente ni para otro efecto alguno le aprovechaba poco ó nada el tenerlo consigo, acordó darle libertad para que se fuese á los suyos, porque los demas señores de la comarca no se escandalizasen, entendiendo que lo detenian contra su voluntad; y así le llamó un dia y le dijo: que siempre le habia tenido en libertad y tratádole como amigo, y que no queria que por su amistad perdiese con sus vasallos, ni que ellos pensando que lo tenian preso se amotinassen mas de lo que estaban. Por tanto le

rogaba se fuese á ellos cuando quisiese, y volviese cuando le pluguiese, ó no volviese, como mas gusto le diese, que para todo le daba libertad.

El curaca la tomó alegremente diciendo: que solo por reducir sus vasallos á la obediencia del gobernador queria volver á ellos para que todos viniesen á servirle, y cuando no pudiese atraerlos, volveria solo por mostrar el amor que al servicio de su señoría tenia. Con esta promesa hizo otras muchas, mas ninguna cumplió, ni volvió como habia prometido: que de los prisioneros que debajo de sus palabras salen de la prision pocos han hecho lo que Atilio Régulo.

Habiéndose ido el cacique, los españoles por industria de un ingeniero ginovés, llamado maese Francisco, trazaron la puente por geometría y la hicieron de grandes tablazonas echadas sobre el agua, asidas con gruesas maromas (que para semejantes necesidades llevaban prevenidas) trababan y encadenaban las tablas con largos y gruesos palos que cruzaban por cima dellas: que como habia tanta madera en aquella tierra á pedir de boca, gastaban la que querian; con lo cual en pocos dias se acabó la obra de la puente, y salió tan buena, que hombres y caballos pasaron por ella muy á placer.

El gobernador antes que pasasen el rio mandó á los suyos que puestos en emboscadas prendiesen los indios que pudiesen para llevar quien los guisase; porque esos pocos que habian venido á servir á los castellanos se huyeron con la ida del cacique. Prendieron treinta indios entre chicos y grandes, los cuales con halagos, dádivas y promesas, y por otra parte con grandes amenazas de cruel muerte sino hacian el deber, les hicieron que los guiasen en demanda de otra provincia que está de la de Ocali

diez y seis leguas. Las cuales aunque estaban despo-
bladas, eran de tierra apacible, llena de mucha ar-
boleda, y arroyos que por ella corrian, muy llana y
fértil si se cultivase.

Las ocho leguas primeras anduvo el ejército en
dos dias; y el dia tercero habiendo caminado la media
jornada se adelantó el gobernador con cien caballos
y cien infantes, y caminando el resto del dia y toda
la noche siguiente, dió al amanecer en un pueblo lla-
mado Ochile, que era el primero de una gran provin-
cia que habia por nombre Vitachuco. Esta provincia
era muy grande; tenia por donde los españoles pasa-
ron mas de cincuenta leguas de camino; teníanla re-
partida entre sí tres hermanos; el mayor dellos se
llamaba Vitachuco como la misma provincia, y el
pueblo principal della que adelante verémos. El
cual señoreaba la mitad della, como de diez partes
las cinco. Y el segundo, cuyo nombre por haberse
ido de la memoria no se pone aquí, poseía de las
otras cinco las tres. Y el menor, que era señor deste
pueblo Ochile y del mismo nombre, tenia las dos par-
tes. Por qué causa ó cómo hubiese sido este reparti-
miento no se supo; porque en las demas provincias que
estos castellanos anduvieron, las heredaban los primo-
génitos, como se heredan los mayorazgos sin dar
parte á los segundos. Pudo ser que estas partes se
hubiesen juntado por casamiento que se hubiesen he-
cho con aditamento que se volviesen á dividir en
los hijos, ó que parientes que hubiesen muerto sin
herederos forzosos las hubiesen dejado á los padres
de estos tres hermanos con la misma condicion que
se dividiesen en los sucesores porque hubiese memo-
ria de ellos; que el deseo de la inmortalidad conser-
vada en la fama, por ser natural al hombre, lo hay
en todas las naciones por bárbaras que sean.

Pues como decíamos, el adelantado llegó al amanecer al pueblo Ochile, que era de cincuenta casas grandes y fuertes; porque era frontera y defensa contra la provincia vecina que atrás quedaba, que era enemiga, que en aquel reino casi todas lo son unas de otras. Dió de sobresalto en el pueblo, mandó tocar los instrumentos musicales de la guerra, que son trompetas, pífanos y atambores, para con el ruido de ellos causar mayor asombro; prendieron muchos indios que con la novedad del estruendo salían pavoridos de sus casas á ver qué era aquello que nunca habían oído. Acometieron la casa del curaca que era hermosísima; toda ella era una sala de mas de ciento y veinte pasos de largo y cuarenta de ancho. Tenía cuatro puertas á los cuatro vientos principales. Al derredor de la gran sala, pegados á ella, había por de fuera muchos aposentos, los cuales se mandaban por de dentro de la sala como oficinas de ella.

En esta casa estaba el cacique con mucha gente de guerra, que la tenía de ordinario siempre consigo como hombre enemistado, y con el rebato acudió mucha mas gente del pueblo. El curaca mandó tocar al arma y quiso salir á pelear con los castellanos: mas por prisa que él y sus indios se habían dado á tomar las armas para salir de la casa, ya los cristianos les tenían ganadas las cuatro puertas, y defendiéndoles la salida les amenazaban que si no se rendían los quemarían vivos. Por otra parte les ofrecían paz y amistad y todo buen tratamiento. Mas el curaca ni por los fieros ni por los halagos quiso rendirse, hasta que salido el sol le trujeron muchos de los suyos que habían preso, los cuales le certificaron que los españoles eran muchos, que no podrían prevalecer contra ellos por las armas, sino que fiase de ellos y

de su amistad porque á ninguno de los presos habian tratado mal: que se conformase con la necesidad presente pues no tenia otro remedio.

Por las persuasiones se rindió el cacique: el gobernador lo recibió afablemente, mandó que los españoles tratasen con mucha amistad á los indios, y reteniendo consigo al curaca, hizo soltar libremente todos los demas indios, de que el señor y los vasallos quedaron muy contentos.

Alcanzada esta victoria, viendo el general que de la otra parte del pueblo, en un hermosísimo valle habia gran poblacion de casas derramadas de cuatro en cuatro, y de cinco en cinco, y de mas y de menos, donde habia mucho número de indios, le pareció no era seguro esperar la noche siguiente en aquel pueblo, porque los indios juntándose y viendo los pocos castellanos que eran, no se atreviesen á quitarles el curaca y hiciesen algun levantamiento con todos los señores de la comarca; por lo cual salió del pueblo, y fue donde estaban los suyos: llevó consigo el curaca, y halló alojada su gente tres leguas del pueblo; estaban congojados de su ausencia, mas con su venida y la buena presa se regocijaron mucho. Con el cacique fueron sus criados y otros muchos indios de guerra, que de su voluntad quisieron ir con él.

CAPÍTULO XX.

Viene de paz el hermano del curaca Ochile, y envian embojadores á Vitachuco.

El dia siguiente entró el ejército en Ochile en forma de guerra puestos en escuadron los de á pie y los de á caballo tocando las trompetas, pífanos y atambores, porque viesen los indios que no era gen-

te con quien ellos podian burlarse. Alojado el ejército, trató el gobernador con el curaca Ochile enviase mensageros á sus dos hermanos con recaudos de paz y amistad, porque siendo los mensajes suyos los recibirian mejor y darian mas crédito á sus palabras. El cacique los envió á cada uno de los dos hermanos de por sí con las mejores palabras y razones que supo formar, diciéndoles: como aquellos españoles habian venido á sus tierras, y que traian deseo y ánimo de tener á todos los indios por amigos y hermanos, y que iban de paso á otras provincias y no hacian daño por do pasaban, principalmente á los que les salian á recibir de paz, que se contentaban no mas de con la comida necesaria, y que si no salian á servir les hacian estrago; en los pueblos quemaban en lugar de leña la madera de las casas por no ir por ella al monte; derramaban con desperdicio los bastimentos que hallaban, tomando á discrecion mas de lo que habian menester, y hacian otras cosas como en tierra de enemigos. Lo cual todo se escusaba con admitirles la paz que ellos ofrecian, y con mostrárseles amigos siquiera por su propio interés.

El hermano segundo que estaba mas cerca, cuyo nombre no sabemos, respondió luego dando gracias al hermano por el aviso que le enviaba, diciendo holgaba mucho con la venida de los castellanos á su tierra, que deseaba verlos y conocerlos, y que no iba luego con los mensageros, porque quedaba aderezando las cosas necesarias para mejor servirles, y para recibirles con la mayor fiesta y solemnidad que les fuese posible: que dentro de tres ó cuatro dias iria á besar las manos al gobernador, y á darle la obediencia: entre tanto rogaba á su hermano aceptase y confirmase la paz y amistad con los españoles, que él desde luego los tenia por señores y amigos.

Pasados los tres días vino el hermano de Ochile acompañado de mucha gente noble muy lucida, besó las manos del gobernador, habló con mucha familiaridad á los demas capitanes, ministros y caballeros particulares del ejército, preguntando quién era cada uno dellos; habíase tan desenvueltamente como si hubiera criádose entre ellos: fueron muy acariciados de los españoles el cacique y todos sus caballeros, porque el general y sus ministros con mucha atencion y cuidado regalaban á los curacas é indios que salian de paz, y á los que eran rebeldes tampoco se les hacia agravio ni daño en sus pueblos y heredades, sino era el que no se podia escusar tomando lo necesario para comer.

El tercero hermano, que era el mayor en edad y mas poderoso en estado, no quiso responder al recaudo que su hermano Ochile le envió, antes detuvo los mensageros que no los dejó volver; por lo cual los dos hermanos con persuasion é instancia que el gobernador les hizo, enviaron de nuevo otros mensageros con el mismo recaudo, añadiendo palabras muy honrosas en loor de los españoles, diciendo: que no dejase de recibir la paz y amistad que aquellos cristianos le ofrecian; porque le hacian saber que no era gente con quien se podia presumir de ganar por guerra, que por sus personas eran valentisimos, que se llamaban invencibles, y por su linage, calidad y naturaleza eran hijos del sol y de la luna sus dioses, y como tales habian venido de allá de donde sale el sol, y que traian unos animales que llamaban caballos, tan ligeros, bravos y fuertes, que ni con la huida se podian escapar de ellos, ni con las armas y fuerzas les podian resistir.

Por lo cual como hermanos, deseosos de su vida y salud, le suplicaban no rehusase de aceptar lo que

tan bien le estaba ; porque hacer otra cosa, no era sino buscar mal y daño para sí y para sus vasallos y tierras.

Vitachuco respondió estrañísimamente con una bravosidad nunca jamás oída ni imaginada en indio: que cierto si los fieros tan desatinados que hizo , y las palabras tan soberbias que dijo se pudieran escribir como los mensageros las refirieron , ningunas de los mas bravos caballeros que el divino Ariosto , y el ilustrísimo y muy enamorado conde Mateo María Boyardo su antecesor , y otros claros poetas introducen en sus obras , igualáran con las de este indio ; de las cuales por el largo tiempo que ha pasado en medio se han olvidado muchas , y tambien se ha perdido el órden que en su proceder traian. Mas diránse con verdad las que se acordaren , que en testimonio cierto y verdadero son suyas las que en el capítulo siguiente se escriben : las cuales envió á decir á sus dos hermanos respondiendo á la embajada que le hicieron.

CAPÍTULO XXI.

De la soberbia y desatinada respuesta de Vitachuco , y como sus hermanos van á persuadirle á la paz.

Bien parece que sois mozos y que os falta juicio y esperiencia para decir lo que acerca de esos españoles decís , loaislos mucho de hombres virtuosos, que á nadie hacen mal ni daño , y que son muy valientes y hijos del sol, y que merecen cualquiera servicio que se les haga. La prision en que os habeis metido , y el ánimo vil y cobarde que en ella habeis cobrado en el breve tiempo que há os rendísteis á servir y ser esclavos , os hace hablar como á mugeres , loando lo que debiérades vituperar y aborrecer.

¿No miráis que esos cristianos no pueden ser mejores que los pasados que tantas crueldades hicieron en esta tierra, pues son de una misma nacion y ley? No advertís en sus traiciones y alevosías. Si vosotros fuérades hombres de buen juicio, viérades que su misma vida y obras muestran ser hijos del diablo, y no del sol y luna, nuestros dioses; pues andan de tierra en tierra matando, robando y saqueando cuanto hallan, tomando mugeres y hijas agenas, sin traer de las suyas; y para poblar y hacer asiento no se contentan de tierra alguna de cuantas ven y huellan, porque tienen por deleite andar vagamundos, manteniéndose del trabajo y sudor ageno. Si como decís fueran virtuosos, no salieran de sus tierras, que en ellas pudieran usar de su virtud, sembrando, plantando y criando para sustentar la vida, sin perjuicio ageno é infamia propia; pues andan hechos salteadores, adúlteros, homicidas, sin vergüenza de los hombres, ni temor de algun Dios.

Decidles que no entren en mi tierra, que yo les prometo por valientes que sean si ponen los pies en ella, que no han de salir, porque los he de consumir y acabar todos, y los medios han de morir asados, y los medios cocidos.

Esta fue la primera respuesta de Vitachuco que los mensajeros trujeron, en pos de la cual envió otros muchos recaudos, que cada dia venian dos y tres indios tocando siempre una trompeta, y decian nuevas amenazas y otros fieros mayores que los pasados. Vitachuco presumia asombrarlos con diferentes maneras de muertes que habia de dar á los castellanos, imaginadas en su ánimo feroz. Unas veces enviaba á decir que cuando fuesen á su provincia habia de hacer que la tierra se abriese y los tragase á todos. Otras veces que habia de mandar que por do ca-

minasen los españoles se juntasen los cerros que hubiese y los cogiesen en medio, y los enterrasen vivos. Otras que pasando los españoles por un monte de pinos y otros árboles muy altos y gruesos que habia en el camino, mandaria que corriesen tan recios y furiosos vientos, que derribasen los árboles, y los echasen sobre ellos y los ahogasen todos. Otras veces decia que habia de mandar pasase por cima de ellos gran multitud de aves con ponzoña en los picos, y la dejasen caer sobre los españoles, para que con ella se pudriesen y corrompiesen sin remedio alguno. Otras que les habia de atosigar las aguas, yerbas, árboles y campos, y aun el aire; de tal manera, que ni hombre ni caballo de los cristianos pudiese escapar con la vida, porque en ellos escarmentasen los que adelante tuviesen atrevimiento de ir á su tierra contra su voluntad.

Estos desatinos y otros semejantes envió á decir Vitachuco á sus hermanos, y á los españoles juntamente, con los cuales mostraba la ferocidad de su ánimo; y aunque por entonces los castellanos rieron y burlaron de sus palabras, por parecerles disparates y boberías como lo eran, despues por lo que este indio hizo, como verémos adelante, entendieron que no habian sido palabras, sino ardentísimos deseos de un corazon tan bravo y soberbio como el suyo, y que no habian nacido de bobería ni de simpleza, sino de sobra de temeridad y ferocidad.

Con estos recaudos y otros tales que cada día enviaba de nuevo á los españoles, los entretuvo este curaca ocho dias que ellos tardaron en caminar por los estados de los dos hermanos, los cuales con todas sus fuerzas y buen ánimo servian y regalaban á los castellanos, dándoles á entender que deseaban agradarles: por otra parte con toda instan-

cia y solicitud , trabajaban por atraer al hermano mayor á la obediencia y servicio del general ; y viendo que los mensajes y persuasiones que le enviaban á decir aprovechaban poco ó nada , acordaron ser ellos mismos los mensajeros ; y dando cuenta de esta determinacion al gobernador , le pidieron licencia para la poner por obra ; el cual la dió con muchas dádivas y ofrecimientos de amistad que llevasen á Vitachuco.

Con la presencia de los hermanos , y con lo mucho que ellos de parte del gobernador y suya le dijeron , y con saber que los españoles estaban ya dentro de su tierra , y que podrian si quisiesen hacerle daño , le pareció á Vitachuco deponer el mal ánimo y odio que á los castellanos tenia , guardándolo para mejor tiempo y ocasion ; la cual pensaba hallar en el descuido y confianza que los españoles tuviesen en su fingida amistad , y que entonces debajo de ella , con mas facilidad y menos peligro que en guerra descubierta , podria matarlos todos. Con este mal propósito trocó las palabras que hasta entonces habia dicho tan ásperas en otras de mucha suavidad y blandura , diciendo á sus hermanos , que no habia entendido que los castellanos eran gente de tan buenas partes y condicion como le decian , que ahora que está certificado dellos , holgaria mucho tener paz y amistad con ellos : mas que primero queria saber qué dias habian de estar en su tierra , qué cantidad de bastimento les habia de dar cuando se fuesen , y qué otras cosas habian menester para su camino.

Con este recaudo hicieron los dos hermanos un mensajero al gobernador , el cual respondió que no estarian mas dias de los que Vitachuco quisiese tenerlos en su tierra , ni querian mas bastimentos de los

que por bien tuviese de darles, ni habian menester otra cosa mas de su amistad, que con ella tendrian todo lo necesario.

CAPÍTULO XXII.

Vitachuco sale de paz y arma traicion á los españoles, y la comunica á los intérpretes.

Con la afable respuesta que el gobernador envió mostró Vitachuco haber recibido contento, y para mas disimular su mala intencion, daba á entender y públicamente decia, que de dia en dia le crecia el aficion y deseo de ver los españoles para servirlos, como ellos mismos verian. Mandó á los suyos, los que eran nobles, que se apercibiesen para salir á recibir al gobernador, y que en el pueblo hubiese mucho recaudo de agua, leña y comida para la gente, y yerba para los caballos; y que de los otros pueblos de su estado trujesen mucho bastimento, y lo recogiesen todo en aquel donde estaban, porque no hubiese falta de cosa alguna para el servicio y regalo de los castellanos.

Juan Coles dice en su relacion, que afirmaban los indios tener esta provincia de los tres hermanos docientas leguas de largo.

Proveidas estas cosas salió Vitachuco de su pueblo acompañado de sus dos hermanos, y de quinientos caballeros indios gentiles hombres, hermosamente aderezados, con plumages de diversas colores y sus arcos en las manos, y las flechas de las mas pulidas y galanas que ellos hacen para su mayor ornamento y gala; y habiendo caminado dos leguas, halló al gobernador alojado con su ejército en un hermoso valle: hasta allí habia caminado el general á jornadas muy cortas, porque supo que gustaria Vi-

tachuco de salir al camino á besarle las manos ; y así se las besó con ostentacion de toda paz y amistad ; suplicó al gobernador le perdonase las palabras desordenadas que con mala relacion habia hablado de los castellanos ; mas que ahora que estaba desengañado , mostraria por las obras cuánto deseaba servir á su señoría y á todos los suyos , y por ellas satisfaria lo que con las palabras les hubiese ofendido ; y para lo hacer con mejor título , dijo , que por sí y en nombre de todos sus vasallos daba á su señoría la obediencia , y le reconocia por señor.

El gobernador le recibió y abrazó con mucha fidelidad , y le dijo , que no se acordaba de las palabras pasadas , porque no las habia oido para tenerlas en la memoria , que de la amistad presente holgaba mucho , y holgaría asimismo saber su voluntad , para darle contento sin salir de su gusto.

El maese de campo y los demas capitanes de guerra ; y los ministros de la hacienda de su magestad , y en comun todos los españoles hablaron á Vitachuco con muestras de alegría de su buena venida , el cual sería de edad de treinta y cinco años , de muy buena estatura de cuerpo , como generalmente lo son todos los indios de la Florida , mostraba bien en su aspecto la bravosidad de su ánimo.

El día siguiente entraron los castellanos en forma de guerra en el pueblo principal de Vitachuco , llamado del mismo nombre , que era de docientas casas grandes y fuertes , sin otras muchas pequeñas que en contorno dellas como arrabales habia. En las unas y en las otras se aposentaron los cristianos ; y el gobernador y la gente de su guarda y servicio , y los tres hermanos curacas se alojaron en la casa de Vitachuco , que segun era grande hubo para todos.

Dos dias estuvieron juntos con mucha fiesta y

regocijo los tres caciques y los españoles; al día tercero los dos hermanos curacas pidieron licencia al gobernador y á Vitachuco, para volver á sus tierras, la cual habida con dádivas que el general les dió, se fueron en paz, muy contentos del buen tratamiento que los españoles les habian hecho.

Otros cuatro dias anduvo Vitachuco despues que sus hermanos se fueron haciendo grandes ostentaciones en el servicio de los cristianos por descuidarlos, para con mas seguridad hacer lo que contra ellos deseaba y tenia imaginado; porque su fin é intento era matarlos á todos sin que escapase alguno: y este deseo era en él tan ardiente y apasionado, que le tenia ciego para que no mirase y considerase los medios que tomaba para el efecto, ni los consultase con sus capitanes y criados, ni procurase otro consejo alguno de parientes ó amigos que desapasionadamente le dijese lo que le convenia; sino que le parecia que antes le habian de estorbar su buen hecho que ayudar en él; y que bastaba deseárselo él y trazarlo por sí solo para que todo le sucediese bien. Y el consejo que pidió y tomó, fue de quien se lo dió conforme á su gusto y deseo, sin mirar los inconvenientes, y sin juicio ni prudencia; y huyó de los que podian dárselo acertadamente: condicion es de gente confiada de sí misma, á quien sus propios hechos dan el castigo de su imprudencia, como hicieron á este cacique pobre de entendimiento y falta de razon.

No pudiendo Vitachuco sufrir mas los estímulos y fuegos de la pasion y deseo que tenia de matar los castellanos, al quinto dia de como se habian ido sus hermanos, llamó en secreto cuatro indios que el gobernador llevaba por lenguas, que como las provincias tenian diferentes lenguages era menester casi de

cada una un intérprete que de mano en mano fue-
 se declarando lo que el primero decia. Dióles cuen-
 ta de sus buenos propósitos, díjoles que tenia de-
 terminado matar los españoles, los cuales con la mu-
 cha confianza que en su amistad tenían, según le pa-
 recia, andaban ya muy descuidados y se fiaban dél
 y de sus vasallos; de los cuales dijo tenia apercebi-
 dos mas de diez mil hombres de guerra escogidos,
 y les habia dado orden que teniendo las armas es-
 condidas en un monte que estaba cerca de allí, sa-
 liesen y entrasen en el pueblo con agua, leña y yer-
 ba y las demas cosas necesarias para el servicio de
 los cristianos, para que ellos viéndolos sin armas y
 tan serviciales, se descuidasen y se fiasen del todo:
 y que pasados otros dos ó tres dias, convidaría al
 gobernador á que saliese al campo á ver sus vasallos,
 que se los queria mostrar puestos en forma de guer-
 ra para que viese el poder que tenia y el número
 de soldados con que en las conquistas que adelan-
 te hiciese le podria servir. A estas razones añadió
 otras, y dijo el gobernador, pues somos amigos sal-
 drá descuidado, y yo mandaré que vayan cerca dél
 una docena de indios fuertes y animosos, que lle-
 gando cerca de mi escuadron le arrebatén en peso,
 como quiera que salga á pie ó á caballo, y den con
 él en medio de los indios, los cuales arremeterán
 entonces con los demas españoles que estarán desa-
 percebidos y con la repentina prision de su capitan
 turbados; y así con mucha facilidad los prenderán
 y matarán. En los que prendiesen pienso ejecutar
 todas las maneras de muertes que les he enviado á
 decir por amenaza, porque veau que no fueron lo-
 curas y disparates como las juzgaron y rieron por
 tales, sino verdaderas amenazas. Dijo que á unos pen-
 saba asar vivos, y á otros cocer vivos, y á otros

*

enterrar vivos con las cabezas de fuera , y que otros habian de ser atosigados con tósigo manso , para que se viesen podridos y corrompidos. Otros habian de ser colgados por los pies de los árboles mas altos que hubiese , para que fuesen manjar de las aves: de manera que no habia de quedar género de cruel muerte que no se ejecutase en ellos: que les encargaba le dijese su parecer y le guardasen el secreto, que les prometia acabada la jornada, si quisiesen quedar en su tierra, darles cargos y oficios honrosos , y mugeres nobles y hermosas , y las demas preeminencias , honras y libertades que los mas nobles de su estado gozaban: y si quisiesen volverse á sus tierras , los enviaria bien acompañados y asegurados los caminos por do pasasen hasta ponerlos en sus casas. Mirasen que aquellos cristianos los llevaban por fuerza hechos esclavos , y que los llevarian tan lejos de su patria, que aunque despues les diesen libertad , no podrian volver á ella. Atendiesen demas del daño particular dellos , al general universal de todo aquel gran reino , que los castellanos no iban á les hacer bien alguno , sino á quitarles su antigua libertad, y hacerlos sus vasallos y tributarios, y á tomarles sus mugeres y hijas las mas hermosas, y lo mejor de sus tierras y haciendas , imponiéndoles cada dia nuevos pechos y tributos. Todo lo cual no era de sufrir sino de remediar en tiempo antes que tomasen asiento y se arraigasen entre ellos. Que les rogaba y encargaba , pues el hecho era bien comun, le ayudasen con industria y consejo , y ayudasen su pretension por justa , y su determinacion por animosa , y la traza y órden por acertada.

Los cuatro indios intérpretes le respondieron, que la empresa y hazaña era digna de su ánimo y valerosidad , y que todo lo que tenia ordenado les pa-

recia bien, y que conforme á tan buena traza, no podia dejar de salir el efecto como lo esperaban; que todo el reino le quedaba en gran cargo y obligacion, por haber amparado y defendido la vida y hacienda, honra y libertad de todos sus moradores; y que ellos harian lo que les mandaba, guardarian el secreto, suplicarian al sol y á la luna encaminasen y favoreciesen aquel hecho como él lo tenia trazado y ordenado, que ellos no podian servirle mas de con el ánimo y voluntad; que si como tenian los deseos tuvieran las fuerzas, no tuviera su señoría necesidad de mas criados que ellos para acabar aquella hazaña tan grande y famosa.

CAPÍTULO XXIII.

Vitachuco manda á sus capitanes concluyan la traicion, y pide al gobernador salga á ver su gente.

Con gran contento interior se apartaron de su consulta el soberbio Vitachuco y los cuatro indios intérpretes. Estos esperando verse presto libres y en grandes cargos y oficios, y con mugeres nobles y hermosas; y aquel imaginándose ya victorioso de la hazaña que tenia mal pensada y peor trazada. Ya le parecia verse adorar de las naciones comarcanas y de todo aquel gran reino, por los haber libertado y conservado sus vidas y haciendas: imaginaba ya oír los loores y alabanzas que los indios por hecho tan famoso con grandes aclamaciones le habian de dar. Fantaseaba los cantares que las mugeres y niños en sus corros bailando delante dél habian de cantar compuestos en loor y memoria de sus proezas, cosa muy usada entre aquellos indios.

Ensoberbecido Vitachuco mas y mas de hora en hora con estas imaginaciones y otras semejantes que

los imprudentes y locos para su mayor mal y perdicion suelen concebir, llamó á sus capitanes, y dándoles cuenta de sus vanos pensamientos y locuras, no para que las contradijesen ni para que le aconsejasen lo que le convenia, sino para que llanamente le obedeciesen y cumpliesen su voluntad, les dijo que se diesen priesa á poner en ejecucion lo que para matar á aquellos cristianos tantos dias antes les tenia mandado, y no le dilatasen la honra y gloria que por aquel hecho, mediante el esfuerzo y valentia de ellos tenia alcanzada, de la cual gloria les dijo que ya él gozaba en su imaginacion: por tanto les encargaba le sacasen de aquellos cuidados que le daban pena, y le cumpliesen las esperanzas que por tan ciertas tenia.

Los capitanes respondieron, que estaban prestos y apercebidos para le obedecer y servir como á señor que ellos tanto amaban, y dijeron que tenían aprestados los indios de guerra para el dia que los quisiese ver juntos, que no aguardaban mas de que les señalase la hora para cumplir lo que tenia ordenado. Con esta respuesta quedó Vitachuco muy contento, y despidió á los capitanes diciéndoles, avisaria con tiempo para lo que hubiesen de hacer.

Los cuatro indios intérpretes volviendo á considerar con mejor juicio lo que el cacique les habia dicho y comunicado, les pareció la empresa dificultosa, y la victoria della imposible, así por la fortaleza de los españoles que se mostraban invencibles, como por que nunca los sentian tan mal apercebidos y descuidados que pudiesen tomarlos á traicion, ni eran tan simples que se dejasen llevar y traer como Vitachuco lo tenia pensado y ordenado: por lo cual, venciendo el temor cierto y cercano á la esperanza dudosa y alejada, por que les parecia que

tambien ellos habian de morir, como participantes de la traicion, si los castellanos la sabian antes que ellos la revelasen, acordaron mudar consejo, y quebrantando la promesa del secreto que habian de guardar, dieron cuenta á Juan Orotiz de la traicion ordenada, para que él con larga relacion de todo lo que Vitachuco les habia comunicado se la diese al gobernador.

Sabida por el adelantado la maldad y alevosía del curaca, y habiéndola consultado con sus capitanes, les pareció disimular con el indio dándole á entender que ignoraban el hecho; y así mandaron á los demas españoles que andando recatados y sobre aviso mostrasen descuido en sí, porque los indios no se escandalizasen. Parecióles asimesmo que el mejor y mas justificado camino para prender á Vitachuco era el mesmo que él habia imaginado para prender al gobernador, porque cayese en sus propias redes. Para el cual efecto mandaron apercebir una docena de soldados de grandes fuerzas que fuesen con el general para que prendiesen al cacique el dia que él convidase al gobernador que saliese á ver su ejército. Con estas cosas apercebidas en secreto estuvieron los castellanos á la mira de lo que Vitachuco hacia de sí.

El cual venido el dia por él tan deseado, habiendo apercebido todo lo que para salir con su mala intencion le pareció ser bastante y necesario, llegó luego por la mañana al gobernador y con mucha humildad y veneracion le dijo: suplicaba á su señoría tuviese por bien hacer una gran merced y favor á él y á todos sus vasallos de salir al campo donde le esperaban, para que los viese puestos en escuadron en forma de batalla, para que favorecidos con su vista y presencia todos quedasen obligados

á servirle con mayor ánimo y prontitud en las ocasiones que adelante en servicio de su señoría se ofreciesen, y que gustaria que los viese de aquella manera en forma de guerra, para que conociese la gente y viese el número con que podria servirle; y tambien para que viese si los indios de aquella tierra sabian hacer un escuadron como las otras naciones de quien habia oido contar que eran diestros en el arte militar.

El gobernador con semblante de ignorancia y descuido respondió: holgaria mucho verlos como lo decia; y que para mas hermosear el campo, y para que los indios tuviesen asimismo que ver, mandaria saliesen los españoles, caballeros é infantes, puestos en sus escuadrones, para que unos con otros como amigos escaramuzasen y se holgasen ejercitándose en las burlas para las veras.

El curaca no quisiera tanta solemnidad y aparato, mas con la obstinacion y ceguera que en su ánimo tenia de que habia de salir con aquel hecho, no rehusó el partido, pareciéndole que el esfuerzo y valentía propia y la de sus vasallos bastaria á vencer y desbaratar los castellanos por mas apercebidos que fuesen.

CAPÍTULO XXIV.

Como prendieron á Vitachuco, y el rompimiento de batalla que hubo entre indios y españoles.

Habiéndose pues ordenado la gente de una parte y otra, como se ha dicho, salieron los españoles hermosamente aderezados, armados y puestos á punto de guerra en sus escuadrones, divididos los caballeros de los infantes. El gobernador por mas fin,

gir que no sabia la traicion de los indios, quiso salir á pie con el curaca.

Cerca del pueblo habia un gran llano. Tenia á un lado un monte alto y espeso que ocupaba mucha tierra: al otro lado tenia dos lagunas: la primera era pequeña que bojaba una legua en contorno; era limpia de monte y cieno, empero tan honda, que á tres ó cuatro pasos de la orilla no se hallaba pie. La segunda, que estaba mas apartada del pueblo, era muy grande: tenia de ancho mas de media legua, y de largo parecia un gran rio que no sabian donde iba á parar. Entre el monte y estas dos lagunas pusieron su escuadron los indios, quedándoles á mano derecha las lagunas, y á la izquierda el monte. Serían casi diez mil hombres de guerra, gente escogida, valientes y bien dispuestos: sobre las cabezas tenian unos grandes plumages, que son el mayor ornamento de ellos, aderezados y compuestos, de manera que suben media braza en alto: con ellos parecen los indios mas altos de lo que son.

Tenian sus arcos y flechas en el suelo, cubiertas con yerba, para dar á entender que como amigos estaban sin armas. El escuadron tenian formado en toda perfeccion militar, no cuadrado sino prolongado; las hileras derechas y algo abiertas, con dos cuernos á los lados de sobresalientes, puestos en tan buena órden, que cierto era cosa hermosa á la vista. Esperaban los indios á Vitachuco su señor, y á Hernando de Soto, que saliesen á los ver. Los cuales salieron á pie acompañados de cada doce de los suyos, ambos con un mismo ánimo y deseo el uno contra el otro. A mano derecha del gobernador iban los escuadrones de los españoles: el de la infantería arrimado al monte, y la caballería por medio del llano.

Llegados el gobernador y el cacique al puesto donde Vitachuco habia dicho daria la seña para que los indios prendiesen al general, el general la dió primero, porque su contrario, que llevaba el mismo juego, no le ganase por la mano, que por ella se habia de ganar este envite que entre los dos iba hecho. Hizo disparar un arcabuz que era seña para los suyos. Alonso de Carmona dice que la seña fue toque de trompeta, pudo ser lo uno y lo otro.

Los doce españoles que iban cerca de Vitachuco le echaron mano, y aunque los indios que entre ellos iban quisieron defenderle y se pusieron á ello, no pudieron librarlo de prision.

Hernando de Soto que secretamente iba armado y llevaba cerca de sí dos caballos de rienda, subiendo en uno de ellos que era rucio rodado, y le llamaban Aceituno, porque Mateo de Aceituno (de quien atrás dijimos habia ido á reedificar la Habana, el cual se quedó en ella por alcaide de una fortaleza que habia de fundar, que es la que hoy tiene aquella ciudad y puerto, que la fundó este caballero, aunque no en la grandeza y magestad que ahora tiene) se lo habia dado, y era un bravísimo y hermosísimo animal, digno de haber tenido tales dueños. Subiendo pues el gobernador en él, arremetió al escuadron de los indios, y por él entró primero que otro alguno de los castellanos, así porque iba mas cerca del escuadron, como porque este valiente capitán en todas las batallas y recuentros que de dia ó de noche en esta conquista y en la del Perú se le ofrecieron presumia siempre ser de los primeros; que de cuatro lanzas, las mejores que á las Indias Occidentales hayan pasado ó pasen, fue la suya una de ellas; y aunque muchas veces sus capitanes se le quejaban de que ponía su persona á de-

másiado riesgo y peligro , porque en la conservacion de su vida y salud , como de cabeza , estaba la de todo su ejército ; y aunque él viese que tenían razon no podia refrenar su ánimo belicoso , ni gustaba de las victorias , sino era el primero en ganarlas. No deben ser los caudillos tan arriscados.

Los indios que á este punto tenían ya sus armas en las manos recibieron al gobernador con el mismo ánimo y gallardía que él llevaba , y no le dejaron romper muchas filas del escuadron , porque á las primeras que llegó , de muchas flechas que le tiraron , le acertaron con ocho , y todas dieron en el caballo , que como verémos en el discurso de la historia , siempre estos indios procuraban matar primero los caballos que los caballeros , por la ventaja que con ellos les hacian. Las cuatro le clavaron por los pechos , y las otras cuatro por los codillos , dos por cada lado , con tanta destreza y ferocidad , que sin que menease pie ni mano , como si con una pieza de artillería le dieran en la frente , lo derribaron muerto.

Los españoles oyendo el tiro del arcabuz , arremetieron al escuadron de los indios siguiendo á su capitan general. Los caballos iban tan cerca de él , que pudieron socorrerle antes que los enemigos le hiciesen algun otro mal. Un paje suyo llamado fulano Viota , natural de Zamora y hijodalgo , apeándose del caballo se lo dió y ayudó á subir en él. El goberuador arremetió de nuevo á los indios , los cuales , no pudiendo resistir al ímpetu de trecientos caballos juntos , porque no tenían picas , volvieron las espaldas sin hacer mucha prueba de sus fuerzas y valentía , bien contra la opinion que poco antes su cacique y ellos de sí tenían , que les parecia imposible que tan pocos españoles venciesen á tantos y tan valientes indios como ellos presumian ser.

Rompido el escuadron huyeron los indios á las guaridas que mas cerca hallaron. Una gran banda dellos entró en el monte, donde salvaron sus vidas: otros muchos se arrojaron en la laguna grande, donde escaparon de la muerte: otros que eran de retaguarda, y tenian lejos las guaridas, fueron huyendo por el llano adelante, donde alanceados murieron mas de trecientos, y fueron presos algunos aunque pocos.

Los de la avanguardia que eran los mejores, y como tales en las batallas suelen pagar siempre por todos, fueron mas desdichados porque recibieron el primer encuentro y el mayor ímpetu de los caballos; y no pudiendo acogerse al monte ni á la laguna grande, que eran las mejores guaridas, se arrojaron en la pequeña mas de novecientos dellos. Este fue el primer lance de las bravosidades de Vitachuco: el recuento sucedió á las nueve ó diez de la mañana.

Los españoles siguieron el alcance por todas partes hasta entrar en el monte y en la laguna grande; mas viendo que toda la diligencia que hacian no les valia para prender siquiera un indio, se volvieron todos y acudieron á la laguna pequeña, donde, como dijimos, se habian echado mas de novecientos indios. A los cuales para que se rindiesen combatieron todo el dia, mas con las amenazas y asombros, que no con las armas: tirábanles con las ballestas y arcabuces para amedrentarlos, y no para matarlos; porque como á gente casi rendida que no se les podia huir no les querian hacer mal.

Los indios no cesaron todo el dia de tirar flechas á los castellanos, hasta que se les acabaron, y para poderlas tirar desde el agua, porque no podian hacer pie, se subia un indio sobre tres ó cuatro

dellos, que andaban juntos nadando y en peso, hasta que gastaba las flechas de toda su cuadrilla; de esta manera se entretuvieron todo el dia sin rendirse alguno.

Venida la noche, los españoles cercaron la laguna poniéndose á trechos de dos en dos los de á caballo, y de seis en seis los infantes, los unos cerca de los otros, porque con la escuridad de la noche no se les fuesen los indios. Así los estuvieron molestando sin dejarles poner los pies en la orilla, y cuando los sentian cerca de ella, les tiraban para que se alejasen, y cansados del nadar se rindiesen mas aína: amenazábanles por una parte con la muerte sino se rendian, y por otra les convidaban con el perdón, paz y amistad á los que quisiesen recibirla.

CAPÍTULO XXV.

Del espacioso rendirse de los indios vencidos, y de la constancia de siete de ellos.

Por mucho que los castellanos affigieron los indios que estaban en la laguna no pudieron hacer tanto que ellos no mostrasen el ánimo y esfuerzo que tenian: que aunque reconocian el trabajo y peligro en que estaban sin esperanza de ser socorridos, eligian por menos mal la muerte, que mostrar flaqueza en aquella adversidad.

Con esta pertinacia se estuvieron hasta las doce de la noche, que no hubo alguno dellos que quisiese rendirse, y habian pasado catorce horas de tiempo que estaban en el agua. De allí adelante por las muchas persuasiones de Juan Orotiz, y de los quatro indios intérpretes que con él estaban, y por las promesas y juramentos que les hacian, asegurándoles las vidas, empezaron á salir los mas flacos á dar-

se de uno en uno, y de dos en dos tan remisamente, que cuando amaneció no habia cincuenta indios rendidos. Por la persuasion destes, viendo los que quedaban en el agua que no los habian muerto ni hecho otro mal, antes como ellos decian, los trataban bien, se dieron en mayor número aunque con tanta dilacion y tan por fuerza, que muchos de cerca de la orilla se volvian á lo fondo de la laguna, mas el amor de la vida volvia á sacarlos della.

De esta manera anduvieron recelando la salida y el rendirse hasta las diez del dia: entonces se dieron juntos los que habian quedado, que serían como docientos hombres, habiendo pasado veinte y cuatro horas de tiempo que habian andado nadando en el agua. Era gran lástima verlos salir medio ahogados, hinchados de la mucha agua que habian bebido, traspasados del trabajo, hambre, y cansancio, y falta de sueño que habian padecido.

Solos siete indios quedaron en la laguna tan pertinaces y obstinados, que ni los ruegos de las lenguas intérpretes, ni las promesas del gobernador, ni el ejemplo de los que se habian rendido, fueron parte para que ellos hiciesen lo mismo; antes parecia que mostraban haber cobrado el ánimo que los demas habian perdido, y querian morir y no ser vendidos; y así esforzándose como mejor pudieron respondieron á lo que les decian, que ni querian sus promesas, ni temian sus amenazas ni la muerte.

Con esta constancia y fortaleza estuvieron hasta las tres de la tarde, y estuvieran hasta acabar la vida; sino que á aquella hora pareciéndole al gobernador inhumanidad dejar perecer hombres de tanta magnanimidad y virtud, que aun en los enemigos nos enamora, mandó á doce españoles grandes nadadores, que llevando las espadas en las bocas á imi-

tacion de Julio César en Alejandría de Egipto, y de los pocos españoles que haciendo otro tanto en el rio Albis vencieron al duque de Sajonia y á toda su liga, entrasen en la laguna y sacasen los siete valerosos indios que en ella estaban. Los nadadores entraron en el agua, y asiéndolos cual por pierna, brazo ó cabellos, los sacaron arrastrando hasta echarlos en tierra mas ahogados que vivos, que casi no sentian de sí. Quedaron tendidos en el arena tales cuales se puede imaginar estarian hombres que habia casi treinta horas que sin haber puesto los pies en tierra (á lo que pareció) ni haber recibido otro algun alivio, habian andado contrastando con el agua. Hazaña por cierto increíble, y que yo no osára escribirla si la autoridad de tantos caballeros y hombres grandes que en Indias y en España, hablando della y de otras que en este descubrimiento vieron, no me la certificáran sin la autoridad y verdad de el que me dió la relacion desta historia, que en toda cosa es digno de fé.

Y porque nombramos al rio Albis, será razon no pasar adelante sin referir un dicho muy católico que el maese de campo Alonso Vivas (hermano del buen doctor Luis Vivas) á cuyo cargo quedó la guarda de la persona del duque de Sajonia, dijo despues de aquella rota; y fue, que hablándose un dia delante de aquel grosísimo y fiero sajón de muchos milagros que las imágenes de nuestra Señora en diversas partes del mundo habian hecho, el duque (como hombre atosigado de las heregías de Martin Lutero) dijo estas palabras: en una villa de las mias habia una imagen de María, y decian que hacia milagros, yo la hice echar en el rio Albis, mas no hizo milagro alguno. El maese de campo lastimado de tan malas palabras, salió con gran presteza y dijo: ¿qué mas milagro

quereis, duque, que haberos perdido vos en ese mismo rio de la manera que os perdisteis, tan en contra de vuestras esperanzas y las de toda vuestra liga? El duque bajó el rostro hasta hincar la barba en el pecho, y no la alzó mas en todo aquel dia, ni salió de su aposento en otros tres de corrido y avergonzado de que el católico español hubiese convencido su infidelidad y su heregía, probando haber hecho aquella imágen de nuestra Señora milagro en su misma persona, y haberlo él experimentado en su propio daño. Este cuento y otros muchos de aquellos tiempos y de otros mas atrás y mas adelante me contó don Alonso de Vargas, mi tio, que se halló presente á él, y sirvió en toda aquella jornada de Alemania con oficio de sargento mayor con un tercio de españoles, llamándose Francisco de Plasencia; y despues fue capitán de caballos.

Los españoles movidos de lástima y compasion del trabajo que los siete indios pasaron en el agua, y admirados de la fortaleza y constancia de ánimo que mostraron, los llevaron á su alojamiento y los hicieron todos los beneficios posibles para revocarlos á esta vida; con los cuales y con su buen ánimo volvieron en sí en toda la noche siguiente, que segun escaparon los tristes fue menester todo este tiempo.

Venida la mañana, el gobernador mandó llamarlos, y con muestra de enojo mandó preguntarles la causa de su pertinacia y rebeldía, que viéndose cuales estaban, y sin esperanza de socorro, no quisiesen rendirse como lo habian hecho los demas sus compañeros. Los cuatro dellos eran hombres de á treinta y cinco años poco mas ó menos, respondieron hablando á veces ya el uno ya el otro, y tomando este la razon donde aquel por turbarse y no acertar á salir con ella la dejaba. Otras veces ayudaba uno de

los que callaban con la palabra que el que iba hablando no acertaba á decir: que es estilo de los indios ayudarse unos á otros en los razonamientos que tienen con personas graves, ante quien temen turbarse.

Guardando pues su estilo estos cuatro indios, respondieron al gobernador muchas y largas razones, por las cuales en suma se entendió que habian dicho lo siguiente: que bien habian visto el peligro en que estaban de perder sus vidas y la desconfianza que tenian de ser socorridos: mas que con todo eso les habia parecido y lo tenian por cosa muy cierta, que en ninguna manera cumprian en rendirse con la obligacion de los officios y cargos militares que ejercitaban; porque habiendo sido elegidos en la prosperidad por su príncipe y señor, hourados y aventajados con nombres é insignias de capitanes, porque los tuvo por hombres de fortaleza, ánimo y constancia, era justo que en la adversidad satisficieran á la obligacion de los officios, y mostráran no haber sido indignos dellos, y diéran á entender á su curaca y señor no haberse engañado en la eleccion que dellos habia hecho.

Querian asimismo, demas de haber cumplido con las obligaciones militares y con lo que á su señor debian, dejar ejemplo á sus hijos y sucesores y á todos los soldados y hombres de guerra como se hubiesen de haber en casos semejantes, principalmente á los puestos y constituidos por capitanes y superiores de otros, cuyos hechos de ánimo y fortaleza, ó de flaqueza y cobardía, eran mas notados para los honrar ó vituperar que los de la gente plebeya, soez y baja, que no tenian honra ni cargo con quien cumplir.

Por todo lo cual con haber pasado lo que su señoría habia visto en haber quedado con las vidas, no quedaban satisfechos que hubiesen hecho el deber, ni

cumplido con las obligaciones de capitán y caudillo; por tanto fuera para ellos mayor merced y honra haberlos dejado morir en la laguna que no haberles dado la vida; y así no dejando de reconocer el beneficio que les había hecho, suplicaban á su señoría mandase quitársela, porque con grandísima vergüenza y afrenta vivirían en el mundo, y jamás osarían parecer ante su señor Vitachuco, que tanto los había honrado y estimado sino morían por él.

CAPÍTULO XXVI.

De lo que el gobernador pasó con los tres indios señores de vasallos y con el curaca Vitachuco.

Habiendo respondido los cuatro indios capitanes lo que en el capítulo pasado se ha dicho, el gobernador, no sin admiración de haber oído sus razones, volvió los ojos á los otros tres que estaban callando, que eran mozos de poca edad, que ninguno dellos pasaba de los diez y ocho años, y eran hijos de señores de vasallos de la comarca y vecindad de Vitachuco, sucesores de los estados de sus padres, y por oír lo que dirían les dijo: ¿que por qué ellos no siendo capitanes ni teniendo la obligación que aquellos cuatro, habían permanecido en la misma obstinación y pertinacia? Los mozos con un ánimo ageno de prisioneros y con semblante grave como si estuvieran libres, ayudándose uno á otro en sus razones, respondieron en su lenguaje las palabras siguientes, que interpretadas en la castellana dicen así.

El principal intento que nos sacó de las casas de nuestros padres, cuyos hijos primogénitos somos, y herederos que habíamos de ser de sus estados y señoríos, no fue derechamente el deseo de tu muerte, ni la destrucción de tus capitanes y ejército, aunque

no se podía conseguir nuestra intención sin daño tuyo y de todos ellos. Tampoco nos movió el interés que en la guerra se suele dar á los que en ella militan, ni la ganancia de los sacos que en ella suele haber de los pueblos y ejércitos vencidos, ni salimos por servir á nuestros príncipes, para que agradados y obligados con nuestros servicios adelante nos hiciesen mercedes conforme á nuestros méritos. Todo esto faltó en nosotros, que nada dello habíamos menester.

Salimos de nuestras casas con deseo de hallarnos en la batalla pasada, solo por codicia y ambicion de honra y fama, por ser (como nuestros padres y maestros nos han enseñado) la que en las guerras se alcanza de mayor valor y estima que otra alguna deste mundo. Con esta nos convidaron é incitaron nuestros vecinos y comarcanos, y por ella nos pusimos al trabajo y peligro en que ayer nos viste; del cual por tu clemencia y piedad nos sacaste, y por ella misma somos hoy tus esclavos.

Pues como la ventura nos quitase la victoria, en la cual pensábamos alcanzar la gloria que pretendíamos, y la diese á tí como á quien la merecia mejor, y á nosotros al contrario nos sujetase á las desventuras y trabajos que los vencidos suelen padecer. Pareciónos que en estas mismas adversidades la podíamos ganar, sufriendolas con el propio ánimo y esfuerzo que traíamos para las prosperidades; porque como nuestros mayores nos han dicho, no merece menos el vencido constante que pospone la vida por la honra de conservar la libertad de la patria y la suya, que el vencedor victorioso que usa bien de la victoria.

De todas estas cosas y otras muchas veníamos doctrinados de nuestros padres y parientes; por lo

cual, aunque no traíamos cargos ni oficios de guerra, nos parecía que no era nuestra obligación menor que la de estos cuatro capitanes; antes mayor y mas obligatoria por habernos elegido la suerte para mayor preeminencia y estado, pues habíamos de ser señores de vasallos, á los cuales queríamos dar á entender que pretendíamos suceder en los estados de nuestros padres y antecesores, por los mismos pasos que ellos subieron á ser señores, que fueron por los de la fortaleza y constancia, y otras virtudes que tuvieron; con las cuales sustentaron sus estados y señoríos: queríamos asimismo con nuestra propia muerte consolar á nuestros padres y parientes, muriendo por hacer el deber mostrando ser sus deudos y hijos.

Estas fueron las causas (invencible capitan) de habernos hallado en esta empresa, y tambien lo han sido de la rebeldía y pertinacia que dices que hemos tenido, si así se puede llamar el deseo de la honra y fama, y el cumplimiento de nuestra obligación y deuda natural. La cual, conforme á la mayor calidad y estado, es mayor en los príncipes, señores y caballeros que en la gente comun.

Si basta esto para nuestro descargo, perdónanos hijo del sol, que nuestra obstinacion no fue por desacatarte sino por lo que has oido: y sino merecemos perdon, ves aquí nuestras gargantas, hágase de nuestras vidas lo que mas te agradáre, que tuyos somos, y al vencedor nada le es prohibido.

Muchos de los españoles circunstantes oyendo las últimas palabras, viendo mozos tan nobles y de tan poca edad puestos en tal afliccion, y que acertasen á hablar de aquella suerte, no pudieron abstenerse de no mostrar compasion y ternura hasta descubrirla por los ojos. Y el gobernador, que asimismo

mo era de ánimo piadoso, también se enterneció, y levantándose á ellos como si fueran propios hijos, los abrazó á todos tres juntos, y despues á cada uno de por sí, y entre otras palabras de mucho amor les dijo: que en la fortaleza que en la guerra habian tenido y en la discrecion que fuera della habian mostrado, daban á entender muy claramente ser quien eran, y que los tales hombres merecian ser señores de grandes estados: que se holgaba mucho de haberlos conocido y librado de la muerte, y holgaría asimesmo ponerlos presto en libertad; que se alegrasen y perdiesen la pena que por su adversidad podian tener.

Dos dias los tuvo el gobernador consigo despues desta plática, haciéndoles todo regalo y caricia, sentándolos á comer á su mesa, por atraer á sus padres á su amistad y devocion, la cual honra los mozos estimaron en mucho. Pasados los dos dias con dádivas de lienzo, paños, sedas y espejos, y otras cosas de España que les dió para sus padres y madres, los envió á sus casas acompañados de algunos indios que entre los que habia preso se hallaron suyos, y les mandó dijese á sus padres cuán buen amigo les habia sido, y que también lo sería dellos si quisiesen su amistad.

Los mozos habiendo rendido las gracias al gobernador por haberles dado la vida, y por las mercedes que de presente les hacia, se fueron muy contentos á sus tierras llevando bien que contar á ellas. A los cuatro capitanes mandó el gobernador retener en prision para reprenderlos juntamente con su cacique: y así otro dia despues de la partida de los mozos, mandó llamar á todos cinco y con graves palabras les dijo: cuán mal hecho habia sido que debajo de paz y amistad hubiesen tratado de matar los castellanos sin haber

les hecho agravio alguno, por lo cual eran dignos de muerte ejemplar que sonára por todo el mundo; mas que por mostrar á los naturales de todo aquel gran reino que no queria vengarse de sus injurias sino tener paz y amistad con todos, les perdonaba el delito pasado con que en lo porvenir fuesen buenos amigos; y que pues él de su parte mostraba que lo era, les rogaba y encargaba que sin acordarse de lo pasado, tratasen de conservar sus vidas y haciendas, y no pretendiesen hacer otra cosa; porque si la intentasen no les sucederia mejor que en lo pasado; y á parte dijo al curaca otras muchas cosas con palabras muy amorosas, por mitigarle el odio y rancor que á los cristianos tenia, y mandó que volviese á comer á su mesa, que hasta entonces por castigo lo habia alejado y mandado que comiese en otra parte.

Mas en Vitachuco, obstinado y ciego en su passion, no solamente no hicieron buen efecto las razones, caricias y regalos, y otras muchas cosas que con muestra de amor el gobernador le hizo y dijo; mas antes lo incitaron á mayor locura y desatino, porque avasallado de la furia y temeridad, estaba ya incapaz de consejo y de toda razon, ingrato y desconocido al perdon y beneficios por el gobernador hechos, y como hombre perdido gobernándose por su passion, no paró hasta ver su destruicion y muerte y la de sus vasallos como adelante veremos.

CAPÍTULO XXVII.

Donde responde á una objecion.

Antes que pase adelante en nuestra historia, será bien responder á una objecion que se nos podría poner, diciendo que en otras historias de las In-

dias Occidentales no se hallan cosas hechas ni dichas por los indios como aquí las escribimos; porque comunmente son tenidos por gente simple, sin razón ni entendimiento, y que en paz y en guerra se han poco mas que bestias, y que conforme á esto no pudieron hacer ni decir cosas dignas de memoria y encajecimiento, como algunas que hasta aquí parece que se han dicho, y adelante con el favor de el cielo diremos: y que lo hacemos, ó por presumir de componer ó por loar nuestra nacion; que aunque las regiones y tierras estén tan distantes, parece que todas son Indias.

A esto se responde primeramente, que la opinion que de los indios se tiene es incierta y en todo contraria á la que se debe tener, como lo nota, arguye y prueba muy bien el muy venerable padre José de Acosta en el primer capítulo del sexto libro de la historia natural y moral del Nuevo Orbe, donde remito al que lo quisiere ver, donde sin esto hallará cosas admirables escritas como de tan insigne maestro. Y en lo que toca al particular de nuestros indios y á la verdad de nuestra historia, como dije al principio, yo escribo de relacion agena de quien lo vió y manejó personalmente. El cual quiso ser tan fiel en su relacion, que capítulo por capítulo como se iban escribiendo los iba corrigiendo, quitando ó añadiendo lo que faltaba ó sobraba de lo que él habia dicho, que ni una palabra agena por otra de las suyas nunca las consintió; de manera que yo no puse mas de la pluma como escribiente, por lo cual con verdad podré negar que sea ficcion mia, porque toda mi vida (sacada la buena poesia) fui enemigo de ficciones, como son libros de caballerías y otras semejantes: las gracias desto debo dar al ilustre caballero Pedro Mejía, de Sevilla, porque con una re-

prension que en la heróica obra de los césares hace á los que se ocupan en leer y componer los tales libros, me quitó el amor que como muchacho les podia tener, y me hizo aborrecerlos para siempre.

Pues decir que escribo encarecidamente por loar la nacion porque soy indio, cierto es engaño; porque con mucha vergüenza mia confieso la verdad, que antes me hallo con falta de palabras necesarias para contar y poner en su punto las verdades que en la historia se me ofrecen, que con abundancia de ellas para encarecer las que no pasaron. Y esta falta causó la infelicidad del tiempo de mis niñeces, que faltaron escuelas de letras y sobraron las de las armas, así las de á pie como las de á caballo, particularmente las de la gineta; en la cual por ser la silla con que nuestra tierra se ganó, mis condiscípulos y yo nos ejercitamos dende muy muchachos, tanto que muchos dellos ó todos salieron famosos hombres de á caballo, y esto fue habiendo aprendido poco mas de los nominativos, de que ahora me doy por infelicísimo, aunque la culpa no fue nuestra ni de nuestros padres, sino de nuestra ventura que no tuvo entonces mas que darnos, por ser la tierra tan recien ganada, y por las guerras civiles que luego sucedieron de los Pizarros y Almagros, hasta las de Francisco Hernandez Giron. Con las cuales faltaron los maestros de las ciencias y sobraron los de las armas. Ya en estos tiempos, por la misericordia de Dios, es al contrario que los padres de la santa compañía de Jesus sembraron tantas escuelas de todas ciencias, que no hacen falta las universidades de España.

Volviendo á nuestro primer propósito que es de certificar en ley de cristiano que escribimos verdad en lo pasado, y con el favor de la suma verdad la escribiremos en lo porvenir, diré lo que en este paso

me pasó con el que me daba la relación ; al cual si no lo tuviera por tan hijodalgo y fidedigno como lo es, y como adelante en otros pasos dirémos de su reputación, no presumiera yo que escribia tanta verdad como la presumo y certifico por tal. Digo, pues, que llegando á la respuesta que hemos dicho , que los cuatro indios capitanes dieron al gobernador, y luego á la de los tres mozos, hijos de señores de vasallos , pareciéndome que las razones (conforme á la comun opinion que de los indios se tiene) eran mas que de los indios bárbaros , le dije: segun la reputacion universal en que los indios están, no han de creer que son suyas estas razones. Respondióme : bien sabeis que la opinion es falsa , y no hay que hacer caso della, antes será justo deshacerla con decir la verdad de lo que en ello hay : porque como vos mismo lo habeis visto y conocido , háy indios de muy buen entendimiento que en paz y en guerra en tiempos adversos y prósperos saben hablar como cualquiera otra nacion de mucha doctrina.

Lo que os he dicho respondieron los indios en substancia , sin otras muchas lindezas , que ni me acuerdo dellas , ni que me acordase las sabria decir como ellos las dijeron ; tanto , que el gobernador y los que con él estábamos , nos admiramos de sus palabras y razones , mas que no de la bazaña de haberse dejado estar nadando en el agua casi treinta horas. Y muchos españoles leídos en historias cuando los oyeron dijeron que parecia haber militado los capitanes entre los mas famosos de Roma , cuando ella imperaba el mundo con las armas , y que los mozos, señores de vasallos, parecia haber estudiado en Atenas cuando ella florecia en letras morales. Por lo cual luego que respondieron y el gobernador los hubo abrazado, no quedó capitan ni soldado de cuen-

ta que con grandísima fiesta no los abrazase aficionados de haberles oído.

Por ende escribid con todo el encarecimiento que pudiéredes lo que os he dicho, que yo os prometo que por mucho que en loor de las generosidades y escclencias de Mucozo, y del esfuerzo, constancia y discrecion de estos siete indios capitanes y señores de vasallos, os afileis y adelgaceis la pluma; y por mas y mas que en las bravosidades y terriblezas de Vitachuco y de otros principales que adelante halláremos os alargueis, no llegueis donde ellos estaban en sus grandezas y hazañas.

Por todo lo cual escribid sin escrúpulo alguno lo que os digo, créanlo ó no lo crean, que con haber dicho verdad de lo que sucedió, cumplimos con nuestra obligacion, y hacer otra cosa seria hacer agravio á las partes. Todo esto, como lo he dicho, me pasó con mi autor, y yo lo pongo aquí para que se entienda y crea, que presumimos escribir verdad, antes con falta de elegancia y retórica necesaria para poner las hazañas en su punto, que con sobra de encarecimiento, porque no lo alcanzo, y porque adelante en otras cosas tan grandes y mayores que verémos será necesario reforzar la reputacion de nuestro crédito, no diré ahora mas sino que volvamos á nuestra historia.

CAPÍTULO XXVIII.

De un desatino que Vitachuco ordenó para matar los españoles, y causó su muerte.

Los indios que salieron rendidos de la laguna pequeña, que fueron mas de novecientos, habian quedado por orden del gobernador presos y repartidos

entre los castellanos para que dellos se sirviesen como de siervos, y los tuviesen por tales en pena y castigo de la traicion que habian cometido. Lo cual se hizo solo por amedrentar y poner freno á los indios de la comarca, donde la fama del hecho pasado llegase porque no se atreviesen á hacer otro tanto; empero con propósito de soltarlos y darles libertad luego que saliesen de su provincia.

Pues como Vitachuco que estaba retirado en su casa en figura de preso supiese esto, y como el triste estuviese ciego en su pasion, y de noche y de dia no imaginase en otra cosa sino de qué manera pudiese matar los españoles, precipitado ya en su obstinacion y ceguera, le pareció que por ser aquellos novecientos indios (segun la relacion de cuatro pagecillos que le servian, y segun que era verdad) de los mas nobles, valientes y escogidos de toda su gente, bastarian ellos solos á hacer lo que todos juntos no habian podido, y que cada cual dellos podria matar un castellano, como él pensaba matar al suyo, pues poco mas ó menos eran tantos los indios como los cristianos. Persuadióse que al tiempo de acometer el hecho tendrian ventaja los indios á los cristianos porque sería cuando todos ellos estuviesen descuidados comiendo; y tambien porque no estarian recatados de hombres rendidos hechos esclavos y sin armas. Y como imaginó el desatino, así se precipitó en él sin advertir si los indios estaban aprisionados ó sueltos, si tendrian armas ó no, pareciéndole que como á él no habian de faltar armas hechas de sus fuertes brazos, así las tendrian todos ellos.

Esta determinacion tan acelerada y desatinada dió cuenta Vitachuco por sus cuatro pages á los mas principales de los novecientos indios: mandóles que para el tercero dia venidero á medio dia en punto

estuviesen apercebidos para matar cada uno de ellos al español que le hubiese cabido en suerte por señor, que á la misma hora él mataria al gobernador; y que tratasen esto con secreto pasando el mandato de unos á otros. Y que para empezar el hecho les daba por seña una voz, que cuando matase al general daria tan recia, que se oyese en todo el pueblo. Esto mandó Vitachuco el mismo dia que el gobernador le habia dado la reprehension y restituídole á su amistad y gracia, para que se vea de qué manera agradecen los ingratos y desconocidos los beneficios que les hacen.

Los pobres indios, aunque vieron el desatino que su cacique les enviaba á mandar, obedecieron, y respondieron diciendo, que con todas sus fuerzas harian lo que les mandaba ó moririan en la empresa.

Los indios del Nuevo Mundo tienen tanta veneracion, amor y respeto á sus reyes y señores, que los obedecian y adoraban, no como á hombres sino como á dioses, que como ellos lo mandasen tan fácilmente se arrojaban en el fuego como en el agua, porque no atendian á su vida ó muerte, sino al cumplimiento del precepto del señor, en el cual ponian su felicidad: y por esta religion, que por tal la tenian, obedecieron á Vitachuco tan llanamente sin replicarle palabra alguna.

Siete dias despues de la refriega y desbarate pasado, al punto que el gobernador y el cacique habian acabado de comer, que por hacerlo amigo le hacia el general todas las caricias posibles. Vitachuco se enderezó sobre la silla en que estaba sentado, y torciendo el cuerpo á una parte y á otra, con los puños cerrados estendió los brazos á un lado y á otro, y los volvió á recoger hasta poner los puños sobre los hombros, y de allí los volvió á sacudir una y dos

véces con tanto ímpetu y violencia que las canillas y coyunturas hizo crugir como si fueran cañas cascadas. Lo cual hizo por despertar y llamar las fuerzas para lo que pensaba hacer; que es cosa ordinaria y casi convertida en naturaleza hacer esto los indios de la Florida cuando quieren hacer alguna cosa de fuerzas.

Habiéndolo pues hecho Vitachuco se levantó en pie con toda la bravosidad y fiereza que se puede imaginar, y en un instante cerró con el adelantado, á cuya diestra habia estado al comer, y asiéndole con la mano izquierda por los cabezones, con la derecha á puño cerrado le dió un tan gran golpe sobre los ojos, narices y boca, que sin sentido alguno como si fuera un niño lo tendió de espaldas á él y á la silla en que estaba sentado: y para acabarlo de matar se dejó caer sobre él, dando un bramido tan recio que un cuarto de legua en contorno se pudiera oír.

Los caballeros y soldados que acertaron á ballarse á la comida del general, viéndole tan mal tratado y en tanto peligro de la vida por un hecho tan extraño y nunca imagido, echando mano á sus espadas arremetieron á Vitachuco, y á un tiempo le atravesaron diez ó doce dellas por el cuerpo, con que el indio cayó muerto blasfemando del cielo y de la tierra por no haber salido con su mal intento.

Socorrieron estos caballeros á su capitan en tan buena coyuntura y con tan buena dicha, que á no hallarse presentes para valerle, ó á tardarse algun tanto con el socorro, de manera que el indio pudiera darle otro golpe, lo acabára de matar; que el que le dió fue tan bravo que estuvo el gobernador mas de media hora sin volver en sí, y le hizo reventar la sangre por los ojos, narices, boca, encías

y labios altos y bajos como si le diera con una gran maza. Los dientes y muelas quedaron de tal manera atormentados, que se le andaban para caer, y en mas de veinte dias no pudo comer cosa que se hubiese de mascar, sino viandas de cuchara. El rostro, particularmente las narices y labios quedaron tan hinchados, que en los veinte dias hubo bien que emplastar en ellos. Tan terrible y fuerte como hemos dicho se mostró Vitachuco para haber de morir; de donde se coligió que los fieros y amenazas tan estrañas que de principio habia hecho, habian nacido desta bravosidad y fiereza de ánimo, la cual por haber sido rara, no habia admitido consigo la consideracion, prudencia y consejo que los hechos grandes requieren.

Juan Coles demas de lo que hemos dicho de la puñada, añade, que derribó con ella dos dientes al gobernador.

CAPÍTULO XXIX.

De la estraña batalla que los indios presos tuvieron con sus amos.

Oida la voz del cacique, la cual como dijimos habia dado á sus vasallos por seña de la desesperacion que causó su muerte y la de todos ellos, sucedieron en el real entre indios y españoles lances no menos crueles y espantables que dignos de risa; porque en oyendo el bramido del cacique cada indio arremetió con su amo por le matar ó herir, llevando por armas los tizones del fuego ó las demas cosas que en las manos tenian, que á falta de las que deseaban convertian en armas ofensivas cuanto hallaban por delante.

Muchos dieron á sus amos en la cara con las ollas de su comida , que segun las tenian hirviendo , algunos salieron quemados. Otros les dieron con platos, escudillas , jarros y cántaros. Otros con los bancos, sillas y mesas donde las habia , y con todo lo demas que á las manos se les ofrecia, aunque no les servia mas que de mostrar el deseo que tenian de los matar , segun que cada uno podrá imaginar que pasaria en caso semejante.

Con los tizones hicieron mas daño que con otras armas, y pudo ser que los tuviesen apercebidos para este efecto, porque los mas salieron con ellos. Un indio dió á su amo un golpe en la cabeza con un tizon y lo derribó á sus pies , y acudiéndole con otros dos ó tres le hizo saltar los sesos: muchos españoles sacaron desbaratadas las cejas y narices y estropeados los brazos á tizonazos : otros alcanzaron grandes puñadas , bofetones , pedradas ó palos , cada cual segun le cupo la suerte de tan cevil mercado como dentro en sus casas sin pensarlo ellos se les ofreció.

Un indio despues de haber maltratado á palos á su amo, y héchole los hocicos á puñadas, huyendo de otros castellanos que venian al socorro , subió por una escalera de mano á un aposento alto , llevó consigo una lanza que halló arrimada á la pared , y con ella defendió la puerta de manera que no le pudieron entrar.

A la grito acudió un caballero , deudo del gobernador, que se decia Diego de Soto , que traia una ballesta armada y desde el patio se puso á tirarle. El indio que no pretendia conservar la vida , sino venderla lo mejor que pudiese , no quiso aunque vió que el español le apuntaba con la ballesta huir el cuerpo; antes por tirar bien su lanza se puso frontero de la puerta , y la desembarazó al mismo tiempo que Die-

go de Soto soltaba su ballesta ; no le acertó el indio con la lanza, mas pasóle tan cerca del hombro izquierdo, que dándole con el asta un gran varapalo le hizo arrodillar en tierra, y hincó por ella media braza de la lanza que quedó blandiendo en el suelo. Diego de Soto acertó mejor al indio que le dió por los pechos y le mató.

Los españoles vista la desvergüenza y atrevimiento de los indios, y sabiendo cuán mal parado estaba el gobernador de la puñada, perdieron la paciencia y dieron en matarlos y vengarse dellos, principalmente los que estaban lastimados de los palos ó afrentados de las bofetadas, los cuales con mucha cólera mataban los indios que topaban por delante.

Otros españoles que no se daban por ofendidos, pareciéndoles cosa indigna de sus personas y calidad matar hombres rendidos puestos en figura y nombre de esclavos, los sacaban á la plaza y los entregaban á los alabarderos de la guarda del gobernador que en ella estaban para los justiciar, los cuales mataban con sus alabardas y partesanas. Y para que los indios intérpretes y otros que en el ejército habia de servicio llevados de las provincias que atrás habian dejado metiesen prendas y se enemistasen con los demas indios de la tierra y no osasen adelante huirse de los españoles, les mandaban que los flechasen y los ayudasen á matar, y así lo hicieron.

Un castellano llamado Francisco de Saldaña, pequeño de cuerpo y muy pulido en sí, por no matar un indio que le habia cabido en suerte cuando los dieron por esclavos, lo llevaba tras sí atado por el pescuezo á un cordel para lo entregar á los justiciadores. El indio cuando asomó á la plaza y vió lo que en ella pasaba recibió tanto coraje, que asió á su amo por detrás como venia, con la una mano por

los cabezones , y con la otra por la horcajadura, y levantándolo en alto como á un niño lo volvió cabeza abajo sin que el castellano pudiese valerse, y dió con él en el suelo tan gran golpe que lo aturdió, y luego saltó de pies sobre él con tanta ira y rabia que hubiera de reventarlo á coces y patadas.

Los españoles que lo vieron acudieron al socorro con las espadas en las manos. El indio quitando á su amo la que traía ceñida , salió á recibirlos tan feroz y bravo , que aunque ellos eran mas de cincuenta los detuvo haciendo dellos una gran rueda, trayendo la espada á dos manos con tanta velocidad de cuerpo y desesperacion del ánimo , que mostraba bien el deseo y ansia que tenía de matar alguno antes que lo matasen. Los castellanos se apartaban dél, no queriendo matarle , por no recibir daño á trueque de matar un desesperado. Así anduvo el indio cercado de todas partes acometiendo á todos sin que alguno quisiese acometerle, hasta que trujeron armas enastadas con que lo mataron.

Estos y otros muchos casos semejantes acaecieron en esta mas que cevil batalla, donde hubo cuatro españoles muertos, muchos malamente lastimados. Y fue buena dicha que los mas indios estaban en cadenas y otras prisiones, que á hallarse sueltos segun eran valientes y animosos hicieran mas daño : mas con todo eso aunque aprisionados tentaron hacer todo el que pudieron , por lo cual los mataron á todos sin dejar alguno á vida, que fue gran lástima.

Este fin tuvo la temeridad y soberbia de Vitachuco , nacida de su ánimo mas feroz que prudente , sobrado de presuncion y falta de consejo, que sin propósito alguno se causó la muerte y la de mil y treientos vasallos suyos, los mejores y mas nobles de su estado por no haberse aconsejado con al-

guno dellos, como lo hizo con los extraños, que como tales despues les fueron enemigos.

Tambien causó la muerte de los cuatro buenos capitanes que habian escapado de la pequeña laguna, que á vueltas de los demas indios los mataron á ellos; porque van á mal partido los cuerdos que están sujetos y obligados á obedecer y hacer lo que ordena y manda un loco, que es una de las mayores miserias que en esta vida se padece.

CAPÍTULO XXX.

El gobernador pasa á Osachile. Cuéntase la manera que los indios de la Florida fundan sus pueblos.

Despues de la batalla digna de risa que hemos contado, aunque sangrienta y cruel para los pobres indios, estuvo el gobernador cuatro dias en el pueblo de Vitachuco reparando el daño que él y los suyos habian recibido: al quinto dia salieron en demanda de otra provincia que está cerca de aquella llamada Osachile. Caminaron el primer dia cuatro leguas; alojáronse á la ribera de un gran rio que divide los términos destas dos provincias: para lo pasar era necesario hacer otra puente como la que se hizo en el rio de Ochile, porque no se podia vadear.

Teniendo los castellanos la tablazon hecha para echarla en el agua, acudieron los indios de la otra parte á defender la obra y el paso. Los cristianos dejando la fábrica de la puente, hicieron seis balsas grandes, en que pasaron cien hombres entre ballesteros y arcabuceros, y cincuenta caballeros armados que llevaron las sillas de los caballos en las balsas.

Cuando estos hubieron tomado tierra, el gobernador (que aunque emplastado el rostro se hallaba

presente á todo) mandó echar al rio cincuenta caballos que pasaron á nado.

Los españoles que estaban de la otra parte habiéndolos recibido y ensillado con toda diligencia salieron al llano. Los indios viendo caballos en tierra limpia de monte, desampararon el puesto y dejaron los cristianos libres para hacer su puente, la cual echaron al rio, y con la diligencia acostumbrada la acabaron en dia y medio.

El ejército pasó el rio, caminó dos leguas de tierra sin monte, y al fin de ellas halló grandes sementeras de maiz, frisol y calabaza, de la que en España llaman romana. Con las sementeras empezaba la poblazon de casas derramadas y apartadas unas de otras sin orden de pueblo, y estas iban por espacio de cuatro leguas hasta el pueblo principal llamado Osachile, el cual era de docientas casas grandes y buenas, y era asiento y corte del curaca y señor de aquella tierra, y habia el mismo nombre Osachile.

Los indios que por las dos leguas de tierra limpia y rasa no habian osado esperar á los españoles, luego que los vieron entre los sembrados revolviéron sobre ellos, y encubriéndose con los maizales, les echaron muchas flechas acometiéndolos por todas partes sin perder tiempo, lugar y ocasion do quiera que se les ofrecia para les poder hacer daño, con lo cual hirieron muchos castellanos: mas tampoco se iban los indios alabando, porque los cristianos reconociendo la desvergüenza y corage rabioso que los infieles traían por los matar ó herir en topándolos al descuberto, los alanceaban sin perdonar alguno; que muy pocos tomaron á prision. Así anduvo el juego riguroso en las cuatro leguas de los sembrados con pérdida, ya de unos, ya de otros, como siem-

*

pre suele acaecer en la guerra. Del pueblo de Vitachuco al de Osachile hay diez leguas de tierra llana y apacible.

Los españoles hallaron el pueblo de Osachile desamparado, que el curaca y sus indios se habian ido á los montes. El gobernador le envió luego mensajeros de los pocos indios que en su tierra prendieron convidándole con la paz y amistad. Mas el curaca Osachile, ni salió ni respondió á los recaudos, ni volvió indio alguno que los hubiese llevado; debió ser por el poco tiempo que los cristianos estuvieron en su pueblo, que no fueron mas de dos dias. En los cuales poniéndose los españoles en emboscadas, prendieron muchos indios para servirse dellos: despues de rendidos eran domésticos y de buen servicio, aunque con las armas en las manos se habian mostrado feroces.

Por el poco tiempo que los españoles estuvieron en esta provincia, y por ser ella pequeña aunque bien poblada de gente y abastada de comida, acaecieron pocos casos que contar mas de los que se han dicho; por lo cual será razon, porque no salgamos tan presto della, describamos el sitio, traza y manera deste pueblo Osachile, para que por él se vea el asiento y forma de los demas pueblos deste gran reino llamado la Florida; porque como toda su tierra sea casi de una misma suerte y calidad, llana y con muchos rios que corren por ella, así todos sus naturales pueblan, visten, comen y beben casi de una misma manera: y aun en su gentilidad en sus ídolos, ritos y ceremonias (que tienen pocas) y en sus armas, condicion y ferocidad, difieren poco ó nada unos de otros. De donde visto un pueblo los habrémos visto casi todos, y no será menester pintarlos en particular, si no se ofreciere alguno

tan diferente que sea forzoso hacer de por sí relacion dél.

Para lo cual es de saber que los indios de la Florida siempre procuraron poblar en alto siquiera las casas de los caciques y señores, cuando no podian todo el pueblo. Y porque toda la tierra es muy llana y pocas veces hallan sitio alto que tenga las demas comodidades útiles y necesarias para poblar, lo hacen á fuerza de sus brazos, que amontonando grandísima cantidad de tierra, la van pisando fuertemente levantándola en forma de cerro de dos y tres picas en alto, y encima hacen un llano capaz de diez ó doce, quince ó veinte casas para morada del señor y de su familia, y gente de servicio, conforme á su posibilidad y grandeza del estado: en lo llano al pie del cerro natural ó artificial, hacen una plaza cuadrada segun el tamaño del pueblo que se ha de poblar: alderredor della hacen los mas nobles y principales sus casas, y luego la demas gente comun las suyas; procuran no alejarse del cerro donde está la casa del señor, antes trabajan de cercarle con las suyas.

Para subir á la casa del curaca hacen calles derechas por el cerro arriba dos, ó tres, ó mas, como son menester, de quince ó veinte pies de ancho. Por paredes destas calles hincan gruesos maderos que van juntos unos de otros, y entran en tierra mas de un estado. Por escalones atraviesan otros maderos no menos gruesos que los que sirven de paredes y los traban unos con otros. Estos maderos que sirven de escalones, son labrados de todas cuatro partes porque la subida sea mas llana. Las gradas distan una de otra cuatro, ó seis, ó ocho pies, segun que es la disposicion y aspereza del cerro mas ó menos alto. Por ella subian y bajaban los caballos fácilmente

por que eran anchas. Todo lo demas del cerro, fuera de las escaleras, lo cortan en forma de pared, de manera que no puedan subir por él, porque desta suerte queda la casa del señor mas fortalecida. Desta forma y traza tenia Osachile su pueblo y casa, la cual desamparó por parecerle mas fuerte el monte, donde se estuvo sin querer aceptar la amistad de los españoles, ni responder á sus mensajes.

SEGUNDA PARTE

DEL LIBRO SEGUNDO.

Donde se verán las muchas y bravas peleas que en pasos dificultosos indios y españoles tuvieron en la gran provincia de Apalache: los trabajos que pasaron en descubrir la mar: los sucesos é increíbles afa- nes que á ida y vuelta padecieron los treinta caballe- ros que volvieron por Pedro Calderon: la fiereza de los de Apalache: la prision de su cacique, su extra- ña huida, y la fertilidad de aquella gran provincia. Contiene veinte y cinco capítulos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Llegan los españoles á la famosa provincia de Apa- lache, y de la resistencia de los indios.

El gobernador y sus capitanes habiendo sabido en el pueblo de Osachile que la provincia de Apalache, de quien habian oido tantos loores y gran- dezas, así de la abundancia y fertilidad de la tierra como de los hechos en armas y bravosidades de la gen- te, estaba ya cerca, con cuya ferocidad y valentia, tantas amenazas les habian hecho los indios por el camino, diciéndoles que los de Apalache los habian de asaetear, descuartizar, quemar y destruir, desean- do verla ya, é invernar en ella, si fuese tan fértil co- mo decian, no quisieron parar en Osachile mas de dos dias: al fin dellos salieron del pueblo y en otros tres caminaron sin contradiccion alguna doce leguas de despoblado que hay enmedio de las dos provin- cias, y á las doce del cuarto dia llegaron á una cie-

negra muy grande y mala de pasar porque solamente de agua, sin el monte que de una parte y otra habia, tenia media legua de ancho, y de largo era como un rio. A las orillas de la cienega fuera del agua habia un monte de mucha arboleda, gruesa y alta, con mucha maleza de zarzas y otro monte bajo, que entretejiéndose con los árboles gruesos, espesaban y cerraban de tal manera el monte, que parecia un fuerte muro: por lo cual no habia paso alguno por donde pasar el monte y la cienega, sino por una senda que los indios tenian hecha, tan angosta, que apenas podian ir por ella dos hombres juntos.

Antes de llegar al monte en un buen llano se alojó el real, y porque era temprano mandó el gobernador que cien infantes, entre ballesteros y arcabuceros y rodeleros, y treinta de á caballo con doce nadadores señalados para tentar la hondura del agua, fuesen á reconocer el paso de la cienega y advirtiesen bien las dificultades que en ella hubiese, para llevarlas prevenidas el dia siguiente.

Los españoles fueron y á pocos pasos que entraron por el callejon del monte, hallaron indios apercebidos para defenderles el paso; mas como el callejon era tan estrecho, ni los fieles ni infieles podian pelear sino los dos delanteros de cada banda. Por lo cual poniéndose dos españoles los mas bien armados en delantera con sus espadas y rodelas, y otros dos ballesteros y arcabuceros en pos de ellos, antecogieron los indios por todo lo que habia de monte hasta salir al agua. Donde como los unos y los otros se pudieron esparcir y derramar, hubo gran pelea y muchos y muy buenos tiros de una parte á otra con muertes y heridas de ambas partes.

Por la mucha resistencia que los indios hicieron en el agua, no pudieron por entonces reconocer los

cristianos cuanta fuese la hondura della; de lo cual dieron aviso al general, el cual fue en persona al socorro, llevó consigo los mejores infantes del ejército. Los enemigos asimismo por su parte acudieron muchos mas que los que antes habia en la pelea, con los cuales se reforzó y hizo mas cruel y sangrienta la batalla. Los unos y los otros andaban peleando el agua á medios muslos y á la cinta con mucha dificultad y aspereza que habia para andar por ella, por las malezas de zarzas, y matas, y árboles caidos que hallaban debajo del agua; mas con todas estas contradicciones viendo los españoles que no les convenia volver atrás sin haber reconocido el paso, hicieron gran ímpetu en los enemigos, y los echaron de la otra parte del agua, y hallaron que toda se vadeaba á la cinta y á los muslos; salvo en medio de la canal, que por espacio de cuarenta pasos, por su mucha hondura se pasaba por una puente hecha de dos árboles caidos y otros maderos atados unos con otros. Vieron tambien que de la misma manera que por el monte, habia un callejon debajo del agua limpio de las matas y malezas que á una parte y á otra habia fuera del callejon. Pasada la cienega de la otra parte fuera del agua habia otro monte tan cerrado y espeso como el que hemos dicho que habia destotra parte, por el cual tampoco se podia andar sino por otro callejon y camino angosto hecho á mano. Estos dos montes y la cienega, cada uno de por sí, tenia media legua de traviesa; de manera que en todo habia legua y media.

El gobernador habiendo reconocido bien el paso y consideradas las dificultades que en él habia, se volvió con los suyos á su alojamiento para ordenar, conforme á lo visto y notado, lo que el dia siguiente se hubiese de hacer. Y habiendo consultado con

los capitanes los inconvenientes y peligros que en el caso habia, mandó apercebir cien hombres de los de á caballo, que por ser gente mas bien armada que la infantería recibia siempre menos daño de las flechas; los cuales tomando rodelas (porque no eran menester los caballos) fuesen á pie delante haciendo escudo á otros cien infantes entre ballesteros y arcabuceros que les habian de seguir en pos.

Mandó asimismo que todos ellos fuesen apercebidos de hachas y hocinos y otros instrumentos para desmontar un pedazo del monte que de la otra parte de la cienega habia para alojamiento del ejército; porque habiendo de pasar los españoles uno á uno por ser el camino estrecho, y habiendo de resistirles el paso los enemigos que tan feroces se habiau mostrado aquel dia, le pareció al gobernador imposible que su gente pudiese atravesar de claro en un dia los dos montes de la cienega. Por lo cual quiso apercebirse de alojamiento hecho á fuerza de brazos en el segundo monte, pues no lo podia haber de otra suerte.

CAPÍTULO II.

Ganan los españoles el paso de la cienega, y la mucha y brava pelea que hubo en ella.

Con las prevenciones y órden que se ha dicho, llevando cada uno de los soldados en el seno la comida de aquel dia, que era un poco de maiz tostado ó cocido sin otra cosa alguna, salieron del real docientos españoles de los mas escogidos que en él habia, y dos horas antes que amaneciese entraron en el callejon del monte, y con todo el silencio posible caminaron por él hasta llegar al agua; donde reconociendo la senda limpia de malezas que debajo de ella iba, la siguieron hasta la puente hecha de los ár-

boles caidos y maderos atados, que atravesaba lo mas hondo de la canal de la cienega. La cual puente pasaron sin que indio alguno saliese á la defensa, porque les habia parecido no osarian los españoles entrar de noche en la espesura del monte y hondura del agua y malezas que en ella habia, con lo cual se habian descuidado de madrugar á defender el paso. Mas cuando vieron el dia y sintieron que los cristianos habian pasado la puente, acudieron con grandísima furia, grito y alarido á la defensa de lo que del agua y cienega quedaba por pasar, que era un cuarto de legua; y con enojo que de sí mismos hubieron por haberse descuidado y dormido tanto, cargaron sobre los castellanos con gran ferocidad é ímpetu. Empero ellos iban bien apercebidos, y estaban ganosos que aquella pelea no durase mucho tiempo, apretaron reciamente con los indios. Andaban los unos y los otros á la cinta en el agua. Echáronlos fuera della, encerráronlos en el callejon del segundo monte, el cual era tan cerrado y espeso, que no podian los indios huir por él tendidos, sino á la hila antecogidos por la senda angosta. Encerrados los indios en el callejon del monte, como por la estrechura del paso fuesen menester pocos españoles para lo defender, acordaron que los ciento y cincuenta de ellos entendiesen en desmontar el sitio para alojamiento del real, y los otros cincuenta guardasen y defendiesen el paso si los indios quisiesen venir á estorbar la obra; porque como no habia otro camino para entrar donde estaban los que rozaban el monte sino por la senda ó callejon, pocos cristianos que estuviesen al paso bastaban á defenderlo.

Desta manera estuvieron todo aquel dia los indios dando grito y alarido por inquietar con la voz á sus enemigos, ya que no podian con las armas;

y los castellanos trabajando unos en defender el paso, otros cortando el monte, otros quemando lo cortado porque no ocupase el sitio. Venida la noche cada uno de los nuestros se quedó donde le tomó, sin dormir parte alguna della por los muchos sobresaltos y grita que los indios les daban.

Llegado el dia empezó á pasar el ejército, y aunque no tuvo contradicion de los enemigos, la tuvo del mismo camino, que era muy estrecho, y de las malezas que en el agua habia, que no les dejaban pasar como ellos quisieran; por lo cual les era forzoso caminar de uno en uno. Por esta dilacion, que era mucha, hicieron harto aquel dia en llegar todo el real á se alojar en lo desmontado. Donde la noche siguiente por la vocería y sobresaltos que los enemigos daban durmieron tan poco como la pasada. La comida para los que defendian el paso la proveyeron pasándola de mano en mano de unos á otros hasta llegar á los delanteros.

Luego que amaneció caminaron los españoles por el callejon del monte, llevando antecogidos los indios; los cuales siempre les iban tirando flechas y retirándose poco á poco, no queriendo darles mas lugar del que ellos pudiesen ganar á golpe de espada. Así caminaron la media legua que habia de aquel monte cerrado y espeso. Saliendo de la espesura entraron en otro monte mas claro y abierto, por donde los indios pudiendo esparcirse, y entrar y salir por entre las matas, daban mucha pesadumbre á los castellanos, acometiéndolos por una parte y otra del camino, tirándoles muchas flechas, pero con órden y concierto, que cuando acometian los de la una banda no acometian los de la otra hasta que aquellos se habian apartado, por no herirse unos á otros con las flechas que salian desmandadas; las cuales

eran tantas, que parecía lluvia que caía del cielo.

El monte que dijimos ser más claro por donde ahora iban peleando indios y españoles, no lo era tanto que los caballos pudiesen correr por él; por lo cual andaban los infieles tan atrevidos, entrando y saliendo en los cristianos, que no hacían caso dellos; y aunque los ballesteros y arcabuceros salían á resistirles, los tenían en nada; porque mientras un español tiraba un tiro y armaba para otro, tiraba un indio seis y siete flechas: tan diestros son, y tan á punto las traen, que apenas han soltado una cuando tienen puesta otra en el arco.

Los pedazos de tierra limpia que había entre el monte por donde los caballos podían correr tenían los indios cerrados y atajados con largos maderos que iban atados de unos árboles á otros para asegurarse de los caballos; y lo que había de monte cerrado por donde los indios no podían andar lo tenían rozado á pedazos con entradas y salidas para poder ofender á los cristianos sin ser ofendidos dellos.

Hicieron estas prevenciones con tiempo, porque sabían que por ser el monte de la cienega tan cerrado como lo era, no habían de poder ofender á los castellanos como quisieran y pudieran, si el monte fuera más abierto y claro como el que ahora llevaban. Pues como se viesen con las ventajas que por causa del sitio á los españoles hacían, no dejaban de tentar y hacer cualquiera diligencia, ardid ó engaño que podían en ofensa de los cristianos con ansia de los herir ó matar.

Los castellanos por el monte atendían á defenderse de los enemigos más que no á ofenderlos, porque no podían aprovecharse de los caballos por el estorbo del monte; por lo cual iban fatigados de su propio corage más que no de las armas de los con-

trarios. Los indios viendo sus enemigos embarazados, los apretaban mas y mas por todas partes, con ansias y deseo de romperlos y desbaratarlos. Cobraban por otras nuevo ánimo y esfuerzo con la memoria y recordacion de haber diez ó once años antes en esta misma cienega, aunque no en este paso, rompido y desbaratado á Pánfilo de Narvaez. La cual hazaña recordaban á los españoles y á su general diciéndoles entre otras desvergüenzas y denuestos, que de ellos y dél habian de hacer otro tanto.

Con las dificultades del camino, y con las pesadumbres que los enemigos les daban, caminaron los españoles dos leguas que habia de monte hasta salir á tierra limpia y rasa; donde llegados que fueron, dando gracias á Dios que los hubiese sacado de aquella cárcel, soltaron las riendas á los caballos, y mostraron bien el enojo que contra los indios llevaban; porque en mas de dos leguas que duraba la tierra limpia hasta llegar á las sementeras de maiz, no toparon indio que no prendiesen ó matasen, principalmente á los que mostraban hacer alguna resistencia, de los cuales no escapó alguno. Así mataron muchos indios, que fue grande la mortandad de aquel dia, y prendieron pocos; con lo cual vengaron estos castellanos la ofensa y daño que los de Apalache hicieron á Pánfilo de Narvaez, y les desengañaron de la opinion y jactancia que de sí tenian, que habian de matar y destruir á estos castellanos como lo hicieron á los pasados.

CAPÍTULO III.

De la continua pelea que hubo hasta llegar al pueblo principal de Apalache.

Pareciendo al gobernador Hernando de Soto que

por aquel dia se habia hecho harto en haber salido de los montes donde tanta contradiccion habian tenido, y en haber castigado en parte á los indios, no quiso pasar adelante, sino alojar su ejército en aquel llano por ser tierra limpia de monte. El real se asentó cerca de un pueblo pequeño, del cual empezaba la poblazon y sementeras de la provincia de Apalache, tan nombrada y famosa en toda aquella tierra.

Los indios no quisieron reposar la noche siguiente, ni que los cristianos descansasen de los malos dias y noches que despues que llegaron á la cienega les habian dado, que en toda la noche cesaron de dar grita, y vocería, y arma, y rebatos á todas horas echando muchas flechas en el real. Con esta inquietud pasaron toda la noche los unos y los otros sin llegar á las manos.

Venido el dia caminaron los españoles por unas grandes sementeras de maiz, frisoles, y calabaza, y otras legumbres; cuyos sembrados á una mano y á otra del camino, se tendian por aquellos llanos á perderse de vista, y de travesía tenian dos leguas. Entre las sementeras se derramaba gran poblazon de casas sueltas, y apartadas unas y otras sin orden de pueblo. De las casas y sementeras salian los indios á toda diligencia á flechar los castellanos, obstinados en el deseo y porfia que tenian de los matar ó herir. Los cuales enfadados de tanta pertinacia, y enojados del corage y rancor que les sentian, perdida la paciencia sin alguna piedad los alanceaban por los maizales, por ver si con el rigor de las armas pudiesen domarlos ó escarmentarlos; mas todo era en vano, porque tanto mas parecia crecer en los indios el enojo y rabia que contra los cristianos tenian, quanto ellos mas deseaban vengarse.

Pasadas las dos leguas de los sembrados, llegaron á un arroyo hondo de mucha agua y monte espeso que habia de la una parte y otra dél. Era un paso bien dificultoso, y que los enemigos lo tenian bien reconocido y prevenido para ofender en él á los castellanos. Los cuales viendo las dificultades y defensas que el paso tenia, se apearon los caballeros mas bien armados, y á espada y rodela, y otros con hachas, ganaron el paso y derribaron las palizadas y barreras que habia hechas para que los caballos no pudiesen pasar, ni sus dueños ofenderles. Aquí cargaron los indios con grandísimo ímpetu y furor, poniendo su última esperanza de vencer á los cristianos en este mal paso por ser tan dificultoso, donde fue brava la pelea y hubo muchos españoles heridos y algunos muertos, porque los enemigos pelearon temerariamente haciendo como desesperados la última prueba; mas no pudieron salir con su mal deseo, porque los castellanos hubieron la victoria mediante el ánimo y esfuerzo que mostraron, y la mucha diligencia que pusieron para que el daño no llegase á ser tan grande como habian temido recibir en paso tan dificultoso.

Pasado el arroyo caminaron los castellanos otras dos leguas de tierra limpia de sembrados y poblazon, en ellas no acudieron los indios, porque en campo no podian medrar con los caballos. Los cristianos se alojaron en aquel campo, que era limpio de monte, porque los indios con el temor de los caballos viéndolos fuera de monte los dejasen dormir: que segun los cuatro dias y las tres noches pasadas habian velado y trabajado, tenian necesidad de descanso. Mas aquella noche durmieron tan poco como las pasadas; porque los enemigos fiados en la escuridad de la noche, aunque en tierra limpia, no cesaron en

toda ella de dar armã y rebatos por todas las partes del real, no dejando reposar los castellanos por no perder la opinion y reputacion que los desta provincia de Apalache entre todos sus vecinos y comarcanos habian ganado de ser los mas valientes y guerreros.

El dia siguiente, que fue el quinto despues que pasaron la cienega, luego que empezó á caminar el ejército se adelantó el gobernador con docientos caballeros y cien infantes, porque de los indios prisioneros supo que dos leguas de allí estaba el pueblo de Apalache, y su cacique dentro con gran número de indios valentísimos esperando los castellanos para los matar y descuartizar á todos. Palabras son las mismas que los prisioneros dijeron al gobernador, que aunque presos y en poder de sus enemigos, no perdian la bravosidad y presuncion de ser naturales de Apalache. El general y los suyos corrieron las dos leguas alanceando cuantos indios á una mano y á otra del camino topaban. Llegaron al pueblo, hallaron que el curaca y sus indios lo habian desamparado. Los españoles sabiendo que no iban lejos los siguieron y corrieron otras dos leguas de la otra parte del pueblo, mas aunque mataron y prendieron muchos indios, no pudieron alcanzar á Capasi, que así se llamaba el cacique. Este es el primero que hallamos con nombre diferente de su provincia. El adelantado se volvió al pueblo, que era de docientas y cincuenta casas grandes y buenas, en las cuales halló alojado todo su ejército, y él se aposentó en las del cacique que estaban á una parte del pueblo, y como casas de señor se aventajaban á todas las demas.

Sin este pueblo principal por toda su comarca á media legua, y á una, y á legua y media, y á dos

y á tres, habia otros muchos pueblos, los cuales eran de cincuenta y de á sesenta casas, y otros de á ciento, y de á mas y de á menos, sin otra multitud de casas que habia derramadas sin órden de pueblo. El sitio de toda la provincia es apacible, la tierra fértil con mucha abundancia de comida, y gran cantidad de pescado que para su mantenimiento los naturales todo el año pescan y guardan preparado.

El gobernador, y sus capitanes, y los ministros de la hacienda real, todos quedaron muy contentos de haber visto las buenas partes de aquella tierra y la fertilidad della; y aunque todas las provincias que atrás habian dejado eran buenas, esta les hacia ventaja, puesto que los naturales eran indómitos y temerariamente belicosos, como se ha visto y adelante verémos en algunos casos notables, que en particular y en general entre los españoles é indios acaecieron en esta provincia, aunque por escusar prolijidad no los contarémos todos; por los que se dijeren se verá bien la ferocidad destes indios de Apalache.

CAPÍTULO IV.

Tres capitanes van á descubrir la comarca de Apalache, y la relacion que traen.

Habiendo descansado el ejército algunos dias, y reparándose algun tanto del mucho trabajo pasado, aunque nunca en este tiempo faltaron las continuas armas y rebatos que de noche y dia los enemigos daban. El gobernador envió cuadrillas de gente de á pie y de á caballo, con capitanes señalados, que entrasen quince y veinte leguas la tierra adentro, á ver y descubrir lo que en la comarca y vecindad de aquella provincia habia.

Dos capitanes entraron hácia la banda del Norte

por diversas partes, el uno llamado Arias Tinoco, y el otro Andres de Vasconcelos, los cuales sin que les hubiese acaecido cosa que sea de contar, volvieron el uno á los ocho dias, y el otro á los nueve de como habian salido del real; y dijeron casi igualmente que habian hallado muchos pueblos con mucha gente, y que la tierra era fértil de comida, y limpia de cienegas y montes bravos. Al contrario dijo el capitan Juan de Añasco, que fue hácia el Sur, que habia hallado tierra asperísima y muy dificultosa, y casi imposible de andar, por las malezas de montes y cienegas que habia hallado, y tanto peores cuanto mas adelante iba al Mediodia. De ver esta diferencia de tierras muy buenas y muy malas, me pareció no pasar adelante sin tocar lo que Alvar Nuñez Cabeza de Vaca en sus Comentarios escribe desta provincia de Apalache; donde la pinta áspera y fragosa, ocupada de muchos montes y cienegas, con rios y malos pasos, mal poblada y estéril, todo en contra de lo que della vamos escribiendo, por lo cual dando fé á lo que escribe aquel caballero, que es digno della, entendemos que su viage no fue la tierra tan adentro, como la que hizo el gobernador Hernando de Soto, sino mas allegado en la ribera del mar, de cuya causa hallaron la tierra tan áspera y llena de montes y malas cienegas, como él dice, que lo mismo halló y descubrió, como luego verémos, el capitan Juan de Añasco, que fue del pueblo principal de Apalache á descubrir la mar, el cual hubo gran ventura en no perderse muchas veces, segun la mala tierra que halló. El pueblo que Cabeza de Vaca nombra Apalache, donde dice que llegó Pánfilo de Narvaez, entiendo que no fue este principal que Hernando de Soto descubrió, sino otro alguno de los muchos que

*

esta provincia tiene, que estaria mas cerca de la mar, y por ser de su juridicion se llamaria Apalache, como la misma provincia, porque en el pueblo que hemos dicho que era cabeza della, se halló la que hemos visto. Tambien es de advertir que mucha parte de la relacion que Alvar Nuñez escribe de aquella tierra, es la que los indios le dieron como él mismo lo dice, que aquellos castellanos no la vieron, porque como eran pocos y casi ó del todo rendidos, no tuvieron posibilidad para hollarla y verla por sus ojos, ni para buscar de comer; y así los mas se dejaron morir de hambre. Y en la relacion que le daban, es de creer que los indios dirian antes mal que bien de su patria por desacreditarla, para que los españoles perdieran el deseo de ir á ella: y con esto no desdice nuestra historia á la de aquel caballero.

CAPÍTULO V.

De los trabajos que pasó Juan de Añasco para descubrir la costa de la mar.

Dijimos que uno de los capitanes que fueron á descubrir la comarca de Apalache fue Juan Añasco. Pues para que se sepa mas en particular el trabajo que pasó, es de saber, que llevó cuarenta caballos y cincuenta peones. Con él fue un caballero, deudo de la muger del gobernador, que habia nombre Gomez Arias, gran soldado, y donde quiera que se hallaba era de mucho provecho; porque con su buena soldadesca, y mucha industria y buen consejo, y con ser grandísimo nadador (cosa útil y necesaria para las conquistas) facilitaba las dificultades que en agua y tierra se les ofrecian. Habia sido esclavo en Berbería, donde aprendió la lengua morisca, y la habló tan propiamente, que de muchas leguas la tierra

adentro salió á una frontera de cristianos, sin que los moros que le topaban echasen de ver que era esclavo. Este caballero y la gente que hemos dicho, fueron con Juan de Añasco hácia el Mediodia á descubrir la mar que habia nueva, que estaba menos de treinta leguas de Apalache. Llevaron un indio que los guiase, el cual se habia ofrecido á los guiar, haciendo mucho del fiel y muy amigo de los cristianos.

En dos jornadas de á seis leguas que anduvieron de muy buen camino, ancho y llano, llegaron á un pueblo llamado Aute, halláronlo sin gente, pero lleno de comida. En este camino pasaron dos rios pequeños y de buen paso.

Del pueblo de Aute salieron en seguimiento de su demanda, llevando comida para cuatro dias. El segundo dia que caminaron por el mismo camino ancho y bueno, empezó el indio que los guiaba á malear, pareciéndole que era mal hecho hacer buena guia á sus enemigos. Con esto los sacó del camino llano y bueno que hasta allí habian llevado, y los metía por unos montes espesos y cerrados, de mucha aspereza, con muchos árboles caidos, sin camino ni senda; y algunos pedazos de tierra que se hallaban, como nabazos sin monte, era de suyo tan cenegosa, que los caballos y peones se hundian en ella, y por cima estaba cubierta de yerba, y parecia tierra firme que se podia andar seguramente por ella. Hallaron en este camino ó monte, por mejor decir, un género de zarzas con ramas largas y gruesas, que se tendian por el suelo y ocupaban mucha tierra; tenian unas puas largas y derechas, que á los caballos y á la gente de á pie lastimaban cruelmente, y aunque quisiesen guardarse de estas malas zarzas no les era posible, porque habia mu-

chas y estaban entre dos tierras tendidas y cubiertas con cieno, ó con arena, ó con agua. Con estas dificultades y otras, cuales se pueden imaginar, anduvieron estos castellanos descaminados cinco dias, dando vueltas á unas partes y á otras, por donde el indio segun su antojo queria llevarlos para burlar dellos ó meterlos donde no saliesen.

Quando se les acabó la comida que sacaron del pueblo Aute, acordaron volverse á él para tomar mas provision y porfiar en su demanda. Al volver para Aute pasaron mas trabajo en el camino que á la ida, porque les era forzoso desandar lo andado por los mismos pasos por no perderse; y como hallasen la tierra ya hollada del camino pasado, atollaban los caballos y aun los infantes mas que cuando estaba fresca.

En estas dificultades y trabajos bien entendian los castellanos que el indio á sabiendas los traía perdidos; porque tres veces se hallaron por aquellos montes tan cerca de la mar, que oían la resaca della. Mas el indio luego que la sentía volvía á meterlos la tierra adentro con deseo de entramparlos donde no pudiesen salir y pereciesen de hambre, y aunque él muriese con ellos se daba por contento á trueque de matarlos. Todo esto sentian los cristianos, mas no osaban dárselo á entender por no le dañar mas de lo que de suyo lo estaba; y tambien porque no llevaban otra guia.

Vueltos á Aute, de donde llegaron muertos de hambre, como gente que habia quatro dias que no habian comido sino yerbas y raices, tomaron bastimento para otros cinco ó seis dias, que lo habia en el pueblo en gran abundancia, y volvieron á su descubrimiento, no por mejores caminos que los pasados, sino por otros peores, si peores podian ser, ó

si la diligencia y malicia de la guia los hallaba como los deseaba.

Una noche de las que durmieron en los montes, el indio que se le hacia largo el plazo de matar los cristianos, no lo pudiendo sufrir, tomó un tizon de fuego y dió con él á uno de ellos en la cara, y se la maltrató. Los demas soldados quisieron matarlo por la desvergüenza y atrevimiento que habia tenido; mas el capitan lo defendió diciendo, que le sufriesen algo, que era guia y no tenían otra. Vueltos á reposar, dende á una hora hizo lo mismo á otro castellano. Entonces por castigo le dieron muchos palos, coces y bofetadas, mas el indio no escarmentó, que antes que amaneciese sacudió á otro soldado con otro tizon.

Los españoles ya no sabian que hacer dél. Por entonces se contentaron con darle muchos palos, y entregarlo por la cadena en que iba atado á uno dellos mismos, para que tuviese particular cuidado dél.

Luego que amaneció volvieron á caminar bien lastimados de la mucha aspereza del camino pasado y del presente, y enfadados de la maldad de la guia. El cual, á poco trecho que hubieron caminado, viéndose en poder de sus enemigos sin los poder matar ni huirse dellos, desesperado de la vida, arremetió con el soldado que lo llevaba asido por la cadena, y abrazándolo por detrás, lo levantó en alto y dió con él tendido en el suelo, y antes que se levantase, saltó de pies sobre él y le dió muchas coces. Los castellanos y su capitan no pudiendo ya sufrir tanta desvergüenza, le dieron tantas cuchilladas y lanzadas que lo dejaron por muerto. Aunque se notó una cosa estraña, y fue, que las espadas y hierros de las lanzas entraban y cortaban en

él tan poco que parecia encantado, que muchas cuchilladas hubo que no le hicieron mas herida que el verdugon que suele hacer una vara de membrillo ó de acebuche cuando dan con ella. De lo cual enojado Juan de Añasco, se levantó sobre los estribos y á toda su fuerza, tomando la lanza con ambas manos le dió una lanzada, y con ser hombre robusto y fuerte no le metió medio hierro de lanza, de que habiéndolo notado los españoles se admiraron todos, y le echaron un lebrel para que lo acabase de matar, y se encarnizase y cebase en él. Así quedó el indio pérfido y malvado como él merecia.

CAPÍTULO VI.

El capitan Juan de Añasco llegó á la bahia de Aute, y lo que halla en ella.

No se habian apartado los castellanos cincuenta pasos del indio, que entendian que quedaba muerto y comido del perro, cuando oyeron dar grandes alidos al lebrel quejándose como si lo matáran: los nuestros acudieron á ver qué era, y hallaron que el indio con el poco espíritu que le quedaba le habia metido los dedos pulgares por un lado y otro de la boca, y se la rasgaba sin que el perro se pudiese valer. Uno de los españoles viendo esto le dió muchas estocadas con que acabó de matarlo, y otro con un cuchillo de monte que llevaba le cortó las manos, y despues de cortadas no podia desasirlas de la boca del perro; tan fuertemente lo habia asido.

Con este suceso volvieron los españoles á su camino, admirados que un indio solo hubiese sido parte para haberles dado tanta pesadumbre, mas como no supiesen á qué parte echar, estaban confusos sin saber que hacer. En esta confusion les so-

corrió la ventura con un indio que en el camino pasado, cuando volvieron al pueblo Aute habian preso y lo habian traído siempre consigo; y aunque es verdad que antes de la muerte del indio-guia los españoles le habian preguntado muchas veces si sabia el camino para ir á la mar, nunca habia respondido palabra alguna haciéndose mudo; porque el otro le habia amenazado con la muerte si hablaba. Viendo pues ahora quitado el impedimento, y que estaba libre del compañero, y temiendo no le diesen la misma muerte que al otro, habló y respondió á lo que entonces le preguntaron, y por señas y algunas palabras que se dejaban entender, dijo que los llevaria á la mar al mismo lugar donde Pánfilo de Narvaez habia hecho sus navíos, y donde se habia embarcado: mas que era menester volver al pueblo Aute, porque de allí se tomaba el camino derecho para la mar. Y aunque los españoles le dijeron que mirase que estaba cerca, porque de donde estaban oian los embates y resaca della, respondió, que jamás en toda la vida llegarían á la mar por donde ellos pensaban, y el otro indio los llevaba por las muchas cienegas y maleza de montes que habia en medio: por lo cual era forzoso volver al pueblo Aute. Con esta relacion volvieron los castellanos al pueblo, habiendo gastado en este segundo viage cinco dias, y diez en el primero, con mucho trabajo de sus personas y con pérdida de los quince dias, que era lo que ellos mas sentian, por la pena que el gobernador tendria de su tardanza.

Volviendo pues al pueblo, Gomez Arias y Gonzalo Silvestre, que iban delante descubriendo la tierra, prendieron dos indios que hallaron cerca del pueblo; los cuales preguntados si los sabrian guiar á la mar, dijeron que sí, y en todo conformaron

con lo que habia dicho el indio que traían preso. Con estas esperanzas reposaron aquella noche los españoles, con algun mas contento que las quince pasadas.

El dia siguiente los tres indios guiaron á los cristianos por un camino llano, limpio y apacible por entre unos rastrojos grandes y buenos; saliendo dellos iba el camino mas ancho y abierto, y en todo él no hallaron mal paso sino una cienega angosta y fácil de pasar, que no atollaban los caballos á las cuartillas. Habiendo caminado poco mas de dos leguas llegaron á una bahía muy ancha y espaciosa, y andando por su ribera llegaron al sitio donde Pánfilo de Narvaez estuvo alojado: vieron donde tuvo la fragua en que hizo la clayazon para sus barcas, hallaron mucho carbon en derredor della: vieron asimismo unas vigas gruesas cavadas como artesas que habian servido de pesebres para los caballos.

Los tres indios mostraron á los españoles el sitio donde los enemigos mataron diez cristianos de los de Narvaez, como en su historia tambien lo cuenta Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Trajéronlos paso por paso por todos los que Pánfilo de Narvaez anduvo: señalaban los puestos donde tal y tal suceso habia pasado. Finalmente, no dejaron cosa de las notables que Pánfilo de Narvaez hizo en aquella bahía, de que no diesen cuenta por señas y palabras, bien y mal entendidas, y algunas dichas en castellano, que los indios de toda aquella costa se precian mucho de saber la lengua castellana, y con toda diligencia procuran aprender siquiera palabras sueltas, las cuales repiten muchas veces.

El capitan Juan de Añasco y sus soldados anduvieron con gran diligencia mirando si en los huecos de los árboles hallaban metidas algunas cartas,

ó en las cortezas dellos escritas algunas letras que declarasen cosas de las que los pasados hubiesen visto y notado: porque ha sido cosa usada y muy ordinaria dejar los primeros descubridores de nuevas tierras semejantes avisos para los venideros; los cuales avisos muchas veces han sido de gran importancia: mas no pudieron hallar cosa alguna de las que deseaban.

Hecha esta diligencia, siguieron la costa de la bahía hasta la mar que estaba tres leguas de allí, y con la menguante della entraron diez ó doce nadadores en unas canoas viejas que hallaron echadas al través, y sondaron el fondo que la bahía tenia en medio de su canal.

Halláronla capaz de gruesos navíos: entonces pusieron señales en los árboles mas altos que por allí habia, para que los que viniesen costeando por la mar, reconociesen aquel sitio que era el mismo donde Pánfilo de Narvaez se embarcó en sus cinco barcas tan desgraciadas, que ninguna de ellas salió á luz.

Hechas las prevenciones que hemos dicho, y llevándolas por escrito para que no errasen el puesto los que fuesen á él, se volvieron al real, y dieron cuenta al gobernador de todo lo sucedido, y de lo que dejaban hecho. El general holgó mucho de verlos, porque estaba con cuidado de su tardanza, y recibió contento de saber que habia puerto para los navíos.

CAPÍTULO VII.

Apercíbense treinta lanzas para volver á la bahía de Espiritu Santo.

Entre tanto que los tres capitanes descubridores fueron y vinieron con la relacion de lo que cada uno

dellos habia visto y descubierto, el gobernador Hernando de Soto no holgaba ni reposaba, antes con todo cuidado y vigilancia entre sí mismo, andaba estudiando y previniendo lo que á su ejército convenia. Viendo pues que el invierno se acercaba (que esto era ya por octubre) le pareció por aquel año no pasar adelante en su descubrimiento, sino invernar en aquella provincia de Apalache, donde habia mucho bastimento. Imaginaba enviar por el capitan Pedro Calderon y los demas españoles que con él quedaron en la provincia de Hirrihigua, que viniesen á juntarse con él, porque donde estaban no hacian cosa alguna de importancia.

Con estos propósitos mandó recoger todo el bastimento que fuese posible. Mandó hacer muchas casas, sin las que el pueblo tenia, para que hubiese alojamiento acomodado para todos sus soldados. Hizo fortificar el sitio, lo que le pareció que convenia, para la seguridad de su gente. No cesó en este tiempo de enviar mensajeros á Capafi, señor de aquella provincia, con dádivas y buenas palabras, rogándole saliese de paz y fuese su amigo. El cual no quiso aceptar partido alguno, antes se hizo fuerte en un monte muy áspero lleno de cienegas y malos pasos que tomó para defensa y guarida de su persona.

Ordenadas y proveidas las cosas dichas, mandó el gobernador apercebir al contador Juan de Añasco para que volviese á la provincia de Hirrihigua, por parecerle que este caballero era el capitan mas venturoso que mejores suertes habia hecho desde el principio de esta jornada que otro alguno de los suyos, y que hombre tal, con las demas buenas partes que tenia de soldado, era menester para pasar por los peligros y dificultades á que le ofrecia: con esta consideracion le dió orden para que con otras vein-

te y nueve lanzas que se apercibieron, y la suya treinta, volviese al pueblo de Hirribigua por el mismo camino que el ejército había traído, para que el capitán Pedro Calderon y los demás soldados que con él estaban, supiesen lo que su general les mandaba.

Provision fue muy rigurosa para que los que habían de volver casi ciento y cincuenta leguas de tierra, poblada de valientes y crueles enemigos, ocupada con rios caudalosos, con montes, cienegas y malos pasos, donde pasando todo el ejército se había visto en grandes peligros, cuanto mas ahora, que no iban mas de treinta lanzas y habían de hallar los indios mas apercebidos que cuando el gobernador pasó; y por las injurias recibidas, mas airados y deseosos de vengarse.

Mas todo esto no bastó para que los treinta caballeros apercebidos rehusasen la jornada, antes se ofrecieron á la obediencia con toda prontitud. Los cuales, porque fueron hombres de tanto ánimo y esfuerzo, y que pasaron tantos trabajos, peligros y dificultades como verémos, será justo queden nombrados y se pongan los nombres de los que la memoria ha retenido: los que faltaren me perdonen y reciban mi buena voluntad, que yo quisiera tener noticia, no solamente dellos, sino de todos los que fueron en conquistar y ganar el Nuevo Mundo, y quisiera alcanzar juntamente la facundia historial del grandísimo César, para gastar toda mi vida contando y celebrando sus grandes hazañas: que cuanto ellas han sido mayores que las de los griegos, romanos y otras naciones, tanto mas desdichados han sido los españoles en faltarles quien las escribiese; y no ha sido poca desventura la de estos caballeros, que las suyas viniesen á manos de un indio, donde saldrán antes menoscabadas y aniquiladas, que es-

critas como ellas pasaron y merecen. Mas con haber hecho todo lo que pudiere, habré cumplido con esta obligacion, pues para servirles me cupo mas caudal de deseos que de fuerzas y habilidad.

Los caballeros apercebidos fueron el contador y capitan Juan de Añasco, natural de Sevilla; Gomez Arias, natural de Segovia; Juan Cordero y Alvaro Fernandez, naturales de Yelves; Antonio Carrillo, natural de Illescas (este fue uno de los trece que con Francisco Hernandez Giron se alzaron con el Cozco el año de mil y quinientos y cincuenta y tres); Francisco de Villalobos y Juan Lopez Cacho, vecinos de Sevilla; Gonzalo Silvestre, natural de Herrera de Alcántara; Juan de Espinosa, natural de Úbeda; Hernando Athanasio, natural de Badajoz; Juan de Abadía, vizcaino; Antonio de la Cadena y Francisco Segredo, naturales de Medellin; Bartolomé de Argote y Pedro Sanchez, de Astorga; Juan García Pechudo, natural de Alburquerque; Pedro Moron, mestizo, natural de la ciudad de Bayamo, de la isla de Cuba. Este soldado tuvo una gracia rarísima que venteaba y sacaba por rastro mas que un perro ventor, que muchas veces le acaeció en la isla de Cuba saliendo él y otros á buscar indios alzados ó huidos, sacarlos por el rastro de las matas ó huecos de árboles, ó cuevas en que se habian escondido: sentia asimismo el fuego por el olor á mas de una legua, que muchas veces en este descubrimiento de la Florida sin que hubiese visto candela ni humo, decia á los compañeros, apercebíos que hay fuego cerca de nosotros, y lo hallaban á media legua y á una legua. Era grandísimo nadador, como atrás dejamos dicho; fue con él su compañero y compatriota Diego de Oliva, mestizo, natural de la isla de Cuba.

CAPÍTULO VIII.

Lo que hicieron los treinta caballeros hasta llegar á Vitachuco, y lo que allí hallaron.

Estos veinte caballeros y otros diez, cuyos nombres faltan para el número treinta, salieron del pueblo de Apalache á los veinte de octubre del año mil y quinientos y treinta y nueve, para ir á la provincia de Hirrihigua, donde Pedro Calderon quedó, llevaron el órden que adelante se dirá, de lo que en mar y tierra habian de hacer.

Fueron todos muy á la ligera, no mas que con las celadas y cotas sobre los vestidos, y sus lanzas en las manos, y sendas alforjas en las sillas, con algun herrage y clavos, y con el bastimento que en ellas podia caber para caballos y caballeros.

Salieron del real buen rato antes que amaneciese, y porque la fama de su ida no les pasase adelante, y con ella se apercibiesen los indios para salirles á tomar los pasos, caminaron á toda buena diligencia corriendo donde les convenia correr. Este dia alancearon dos indios que toparon en el camino, matáronlos porque con algun alarido no apercibiesen los que habia derramados por el campo. Con este cuidado de que no fuese la nueva adelante caminaron siempre: así anduvieron aquel dia las once leguas que hay de Apalache hasta la cienega, la cual pasaron sin contradicion de enemigos, que no fue poca ventura, porque pocos indios que vinieran bastáran á flecharles los caballos en el camino tan angosto como el que habia en el monte y en el agua.

Durmieron los españoles en el llano fuera de todo el monte, habiendo corrido y caminado aquel dia mas de trece leguas: mientras descansaban se

velaban por tercios de diez en diez como atrás hemos dicho.

Antes que fuese de dia salieron en seguimiento de su viage, y caminaron las doce leguas que hay de despoblado desde la cienega de Apalache hasta el pueblo de Osachile: iban con temor no supiesen los indios de su ida, y saliesen á estorbarles el paso; por lo cual se fueron deteniendo para que anocheciese, y cerca de la media noche pasaron por el pueblo corriendo á media rienda. Una legua adelante del pueblo apartados del camino descansaron lo que de la noche les quedaba, velándose como hemos dicho por tercios. Este dia caminaron mas de otras trece leguas.

Al romper del alba siguieron su viage corriendo á media rienda, porque habia gente por los campos, que esto hacian siempre que iban por tierra poblada, porque la nueva de su ida no les pasase adelante, que era lo que mas temian. Así corrieron las cinco leguas que hay de donde durmieron hasta el rio de Osachile, á costa de los caballos, y ellos eran tan buenos que lo sufrían todo. Llegando cerca del rio Gonzalo Silvestre, que por haber dado mas prisa á su caballo que los otros iba delante, llegó á darle vista con harto temor si lo hallaria mas crecido que cuando el ejército pasó por él. Fue Dios servido que antes trajese ahora menos agua que entonces. Con el contento de verlo así se arrojó á él, y lo pasó á nado, y salió al llano de la otra parte. Cuando sus compañeros lo vieron en la otra ribera hubieron mucho placer, porque todos llevaban el mismo temor de hallar el rio crecido, pasáronlo sin desgracia alguna: por fiesta y regocijo de haber pasado el rio se pusieron á almorzar. Luego caminaron á paso moderado las cuatro leguas que hay

desde el rio de Osachile hasta el pueblo de Vitachuco, donde pasó la temeridad del cacique Vitachuco.

Los castellanos iban con recelo de hallar el pueblo Vitachuco como lo habian dejado, y temian si habian de pelear con los moradores dél y ganar el paso á fuerza de brazos, donde podia acaecer que matasen ó hiriesen algun hombre ó caballo, la cual desgracia les sería doblarles el trabajo y dificultades del camino, por lo cual consultaron entre todos que ninguno se detuviese á pelear, sino que todos procurasen pasar adelante sin detenerse. Con esta determinacion llegaron al pueblo, donde perdieron la congoja que llevaban, porque lo hallaron todo quemado y asolado; las paredes derribadas por tierra y los cuerpos de los indios que murieron el dia de la batalla, y los que mataron el dia que el cacique Vitachuco dió la puñada al gobernador, estaban todos por aquellos campos amontonados, que no habian querido enterarlos. Al pueblo, como despues decian los indios, desampararon y destruyeron por estar fundado en sitio infelice y desdichado, y á los indios muertos por hombres mal afortunados que no habian salido con su pretension, los dejaron sin sepultura para manjar de aves y bestias fieras, que entre ellos era este castigo de grande infamia, y se daba á los desdichados y desventurados en armas, como á gente maldita y descomulgada segun su gentilidad, y así lo dieron á este pueblo y á los que en él murieron, porque les pareció que la desgracia en él sucedida la habia causado mas la infelicidad del sitio y la mala fortuna de los muertos que no el esfuerzo y valentía de los españoles, pues eran tan pocos en número contra tantos y tan valientes indios.

CAPÍTULO IX.

Prosigue el viage de las treinta lanzas hasta llegar al rio de Ochile.

Admirados los españoles de lo que habian visto, pasaron por el pueblo, y apenas habian salido dél, cuando hallaron dos indios gentiles hombres, que con sus arcos y flechas andaban cazando, descuidados de ver cristianos aquel dia; mas como los vieron asomar se recogieron debajo de un nogal muy grande que allí cerca habia. El uno dellos, no fiando mucho de la guarida, salió huyendo del árbol y fue á meterse en un monte que estaba á un lado del camino. Dos castellanos, bien contra la voluntad de su capitan, salieron al través y antes que el indio llegase al monte lo alancearon: hazaña bien pequeña para dos caballeros.

Al otro indio que tuvo mas ánimo y esperó debajo del árbol le sucedió mejor, porque á los osados, como á gente que lo merece, favorece la fortuna. El cual poniendo una flecha en el arco hizo rostro á todos los españoles, que uno en pos de otro iban corriendo á media rienda, y hizo muestra de tirarla si se le acercasen. Algunos dellos enojados del atrevimiento y desvergüenza del indio, ó envidiosos de ver un ánimo y osadía tan rara y estraña, quisieron apearse y acometerle á pie con las lanzas en las manos. Mas Juan de Añasco no lo consintió, diciendo que no era valentía ni cordura por matar un temerario y desesperado, aventurar que el indio matase ó hiriese alguno dellos ó de sus caballos en tiempo que tanta necesidad tenian dellos y donde tan mal recaudo llevaban para curar las heridas.

Diciendo estas palabras como iba guiando á los demas hizo un gran cerco apartándose del indio y del

camino que pasaba cerca del árbol donde estaba, porque el enemigo no les tirase al pasar y hiriese algún caballo, que era lo que mas temian. El indio con la flecha puesta en el arco, como iba pasando el español, le iba apuntando al rostro amenazando tirarle; y habiendo pasado el primero, hacia lo mismo al segundo, y al tercero, y á los demas, como iban por su órden; y con estos ademanes estuvo hasta que pasaron todos, y cuando vió que no le habian acometido, antes se habian apartado y huido dél, empezó á darles grita con palabras afrentosas, diciéndoles cobardes, pusilánimes, apocados, que treinta de á caballo no habeis osado acometer á uno de á pie. Con estas bravatas se quedó debajo de su árbol, con mas honra que ganaron todos los de la fama: así lo decian los castellanos, con demasiada envidia que le habian, los cuales pasaron adelante corridos de la grita que el indio les daba. En esto oyeron una gran vocería y alarido, que los indios que estaban por los campos á una parte y á otra del camino daban, apellidándose unos á otros para atajarles el camino.

Los españoles se libraron deste peligro y de otros semejantes con la ligereza de los caballos corriendo siempre y dejando los enemigos atrás. Este dia, que fue el tercero de su camino, ya bien de noche, llegaron á un buen llano limpio de monte, donde descansaron, habiendo corrido y caminado aquel dia diez y siete leguas: las últimas ocho por la provincia de Vitachuco.

El cuarto dia caminaron otras diez y siete leguas, todas por la provincia de Vitachuco. Los naturales della, como estaban lastimados y ofendidos de la batalla pasada, viéndoles ahora pasar por su tierra, y que eran pocos, deseaban vengarse dellos con matar-

los ; para lo cual se ponian en paradas, y se iban dando la palabra de uno á otro para pasar adelante la nueva de la ida de los españoles, y convocar alguna gente para los atajar y tomar algun paso estrecho. Los nuestros sintiendo la intencion de los indios, pusieron tanta diligencia tras ellos, que ninguno que pretendió ser mensagero se les escapó, y así alancearon este dia siete indios. Al anochecer llegaron á un llano limpio de monte, donde les pareció descansar porque no sintieron ruido de indios que hubiese por el campo.

A poco mas de media noche salieron desta dormida, y al salir del sol, habiendo caminado cinco leguas, llegaron al rio de Ochali, donde dijimos habian flechado los indios al lebrél bruto. Iban los castellanos con alguna esperanza de hallar el rio con menos agua que cuando lo pasaron, como habian hallado el de Osachile: mas sucedióles muy en contra, porque buen rato antes que llegasen á él vieron las barrancas, con ser como dijimos de dos picas en alto, todas cubiertas de agua y que trasvertía fuera dellas en el llano. El rio venia tan feroz, tan turbio y bravo con tantos remolinos por todas partes, que solo mirarle ponía espanto, quanto mas haberlo de pasar á nado. A esta dificultad y peligro se añadió otro mayor que fue el alarido y vocería que los indios de la una parte y otra de el rio levantaron en viendo asomar los cristianos, apellidándose unos á otros para matarlos al pasar del rio.

Los españoles viendo que en su buen ánimo, esfuerzo y diligencia estaba el remedio de sus vidas, en un punto tomaron acuerdo de lo que en aquel peligro debian hacer, y como si lo trujeran prevenido y todos fueran capitanes, mandaron, nombrándose unos á otros por sus nombres, que doce dellos que

eran los mejores nadadores con solas las celadas y cotas sobre las camisas (sin llevar otra mas ropa, por no estorbar el nadar á los caballos) y las lanzas en las manos, se echasen al rio para tomar la otra ribera antes que los indios llegasen á ella; porque en ella por haber mas y acudir toda la del pueblo habia mas peligro; y era necesario tenerla desembarazada y libre, porque al pasar nadando los castellanos no los flechasen á su salvo los indios. Viendo pues los doce nombrados el peligro tan eminente en que iban, esforzándose unos á otros dijeron todos á una: salga el que saliere y muera el que muriere, que ya vemos que no se puede hacer otra cosa. Mandaron asimesmo que catorce dellos con toda diligencia cortasen cinco ó seis palos gruesos de los árboles, que por la ribera habia caidos y secos, y dellos hiciesen balsa en que pasasen las sillas, ropa y alforjas y los españoles que no sabian nadar, y los cuatro que restan procurasen resistir los indios, que destotra parte por el rio arriba y abajo acudian á toda furia á estorbarles el paso.

Como lo ordenaron así lo pusieron por obra en un punto los doce nombrados para pasar de la otra parte del rio; desembarazándose de la ropa se echaron luego al agua y con buen suceso salieron los once dellos á tierra por un gran portillo que en la barranca habia; el doceno, que fue Juan Lopez Cacho, no acertó á tomar la salida, porque su caballo se cayó algun tanto del portillo, y no pudiendo cortar la furia del agua para arribar á tomar la salida se dejó ir el rio abajo, á ver si habia otro portillo por do salir, y aunque procuró muchas veces subir la barranca para tomar tierra no le fue posible por ser la barranca tan cortada como una pared, y no hallar el caballo donde afirmar los pies; por lo cual tuvo

necesidad de volver á estotra ribera , y como el caballo hubiese nadado tanto tiempo sin descansar , iba muy fatigado: Juan Lopez pidió socorro á los compañeros que cortaban la madera para la balsa ; cuatro dellos, grandes nadadores , viendo el peligro en que venia , se echaron al agua , y á él y á su caballo sacaron á tierra en salvamento , que no fue poca ventura segun venian fatigados de lo que habian trabajado: donde los dejarémos por decir lo que el gobernador hizo entre tanto en Apalache.

CAPÍTULO X.

El gobernador prende al curaca de Apalache.

El adelantado Hernando de Soto no estaba ocioso, mientras el contador y capitan Juan de Añasco , y los treinta caballeros que con él iban , hacian el viaje que hemos dicho ; antes sintiendo los indios de la provincia de Apalache donde él estaba , con la ansia y ouidado que hemos visto de matar ó herir á los castellanos , y que no perdian ninguna ocasion que para poderlo hacer de dia ó de noche se les ofrecia , pareciéndole que si pudiese haber á las manos al cacique cesarian luego las asechanzas y traiciones de sus indios , puso gran diligencia en secreto por saber donde estaba el curaca , y en pocos dias le trujeron nueva cierta que estaba metido en unas grandes montañas de mucha aspereza , donde aunque no estaba mas de ocho leguas del real , le pareció al cacique estar seguro , así por la mucha maleza y dificultad del camino , monte y cienegas que en él habia , como por la fortaleza del sitio y por la mucha y buena gente que para su defensa consigo tenia.

Con esta nueva cierta quiso el general hacer la jornada por su propia persona ; y tomando los caba-

llos é infantes necesarios, guiado por las mismas espías, fue donde el cacique estaba, y habiendo caminado las ocho leguas en tres dias y pasado mucho trabajo por las dificultades del camino llegó al puesto. Los indios lo tenían fortificado en esta manera. En medio de un monte grandísimo y muy cerrado tenían rozado un pedazo donde el curaca y sus indios tenían su alojamiento. Para entrar á esta plaza tenían por el mismo monte abierto un callejon angosto, y largo de mas de media legua. Por todo este callejon á trechos de cien á cien pasos tenían hechas fuertes palizadas con maderos gruesos que atajaban el paso; en cada palenque habia gente de guarnicion señalada por sí para que le defendiese. No tenían hecha salida para salir por otra parte de este fuerte, por parecerles que el sitio, aunque los españoles llegasen á él, era de suyo tan fuerte, y la gente para su defensa tanta y tan valiente que era imposible que lo ganasen. Dentro en él estaba el cacique Capafi bien acompañado de los suyos, y ellos con ánimo de morir todos antes que ver su señor en poder de sus enemigos.

Llegado el gobernador á la boca del callejon halló la gente bien apercebida para su defensa; los castellanos pelearon bravamente, porque como el callejon era angosto, no podian pelear mas de los dos delanteros. Con este trabajo á puro golpe de espada, recibiendo muchos flechazos, ganaron la primera palizada y la segunda. Mas como fuese menester cortar las maromas de mimbres y otras sogas con que los indios tenían atados los maderos atravesados, mientras las cortaban recibian mucho daño de los enemigos. Empero con todas estas dificultades ganaron el tercer palenque y los demas hasta el último, aunque los indios pelearon tan obstinadamente, que por la mucha resistencia que hacian ganaban los españoles

el callejon palmo á palmo, hasta que llegaron donde estaba el curaca en lo desmontado.

Allí fue grande la batalla, porque los indios viendo á su señor en peligro de ser muerto ó preso, peleaban como desesperados, y se metian por las espadas y lanzas de los españoles para los herir ó matar cuando de otra manera no podian. Los cristianos por otra parte, viendo tan cerca la presa que deseaban, por no perder lo trabajado hacian peleando todo lo posible porque el cacique no se les fuese. En esta porfia y combate estuvieron mucho espacio indios y españoles, mostrando los unos y los otros la fortaleza de sus ánimos, aunque los indios por falta de las armas defensivas llevaban lo peor. El gobernador que deseaba ver al cacique en su poder, sintiéndole tan cerca peleaba por su persona, como muy valiente soldado que era, y como buen capitán animaba á los suyos, nombrándolos á voces por sus nombres. Con lo cual los españoles hicieron grandísimo ímpetu, y hirieron á los enemigos con tanta ferocidad y crueldad que casi los mataron todos.

Los indios habiendo hecho para gente desnuda mas de lo que habian podido esos pocos que quedaron, porque los españoles á vueltas dellos no mataban al cacique, viendo que ya no podian defenderle, y tambien porque el mismo curaca á grandes voces se lo mandaba, soltaron las armas y se rindieron, y puestos de rodillas ante el gobernador, le suplicaron todos á una perdonase á su señor Capafi, y á ellos mandase matar. El general recibió á los indios piadosamente, y les dijo, que á su señor y á todos ellos perdonaba la inobediencia pasada con que adelante fuesen buenos amigos.

El cacique vino en brazos de sus indios, porque no podia andar por sus pies, llegó á besar las manos

al gobernador, el cual lo recibió con mucha afabilidad, muy contento de verlo en su poder. Era Capafi hombre grosísimo de cuerpo, tanto, que por la demasiada gordura, y por los achaques é impedimentos que ella suele causar, estaba de tal manera impedido que no podia dar solo un paso, ni tenerse en pie: sus indios lo traian en andas: donde quiera que andaba por su casa era á gatas; y esta fue la causa de no haberse alejado Capafi, mas de lo que se apartó del alojamiento de los españoles, entendiendo que bastaba la distancia de el sitio y la fortaleza dél, con la maleza del camino, para que le aseguráran dellos, mas hallóse engañado de sus confianzas.

CAPÍTULO XI.

El cacique de Apalache va con orden del gobernador á reducir sus indios.

Con la presa del cacique se volvió el general muy contento al pueblo de Apalache, por parecerle que con la prision del señor cesarian las desvergüenzas y atrevimientos de los vasallos. Los cuales despues que los castellanos entraron en aquel pueblo no habian dejado de hacer insultos de dia y de noche, dándoles arma y rebatos muy á menudo, andando tan astutos y diligentes en sus asechanzas, que en desmandándose el español, por poco que se apartase del real, luego lo salteaban ó herian. Todo lo cual le pareció al general se acabaria con tener al curaca en su poder. Mas toda esta esperanza le salió vana, porque los indios con la pérdida de su cacique quedaron mas libres y desvergonzados, y fueron mas continuos en las molestias que á los cristianos hacian, porque como no tenian señor, en cuya guarda y servicio se ocupasen, todos se convertian en molestar

y dañar á los castellanos mas obstinadamente que antes; de lo cual enojado el adelantado habló un dia á Capafí, y le dijo la pesadumbre que tenia de la mucha insolencia y ningun agradecimiento que sus vasallos mostraban al buen tratamiento que á su curaca y á ellos se les habia hecho, en no haber ejecutado el mal y daño que en sus personas y haciendas pudieran hacer en castigo de la rebeldía dellos, que antes los habia tratado como á amigos, que sino era irritado de ellos mismos no habian muerto ni herido indio alguno, ni movídose á hacer daño en sus pueblos y sementeras, pudiendo talar y quemar toda su provincia porque eran tierras y casas de enemigos tan perversos como ellos: que les mandase cesar de sus traiciones y desvergüenzas, sino queria que les hiciese guerra á fuego y sangre; que mirase que estaba en poder de los españoles, los cuales le honraban y trataban con mucho respeto y regalo; y que podría ser que los desacatos y la mucha soberbia de sus vasallos causasen su muerte y la total destruccion de su patria.

El curaca respondió con mucha sumision y muestras de gran sentimiento, diciendo que le pesaba en extremo que sus vasallos no correspondiesen á la obligacion de la merced que su señoría les habia hecho, ni sirviesen como él lo deseaba y habia procurado despues que estaba en su poder con mensajeros que les habia enviado mandándoles que cesasen de enojar y dar pesadumbre á los castellanos. Pero que los recaudos no habian hecho efecto alguno, porque los indios no querian creer que fuesen del cacique sino agenos; ni podian persuadirse á entender la merced y regalo que su señoría le hacia, ni que estaba libre; antes sospechaban que lo tenia muy maltratado en hierros y prisiones,

y que esta sospecha era la causa de que anduviesen ahora mas solícitos y porfiados en sus asechanzas que antes. Por lo cual suplicaba á su señoría mandase á sus capitanes y gente que llevándolo á buen recaudo fuesen con él cinco ó seis leguas del real donde él los guiase, que allí estaban retirados en un gran monte los mas nobles y principales de sus vasallos, á los cuales llamaria á grandes voces de dia ó de noche nombrándolos por sus nombres, y ellos oyendo la voz de su señor acudirian todos á su llamado, y habiéndose desengañado de su mala sospecha se apaciguarian y harian lo que les mandasen como lo veria por la obra; y que este era el camino mas cierto y mas breve para reducir los indios á su servicio por el respeto y veneracion que naturalmente tenían á sus curacas, y que por via de mensageros no aprovecharia cosa alguna ni se negociaria nada con ellos, porque habian de responder que eran recaudos falsos y fingidos que los enviaban sus propios enemigos y no su cacique.

Con estas palabras y un semblante muy penado persuadió Capafi á Hernando de Soto que lo enviase donde él decia, y así se ordenó y puso por obra. Fueron con él dos compañías, una de caballos y otra de infantes, los cuales iban muy encargados de la guarda y buen recaudo del curaca no se les huyese. Con este cuidado salieron del real antes que amaneciese, caminaron seis leguas hácia el Mediodia, llegaron cerca de la noche al puesto donde el cacique decia que estaban los suyos en unos montes que por allí habia.

Luego que Capafi llegó al sitio señalado entraron en el monte tres ó cuatro indios de los que con él habian ido, y en poco espacio volvieron otros diez ó doce de los que estaban en los montes, á los cuales mandó el curaca que aquella noche apercibiesen á

todos los indios principales que en el monte habia, para que se juntasen y el dia siguiente pareciesen ante él; que por su propia persona les queria dar noticia de cosas que importaban mucho á la honra, salud y provecho de todos ellos. Con este recaudo se volvieron los indios al monte; y los castellanos, habiendo puesto sus centinelas y buena guarda en la persona del cacique, reposaron aquella noche con mucho contento de lo que estaba ordenado, pareciéndoles que su pretension iba encaminada á que ellos volviesen con honra y gloria de su jornada, no advirtiéndoles que las mayores esperanzas que los hombres de sí mismos se prometen suelen salir mas vanas, como les acaeció á estos españoles.

CAPÍTULO XII.

El cacique de Apalache siendo tullido se huyó á gatas de los españoles.

Con gran contento y comun regocijo se habian puesto á reposar y descansar nuestros castellanos, capitanes y soldados, entendiéndoles que el dia venidero habian de volver á su capitan general con victoria y triunfo de llevarle todos los indios principales de aquella provincia reducidos á su amistad y servicio, con que todos pensaban quedar en paz y descanso, cuando se hallaron burlados de sus imaginaciones; porque luego que amaneció se vieron sin el cacique y sin indio alguno de los pocos que con él habian ido. De lo cual admirados se preguntaron unos á otros ¿qué se hubiese hecho? y todos respondian que no era posible sino que el indio hubiese conjurado los demonios y que ellos lo hubiesen llevado por los aires, porque segun las centinelas afirmaban no habia habido descuido alguno por do el cacique pudiese haber huido.

Mas la verdad del hecho fue, que los castellanos así por el cansancio de la jornada larga del dia pasado como por la confianza que de la amistad y buenas palabras de Capafi y del impedimento y lision de su persona habian tomado, se descuidaron y durmieron las centinelas y no centinelas. El curaca reconociendo el sueño y la buena ocasion se atrevió á hurtarse dellos, y lo puso por obra saliéndose á gatas por medio de las centinelas; y sus indios que no dormian, antes andaban en asechanza de los españoles, topando con él se lo habian llevado á cuestas, y fue merced que Dios hizo á los cristianos que no volviesen los infieles á degollarlos, porque segun la ferocidad dellos y el sueño de los nuestros, pudieran hacerlo muy á su salvo. Mas contentáronse con ver á su señor libre del poder de los castellanos, y porque no volviese á él procuraron ponerlo á mejor recaudo que antes estaba; y así lo llevaron donde entonces ni despues nunca mas pareció.

Los dos capitanes, que por su honra callamos sus nombres, y sus buenos soldados, hicieron grandes diligencias por aquellos montes buscando á Capafi como á fiera; mas por mucho que lo trabajaron todo el dia, no hallaron rastro dél; porque mal se cobra el pájaro que se escapa de la red.

Los indios habiendo puesto en cobro al curaca, salieron á los cristianos y les dijeron mil afrentas y denuestos, haciendo burla y escarnio dellos, y sin hacerles otro enojo, que no quisieron pelear con ellos, los dejaron volver á su real. Donde llegaron bien corridos y avergouzados de que un indio que tan encomendado habian llevado se les hubiese huido y escapado á gatas. Al general y á los demas capitanes dijeron mil fábulas en descargo de su descuido y en abono de su honra, certificando todos que ha-

bian sentido aquella noche cosas estrañísimas, y que no era posible sino que se habia ido por los aires con los diablos ; porque de otra manera juraban que era imposible segun la buena guarda que le tenian puesta.

El gobernador ya que vió el mal recaudo hecho y que no habia remedio en él , por no afrentar aquellos capitanes y soldados se dió por persuadido de lo que decian, y les ayudó con decir que los indios eran tan grandes hechiceros que podian hacer mucho mas que aquello. Empero no dejó de sentir el descuido que habian tenido.

Volviendo á los treinta caballeros que dejamos trabajando en pasar el caudaloso rio de Ocali decimos, que los que se ocupaban en cortar la madera, en breve tiempo hicieron la balsa ; porque para semejantes necesidades iban prevenidos de hachas y cordeles , y la echaron en el agua con dos cordeles largos ; con los cuales la llevasen y trujesen de una parte á otra del rio ; y dos buenos nadadores llevaron uno de los cordeles á la otra ribera. Todo esto tenian hecho los españoles cuando los indios de Ocali con gran ímpetu y vocería llegaron cerca del rio con ánimo y deseo de matar los cristianos.

Los once caballeros que salieron de la otra parte del rio se pusieron al encuentro , y cerraron con ellos con tanta determinacion y denuedo , alanceando los primeros que toparon , que los indios no osaron esperarles porque la tierra era limpia de monte bajo y alto , y los caballeros eran señores del campo ; por lo qual se retiraron y hicieron á lo largo, contentándose con tirarles muchas flechas desde lejos.

Los cuatro caballeros que estaban de esta parte del rio donde habia menos enemigos, acudian los

dos el río abajo y los otros dos el río arriba; porque destas dos partes venían los indios: deteníanlos con sus arremetidas, para que no llegasen donde la balsa andaba. La cual entre tanto que los de á caballo le defendían la una ribera y la otra, hizo cinco viages: en el primero llevó los capotes de los once caballeros que estaban de la otra parte del río, que los pedían á grandes voces; porque un viento Norte que se había levantado, tomándolos mojados no con mas ropa que las camisas y las cotas de malla encima los heleba de frío.

En otros cuatro viages pasaron las sillas, y frenos, y las alforjas, y los compañeros que no sabían nadar eran pocos, porque los que sabían pasaban nadando, por no perder tiempo, echando mas viages con la balsa de los que no pudiesen escusar: y como iban pasando así iban saliendo al llano en socorro de los que en él andaban resistiendo á los enemigos que de hora en hora crecían: solamente quedaban dos españoles para retirar de la balsa y recibir lo que en ella iba.

Para el último viage quedaron desta parte del río solos dos, el uno fue Hernando Atanasio y el otro Gonzalo Silvestre. El cual entre tanto que el compañero echaba su caballo al agua y entraba en la balsa salió á detener los enemigos, y habiéndolos retirado una buena carrera de caballo, volvió á todo correr para entrar en la balsa donde le esperaba el compañero, y sin quitar silla ni freno al caballo, lo echó al agua, y él entró en la balsa, habiendo desatado el cordel que tenía atado en tierra.

Por priesa que los indios se dieron en venir á flechar los castellanos, ya ellos iban á medio río fuera de peligro, por la mucha diligencia que los compañeros de la otra parte habían puesto en tirar de la balsa. Los caballos como los echaban en el agua, así

pasaban de muy buena gana sin que les hiciesen fuerza ni los guiasen, que parecia reconocer el mal que los enemigos les deseaban hacer, y como si fueran racionales así acudian á obedecer lo que les mandaban sin rehusar el entrar y salir do quiera que los metian, que para los españoles no era poco alivio: y aun dellos tomaban ejemplo para acudir con mayor prontitud al trabajo viendo que las bestias no lo rehusaban.

CAPÍTULO XIII.

El suceso del viage de los treinta caballeros hasta llegar á la cienega grande.

Con las dificultades y trabajos que hemos dicho, y muchos mas que se dejan de decir, porque es imposible poderse contar todos los que en semejantes jornadas se padecen, pasaron estos treinta valientes y esforzados caballeros el rio Ocali, habiéndolos Dios nuestro Señor favorecido tan piadosamente, que ninguno dellos ni de sus caballos saliesen heridos. Eran ya las dos de la tarde cuando acabaron de pasar el rio. Fueron al pueblo por necesidad que tenian de parar en él, porque Juan Lopez Cacho con lo mucho que habia trabajado en el agua, y con el gran frio que hacia se habia helado y quedado como estatua de palo sin poder menear pie ni mano.

Los indios viendo ir los españoles al pueblo se pusieron á defenderles el paso por detenerles entre tanto que sus mugeres y hijos se iban al monte, y no por estorbarles la entrada y estada que en el pueblo quisiesen hacer. Y cuando entendieron que su gente podria estar ya libre se retiraron y desampararon el lugar. Los castellanos entraron dentro y se alojaron en medio de la plaza, que no osaron entrar en las

casas, porque los enemigos hallándolos divididos no los cercasen y tomasen encerrados.

Hicieron cuatro fuegos grandes en cuadrángulo; al calor dellos pusieron en medio á Juan Lopez bien arropado con todos los capotes de sus compañeros: uno dellos le dió una camisa limpia que para sí llevaba. Parecióles milagro que en tal tiempo se hallasen entre ellos camisas mas de las que traían vestidas. Fue el mayor regalo que se le pudo hacer.

Estuvieron en el pueblo todo lo que restaba del dia con gran congoja y temor de Juan Lopez, temiendo si habia de estar para caminar aquella noche, ó si los habia de detener tanto que los indios se avisasen unos á otros y se juntasen para les atajar y cortar el camino. Mas como quiera que sucediese determinaron anteponer la salud del compañero á todo el mal y peligro que venir les pudiese. Con esta determinacion hartaron los caballos de maiz; por su rueda comian los quince mientras los otros rondaban; enjugaron las sillas y ropa que se les habia mojado; rehicieron las alforjas de la comida que por el pueblo hallaron; y aunque habia abundancia de pasas y ciruelas pasadas, y de otras frutas y legumbres, no pretendieron llevar sino zara, porque el cuidado principal que estos españoles tenian era que no les faltase maiz para los caballos, y tambien porque era mantenimiento para los caballeros.

Venida la noche pusieron centinelas de á caballo de dos en dos con órden que rondasen alderredor del pueblo, apartados y lejos dél porque tuviesen tiempo y lugar de apercebirse si los enemigos viniesen.

Cerca de la media noche dos de los que así rondaban sintieron mormollo como de gente que venia; uno de ellos fue á dar aviso á los demas compañeros,

y el otro se quedó á reconocer mejor y certificarse bien de lo que era. El cual con el lustror de la noche vió una grande y escura nube de gente que con un mormollo feroz y sordo venia al pueblo, y mirando mas se certificó que era un formado escuadron de enemigos. Luego fue con el aviso á los demas españoles, los cuales viendo con alguna mejoría á Juan Lopez, lo pusieron bien arropado sobre su caballo y lo liaron á la silla porque no se podia tener de suyo. Semejaba al Cid Ruy Diaz cuando salió difunto de Valencia y venció aquella famosa batalla.

Un compañero tomó las riendas del caballo para guiarle, porque Juan Lopez no estaba para tanto. Desta manera, lo mas secretamente que les fue posible, salieron los treinta españoles del pueblo Ocali, antes que los enemigos llegasen á él, y caminaron á tan buen paso que al amanecer se hallaron seis leguas del pueblo.

Con esta misma diligencia siguieron siempre su viage corriendo la posta por las tierras pobladas, porque lá nueva de su ida no les pasase adelante, y alanceaban los indios que topaban cerca de los caminos porque no diesen aviso dellos. Por las tierras despobladas donde no habia indios acortaban el paso porque los caballos descansasen y tomasen aliento para correr donde hubiese necesidad. Así pasaron este dia, que fue el sexto de su jornada, habiendo corrido y caminado casi veinte leguas, parte dellas por la provjncia de Acuera, tierra poblada de gente belicosísima.

Al seteno dia que habian salido del real, adoleció uno dellos, llamado Pedro de Atienza, y pocas horas despues que sintió el mal, yendo caminando, falleció encima de su caballo. Los compañeros le enteraron con mucha lástima de tal muerte, que por no

perder tiempo en su camino no habian creido lo que con su mal repentino se habia quejado. La sepultura hicieron con las hachas que llevaban de partir leña, que aun para esto fueron buenas. Pasaron adelante con pena que en tal tiempo y de número tan pequeño faltase uno.

Al poner del sol llegaron al paso de la cienega grande, habiendo corrido y caminado este dia tan bien como el pasado otras veinte leguas. Cosa increíble á los que no se hubieren hallado en las conquistas del Nuevo Mundo ó en las guerras civiles del Perú, pensar que haya caballos ni hombres que puedan hacer tan largas jornadas. Pues en ley de hijodalgo afirmamos con verdad que en siete dias anduvieron estos caballeros ciento y siete leguas, una mas ó menos que hay por donde ellos fueron del pueblo principal de Apalache hasta la gran cienega. La cual hallaron que venia hecha una mar de agua con muchos brazos que entraban y salian della, tan raudos y bravos, que cualquiera dellos bastaba á dificultarles el paso, quanto mas tantos, y la madre sobre todos. Para que los caballos puedan sufrir el demasiado trabajo que en las conquistas del Nuevo Mundo han pasado y pasan, tengo para mí, con aprobacion de todos los españoles indianos que acerca desto he oido hablar, que la principal causa sea el buen pasto del maiz que comen, porque es de mucha sustancia y gratisimo para ellos y para todo animal; y pruébase esto con que los indios del Perú y á los carneros que les sirven de caballería para que puedan sufrir la carga escesiva, cual es el peso de un hombre la carga comun que ellos llevan, les dán zara; y á los demas, aunque lleven carga, por ser acomodada á sus fuerzas, los sustentan solamente con el pasto que puede haber en el campo.

✦

Aquella noche durmieron, ó por mejor decir velaron á la ribera de la cienega, con grandísimo frio que sobrevino por levantarse el tiempo Norte, que en toda aquella region es frigidísimo. Hicieron grandes fuegos, y con el calor dellos pudieron pasar el frio, aunque con temor no acudiesen indios á la lumbre del fuego, que veinte dellos que vinieran bastáran á les impedir el paso y aun á matarlos todos; porque en el agua desde sus canoas podian los indios ofender muy á su salvo á los españoles, y ellos no podian aprovecharse de sus caballos para ofender los enemigos, ni tenian arcabuces ni ballestas con que alejarlos de sí. Con esta pena y congoja, velándose por sus tercios, se pusieron á descansar apercebidos para el trabajo de el dia venidero.

CAPÍTULO XIV.

Del trabajo incomportable que los treinta caballeros pasaron al pasar de la cienega grande.

Pocas horas reposaron nuestros españoles sin sobresalto, aunque no causado de los enemigos sino del excesivo trabajo que por el camino habian padecido, y fue que cerca de la media noche uno de ellos, llamado Juan de Soto, que era camarada de Pedro Atienza, el que atrás dejamos enterrado, falleció casi repentinamente. No faltó en la cuadrilla quien á todo correr saliese huyendo dellos, diciendo á grandes voces: voto á tal que nos ha dado pestilencia; pues en tan breve espacio y tan repentinamente se han muerto dos españoles. Gomez Arias, que era hombre cuerdo y discreto, dijo al que huia: harta pestilencia llevais en vuestro viage, de la cual no podeis huir por mucho que hagais; si huis de nosotros, ¿dónde pensais ir? que no estais en el arenal de Se-

villa, ni en su Axarafe. Con esto volvió el buidor y ayudó á rezar las oraciones que por el difunto se decian, mas no osó llegar á enterrar el cuerpo que todavía porfiaba que habia muerto de peste.

Con este socorro para sus trabajos pasaron la noche. Venido el dia dieron órden en pasar la cienega, la cual vieron que traía menos agua que el dia antes, que no fue poco alivio para el trabajo que esperaban tener. Ocho españoles que no sabian nadar aderezaron la barandilla de la puente, que en lo mas hondo de la cienega estaba hecha de árboles caidos, y por ella pasaron las sillas de los caballos y la ropa de todos los compañeros. Los otros veinte españoles desnudos como nacieron trabajaban por echar los caballos al agua, los cuales por el mucho frio del agua no querian entrar á lo hondo della donde hubiesen de nadar. Los castellanos ataban cordeles largos á las jáquimas, y cuatro y cinco dellos entraban nadando hasta en medio de la corriente para tirar los caballos; otros con varas largas les daban de palos para que entrasen: mas ellos juntando todos cuatro pies se estaban quedos y se dejaban matar á palos antes que entrar en el agua. Algunos caballos así compelidos y forzados entraban nadando un trecho, mas no pudiendo sufrir el frio revolvian huyendo á tierra, trayendo los nadadores arrastrando, que no eran parte para los tener, ni los que estaban en tierra los podian resistir; y aunque decimos que estaban en tierra, andaban con el agua á la cinta y á los pechos.

Así anduvieron trabajando estos veinte españoles mas de tres horas de relox, que con toda cuanta diligencia pusieron no fueron poderosos para hacer que caballo alguno quisiese pasar de la otra parte, aunque los remudaban tomando unos y dejando otros, á ver si habia alguno que quisiese pasar.

Al cabo de tres horas por la mucha fuerza que les hacian pasaron dos caballos, el uno fue el de Juan de Añasco, y el otro de Gonzalo Silvestre; y aunque pasaron estos no quisieron pasar los otros por el miedo que habian cobrado del frio del agua. Los dueños de los caballos, que eran de los que no sabian nadar, los ensillaron y subieron en ellos para estar apercebidos, y hacer lo que pudiesen si viniesen enemigos.

Gomez Arias era el caudillo de los diez y nueve compañeros que en el agua andaban, y era el que mas trabajaba de todos ellos; los cuales como hombres que habia mas de cuatro horas que andaban en el agua sufriendo el frio que los caballos no podian sufrir, estaban pasados de frio y tenian los cuerpos amoratados que parecian negros: y como vieses que todas las diligencias que hacian, y el trabajo que pasaban (que cada uno puede imaginar cuál sería) no les aprovechaba nada para que los caballos pasasen de la otra parte, querian desesperar de la vida. A este tiempo llegó Juan de Añasco, que como dijimos habia ensillado su caballo, y venia por el agua por lo que se podia vadear hasta la canal honda; el cual enfadado de que no hubiesen pasado mas caballos, sin considerar que no habia sido por falta de diligencia de los que en el agua andaban, y sin mirar cuales los tristes estaban, incitado de una cólera que este caballero tenia, ocasionada para que le perdiesen el respeto que como á caudillo se le debia tener, dijo en voz alta. Gomez Arias, ¿por qué no acabais de pasar esos caballos? mucho enhoramala para vos. Gomez Arias, viendo cuales estaban él y sus compañeros, y que mas parecian difuntos que vivos, que ya no podian llevar el tormento que sentian, así del ánimo como del cuerpo, y que el capitan agradecia mal

el incomportable trabajo que él y sus compañeros padecían, que cierto no se puede encarecer ni decir por entero el que aquel día pasaron estos veinte y ocho compañeros, en especial los que anduvieron en el agua. Desdeñado de la ingratitud que Juan de Añasco mostraba á su mucho afán, le respondió, diciendo: mala sea para vos y para la mala perra bagasa que os parió. Estais encima de vuestro caballo muy bien vestido y arropado con vuestro capote, y no mirais que ha mas de cuatro horas que andamos en el agua helados de frio, sin poder hacer mas. Apeaos en mala hora y entrad acá, verémos si sois para mas que nosotros. A estas palabras añadió otras no mejores, porque la ira cuando se enciende no sabe tener freno.

Juan de Añasco se reportó por lo que los compañeros, volviendo por Gomez Arias le dijeron, y tambien porque vió que en lo que habia dicho no habia tenido razon, y que la aspereza de su mala condicion habia causado aquella cizaña, y con ella el desacato de su persona.

Otras muchas veces se la causó en este viage y en otros que hizo, que por no mirar primero lo que en semejantes casos habia de decir, se vió muchas veces en confusion y menoscabo de su reputacion. Lo cual deben advertir los hombres, principalmente los constituidos en la guerra por caudillos y superiores, que en todo tiempo les está bien la mansedumbre y afabilidad con los suyos, y el mandarles en los trabajos siempre sea antes con el ejemplo que con las palabras; y cuando hubiere de usar dellas sean buenas, que se puede decir lo que estas ganan y pierden las malas; no siendo de mas costa las unas que las otras.

Que cuenta el viage de los treinta caballeros hasta llegar media legua del pueblo de Hirrihigua.

Luego que se apaciguó la discordia volvieron los españoles á su trabajo, y como era ya cerca de medio dia, con el beneficio del calor del sol, que templaba algun tanto el frio del agua, empezaron los caballos á pasar mejor que hasta entonces; mas no con tanta presteza como era menester, que ya eran mas de las tres de la tarde cuando acabaron de pasar.

Era gran compasion y lástima ver cuales salieron los españoles del agua, molidos y hechos pedazos del largo trabajo que pasaron, consumidos del frio que casi todo el dia sufrieron, tan quebrantados y cansados, que apenas podian tenerse; y con esto es de advertir el poco ó ningun regalo que tenian para restaurarse de tanto mal pasado: mas todo dieron por bien empleado con haber pasado aquella mala cienega que tan temida traían. Dieron gracias á Dios que no hubiesen acudido enemigos á defenderles el paso, que fue particular misericordia divina; porque si al trabajo que hemos dicho que pasaron se les añadiese haber de pelear y defenderse de solos cincuenta indios ¿qué fuera dellos? La causa de no haber acudido indios debió ser estar aquella cienega lejos de poblado y ser ya invierno, que entonces porque andan desnudos acostumbran salir poco de sus casas.

Los españoles acordaron hacer noche en un gran llano que pasada la cienega estaba; porque della salieron tales ellos y sus caballos que no estuvieron para caminar un paso; hicieron grandes fuegos para calentarse; consoláronse con que de allí adelante hasta Hirrihigua donde iban no habia malos pasos que pasar.

Venida la noche la durmieron con el mismo cuidado que las pasadas, y antes que amaneciese siguieron su camino, alancearon cinco indios que toparon que no llevasen adelante la nueva de su ida. Los caballos de los dos compañeros que fallecieron iban sueltos, ensillados y enfrenados, siguiendo á los otros: y muchas veces iban ellos delante, que para guiarlos no hacian falta sus dueños. Caminaron aquel dia trece leguas. Pararon en un buen llano, donde durmieron la noche con el órden acostumbrado. Con el alba caminaron, y á poco mas de salido el sol pasaron por el pueblo de Urribarracuxi; dejáronlo á una mano, que no quisieron entrar en él por no tener pendencia con sus moradores. Este dia, que fue el décimo de su viage, caminaron quince leguas, y hicieron noche tres leguas antes del pueblo de Mucozo.

A poco mas de media noche salieron de la dormida, y habiendo caminado dos leguas, vieron en un monte que estaba cerca del camino un fuego, del cual, mas de una legua antes, habia dado aviso el mestizo Pedro Moron, diciendo: alerta, yo siento que hay fuego no lejos de donde vamos. Una legua mas adelante volvió á decir, bien cerca estamos ya del fuego; y á poco trecho que anduvieron lo descubrieron.

Los compañeros admirados de cosa tan estraña, fueron do el fuego estaba, y hallaron muchos indios que con sus mugeres y hijos estaban asando lizas para almorzar. Los españoles acordaron prender los que pudiesen, aunque fuesen vasallos de Mucozo, hasta saber si habia sustentado la paz con Pedro Calderon; porque si no la hubiesen mantenido, pretendian enviar á la Habana los que prendiesen, para que con otras señales y muestras de sus victorias fuese aquella. Con esta determinacion

arremetieron al fuego. Los indios gandules sobresaltados con el ruido y tropel de los caballos huyeron por el monte adelante. Las mugeres y muchachos prendieron hasta diez y ocho ó veinte personas que pudieron atajar, que otros muchos se escaparon por la obscuridad de la noche y por los matos del monte. Los presos á grandes voces aclamando y llorando llamaban el nombre de Orotiz, sin decir otra palabra mas de aquella, repetida muchas veces, como que quisiesen traer á la memoria de los españoles los beneficios que su cacique y ellos le habian hecho: no les aprovechó nada para que dejasen de ir presos y antecogidos; porque de las buenas obras ya recibidas, pocos son los que se acuerdan para las agradecer. De las lizas almorzaron los españoles así á caballo como estaban, y aunque con la revuelta de los indios y caballos se habian henchido de arena, no curaron quitarla; porque decian que era azúcar y canela segun les sabia, por la mucha hambre que llevaban.

Pasaron por una traviesa lejos del pueblo de Mucozo, y habiendo caminado aquella mañana cinco leguas se les cansó el caballo de Juan Lopez Cacho, del cual nos hemos olvidado despues que del pueblo de Ocali lo sacaron liado. Es de saber que con el gran sobresalto que aquella noche tuvo de la venida de los enemigos, y mediante el vigor de la edad robusta, que era de poco mas de veinte años, volvió en sí entrando en calor, y sanó del mal que con el mucho frio y trabajo de aquel dia habia cobrado, y por todo el camino trabajó despues como cualquiera de los compañeros. Su caballo como trabajó tanto al pasar del rio de Ocali, vino á causarse tan cerca del pueblo donde iban á parar, que no les quedaba mas de seis leguas por andar. No fue posible,

por cosas que le hicieron, llevarlo adelante; dejáronlo en un buen prado de mucha yerba donde comiese; quitáronle el freno y la silla; pusiéronla en un árbol para que el indio que quisiese servirse dél lo llevase con todo su recaudo; mas antes temian y habian lástima que luego que lo topasen lo habian de flechar. Con esta pena caminaron casi cinco leguas hasta que con la sospecha de otra mayor se les olvidó aquella, y fue, que como llegasen á poco mas de una legua del pueblo de Hirribigua, donde quedó el capitán Pedro Calderon con los cuarenta caballos y ochenta infantes, iban mirando el suelo con deseo de ver rastro de caballos, que por ser tan cerca del pueblo y ser la tierra limpia de monte les parecia que no era mucho haberla paseado y hollado hasta allí y aun mas adelante; y como en ninguna manera hallasen pisadas ni otra señal de caballos, recibieron grandísimo dolor y tristeza, temiendo si los habian muerto los indios, ó si ellos se habian ido de aquella tierra en los bergantines y la carabela que les quedó; porque decian que si allí estuvieran era imposible no haber rastro de caballos tan cerca del pueblo.

En esta sospecha y en la confusion que ella les causaba de lo que harian si hubiese acaecido lo uno ó lo otro, tomaron su acuerdo en lo porvenir; porque se hallaban aislados de tal manera que para salir de la tierra é irse por la mar no tenian siquiera una barca ni como poderla hacer; y para volver donde el gobernador quedaba les parecia imposible segun lo que al venir habian pasado. Entre estos miedos y desconfianzas salieron igualmente todos con un mismo ánimo y determinacion, y dijeron que cuando no hallasen los compañeros en Hirribigua se entrarían en alguna parte secreta de los montes que por allí habia, donde hallasen yerba para los caba-

llos , y entre tanto que ellos descansasen matarian el que sobraba y lo harian tasajos para matalotage del camino ; y habiendo dejado descansar los caballos tres ó cuatro dias , se aventurarian á volver donde el gobernador quedaba , que si los matasen en el camino habrian acabado como buenos soldados haciendo el deber en lo que su capitan general los habia encomendado ; y si saliesen á salvamento , habrian hecho lo que se les habia encargado. Esto determinaron entre todos veinte y ocho españoles por última resolución de lo que adelante habian de hacer no hallando á Pedro Calderon en Hirrihigua.

CAPÍTULO XVI.

Llegan los treinta caballeros donde está el capitan Pedro Calderon , y como fueron recibidos.

Hecha la heróica determinacion siguieron su camino , y cuanto mas adelante pasaron , tanto mas se certificaban en la sospecha y en el temor que llevaban ; porque de ninguna manera hallaban rastro de caballos ni otra señal por do pudiesen determinar que hubiesen andado por allí españoles. Así caminaron hasta llegar á una laguna pequeña que estaba menos de media legua del pueblo de Hirrihigua , donde hallaron rastro fresco de los caballos y señal de que se habia hecho legía y lavado ropa en ella.

Con estas muestras se regocijaron grandemente los españoles , y sus caballos holiendo el rastro de los otros se alentaron y tomaron nuevos brios , de tal manera , que parecia que salian entonces de las caballerizas holgados de veinte dias. Con el contento que se puede imaginar y con el nuevo aliento de los caballos se dieron mas priesa á caminar. Los caballos iban rechazando de el suelo con saltos y brincos , que sus

dueños no los podían sosegar ni tener; tan buenos eran, que cuando se pensaba que de cansados no pudieran tenerse hacían esto. Llegaron á dar vista al pueblo de Hirrihigua á puesta de sol, habiendo caminado aquel día sin correr once leguas, y fue la jornada mas corta que en todo este viage hicieron. Del pueblo salía la ronda de á caballo de dos en dos con sus lanzas y adargas para velar y guardar su alojamiento.

Juan de Añasco y sus compañeros se pusieron asimismo de dos en dos, y como si fuera entrada de juego de cañas, llegando á carrera de caballo con mucha algazara, grita, fiesta y regocijo, corrieron á toda furia hasta el pueblo con tal órden, que cuando los primeros iban parando, los segundos iban corriendo á media carrera, y los terceros partían del puesto: así corrieron todos, que pareció muy bien el órden que llevaron, y fue una fiesta alegre y placentera, y término de una jornada tan trabajosa como la hemos visto.

A la grita que daban los que corrian salieron el capitán Pedro Calderon y todos los soldados, y holgaron mucho de ver la buena entrada que hacían los que venían: recibiéronlos con muchos abrazos y común regocijo de todos, y fue de notar que á las primeras palabras que hablaron los que estaban sin haber preguntado por la salud del ejército, ni del gobernador, ni de otro algún amigo particular, preguntaron casi todos á una, con grande ansia de saberlo, si había mucho oro en la tierra. La hambre y deseo de este metal muchas veces pospone y niega los parientes y amigos.

Habiendo pasado muchos mas trabajos y peligros que hemos dicho, acabaron estos veinte y ocho caballeros esta jornada; aunque no fue para acabar los trabajos sino para empezar otros mayores y mas

largos afanes, como adelante verémos. Tardaron en el camino once dias: uno dellos gastaron en pasar el rio de Ocali, y otro les ocupó la cienega grande; de manera que en nueve dias caminaron ciento y cincuenta leguas pocas mas que hay de Apalache á la bahía que llamaron de Espiritu Santo y pueblo de Hirribigua. Por esto poco que hemos contado que pasaron en esta breve jornada se podrá considerar y ver lo que los demas españoles habrán pasado en conquistar y ganar un Nuevo Mundo tan grande y tan áspero como lo es de suyo sin la ferocidad de sus moradores: y por el dedo del gigante se podrá sacar el grandor de su cuerpo: aunque ya en estos dias los que no lo han visto, como gozan á manos enjutas del trabajo de los que lo ganaron hacen burla dellos, entendiéndo que con el descanso que ellos agora lo gozan con ese lo ganaron los conquistadores.

El capitan Juan de Añasco luego que llegó al pueblo de Hirribigua se informó del capitan Pedro Calderon, si los indios de aquella provincia y los de Mucozo le habian mantenido paz y héchole amistad, y habiendo sabido que sí mandó soltar luego las indias y muchachos que traían presos, y con dádivas los envió á su tierra y les mandó que dijesen á su curaca Mucozo viniese á verlos y trujese gente para llevar á sus casas el matalotage y otras muchas cosas que á la partida de los españoles pensaban dejarles, y que hubiese por encomendado el caballo que en su tierra habia quedado cansado.

Las mugeres y muchachos se fueron muy contentos con tan buen recaudo, y al tercero dia vino el buen Mucozo acompañado de sus caballeros y gente noble, y trujo el caballo consigo, y la silla y freno trujeron los indios á cuestas, que no supieron

echársela. Con mucho contento y amor abrazó el cacique Mucozo al capitan Juan de Añasco y á todos los que con él venian, y uno por uno les preguntó cómo venian de salud, y cómo quedaba el gobernador su señor y los demas capitanes, caballeros y soldados. Despues de haberse informado de la salud del ejército quiso saber muy particularmente cómo les habia ido por el camino á la ida y á la venida, qué batallas, recuentros, hambres, trabajos y necesidades habian pasado; y al cabo de sus preguntas, que la plática fue muy larga y gustosa, dijo: que holgaría mucho poder imprimir su ánimo y voluntad en todos los curacas y señores de aquel gran reino para que todos sirviesen al gobernador y á sus españoles como ellos merecian y él lo deseaba.

El contador, y capitan Juan de Añasco, habiendo notado cuán de otra manera los habia recibido y hablado este curaca, que sus propios compañeros que no habian preguntado sino por oro les rindió las gracias en nombre de todos por el amor que les tenia; de parte del general le dió muchas encomiendas á él y á todos los suyos en agradecimiento de la paz y amistad que con el capitan Pedro Calderon y sus soldados habian tenido, y por la aficion que siempre les habian mostrado. Sin estas razones hubo de ambas partes otras muchas palabras de comedimiento y amor; y las del indio, segun iban ordenadas y dichas á propósito, admiraban á los españoles, porque cierto fue dotado de todas las buenas partes que un caballero que se hubiese criado en la corte mas política del mundo pudiera tener; que demas de los dotes corporales, de buena disposicion de cuerpo y hermosura de rostro, los del ánimo de sus virtudes y discrecion, así en obras como en palabras eran tales, que con razon se maravillaban de él nuestros españoles viéndole na-

cido y criado en aquellos desiertos; y muy justamente le amaban por su buen entendimiento y mucha bondad; y así fue gran lástima que no le convidasen con el agua del bautismo, que según su buen juicio pocas persuasiones fueran menester para sacarlo de su gentilidad y reducirlo á nuestra fé católica; y fuera un galano principio para esperar que tal grano echára muchas espigas y hubiera mucha mies. Mas no es de culparles porque estos cristianos habian determinado de predicar y administrar los sacramentos de nuestra ley de gracia despues de haber conquistado y hecho asiento en la tierra, y esto les entretuvo para que no los administráran desde luego. Y esto quede aquí dicho para que sirva de disculpa y descargo destos castellanos de haber tenido el mismo descuido en otros semejantes pasos que adelante veremos, que cierto se perdieron ocasiones muy dispuestas para ser predicado y recibido el Evangelio, y no se espanten que se pierdan los que las pierden.

CAPÍTULO XVII.

De las cosas que los capitanes Juan de Añasco y Pedro Calderon ordenaron en cumplimiento de lo que el general les habia mandado.

El curaca Mucozo se entretuvo con Juan de Añasco y los demas españoles quatro dias, en los cuales y en los demas que los nuestros estuvieron en el pueblo de Hirrihigua, no cesaron sus indios de llevar á su tierra, yendo y viniendo como hormigas, todo lo que los españoles por no lo poder llevar consigo habian de dejar en aquel pueblo, que era mucha cantidad; porque de solo cazavi, que es el pan de aquella isla de Santo Domingo y Cuba y sus circunvecinas que les quedó mas de quinientos quintales, sin otra

mucha cantidad de capas, sayos, jubones, calzones, calzas, y calzado de todas suertes, zapatos, borceguies y alpargates: y de armas habia muchas corazas, rodela, picas, y lanzas, y morriones: que de todas estas cosas como el gobernador era rico, llevó grande abundancia, sin las otras que eran menester para los navios, como velas, jarcias, pez, estopa y sebo, sogas, espuestas, serones, áncoras y gumenas: mucho hierro y acero, que aunque destas cosas el gobernador llevó consigo lo que pudo llevar, quedó mucha cantidad; y como Mucozo era amigo, holgaron los españoles que se las llevase, y así lo hicieron sus indios, y quedaron ricos y contentos.

Juan de Añasco traía orden del gobernador para que en los dos bergantines que en la bahía del Espíritu Santo habian quedado, fuese costeano toda la costa al poniente hasta la bahía de Aute, que el mismo Juan de Añasco, con tantos trabajos como vimos, habia descubierto y dejado señalada para conocerla cuando fuese costeano por la mar. Por cumplir su comision visitó los bergantines que estaban cerca del pueblo, reparólos y proveyó de bastimentos, y apercibió la gente que con él habia de ir, en lo cual gastó siete dias: dió aviso al capitan Pedro Calderon del orden que el gobernador mandaba que llevase en el camino que habia de hacer por tierra; y habiéndose despedido de los demas compañeros, se hizo á la vela en demanda de la bahía de Aute, donde lo dejarémos hasta su tiempo.

El buen caballero Gomez Arias, que tambien llevaba comision del gobernador para ir á la Habana en la carabela á visitar á doña Isabel de Bobadilla, y á la ciudad de la Habana, y á toda la Isla de Santiago de Cuba, y darles cuenta de lo que hasta entonces les habia sucedido y de las buenas partes y calidades

que habian visto y notado de la Florida ; demás de lo cual habia de tratar otros negocios de importancia, que porque no son de nuestra historia no se hace relacion dellos ; para lo cual Gomez Arias mandó requerir la carabela de carena , y proveerla de gente y bastimentos, y alzó velas , y en pocos dias llegó en salvamento á la Habana , donde fue bien recebido de doña Isabel y de todos los de la isla de Cuba ; los cuales con mucha fiesta y regocijo solemnizaron las nuevas de los prósperos sucesos del descubrimiento y conquista de la Florida y la buena salud del gobernador, á quien todos ellos particular y generalmente amaban y deseaban suma felicidad como si fuera padre de cada uno dellos, y lo tenia merecido á todos.

Atrás en el libro primero hicimos mencion, diciendo que los indios desta provincia de Hirrihigua en dos lances habian preso dos españoles ; lo cual fue mas por culpa de los mismos españoles presos, que por gana que los indios hubiesen tenido de hacerles mal ; y porque fueron cosas que sucedieron en el tiempo que el capitan Pedro Calderon estuvo en esta provincia despues que el gobernador salió della , aunque son de poca importancia , y tambien porque no le sucedieron otras de mas momento, será bien contarlas aquí. Es de saber , que los indios de aquella provincia tenian hechos en la bahía de Espiritu Santo grandes corrales de piedra seca, para gozar de las lizas y otro mucho pescado que con la creciente de la mar en ellos entraba , y con la menguante quedaba acorralado casi en seco , y era mucha la pesquería que los indios así mataban ; y los castellanos que estaban con el capitan Pedro Calderon gozaban tambien de ella. Acaeció que un dia se les antojó á dos españoles, el uno llamado Pedro Lopez, y el otro

Anton Galvan , naturales de Valverde , de ir á pescar sin órden del capitan. Fueron en una canoa pequeña, y llevaron consigo un muchacho, natural de Badajoz, de catorce ó quince años, que habia nombre Diego Muñoz, page del mismo capitan.

Andando los dos españoles pescando en un corral grande, llegaron veinte indios que iban en dos canoas, sin otros muchos que quedaban en tierra; y entrando en el corral con buenas palabras, dellas en español, y dellas en indio, les dijeron: amigos, amigos, gozémos todos del pescado. Pedro Lopez, que era hombre soberbio y rústico, les dijo: andad para perros que no hay para qué tener amistad con perros: diciendo esto echó mano á su espada y hirió á un indio que se le habia llegado cerca. Los demas viendo la sinrazon de los españoles, los cercaron por todas partes, y á flechazos y á palos con los arcos y con los remos de las canoas mataron á Pedro Lopez que causó la pendencia, y á Galvan dejaron por muerto, la cabeza abierta y todo el rostro desbaratado á poder de palos; y á Diego Muñoz llevaron preso sin hacer otro mal por su poca edad.

Los castellanos que estaban en el alojamiento acudieron en canoas á la grito por dar socorro á los suyos, y llegaron tarde; porque hallaron muertos los dos compañeros, y el otro preso en poder de los indios. A Pedro Lopez enterraron, á Anton Galvan sintiendo que todavía respiraba le hicieron beneficios con que se restituyó á esta vida; pero tardó en sanar de las heridas mas de treinta dias, y por muchos meses (aunque sanó de sus miembros) quedó como tonto, atronado de la cabeza, de los palos que en ella le dieron. Y él, que en salud no era el mas discreto de sus aldeanos, siempre que contaba lo

que aquel dia habia acaecido entre otras rústicas palabras, decia: cuando los indios nos mataron á mí y á mi compañero Pedro Lopez, hecimos esto y esto: los compañeros habiendo placer con él, le decian: á vos no os mataron sino á Pedro Lopez, ¿cómo decís que os mataron, pues estais vivo? respondia Anton Galvan: á mí tambien me mataron, y si soy vivo, Dios me volvió á dar la vida. Por oírle estas rusticidades y groserías le hacian contar muchas veces el cuento; y Galvan perseverando en su lenguaje pulido, diciéndolo siempre de una propia manera daba contento y que reír á sus compañeros.

En otro lance semejante prendieron los indios desta provincia Hirrihigua otro español, llamado Hernando Vintimilla, grande hombre de mar. El cual salió una tarde inadvertidamente mariscando, y cogiendo camarones por la ribera de la bahía abajo con la menguante della, y así descuidado fue hasta encubrirse con un monte que habia entre la bahía y el pueblo donde habia indios escondidos; los cuales viéndole solo, salieron á él y le hablaron amigablemente diciendo, que partiese con ellos del marisco que llevaba. Vintimilla respondió con soberbia, pretendiendo amedrentar los indios con palabras, porque viesen que no los temia, y no se atreviesen á hacer algun mal. Los indios enfadados y enojados de que un español solo hablase con tanta soberbia á diez ó doce que ellos eran, cerraron con él, y lo llevaron preso, mas no le hicieron mal alguno.

Estos dos españoles tuvieron consigo los indios desta provincia diez años, y los dejaban andar libres como si fueran dellos mismos, hasta el año de mil y quinientos y cuarenta y nueve, que con tormenta aportó á esta bahía de Espiritu Santo el navío del

padre fray Luis Cãncel de Balvastro , Dominico, que fue á predicar á los indios de la Florida, y ellos le mataron y á dos compañeros suyos, y los que en el navio quedaron se acogieron á la mar; y yendo huyendo les dió tormenta y tuvieron necesidad de entrar en aquella bahía á socorrerse de la furia de la mar. Los indios de Hirrihigua salieron pasada la tormenta con muchas canoas á combatir la nao, la cual como no llevaba gente de guerra se retiró á la mar. Los indios todavía porfiaban á seguirla, y con ellos iban los dos españoles Diego Muñoz y Vintimilla de por sí en una canoa desechada, con intencion de huirse de los indios, é irse á la nao si ella les esperase. Yendo así todos siguiendo el navio acaeció que el viento Norte se levantó. Los indios temiendo no creciese el viento con la furia que en aquella region suele correr, y los echase la mar adentro donde peligrasen, tuvieron por bien de volverse á tierra. Los dos españoles con astucia se hicieron quedadizos, daban á entender que por ser dos solos no podian remar contra el viento; y cuando vieron los indios algo apartados, volvieron la proa de su canoa al navio y remaron á toda furia como hombres que deseaban libertad, por la cual se ponian al peligro de perder allí las vidas, y á grandes voces pedian que los esperasen. Los de la nao viendo ir á ellos una canoa sola, luego entendieron que era de gente que los habia menester, y amainaron las velas y esperaron la canoa, y llegada que fue, recibieron los dos españoles en trueque y cambio de los que habian perdido. Desta manera volvieron á poder de cristianos Diego Muñoz y Vintimilla al cabo de diez años que habian estado en poder de los indios de la provincia de Hirrihigua y bahía de Espiritu Santo.

CAPÍTULO XVIII.

Sale Pedro Calderon con su gente , y el suceso de su camino hasta llegar á la cienega grande.

Luego que Juan de Añasco y Gomez Arias se hicieron á la vela , el uno para la bahía de Aute , y el otro para la isla de la Habana , apercibió el capitan Pedro Calderon la gente que le quedó , que eran setenta lanzas y cincuenta infantes , porque los treinta españoles que faltan llevaron Juan de Añasco y Gomez Arias en los bergantines y carabela , por no ir solos con los marineros. Salió del pueblo de Hirribigua , dejó los huertos frescos que los castellanos para su regalo habian plantado de muchas lechugas y rábanos y la demas hortaliza , de cuyas semillas habian ido apercebidos para si poblasen.

El segundo dia de su camino llegaron al pueblo del buen Mucozo , el cual salió á recibirlos , y aquella noche les hizo muy buen hospedage , y otro dia los acompañó hasta ponerlos fuera de su tierra , y á la despedida con mucha ternura y sentimiento les dijo : señores , ahora pierdo del todo la esperanza de jamás ver al gobernador mi señor ni á ninguno de los suyos , porque hasta ahora con teneros en aquel presidio , esperaba ver á su señoría , y me gozaba pensando servirle como siempre lo he deseado : mas ahora sin consuelo alguno lloraré toda mi vida su ausencia. Por lo cual os ruego le digais estas palabras , y que le suplico las reciba como se las envio. Con estas palabras y muchas lágrimas , con que mostraba el amor que á los españoles tenia , se despidió dellos y se volvió á su casa.

El capitan Pedro Calderon y sus ciento y veinte compañeros caminaron por sus jornadas hasta llegar

á la cienega grande , sin que les acaeciese cosa digna de memoria, si no fue una noche antes que llegasen á la cienega que habiéndose alojado los castellanos en un llano cerca de un monte , salian dél muchos indios á les dar sobresaltos y rebatos á todas horas hasta entrárseles por el alojamiento y llegar á las manos , y cuando los españoles los apretaban , se volvian huyendo al monte ; luego tornaban á salir á los inquietar. En un lance destes arremetió un caballero con un indio que se mostraba mas atrevido que los otros , el cual huyó del caballero , mas cuando sintió que le iba alcanzado , revolvió á recibirle con una flecha puesta en el arco , y se la tiró tan cerca , que al mismo tiempo que el indio desembarazó la flecha le dió el español una lanzada de que cayó muerto ; mas no vengó mal su muerte , porque con la flecha que tiró dió al caballo por los pechos , y aunque de tan cerca fue el tiro tan bravo , que con las piernas y brazos abiertos sin dar un paso mas ni menearse cayó el caballo muerto á sus pies. De manera que el indio y el caballo y su dueño cayeron todos tres juntos unos sobre otros , y este caballo era el afamado de Gonzalo Silvestre , que no le valió toda su bondad para que el indio se la respetára.

Los españoles admirados que un animal tan animoso , feroz y bravo cual es un caballo hubiese muerto tan repentinamente de la herida de sola una flecha tirada tan cerca , quisieron luego que amaneció ver qué tal habia sido el tiro , y abrieron el caballo y hallaron que la flecha habia entrado por los pechos y pasado por medio del corazon , y buche , y tripas y parado en lo último de los intestinos. Tan bravos , fuertes y diestros son en tirar las flechas comunmente los naturales deste gran reino de la Florida ; mas no hay de que espantarnos si se advierte al per-

pétuo ejercicio que en ellas tienen en todas edades; porque los niños de tres años y de menos en pudiendo andar en sus pies, movidos de su natural inclinacion y de lo que continuamente ven hacer á sus padres les piden arcos y flechas, y cuando no se las dan, ellos mismos las hacen de los palillos que pueden haber, y con ellos andan desfenecidos tras las sabandijas que topan en casa; y si aciertan á ver algun ratoncillo ó lagartija que se entre en su cueva, se están tres y cuatro y seis horas con su flecha puesta en el arco, aguardando con la mayor atencion que se puede imaginar á que salga para la matar; y no reposan hasta haber salido con su pretension: y cuando no hallan otra cosa á que tirar, andan tirando las moscas que ven por las paredes y en el suelo. Con este ejercicio tan continuo y por el hábito que en él tienen hecho son tan diestros y feroces en el tirar las flechas; con las cuales hicieron tiros estrañísimos, como lo verémos y notarémos en el discurso de la historia, y porque viene á propósito aunque el caso sucedió en Apalache donde el gobernador quedó, será bien contarle aquí, que cuando lleguemos á aquella provincia no nos faltará que contar de las valentías de los naturales della. Fue así que en una de las primeras refriegas que los españoles tuvieron con los indios de Apalache sacó el mae-se de campo Luis de Moscoso un flechazo en el costado derecho que le pasó una cuera de ante, y otra de malla que llevaba debajo, que por ser tan pulida habia costado en España ciento y cincuenta ducados, y destas habian llevado muchas los hombres ricos, por muy estimadas: tambien le pasó la flecha un jubon estofado, y lo hirió de manera que por ser á soslayo no lo mató. Los españoles admirados de un golpe de flecha tan extraño quisieron ver para cuán-

to eran sus cotas las muy pulidas, en quien tanta confianza tenían: llegados al pueblo pusieron en la plaza un cesto que los indios hacen de carrizos á manera de cestos de vendimiar, y habiendo escogido una cota por la mas estimada de las que llevaban, la vistieron al cesto, que segun estaba tegido era muy fuerte, y quitando un indio de los de Apalache de la cadena en que estaba, le dieron un arco y una flecha y le mandaron que tirase á la cota que estaba cincuenta pasos dellos.

El indio habiendo sacudido los brazos á puño cerrado para despertar las fuerzas, tiró la flecha; la cual pasó la cota y el cesto tan de claro y con tanta furia, que si de la otra parte topára un hombre tambien lo pasára. Los españoles viendo la poca ó ninguna defensa que una cota hacia contra una flecha, quisieron ver lo que hacian dos cotas: y así mandaron vestir otra muy preciada sobre la que estaba en el cesto, y dando una flecha al indio le dijeron que la tirase como la primera á ver si era hombre para pasarlas ambas.

El indio volviendo á sacudir los brazos como que les pedia nuevas fuerzas, pues le doblaban la defensa contraria, desembarazó la flecha y dió en las cotas por medio del cesto, y pasó los cuatro dobles que tenia de malla, y quedó la flecha atravesada tanto de un cabo como de otro. Y como viese que no habia salido en claro de la otra parte, con gran enojo que dello mostró dijo á los españoles, déjenme tirar otra y sino las pasáre ambas de claro como hice la una, abórquenme luego, que esta segunda flecha no me salió del arco tan bien como yo quisiera, y por eso no salió de las cotas como la primera.

Los españoles no quisieron conceder la peticion del indio por no ver mayor afrenta de sus cotas,

y de allí adelante quedaron bien desengañados de lo poco que las muy estimadas les podian defender de las flechas: y así haciendo burla dellas sus propios dueños las llamaban holandas de Flandes, y en lugar dellas hicieron sayos estofados de tres y cuatro dedos en grueso, con faldamentos largos que cubriesen los pechos y ancas del caballo: y estos sayos hechos de mantas, resistian mejor las flechas que otra alguna arma defensiva, y las cotas de malla gruesa y bastas, que no eran tenidas en precio, con cualquiera otra defensa que les pusiesen debajo, defendian las flechas mejor que las muy galanas y pulidas; por lo cual vinieron á ser estimadas las que habian sido menospreciadas, y desechadas las muy tenidas.

De otros tiros dignos de fama que hubo en este descubrimiento harémos mencion adelante en los lugares donde acaecieron, que cierto son para admirar. Mas al fin considerando que estos indios son engendrados y nacidos sobre arcos y flechas, criados y alimentados de lo que con ellas matan, y tan ejercitados en ellas, no hay por qué maravillarnos tanto.

CAPÍTULO XIX.

Pedro Calderon pasa la cienega grande y llega á la de Apalache.

Volviendo á tomar el hilo de nuestro camino decimos, que los indios que salian del monte á inquietar los españoles en su alojamiento se contentaron con haber muerto el caballo á Gonzalo Silvestre, y con haber perdido el indio que lo mató, que debia ser principal entre ellos, pues viéndole muerto se retiraron luego y no volvieron mas.

Los castellanos llegaron otro dia despues deste suceso al paso de la cienega grande, donde pasaron

aquella noche, y luego el día siguiente sin contradicción de los enemigos la pasaron con no mas trabajo del que ella daba de suyo, que era harto grande. Siguieron su viage por toda la provincia de Acuera, alargando siempre las jornadas todo lo mas que podian caminar, y para sobrellevar á los infantes el trabajo de ir á pie, se apeaban los caballeros y les daban los caballos, que fuesen en ellos á ratos, y no los tomaban á las ancas por no fatigar los caballos para cuando los hubiesen menester. Con esta diligencia y cuidado caminaron hasta llegar al pueblo de Ocali, sin contradicción alguna de los enemigos, como si fueran por tierra desierta. Los indios desampararon el pueblo y se fueron al monte. Los españoles tomaron la comida que hubieron menester y llegaron al rio, y en balsas que hicieron le pasaron, sin que de la una ribera ni de la otra hubiese indio que les diese un grito.

Pasado el rio de Ocali entraron en el pueblo de Ochile, y atravesaron toda la provincia de Vitachuco, y llegaron al pueblo donde fue la muerte del soberbio Vitachuco y de los suyos, que los castellanos llamaban la matanza. Pasada la provincia de Vitachuco llegaron al rio de Osachile, y lo pasaron en balsas sin ver indio que les hablase palabra. Del rio fueron al pueblo llamado Osachile, al cual desampararon sus moradores, como lo habian hecho todos los demas que atrás quedaron.

Los españoles habiendo tomado bastimento en Osachile, caminando por el despoblado que hay antes de la cienega de Apalache, llegaron á la cienega, habiendo caminado casi ciento y treinta y cinco leguas en toda paz y quietud del mundo, si no que fue la noche que mataron el caballo á Gonzalo Silvestre, no les dieron otra pesadumbre en todo este largo ca-

mino : de lo cual no hallamos razon que dar , ni entonces se pudo alcanzar.

Los indios de la provincia de Apalache, como mas belicosos que los pasados , quisieron suplir la falta y descuido que tuvieron los otros en molestar y dañar á los españoles, como luego verémos. Habiendo llegado los nuestros al monte cerrado que está en la ribera de la cienega durmieron fuera en lo raso de un llano, y luego que amaneció caminaron por el callejon angosto del monte que dijimos ser de media legua en largo, y entraron en el agua y llegaron á la puente de las barandillas, y aderezaron tres ó cuatro palos que hallaron caidos, pasaron por ella los infantes, y los de á caballo pasaron nadando lo mas hondo de la cána.

El capitan Pedro Calderon viendo que habian pasado lo mas hondo y peligroso del agua mandó para mayor diligencia y seguridad de lo que quedaba por pasar, que diez caballeros tomando á las ancas cinco ballesteros y cinco rodeleros fuesen á tomar el callejon angosto del monte que habia en la otra ribera. Ellos lo pusieron así por obra y fueron á toda priesa por el agua á tomar la tierra. A este tiempo salieron muchos indios de diversas partes del monte donde hasta entonces habian estado emboscados tras las matas y árboles gruesos, y con gran vocería y alarido acometieron á los diez caballeros que llevaban los infantes á las ancas y les tiraron muchas flechas, con que mataron el caballo de Alvaro Fernandez, portugués, natural de Yelves, y hirieron otros cinco caballos, los cuales como los sobresaltaron tan de repente, y como iban tan cargados y el agua á los pechos, revolviéron huyendo sin que sus dueños pudiesen resistirles; derribaron en el agua los diez infantes que llevaban á sus ancas casi todos mal heridos, que como los in-

dios al revolver de los caballos los tomaron por las espaldas pudieron flecharlos á su placer: y viéndolos caidos en el agua, arremetieron á toda furia á los degollar con grande vocería que á los demas indios daban avisándoles de su victoria, para que con mayor esfuerzo y ánimo acudiesen á gozar della.

El sobresalto tan repentino con que los indios acometieron á los castellanos, y el derribar los peones en el agua, y el huir los caballos, y los muchos enemigos que acudian á combatirles, causaron en ellos gran confusion y alboroto, y aun temor de ser desbaratados y vencidos, porque era la pelea en el agua, donde los caballos no podian servir con su ligereza para socorrer á los amigos y ofender á los enemigos.

Al contrario los indios viendo cuán bien les habia sucedido el primer acometimiento cobraron nuevo ánimo y osadía, y con mayor ímpetu acometieron á matar los infantes que habian caido en el agua. Al socorro dellos acudieron los españoles mas esforzados que mas cerca se hallaron, y los primeros que llegaron fueron Antonio Carrillo, Pedro Moron, Francisco de Villalobos y Diego de Oliva, que habian pasado por la puente, y se pusieron delante de los indios, y defendieron que no matasen los infantes. Por el lado izquierdo de los castellanos venia una gran banda de indios que acudian á la victoria que los primeros habian cantado. Delante de todos ellos mas de veinte pasos venia un indio con un gran plumage en la cabeza con todo el denuedo y bizarría que se puede imaginar. Venia á tomar un árbol grande que estaba entre los unos y los otros, de donde podian si los indios lo ganáran hacer mucho daño á los españoles, y aun defenderles el paso; lo cual como Gonzalo Silvestre que estaba mas cerca del árbol lo advirtiese, llamó

á grandes voces á Anton Galvan , de quien atrás hecimos mencion , el cual aunque estaba herido , y era uno de los que habian caido de los caballos (como buen soldado) no habia perdido su ballesta : y poniéndole una jara fue en pos de Gonzalo Silvestre , que con un medio repostero que halló en el agua iba haciendo escudo y le persuadia que no tirase á otro sino al indio que venia delante que parecia ser capitan general : y era así verdad , aunque él lo dijo á tiento. Desta manera llegaron al árbol , y el indio que venia delante cuando vió que los españoles lo habian ganado por haberse hallado mas cerca dél , les tiró en un abrir y cerrar de ojos tres flechas , las cuales Gonzalo Silvestre recibió en el escudo que llevaba , que por ir mojado pudo resistir la furia dellas.

Anton Galvan , que por no perder el tiro habia esperado que el enemigo llegase mas cerca , viéndole en buen puesto le tiró con tan buena puntería , que le dió por medio de los pechos , y como el triste no traía por defensa mas del pellejo le metió toda la jara por ellos. El indio dando una vuelta en redondo , que no cayó del tiro , alzó la voz á los suyos diciendo : muerto me han estos traidores. Los indios arremetieron á él , y tomándolo en brazos con gran mormollo , pasando de unos á otros , lo llevaron por el mismo camino que habian traído.

CAPÍTULO XX.

Prosigue el camino Pedro Calderon , y la continúa pelea de los enemigos con él.

No andaba menos cruel y sangrienta la pelea por las otras partes ; porque por el lado derecho de la batalla acudió una gran banda de indios con mucho ímpetu y furor sobre los cristianos. Un valiente sol-

dato, natural de Almendralejo, que habia nombre Andrés de Meneses, salió á resistirles, y con él fueron otros diez ó doce españoles, sobre los cuales cargaron los indios con tanta ferocidad y braveza, que de cuatro flechazos que dieron á Andrés de Meneses por las verixas y muslos le derribaron en el agua, que por le ver cubierto el cuerpo con un pa-vés que llevaba, le tiraron á lo mas descubierto: hirieron asimismo otros cinco de los que fueron con él.

Con esta rabia y crueldad andaba la pelea entre indios y españoles donde quiera que podian llegar á las manos. Los indios redoblaban las fuerzas y el corage por acabar de vencer como hombres que tenian por suya la victoria, y estaban ensoberbecidos con los buenos lances que habian hecho. Los españoles se esforzaban con su buen ánimo á defender las vidas, que ya no peleaban por otro interés, y llevaban lo peor de la batalla, porque no eran á la defensa mas de los cincuenta peones, que los de á caballo por ser la pelea en el agua no eran de provecho para los suyos, ni de daño para los enemigos.

A este punto corrió por todos los indios la desdichada nueva de que el capitan general dellos estaba herido de muerte, con la cual mitigaron algun tanto el fuego y la ira con que hasta entonces habian peleado. Empezaron á retirarse poco á poco; empero tirando siempre flechas á sus contrarios. Los castellanos se rehicieron, y con la mejor órden que pudieron siguieron los indios hasta echarlos fuera de toda el agua y cienega, y los metieron por el callejon del monte cerrado que habia en la otra ribera de la cienega, y les ganaron el sitio que dijimos habian rozado los españoles para su alojamiento cuando pasó el gobernador con su ejército.

Aquel sitio habian fortificado los indios, y tenian

su alojamiento en él: desamparáronlo por acudir á su capitan general. Los españoles se quedaron en él aquella noche, porque era plaza fuerte y cerrada, donde los enemigos no podian hacerles daño, si no era por el callejon; y como lo guardasen estaban seguros: curaron los heridos como pudieron, que todos los mas lo estaban y mal heridos; y pasaron la noche velando, que con gritas y alaridos no les dejaron reposar los indios.

Con el buen tiro que Anton Galvan acertó á hacer aquel dia socorrió nuestro Señor á estos españoles, que cierto á no ser tal, y en la persona del capitan general, se temió hicieran los indios gran estrago en ellos, ó los degolláran todos segun andaban pujantes y victoriosos, y en gran número, y los españoles pocos, y los mas á caballo; los cuales por ser la pelea en el agua no eran señores de sí, ni de sus caballos para ofender al enemigo ó defenderse de él: por lo cual peleando los infantes solos, estuvieron á punto de perderse todos. Y así platicando despues muchas veces delante del gobernador del peligro de aquel dia, daban siempre á Antonio Galvan la honra de que por él no los hubiesen vencido y muerto.

Luego que amaneció caminaron los castellanos por el camino angosto de el monte cerrado, llevando antecogidos los enemigos hasta sacarlos á otro monte mas claro y abierto de dos leguas de travesía, donde á una parte y á otra del camino los infieles tenian hechas grandes palizadas, ó eran las mismas que hicieron cuando el gobernador Hernando de Soto pasó por este camino y se habian quedado en pie hasta entonces. De las palizadas salian los enemigos y tiraban innumerables flechas con orden y concierto de no acometer á ua mismo tiempo por ambos

lados por no herirse con sus propias armas. Desta manera caminaron las dos leguas de monte, donde los indios hirieron mas de veinte castellanos, y ellos no pudieron hacer daño alguno en sus enemigos porque hacian harto en guardarse de las flechas.

Pasado el monte salieron á un campo raso, donde los indios de temor de los caballos no osaron ofender á los españoles ni aun esperarles: así los dejaron caminar con menos pesadumbre.

Los cristianos habiendo caminado cinco leguas hicieron alto para olojarse en aquel llano, porque los heridos de aquel dia y del pasado con la continua pelea que habian llevado iban fatigados: luego que anocheció vinieron los indios en gran número, y á un tiempo los acometieron por todas partes con gran vocería y alarido. Los de á caballo salieron á resistirles sin guardar órden, sino que cada uno acudia donde mas cerca sentian los indios. Los cuales viendo los caballos, se hicieron á lo largo tirando siempre flechas; con una dellas hirieron malamente á un caballo de Luis de Moscoso. En toda la noche cesaron los infieles de dar grita á los cristianos diciéndoles: dónde vais malaventurados que ya vuestro capitan y todos sus soldados son muertos, y los tenemos descuartizados y puestos por los árboles, y lo mismo harémos de vosotros antes que llegueis allá: ¿qué quereis? ¿á qué venís á esta tierra? ¿pensáis que los que estamos en ella somos tan ruines que os la hemos de desamparar y ser vuestros vasallos, y siervos, y esclavos? Sabed que somos hombres, que os matarémos á todos vosotros y á los demas que quedan en Castilla. Estas y otras razones semejantes dijeron los indios tirando siempre flechas hasta que amaneció.

Pedro Calderon con la porfia de su pelea llega donde está el gobernador.

Con el dia siguieron los nuestros su camino, y llegaron á un arroyo hondo y muy dificultoso de pasar, y los indios lo tenian atajado con palenques y albarradas fuertes puestas á trechos. Los españoles reconociendo el paso y lo que en él estaba hecho, y con la esperiencia de los que otra vez pasaron por él, mandaron que se apeasen los de á caballo que mas bien armados iban, y tomando rodelas, espadas y hachas fuesen treinta dellos en vanguardia á ganar y romper las palizadas y defensas contrarias; y los peor armados subiendo en los caballos, porque no eran de provecho en aquel paso, fuesen con la ropa y gente de servicio en medio: y otros veinte de los mejor armados quedasen en retaguardia para que si los enemigos los acometiesen por las espaldas, hallasen defensa: con esta órden entraron en el monte que habia antes del arroyo. Los indios viendo los castellanos donde no podian valerse de los caballos, que era lo que ellos mas temian, cargaron con grandísimo ímpetu, ferocidad y vocería á flecharlos, pretendiendo matarlos todos segun eran pocos y el paso dificultoso. Los cristianos procurando defenderse ya que por la estrechura del lugar no podian ofenderles, llegaron á los palenques, donde fue la pelea muy reñida y porfiada, que los unos por hacer camino por do pasar, y los otros por defenderlo se herian cruelmente. Al fin los españoles unos resistiendo á los indios con las espadas, y otros cortando con las hachas las sogas y ataduras de bejucas, que son como parrizas largas y sirven de atar lo que quieren, ganaron el primer palenque, y el segundo

y los demás : empero costóles muy malas heridas, que los mas dellos sacaron, sin las cuales mataron los indios de un flechazo que dieron por los pechos á un caballo de Alvaro Fernandez , portugués , natural de Yelves : de manera que en este arroyo y en la ciene-ga pasada , perdió este fidalgo dos caballos buenos que llevaba. Con estos males y daños pasaron los españoles aquel mal paso, y caminaron con menos pesadumbre por los llanos donde no habia malezas, porque los indios do quier que no las habia se apartaban de los cristianos de miedo de los caballos. Mas donde habia manchones de monte cerca del camino siempre habia indios emboscados, que salian á sobresaltar y flechar los nuestros dándoles grita y repitiendo muchas veces aquellas palabras: dónde vais, ladrones, que ya hemos muerto vuestro capitan y á todos sus soldados: y tanto porfiaban en estas razones que ya los castellanos estaban por creerlas : porque estando ya tan cerca del pueblo de Apalache, que podian ser oídos segun la grita que llevaban, no habian salido á socorrerles ni ellos habian visto gente ni caballos, ni otra señal, por do pudiesen entender que estaban allí. Desta manera caminaron estos ciento y veinte españoles escaramuzando y peleando con los indios todo el dia, y llegaron á Apalache á puesta el sol, que aunque la jornada no habia sido tan larga como las pasadas, la habian caminado á paso corto por los muchos heridos que llevaban, de los cuales murieron despues diez ó doce, y entre ellos Andrés de Meneses que era un valiente soldado.

Llegados ante la presencia tan deseada de su capitan general y de sus amados compañeros fueron recibidos con la fiesta y regocijo que se puede imaginar, como hombres que habian sido tenidos por muertos y pasados desta vida, segun que los indios por dar

*

pena y dolor al gobernador y á los suyos les habian dicho muchas veces que los habian degollado por los caminos, y ello era verisimil; porque habiéndose visto el gobernador en grandes peligros y necesidades, con llevar mas de ochocientos hombres de guerra, cuando pasó por aquellas provincias y malos pasos era creederó que no siendo mas de ciento y veinte los que entonces iban se hubiesen perdido. Por lo cual como si hubieran resucitado, así fueron general y particularmente recibidos y festejados de sus compañeros, dando los unos y los otros gracias á Dios que los hubiese librado de tantos peligros.

El gobernador como padre amoroso recibió á su capitan y soldados con mucha alegría, abrazando y preguntando á cada uno de por sí cómo venia de salud y cómo le habia ido por el camino. Mandó curar y regalar con mucho cuidado los que iban heridos. En suma, con grandes palabras engrandeció y agradeció los trabajos y peligros que á ida y vuelta los unos y otros habian pasado. Cá este caballero y buen capitan cuando se ofrecia ocasion sabia hacer esto con mucha bondad, discrecion y prudencia.

CAPÍTULO XXII.

Juan de Añasco llega á Apalache, y lo que el gobernador proveyó para descubrir puerto en la costa.

Es de saber que cuando el capitan Pedro Calderon llegó al pueblo de Apalache, habia seis dias que el contador Juan de Añasco, que salió de la bahía de Espiritu Santo con los dos bergantines en demanda de la de Aute, era llegado sin haberle acaecido por la mar cosa digna de memoria. Desembarcóse en Aute sin contradicion de los enemigos, porque el gobernador tanteando poco mas ó menos el tiempo que po-

dia tardar en su viage, envió doce dias antes que llegase al puerto una compañía de caballos y otra de infantes que le asegurasen el puerto y el camino hasta el real; los cuales se remudaban de cuatro en cuatro dias, que llegando los unos á la bahía se volvian los otros; y mientras estaban en el puerto tenian las banderas puestas en los árboles mas altos para que las viesén desde la mar. Juan de Añasco las vió y se vino al real con las dos compañías dejando buen recaudo en los bergantines que quedaban en la bahía. Pues como estos dos capitanes Juan de Añasco y Pedro Calderon se viesén ahora juntos en compañía del gobernador y de los demas capitanes y soldados, hubieron mucho placer y regocijo, por parecerles que como se hallasen juntos en los trabajos, por grandes que fuesen se les harian fáciles; porque la compañía de los amigos es alivio y descanso en los afanes. Con este comun contento pasaron el invierno estos españoles en el pueblo y provincia de Apalache, donde sucedieron algunas cosas que será bien dar cuenta de ellas sin guardar orden, ni tiempo, mas de que pasaron en este alojamiento.

Pocos dias despues de lo que se ha dicho, como el gobernador nunca estuviese ocioso sino imaginando y dando trazas consigo mismo de lo que para el descubrimiento y conquista, y despues para poblar la tierra le pareció convenir, mandó á un caballero, de quien tenia toda confianza, natural de Salamanca, llamado Diego Maldonado (el cual era capitan de infantería y con mucha satisfacion de todo el ejército habia servido en todo lo que hasta entonces se habia ofrecido) que entregando su compañía á otro caballero, natural de Talavera de la Reina, llamado Juan de Guzman, grande amigo suyo y camarada, fuese á la bahía de Aute, y con los dos bergantines que el conta-

dor Juan de Añasco allí habia dejado , fuese costeando la costa adelante hácia el poniente por espacio de cien leguas, y con todo cuidado y diligencia mirase y reconociese los puertos, caletas, senos, bahías, esteros y rios que hallase, y los bagíos que por la costa hubiese, y de todo ello le trujese relacion que satisficiese: que para lo que adelante se les ofreciese, dijo le convenia tenerlo sabido todo, y dióle dos meses de plazo para ir y volver.

El capitan Diego Maldonado fue á la bahía de Aute, y de allí se hizo á la vela en demanda de su empresa, y habiendo andado costeando los dos meses volvió al fin dellos con larga relacion de lo que habia visto y descubierto. Entre otras cosas dijo: como á sesenta leguas de la bahía de Aute dejaba descubierto un hermosísimo puerto llamado Achusi, abrigado de todos vientos, capaz de muchos navíos y con tan buen fondo hasta las orillas, que podian arrimar los navíos á tierra y saltar en ella sin echar compuerta. Trujo consigo deste viage dos indios naturales del mismo puerto y provincia de Achusi; y el uno dellos era señor de vasallos, los cuales prendió con maña y astucia indigna de caballeros; porque llegado que fue al puerto de Achusi los indios le recibieron de paz, y con muchas caricias le convidaron que saltase en tierra y tomase lo que hubiese menester como en la suya propia. Diego Maldonado no osó aceptar el convite por no fiarse de amigos no conocidos. Pues como los indios lo sintieron, dieron en contratar con los castellanos libremente por quitarles el temor y la sospecha que dellos podian tener; y así iban de tres en tres, y de cuatro en cuatro á los bergantines á visitar á Diego Maldonado y á sus compañeros, llevándoles lo que les pedian. Con esta afabilidad de los indios, osaron los españoles sondar y recono-

cer en sus batelejos todo lo que en el puerto habia; y como hubiesen visto y comprado lo que para su navegacion habian menester, alzaron las velas y se hicieron á largo llevándose los dos indios que trujeron presos que acertaron á ser el curaca y un pariente suyo. Los cuales confiados en la buena amistad que infieles y fieles (aunque para ellos no lo fueron) se habian hecho, y movidos por la relacion que los otros indios les habian dado de los bergantines con deseo de ver lo que nunca habian visto, osaron entrar en ellos y visitar al capitan y á sus soldados. Los cuales como supiesen que el uno dellos era el cacique gustaron llevárselo.

CAPÍTULO XXIII.

El gobernador envia relacion de su descubrimiento á la Habana. Cuéntase la temeridad de un indio.

Con la relacion que el capitan Diego Maldonado trajo de toda la costa y del buen puerto que habia descubierto en Achusi holgaron mucho; porque conforme á las trazas que el general llevaba hechas les parecia que los principios y medios de su descubrimiento y conquista iban bien encaminados para los fines que en ella pretendian de poblar y hacer asiento en aquel reino. Porque lo principal que el gobernador y los suyos deseaban para poblar era descubrir un puerto tal cual se habia descubierto donde fuesen á surgir los navíos que llevasen gente, caballos, ganados, semillas y otras cosas necesarias para nuevas poblaciones. Pocos dias despues de la venida de Diego Maldonado le mandó el gobernador faese á la Habana con los dos bergantines que tenia á su cargo, y visitase á doña Isabel de Bobadilla, y le diese cuenta de lo que hasta entonces por mar y tierra habian andado y visto. Y enviase la misma relacion á todas las demas ciuda-

des y villas de la isla; y que para el octubre venidero (que esto era el fin de febrero del año de mil y quinientos y cuarenta) volviese al puerto de Achusi con los dos bergantines y la carabela que Gomez Arias habia llevado, y con otro algun navío, ó navios mas, si hallase á comprar, y en ellos trujesen todas las ballestas, y arcabuces, plomo y pólvora que se pudiese haber y mucho calzado de zapatos y alpargates, y otras cosas que el ejército habia menester: de las cuales por escrito le dió una memoria con instruccion de lo que habia de hacer, porque para entonces pensaba el gobernador hallarse en el puerto Achusi, habiendo hecho un gran cerco por la tierra adentro y descubierta las provincias que por aquel parage hubiese para dar principio á la poblacion: mas convenia poblar primero el puerto, cosa tan necesaria para lo de la mar y lo de tierra. Mandó-le asimesmo dijese á Gomez Arias se viniese con él para el tiempo señalado; porque por su mucha prudencia para las cosas de gobierno y por su buena industria y mucha práctica para las de la guerra le convenia tenerlo consigo.

Con esta órden y comision salió el capitan Diego Maldonado de la bahía de Aute, y fue á la Habana, donde por las buenas nuevas que del gobernador y de su ejército llevaba, y por el próspero suceso hasta entonces habido, y por el que se esperaba tener adelante, fue muy bien recebido de doña Isabel de Bobadilla y de toda la ciudad de la Habana, de donde se envió luego el aviso á las demas ciudades de la isla; las cuales con mucho regocijo solemnizaron la prosperidad del gobernador. Y para el tiempo señalado se hicieron grandes apercebimientos de enviarle socorro de gente, caballos y armas y las demas cosas necesarias para poblar. Todo lo cual aprestaban las ciu-

dades en comun y los hombres ricos en particular, esforzándose cada cual en su tanto de enviar ó llevar lo mas y mejor que pudiese, para mostrar el amor que á su gobernador y capitan general tenian y por los premios que esperaban. En los cuales apercibimientos los dejarémos, y volverémos á contar algunas cosas particulares que acaecieron en la provincia de Apalache, por las cuales se podrán ver las ferocidades de los indios de aquella provincia y juntamente su temeridad; porque cierto por sus hechos muestran que saben osar y no saben temer, como se verá en el caso siguiente y en otros que se contarán, aunque no todos los que sucedieron, que por huir proligidad nos escusarémos de los mas.

Es así que un dia de los del mes de enero del año de mil y quinientos y cuarenta, sucedió que el contador Juan de Añasco y otros seis caballeros andaban en buena conversacion paseando á caballo las calles de Apalache; y habiéndolas andado todas, les dió gusto salirse al campo alderredor del pueblo sin apartarse lejos, porque por las asechanzas de los indios, que tras cada mata se hallaban emboscados, no estaba el campo seguro. Empero no habiendo de apartarse del pueblo, les pareció que podrian salir sin armas á lo menos defensivas; y así salieron solamente con las espadas ceñidas, salvo uno dellos, llamado Esteban Pegado, natural de Yelves, que acertó á ir armado, y llevaba una celada en la cabeza y una lanza en la mano. Yendo así en su conversacion vieron un indio y una india, que en lo rozado de un monte que estaba cerca del pueblo andaban cogiendo frisoles que del año pasado habian quedado sembrados. Debian de cogerlos, mas por entretenerse hasta ver si salia algun castellano del pueblo, que por necesidad que tuviesen de los frisoles;

porque como habemos dicho, la provincia estaba llena de todo mantenimiento. Como los españoles viesen los indios, fueron á ellos para los prender. La india viendo los caballos se cortó, que no acertó á huir. El marido la tomó en brazos y corriendo la llevó al monte que estaba cerca, y habiéndola puesto en las primeras matas le dió dos ó tres empellones, diciéndole que se metiese por el monte adentro. Hecho esto pudiendo haberse ido con la muger y escaparse no quiso: antes volvió corriendo adonde habia dejado su arco y flechas, y cobrándolas salió á recibir á los castellanos con tanta determinacion y tan buen denuedo como si ellos fueran otro indio solo como él. Y de tal manera hizo este acometimiento que obligó á los españoles á que unos á otros se dijese que no lo matasen sino que lo tomasen vivo, por parecerles cosa indigna que siete españoles á caballo matasen un solo indio á pie; y tambien porque juzgaban que un ánimo tan gallardo como el infiel mostraba, no merecia que lo matasen, sino que le hiciesen toda merced y favor. Yendo todos con esta determinacion llegaron al indio, que por ser el trecho corto aun no habia podido tirar una flecha, y lo atropellaron y procuraron rendir sin lo dejar levantar del suelo, encontrándole ya el uno ya el otro siempre que se iba á levantar, y todos le daban grita que se rindiese.

El indio cuanta mas priesa le daban, tanto mas feroz se mostraba, y así caido como andaba unas veces poniendo la flecha en el arco y tirándola como le era posible, y otras dando punzadas en las barrigas, y pospiernas de los caballos los hirió todos siete, aunque de heridas pequeñas, porque no le daban lugar á poderlas dar mayores; y escapándose de entre los pies dellos se puso en pie, y tomando el arco á dos

manos, dió con él un tan fiero palo sobre la frente á Esteban Pegado, que era el que á recatonazos mas le acosaba, que le hizo reventar la sangre por cima de las cejas, y le corrió por la cara, y lo medio aturdió. El español portugués viéndose ofendido y tan mal tratado, encendido en ira, dijo: pesar de tal, ¿será bien que aguardemos á que este indio solo nos mate á todos siete? Diciendo esto le dió una lanzada por los pechos que le pasó de la otra parte y lo derribó muerto. Hecha esta hazaña requirieron sus caballos y los hallaron todos heridos, aunque de heridas pequeñas, y se volvieron al real admirados de la temeridad y esfuerzo del bárbaro, y corridos y avergonzados de contar que un indio solo hubiese parado de tal suerte á siete de á caballo.

CAPÍTULO XXIV.

Dos indios se ofrecieron á guiar los españoles donde hallen mucho oro.

Todo el tiempo que el gobernador Hernando de Soto estuvo invernando en el alojamiento y pueblo de Apalache siempre tuvo cuidado de inquirir y saber qué tierras, qué provincias habia adelante hácia el poniente por la parte que tenia imaginado y trazado de entrar el verano siguiente para ver y descubrir aquel reino. Con este deseo andaba siempre informándose de los indios, que en su ejército habia domésticos de dias atrás, y de los que nuevamente prendian, importunándoles dijese lo que de aquella tierra y partes della sabian. Pues como el general y todos sus capitanes y soldados anduviesen con este cuidado y diligencia, sucedió que entre otros indios que prendieron los que iban á correr el campo, prendieron un indio mozo de diez y seis ó diez y siete años,

conociéronle algunos indios de los que eran criados de los españoles y tenían amor á sus amos. Estos les dieron noticia para que se la diesen al gobernador como aquel mozo habia sido criado de unos indios mercaderes que con sus mercaderías, vendiendo y comprando, solian entrar muchas leguas la tierra adentro, y que habia visto y sabia lo que el gobernador tanto procuraba saber. No se entienda que los mercaderes iban á buscar oro ni plata, sino á trocar unas cosas por otras, que era el mercadear de los indios, porque ellos no tuvieron uso de moneda. Con este aviso pesquisaron al mozo lo que sabia. Respondió que era verdad tenia noticia de algunas provincias que con los mercaderes sus amos habia andado, y se atrevía á guiar los españoles doce ó trece jornadas de camino que habia en lo que él habia visto. El gobernador entregó el indio á un español, encargándole tuviese particular cuidado de él no se les huyese, mas el mozo les quitó desta congoja, porque en breve tiempo se hizo tan amigo y familiar de los españoles que parecia haber nacido, y criándose entre ellos.

Pocos dias despues de la prision de este indio prendieron otro casi de la misma edad, ó poco mayor; y como el primero lo conociese, dijo al gobernador: señor, este mozo ha visto las mismas tierras y provincias que yo, y otras mas adelante, que las ha andado con otros mercaderes mas ricos y caudalosos que mis amos.

El indio nuevamente preso confirmó lo que habia dicho el primero, y de muy buena voluntad se ofreció á los llevar y guiar por las provincias que habian andado, que dijo eran muchas y grandes. Preguntado por las cosas que en ellas habia visto si tenían oro, ó plata, ó piedras preciosas, que era lo que mas deseaban saber, y mostrándole joyas de oro y

piezas de plata y piedras finas de sortijas, que entre algunos capitanes y soldados principales se hallaron para que entendiese mejor las cosas que le preguntaban, respondió: que en una provincia, que era la postrera que habia andado, llamada Cofachiqui, habia mucho metal, como el amarillo y como el blanco, y que la mayor contratacion de los mercaderes sus amos era comprar aquellos metales y venderlos en otras provincias. Demás de los metales dijo que habia grandísima cantidad de perlas; y para decir esto señaló una perla engastada que vió entre las sortijas que le mostraron. Con estas nuevas quedaron nuestros españoles muy contentos y regocijados, deseando verse ya en Cofachiqui para ser señores de mucho oro, y plata, y perlas preciosas. Volviendo á los hechos particulares que entre indios y españoles acaecieron en Apalache. Es así que entrando ya el mes de marzo, sucedió que salieron del real veinte caballos y cincuenta infantes y fueron una legua del pueblo principal á otro de la jurisdiccion á traer maiz, que lo habia en abundancia por los poblizuelos de toda aquella comarca, en tanta cantidad, que los españoles en todo el tiempo que estuvieron en Apalache nunca se alejaron legua y media de el pueblo principal, para proveerse de zara y otras semillas y legumbres que comian. Pues como hubiesen recogido el maiz que habian de llevar se emboscaron en el mismo pueblo con deseo de prender algunos indios si á él viniesen. Pusieron una atalaya en lo mas alto de una casa, que se diferenciaba mucho de las otras, y parecia templo. Pasado un buen espacio el atalaya dió aviso que en la plaza, que era muy grande, estaba un indio mirando si habia algo en ella.

Un caballero llamado Diego de Soto, sobrino del

governador, que era uno de los mejores soldados del ejército y muy buen ginete, salió corriendo á caballo á prender el indio por mostrar su destreza y valentía mas que por necesidad que dél tuviese. El indio como vió el caballero corrió con grandísima ligereza una carrera de caballo por ver si con la huida podia escaparse: que los naturales deste gran reino de la Florida son ligeros y grandes corredores, y se precian dello. Mas viendo que el caballo le iba ganando tierra se metió debajo de un árbol que halló cerca, que es guarida que los peones á falta de picas siempre suelen tomar para defenderse de los caballos; y poniendo una flecha en el arco, que como otras veces hemos dicho, de continuo andan apercebidos destas armas, esperó á que llegase á tiro el español. El cual no pudiendo entrar debajo del árbol, pasó corriendo por lado y tiró un bote al enemigo, corriendo la lanza sobre el brazo izquierdo por ver si podia alcanzarle. El indio guardándose del golpe de la lanza tiró la flecha al caballo al tiempo que emparejaba con él y acertó á darle entre la cincha y el codillo con tanta fuerza y destreza, que el caballo fue trompicando quince ó veinte pasos adelante y cayó muerto sin menear pie ni mano. A este punto iba corriendo á media rienda otro caballero, llamado Diego Velazquez, caballerizo del gobernador, no menos valiente y diestro en la gineta que el pasado. El cual habia salido en pos de Diego de Soto para le socorrer si lo hubiese menester. Viendo pues el tiro que el indio habia hecho en el compañero, dió mas priesa al caballo, y no pudiendo entrar debajo del árbol, pasó por lado tirando otra lanzada como la de Diego de Soto. El indio hizo la misma suerte que en el primero, porque al emparejar del caballo le dió otro flechazo tras el codillo, y como al pa-

sado le hizo ir dando tumbos hasta caer muerto á los pies del compañero. Los dos compañeros españoles con sus lanzas en las manos se levantaron á toda priesa , y por vengar la muerte de sus caballos arremetieron con el indio ; el cual contento con las dos buenas suertes que en tan breve tiempo y con tan buena ventura habia hecho , se fue corriendo al monte haciendo burla y escarnio dellos volviendo el rostro á hacerles visages y ademanes ; y les decia yéndose al paso dellos sin querrir correr lo que podia : peleemos todos á pie y verémos quien son los mejores. Con estas palabras y otras que dijo en vituperio de los castellanos , se puso en salvo , dejándolos bien lastimados de tanta pérdida como la de dos caballos , que por sentir estos indios la ventaja que les hacian los españoles á caballo procuraban y holgaban mas de matar un caballo que cuatro cristianos ; y así con todo el cuidado y diligencia tiraban antes al caballo que al caballero.

CAPÍTULO XXV.

De algunos trances de armas que acaecieron en Apalache, y de la fertilidad de aquella provincia.

Pocos dias despues del mal lance de Diego de Soto y Diego Velazquez sucedió otro no mejor ; y fue , que dos portugueses , el uno llamado Simon Rodriguez , natural de la Villa de Maruan , y el otro Roque de Yelves , natural de Yelves , salieron en sus caballos fuera del pueblo á coger fruta verde , que la habia en los montes cerca del pueblo , y pudiéndola coger de encima de los caballos de las ramas bajas , no quisieron sino apearse y subir en los árboles y coger de las ramas altas , por parecerles que era la mejor. Los indios que no perdian ocasion que se

les ofreciese para poder matar ó herir á los castellanos, viendo los dos españoles portugueses subidos en los árboles salieron á ellos. Roque de Yelves, que los vió primero que su compañero, dando arma se echó del árbol abajo y fue corriendo á tomar su caballo: un indio de los que iban tras él, le tiró una flecha con un arpon de pedernal, y le dió por las espaldas, y le pasó á los pechos una cuarta de flecha, de que cayó en el suelo sin poderse levantar: á Simon Rodriguez no dejaron bajar del árbol sino que lo flecharon encima dél como si fuera alguna fiera encaramada, y atravesado con tres flechas de una parte á otra lo derribaron muerto, y apenas hubo caído cuando le quitaron la cabeza, digo todo el casco en redondo (que no se sabe con qué maña lo quitan con grandísima facilidad) y lo llevaron para testimonio de su hecho. A Roque de Yelves dejaron caído sin quitarle el casco, porque el socorro de los españoles á caballo, por ser la distancia breve, iba tan cerca, que no dió lugar á los indios á que se lo quitasen; el cual en pocas palabras contó el suceso, y pidiendo confesion espiró luego. Los dos caballos de los portugueses con el ruido y sobresalto de los indios huyeron hácia el real: los españoles que iban al socorro los cobraron, y hallaron que el uno dellos traía en una pospierna una gota de sangre y lo llevaron á un albeitar que lo curase; el cual habiendo visto que la herida no era mayor que la de una lanceta dijo que no habia allí que curar: el día siguiente amaneció el caballo muerto.

Los castellanos sospechando hubiese sido herida de flecha, lo abrieron por la herida, y siguiendo la señal della por el largo del cuerpo, hallaron una flecha que habiendo pasado todo el muslo y las tri:

pas y el asadura estaba metida en lo hueco del pecho, que para salir al pretal no le faltaba por pasar cuatro dedos de carne. Los españoles quedaron admirados, pareciéndoles que una pelota de arcabuz no pudiera pasar tanto. Cuéntanse estas particularidades, aunque de poca importancia, porque acaecieron en este alojamiento, y por la ferocidad dellas que es de notar; y porque es ya razon que concluyamos con las cosas acaecidas en el pueblo principal de Apalache, decimos en suma (porque contarlas todas sería cosa muy prolija) que los naturales de esta provincia, todo el tiempo que los españoles estuvieron invernando en su tierra, se mostraron muy belicosos y solícitos, y que tenían cuidado y diligencia de ofender á los castellanos sin perder ocasion ni lance por pequeño que fuese donde pudiesen herir ó matar á los que del real se desmandaban, aunque fuese muy poco trecho.

Alonso de Carmona en su peregrinacion nota particularmente la ferocidad de los indios de la provincia de Apalache, de los cuales dice estas palabras que son sacadas á la letra: estos indios de Apalache son de grande estatura, y muy valientes y animosos; porque como se vieron y pelearon con los pasados de Pánfilo de Narvaez, y les hicieron salir de la tierra mal que les pesó, veníansenos cada dia á las barbas, y cada dia teníamos refriegas con ellos; y como no podian ganar nada con nosotros, á causa de ser nuestro gobernador muy valiente, esforzado y experimentado en guerra de indios, acordaron de andarse por el monte en cuadrillas, y como salian los españoles por leña y la cortaban en el monte, al sonido de la hacha acudian los indios y mataban los españoles, y soltaban las cadenas de los indios que llevaban para traerla á cuestas, y quitaban al español la co-

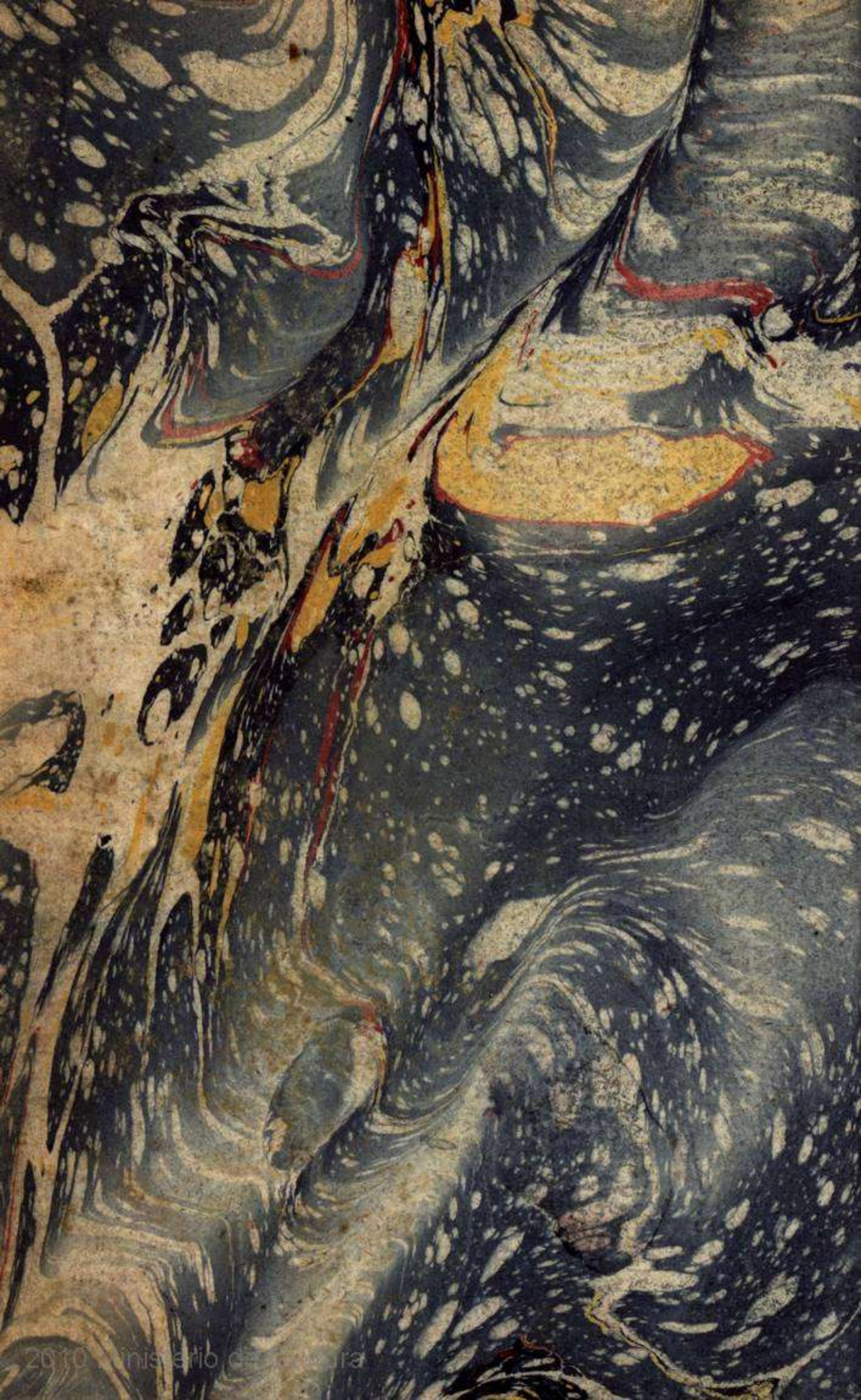
rona, que era lo que ellos mas preciaban para traerla al brazo del arco con que peleaban, y á las voces que daban y arma, decian acudíamos luego y hallábamos hecho el mal recaudo, y así nos mataron mas de veinte soldados, y esto fue en muchas veces. Y acuérdomé que un dia salieron del real siete de á caballo á ranchar, que es buscar alguna comida y matar algun perrillo para comer, que en aquella tierra usábamos todos, y nos teníamos por dichosos el dia que nos cabia parte de alguno; y aun no habia faisanes que mejor nos supiesen; y andando buscando estas cosas toparon con cinco indios, los cuales los aguardaron con sus arcos y flechas, y hicieron una raya en la tierra y les dijeron que no pasasen de allí porque morirían todos. Y los españoles, como no saben de burlas, arremetieron con ellos, y los indios desembrazaron sus arcos, y mataron dos caballos y hirieron otros dos, y á un español hirieron malamente, y los españoles mataron uno de los indios, y los demas escaparon por sus pies; porque verdaderamente son muy ligeros y no les estorban los aderezos de las ropas, antes les ayuda mucho el andar desnudos. Hasta aquí es de Alonso de Carmona.

Sin la vigilancia contra los desmandados, la tenían tambien contra todo el ejército, inquietándolo con armas y rebatos, que de dia y de noche le daban sin querer presentar batalla de gente junta en escuadron formado sino con asechanzas, escondiéndose en las matas y montecillos por pequeños que fuesen y donde menos se pensaba que pudiesen estar: de allí salian como salteadores á hacer el daño que podian. Y esto baste quanto á la valentía y ferocidad de los naturales de la provincia de Apalache. De cuya fertilidad tambien hemos dicho que es mucha, porque es abundante de zara, maiz y otras mu-

chas semillas de frisoles y calabaza (que en lengua del Perú llaman zapallu) y otras legumbres de diversas especies sin las frutas que hallaron de las de España, como son ciruelas de todas maneras, nueces de tres suertes, que la una dellas es toda aceite, bello-ta de encina y de roble en tanta cantidad que se queda caída á los pies de los árboles de un año para otro; porque como estos indios no tienen ganado manso que la coma ni ellos la han menester, la dejan perder.

En conclusion, para que se vea la abundancia y fertilidad de la provincia de Apalache decimos, que todo el ejército de los españoles con los indios que llevaban de servicio, que por todos eran mas de mil y quinientas personas y mas de trecientos caballos, en cinco meses y mas que estuvieron invernando en este alojamiento, se sustentaron con la comida que al principio recogieron, y cuando la habian menester, la hallaban en los pueblos pequeños de la comarca en tanta cantidad que nunca se alejaron legua y media del pueblo principal para la traer. Sin esta fertilidad de la cosecha tiene la tierra muy buena disposicion para criarse en ella toda suerte de ganados, porque tiene buenos montes y dehesas, con buenas aguas, y cienegas, y lagunas, con mucha juncia y enéa para ganado prieto, que se cria muy bien con ella, y comiéndola no han menester grano. Y esto baste para relacion de lo que hay en esta provincia y de sus buenas partes, que una de ellas es poderse criar en ella mucha seda, por la abundancia que tiene de morales: tiene tambien mucho pescado y bueno.

FIN DEL TOMO SEXTO,





ISTORIA
MUNDI
MUNDI